

NICHOLAS BEST

# CINCO DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

TESTIGOS PRESENCIALES DEL FINAL DE  
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



# Índice

[Portada](#)

[Índice](#)

[Introducción](#)

[Primera parte. Sábado, 28 de abril](#)

[1. La muerte de Mussolini](#)

[2. En Berlín](#)

[3. Himmler llama a la paz](#)

[4. Nazis en fuga](#)

[Segunda parte. Domingo, 29 de abril](#)

[5. Caos en Italia](#)

[6. Himmler mira a las estrellas](#)

[7. Belsen](#)

[8. Operación maná](#)

[9. Dachau](#)

[Tercera parte. Lunes, 30 de abril](#)

[10. La Organización de las Naciones Unidas](#)

[11. Asalto al Reichstag](#)

[12. Lord Haw Haw sale a escena](#)

[13. Los estadounidenses toman Múnich](#)

[14. Italia](#)

[15. Hitler se va al Valhalla](#)

[Cuarta parte. Martes, 1 de mayo](#)

[16. Los alemanes quieren hablar](#)

[17. Los nazis se reagrupan](#)

[18. 1 De mayo en Rusia](#)

[19. Operación Chowhound](#)

[20. Dönitz habla a la nación](#)

[Quinta parte. Miércoles, 2 de mayo](#)

[21. Se difunde la noticia](#)

[22. Los nazis sopesan sus posiciones](#)

[23. Rendición en Italia](#)

[24. Berlín cae](#)

[25. Ahora que el Führer ya no está](#)

[26. Alemania se rinde](#)

[Sexta parte](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

[Fotografías](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

## INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, pocos episodios habrán podido estremecer el mundo con más intensidad que los cinco días que, a finales de abril de 1945, se iniciaron con la muerte de Mussolini y terminaron con la noticia de que Hitler se había suicidado en su búnker de Berlín. Aunque ya hacía tiempo que se esperaba la caída de los dos dictadores, no por ello el modo en que se marcharon resultó menos horrible: Mussolini y su amante se balanceaban cabeza abajo frente a una multitud que los escarnecía; el cuerpo de Hitler quedó reducido a un wagneriano montón de cenizas mientras Magda Goebbels envenenaba a sus hijos y el personal de la Cancillería, perdido el juicio, practicaba sexo en grupo antes de dirigirse hacia su propia muerte. Ni el más extravagante de los novelistas se lo podría haber inventado.

Igual de espantosas fueron las atrocidades que perpetraron los rusos mientras se abrían paso por Alemania. Llegaron a su punto más grave en Berlín, donde, a medida que iban cercando la capital, se lanzaron a la violación colectiva en una escala sin precedentes. Que sus compatriotas hubieran tenido un comportamiento igualmente repugnante en Rusia no suponía ningún consuelo para las alemanas de todas las edades, que huían aterrorizadas y, a menudo, se suicidaban para evitar ser violadas por grupos de soldados de las repúblicas soviéticas con escasa experiencia de refinamientos occidentales tales como la electricidad o la fontanería doméstica.

No fueron menos espantosas las revelaciones sobre los campos de concentración, que empezaron a emerger con la muerte de Hitler y Mussolini. Dachau fue tomado por los estadounidenses el mismo día en que se colgó al Duce en Milán. Ravensbrück cayó un día después, el día del suicidio de Hitler. Las primeras fotografías de Belsen y Buchenwald se habían dado a conocer aquella semana, y se mostraban a una opinión pública incrédula. Eran tan espeluznantes, en su mayoría, que no tenían cabida en los periódicos. En su lugar se expusieron en pueblos y ciudades, de modo que toda la población del mundo libre pudiera ver las pruebas con sus propios ojos y comprender con exactitud qué había estado pasando en la Alemania nazi.

Todo el mundo había leído la prensa y había oído rumores sobre los campos, pero no necesariamente les daba crédito. El periodista radiofónico Richard Dimbleby —un hombre de impecable integridad— halló grandes dificultades para convencer a la BBC, que no se decidía a transmitir sus primeras notas como testigo presencial de Belsen. A otros tampoco se los creyó cuando explicaron con detalle lo que habían visto. Durante la primera guerra mundial se difundió extensamente el rumor de que los alemanes fundían cuerpos humanos para obtener grasa; resultó ser una patraña, con toda probabilidad inventada por la propaganda británica. Ahora volvían los

rumores, con historias adicionales de gaseado masivo, esqueletos vivientes, cabezas reducidas y pantallas de lámpara hechas con piel tatuada. No es de extrañar que hubiera escepticismo.

De hecho, el cine de Londres que exhibió la primera película sobre los campos fue asaltado, aquella semana, por una multitud enfurecida por la convicción de que el gobierno les estaba mintiendo otra vez. Fue una cólera compartida por millones de alemanes que, aun sabiendo que en los campos habían ocurrido actos terribles, estaban seguros de que la propaganda de los aliados había exagerado burdamente las atrocidades con el fin de justificar la guerra.

Pero las fotografías no mentían. La exposición que, aquella semana, patrocinó en Londres el *Daily Express* se titulaba «VER PARA CREER». Para contemplar las fotos de Buchenwald se formaron colas de miles de personas que salían de allí estupefactas. Más adelante, vieron en el cine la película de Belsen: esqueletos arrojados por decenas a fosas comunes, y civiles alemanes de pie ante las tumbas, al lado de las SS, y todo ello filmado en una toma única que, por lo tanto, no cabía tildar de amañada. Las fotografías no mentían. Había demasiadas, tomadas en demasiados lugares distintos, apoyadas por demasiados testigos presenciales: las historias no podían ser falsas. Era, sencillamente, imposible que lo fueran.

Ahora bien, ¿qué necesidad hay de otro libro sobre una semana que, por mucho que pudiera llegar a conmocionar, ya está bien documentada? Será necesario si el material es nuevo o atrae por lo desconocido. Así, todo el mundo sabe que Hitler murió en Berlín, pero ¿cuánta gente sabe que su hermana estaba en Berchtesgaden, bajo la anónima tapadera de «Frau Wolff», y que callaba mientras los otros huéspedes de la pensión charlaban sobre la muerte de su hermano? ¿O que Leni Riefenstahl, la directora de cine preferida de Hitler, estaba en la zona de una estación de esquí austríaca y, en cuanto averiguaban quién era, se veía incapaz de hallar una cama para pasar la noche? ¿O que el futuro papa Benedicto había desertado de la Wehrmacht y se dirigía hacia su casa a pie, aterrorizado por la posibilidad de que aún lo fusilaran o colgaran de un árbol por haber abandonado su deber?

Audrey Hepburn estaba en Holanda, feliz por haber escapado a su encierro en un burdel de la Wehrmacht, pero tan desnutrida que el sueño de convertirse en bailarina de ballet resultaba cada vez más irrealizable. Roman Polanski contaba once años de edad y vivía prácticamente como un niño salvaje por las calles de Cracovia. Bob Dole, malherido por un proyectil alemán, yacía paralizado en un hospital italiano y, mientras oía los vítores por el fin de la guerra en Italia, se preguntaba si algún día podría volver a mover los dedos de los pies. Toda clase de personas — algunas, famosas en aquel momento, otras, en un futuro— han recordado dónde estaban y qué hacían exactamente mientras a su alrededor se desarrollaban los hechos de aquellos cinco extraordinarios días.

He contado sus historias con sus propias palabras, siempre que ha sido posible; y me he centrado en personas interesantes o muy conocidas, pero no las que solemos asociar con los hechos que se describen. He cubierto todos los grandes acontecimientos de aquella semana en la que Hitler se suicidó y los nazis se dispersaron, pero también me he preguntado dónde estaba por entonces Marlene Dietrich, dónde estaban Günter Grass, Henry Kissinger, Jack Kennedy y muchos otros. Confío en que será una combinación interesante, un retrato inusual de Europa al terminar uno de los días más dolorosos de su historia.

Una advertencia, antes de seguir. Nunca ha sido fácil descubrir la verdad definitiva. No pocos testigos —en particular, en el búnker de Hitler— cambiaron su versión de la historia en años posteriores y ofrecieron relatos divergentes y a menudo contradictorios de los mismos hechos. Otros guardaron silencio durante décadas y luego les resultó difícil recordar con precisión los hechos y las fechas. Siempre he envidiado a los autores que se sienten capaces de determinar con certeza que un testigo particular se equivoca o miente. Por mi parte, prefiero dar fe de lo que los testigos afirmaron, situándolo en su contexto donde sea preciso, para luego dejar la decisión a los lectores. Aun así, puedo afirmar con certeza que cuanto sigue —y si no, algo muy similar— ocurrió de veras.

Quiero dar las gracias, de corazón, al senador Bob Dole y a lord Carrington por cuanto han aportado a este libro. También a Peter Devitt, conservador auxiliar del museo de la RAF en Hendon, que me ayudó a averiguar más datos sobre la Operación Maná; a Katharine Thomson, del Centro de Archivos de Churchill en el Churchill College de Cambridge; y Alec Holmes, cuyo saber quirúrgico me ayudó a dar sentido a la autopsia de Mussolini. Gracias igualmente a Andrew Lownie, mi agente, y Kate Moore y Emily Holmes, de Osprey Publishing.

Por último, quiero disculparme ante el presidente Jimmy Carter por no haber sabido hallar un contexto apropiado para su generosa contribución. Conste al menos que afirma que, cuando Hitler murió, se hallaba a bordo de un barco de la Armada estadounidense, con ansias de pisar Times Square a tiempo de unirse a las celebraciones por el fin de la guerra. Muy a mi pesar, no he podido encontrar un pasaje adecuado para mencionarlo en el libro.

**PRIMERA PARTE**

**SÁBADO, 28 DE ABRIL**

«Nuestros uniformes son grises, grises como las expectativas de un futuro que, para nosotros, no ofrece ni asomo de esperanza. Yo solo quiero dormir, dormir y, de pronto, despertarme y constatar que esto ha sido solo una pesadilla.»

HELMUT ALTNER

# 1

## LA MUERTE DE MUSSOLINI

A Mussolini se le estaba acabando el tiempo. Huyendo del avance de los aliados, había sido apresado por partisanos italianos cerca del lago de Como, en la tarde del 27 de abril de 1945, y encerrado en un lugar seguro en las montañas, donde ni siquiera sus amigos —los pocos que conservaba— lo podrían encontrar. Él y su amante, Clara Petacci, llegaron a Azzano en las primeras horas de la madrugada del 28 de abril y pasaron el resto de la noche custodiados en la casa de unos campesinos, que se alzaba por encima del pueblo. Los habían vigilado dos jóvenes partisanos que permanecieron toda la noche de guardia, ante la puerta. Uno de ellos, que espía a Clara mientras se aseaba en un lavadero, antes de ir a dormir, contó al otro que la novia de Mussolini tenía unos pechos magníficos; le resultaba muy comprensible que el Duce la tuviera como amante.

Mussolini durmió muy profundamente hasta bien entrada la mañana siguiente, a diferencia de Clara, que lloró durante la noche y dejó la almohada manchada de maquillaje. Cuando Mussolini se despertó, tenía los ojos rojos, y la cara, pálida y gris por debajo de la barba incipiente. A sus captores les quedó claro que el antiguo dictador de Italia contemplaba con desesperanza lo que el nuevo día le podía aportar.

*Il Duce* desayunó poco; apenas jugueteó con una bandeja de pan y salami, en el dormitorio, sin que los partisanos descuidaran la guardia. Les preguntó si los estadounidenses habían tomado Como durante la noche y, cuando le confirmaron que sí, asintió con resignación. Más tarde, Clara volvió a la cama, se cubrió de nuevo con las mantas e intentó recuperar el sueño; Mussolini se quedó sentado en el borde del colchón, mirando por la ventana hacia las montañas cubiertas de nieve, al otro lado del lago.

Aún estaba allí cuando el pelotón de ejecución lo recogió, a las cuatro de la tarde. Subieron las escaleras a toda prisa, encabezados por un hombre alto, con un impermeable beige, que se hacía llamar «coronel Valerio». En realidad se trataba del comunista Walter Audisio, un veterano de la guerra civil española, entregado desde entonces a combatir el fascismo.

Audisio irrumpió en la habitación armado con una metralleta Sten.

—¡Rápido! —le dijo a Mussolini—. He venido a rescatarle.

—¿De veras? —replicó Mussolini, sin esconder su escepticismo—. Muy amable por su parte.

—¿Va armado? —quiso saber Audisio.

La noche anterior, Mussolini había robado en la cocina un cuchillo que escondió en la cama; pero aseguró a Audisio que no iba armado.

Audisio se dirigió a Clara, que aún estaba en la cama, con el rostro vuelto contra la pared.

—Usted también. Venga. Levántese.

Mussolini se puso el capote mientras Clara buscaba frenéticamente entre las sábanas.

—¿Qué busca? —preguntó Audisio.

—Las bragas.

—No se preocupe por eso. Solo dese prisa.[\[1\]](#)

Clara se vio obligada a dejar el bolso, además de la ropa interior. Las escaleras resonaban con sus pasos reticentes y, una vez abajo, fue escoltada al exterior, al igual que su amante, que caminaba penosamente algo más atrás. Lia De Maria, la propietaria de la casa, observaba la escena desde una ventana lateral y se persignó nerviosa cuando desaparecieron. Clara le había gustado, en lo poco que la había visto, y no deseaba que le pasara nada malo.

Bajaron con dificultad por la senda montañosa. Clara, con tacones altos, se aferraba desesperada a un Mussolini que ya no tenía fuerzas para sostenerla. El Duce estuvo a punto de caerse, pero logró sujetarse a un muro; Clara intentó ayudarlo, pero la apartaron de él con brusquedad. Mussolini no halló qué decir a su amante mientras seguían caminando y dejaban atrás a un trío de mujeres que se afanaba en un lavadero de piedra, hasta llegar a la carretera principal. Los vieron un anciano que bajaba la colina con un fardo de paja a la espalda y una mujer que paseaba con un niño. Nadie reconoció a Mussolini, aunque todos se preguntaron por qué aquella mujer que lo acompañaba, tan bien vestida, iba llorando.

En la carretera los aguardaba un coche, un sedán negro, de la casa Fiat, con matrícula de Roma. Cuando apareció el grupo, Rosita Barbarita estaba paseando sus perros por las inmediaciones. Audisio le indicó, con un gesto del fusil, que se alejara. Y así lo hizo: Rosita se retiró del lugar apresuradamente mientras hacían entrar a Mussolini y a su amante en la parte trasera del Fiat.

El coche partió, con Audisio sentado sobre el guardabarros y los compañeros, con las armas listas, subidos a los estribos. Los dos jóvenes partisanos que habían vigilado a Mussolini durante la noche seguían a paso vivo por detrás del coche, mientras este enfilaba la carretera de montaña hacia la pequeña población de Mezzegra y, más allá, el lago.

El coche no había recorrido más que unos pocos cientos de metros cuando se detuvo de nuevo, en una curva que quedaba oculta desde las dos direcciones de la carretera. El conductor se paró a las puertas de la Villa Belmonte. Se hizo salir a Mussolini y Clara y se les ordenó situarse ante el muro. Clara se abrazó a su amante y contempló, incrédula, cómo Audisio murmuraba unas pocas palabras sobre una pena capital y justicia para el pueblo italiano.

—¡No pueden hacer eso! —protestó Clara—. ¡No pueden fusilar a Mussolini!

—¡Apártate! —replicó Audisio—. ¡Apártate o tú también morirás!

Pero Clara Petacci no le estaba escuchando y se negaba a soltarse del abrazo. Aún estaba aferrada a él, y protestando, cuando Audisio apretó el gatillo.

Mientras Mussolini se encaminaba hacia su muerte, su esposa Rachele se hallaba escondida a pocos kilómetros de distancia, en el extremo meridional del lago. Sin otro lugar al que ir, ella y sus dos hijos menores habían sido trasladados a Cernobbio, a las afueras de la propia ciudad de Como, donde un «camisa negra» los había alojado amistosamente en su propia casa. No era un refugio seguro, pero era mejor que estar en la calle, donde se estaba hostigando y matando sin compasión a los fascistas y cualquier otra persona asociada con Mussolini.

Rachele Mussolini oía con desesperación el tiroteo continuo. La inminente llegada del ejército estadounidense había sido la chispa de un levantamiento general contra los fascistas que aún quedaban en el norte de Italia. El propio Mussolini había huido tan solo unos días antes, con la vaga intención de plantarse y ofrecer resistencia en los Alpes; pero solo pudo constatar que, ante el avance de los estadounidenses, sus partidarios desaparecían. Presa del pánico, había escrito a su esposa para indicarle que se pusiera a salvo, y con ella a los niños, y se unió a una columna de soldados alemanes que regresaban a su país. Quizá habría logrado escapar si un partisano italiano no hubiera reconocido su rostro bajo el casco alemán. Fue arrestado y conducido a las montañas, a la espera de su ejecución.

La carta que envió a Rachele se escribió cuando aún pensaba en resistir hasta la muerte en los Alpes:

Querida Rachele:

Aquí estoy, en el último estadio de mi vida, la última página de mi libro. Quizá nosotros dos ya no volvamos a vernos nunca más, y por eso te escribo y te envío esta carta. Te pido perdón por todo el daño que sin querer te he hecho. Pero sabes que eres la única mujer a la que he amado de verdad. Lo juro delante de Dios, lo juro delante de nuestro Bruno, en este momento supremo. Ya sabes que debemos ir hacia la Valtellina. Llévate a los niños e intenta llegar a la frontera suiza. Allí puedes formar una nueva vida. No creo que se nieguen a dejarte entrar porque siempre les he ayudado y tú no has tenido nada que ver en la política. Si se niegan, ríndete a los aliados, que probablemente serán más generosos que los italianos. Cuida de Anna y de Romano, en especial de Anna, que tanto lo necesita. Sabes cuánto los amo. Bruno, desde el cielo, te ayudará.

Con todo mi amor para ti y para los niños,

Benito<sup>[2]</sup>

Rachele hizo exactamente lo que Mussolini le indicaba, y partió hacia Suiza, en medio de la noche, acompañada por Anna Maria, de quince años, y Romano, de diecisiete. La frontera se hallaba a tan solo cinco kilómetros de Como. Era fácil reconocerla por las luces que destellaban pacíficamente al otro lado de una Italia oscurecida contra los bombardeos. Se sumaron a una cola de automóviles que llegaba hasta la frontera, donde un oficial enviado por Mussolini aguardaba para ayudarlos a pasar. Estaban a cinco metros de la seguridad cuando los guardias fronterizos, tras estudiar los documentos y realizar algunas llamadas discretas, sacudieron la cabeza con pesar y les comunicaron que no se les autorizaba el paso. Era «de todo punto imposible» que los Mussolini entraran en Suiza.

Rachele quedó decepcionada, pero no desolada, cuando se alejaron de la frontera. De hecho, se sintió aliviada por la idea de no tener que abandonar Italia. Los condujeron de vuelta a Como entre la oscuridad, por una carretera abarrotada de alemanes e italianos que huían en todas direcciones. Los partisanos antifascistas regresaban de Suiza y bajaban en gran número de las montañas para hacerse con el control del país. Hubo algunos tiroteos esporádicos, pero la propia

Como, a su vuelta, estaba tranquila.

Tras dirigirse directamente al cuartel general de los fascistas, descubrieron que allí nadie sabía qué hacer con ellos. Al comprender que perdían el tiempo, Rachele y sus hijos se marcharon de nuevo. Anna Maria se sentó en los escalones del exterior, desconsolada, mientras se preguntaban dónde ir y qué hacer a continuación. Hasta el amanecer no recibieron la ayuda de un partidario de Mussolini que se compadeció de ellas, según recordaba Rachele con agradecimiento:

Uno de nuestros leales camisas negras insistió en que era demasiado peligroso quedarse por la calle. Hablamos y nos aconsejó refugiarnos a cierta distancia de allí, en su casa. Fuimos hacia allá. Nuestra llegada supuso cierta conmoción en aquella casita rural pequeña y escasamente amueblada. No les sobraba comida y acabé preparando un desayuno para todos con cuanto me quedaba de mis propias provisiones.

Los camisas negras salieron a buscar noticias del Duce y, al volver, dijeron que nos llevarían hasta la columna con la que viajaba mi esposo. También me dijeron que nos habían robado el coche.

El ruido de los tiroteos se empezó a oír más cerca. Miramos carretera abajo, por la diminuta ventana, y fuimos testigos de escenas de pánico. Nuestros hombres estaban aterrorizados y pasé todo el tiempo animándolos. Ayudar a los otros hacía que mi propio pesar fuera más soportable. A un chico al que reconocieron como fascista lo asesinaron ante nuestros mismos ojos. Bastaba una denuncia para la ejecución inmediata. Cada cierto rato, escuchábamos cómo, a través de la radio, se ordenaba perseguir a los fascistas sin compasión. Desde un hospital próximo, soldados heridos, vestidos con lo primero que encontraban, salían huyendo y se desperdigaban por toda la ciudad. El mundo entero parecía haberse convertido en un auténtico infierno. Los niños estaban poseídos por el pánico.<sup>[3]</sup>

En aquellas circunstancias, Rachele y sus hijos no pudieron ni siquiera intentar reunirse con Mussolini. Y ahora era demasiado tarde, aunque ellos aún no lo supieran. Llevaban dos días ocultándose en la casa del camisa negra, demasiado aterrados para mostrarse ante los demás mientras en torno campaba una guerra civil. Rachele sabía, sin embargo, que pronto tendrían que marcharse, pues el camisa negra corría mucho peligro: si lo encontraban dándoles alojamiento, tal vez lo fusilarían, a él y a toda su familia. Lo único correcto era esconderse en otra parte, hasta que la masacre concluyera. Pero ¿dónde? Con el caos en las calles y todo el mundo en contra, Rachele Mussolini tenía la incómoda certeza de que ella y sus hijos no tenían adónde ir.

La ejecución de Mussolini no se desarrolló según lo previsto. La metralleta Sten de Audisio se encasquilló al intentar dispararla; el partisano maldijo, sacó el revólver y se encontró con el mismo problema. Comprendiendo qué iba a pasar, Mussolini se abrió la chaqueta —según un testigo— y plantó cara a Audisio, desafiándolo.

—Dispáreme al pecho —dijo.

Uno de los hombres de Audisio corrió a darle su propia arma. Esta vez no hubo fallo. Clara Petacci resultó herida la primera y murió en el acto. Mussolini cayó hacia atrás, contra la pared, al lado de Clara, y resbaló hasta el suelo, aún con vida. Audisio se acercó a él y le disparó de nuevo, a bocajarro. Mussolini se agitaba convulsivamente y al fin se quedó quieto, tocando el cuerpo de Clara en la pared. Todos lo contemplaban con espanto, horrorizados por lo que acababan de ver. Había ocurrido con tanta rapidez que, cuando hablaron de ello, más adelante cada uno lo recordó a su manera.

Cuando todo terminó, Audisio necesitó un cigarrillo. El conductor también se fumó uno, pese a que no era fumador. Nadie dijo nada cuando se agacharon a recoger los casquillos vacíos. Por detrás del muro, los habitantes de la residencia habían oído los tiros, pero tardaron un rato en salir a investigar. No querían verse involucrados en nada que no les concerniera.

Aún eran tan solo las cuatro y cuarto. La lluvia que había estado amenazando toda la tarde empezó a caer cuando los partisanos acabaron de fumar. Audisio dejó a los dos jóvenes al cargo de los cadáveres, bajo la llovizna y en compañía de los otros, subió al coche y se dirigió a la ciudad de Dongo, donde ejecutaron a varias personas más, entre ellas varios ministros de Mussolini y el hermano de Clara Petacci. Luego volvieron a la Villa Belmonte.

Bajaron los cuerpos de Clara y Mussolini hasta la carretera principal y los arrojaron a una camioneta de mudanzas, por encima de todos los demás cadáveres. De noche, condujeron el vehículo hasta Milán. Se pretendía exhibir los cuerpos al día siguiente, en el Piazzale Loreto, donde, el mes de agosto anterior, los fascistas habían fusilado a quince rehenes. Sería, en cierto sentido, un acto de justicia, ahora que la guerra se aproximaba a su fin. Mientras veía alejarse la camioneta, Audisio solo tenía una inquietud grave: que patrullas estadounidenses pudieran interceptar el vehículo e impedirle llegar a su destino.

## 2

### EN BERLÍN

Mientras Mussolini hallaba la muerte, Adolf Hitler seguía en Berlín, sentado y tembloroso, tan debilitado en cuerpo y ánimo que apenas podía comprender lo que ocurría alrededor, mientras el techo reverberaba sobre su cabeza. El búnker de la Cancillería era una construcción sólida, de varias capas de hormigón, concebida para resistir el bombardeo más intenso; pero Berlín se levanta sobre arena y, cada vez que un proyectil ruso caía en las inmediaciones, las paredes se estremecían y perdían pedazos de yeso que caían al suelo como una lluvia de polvo. El bombardeo había empezado varios días antes y, con el avance del ejército rojo, estaba cada vez más próximo. En el búnker, incluso el propio Adolf Hitler comprendía que, a lo sumo, los rusos tardarían uno o dos días más en llamar a la puerta.

Mientras el bombardeo seguía su curso, Hitler tenía ante sí, en la mesa, un mapa corriente, de publicación civil, en el que se habían marcado las vías de acceso a la ciudad. Lo usaba para planear el avance del general Walther Wenck, al que se había ordenado acudir con sus tropas en socorro de Berlín. Hitler no sabía hasta dónde había llegado Wenck, ni cuántos soldados le quedaban; ni siquiera sabía dónde estaban los rusos. Pero repasaba los movimientos, pese a todo, disponiendo una y otra vez una serie de botones por todo el mapa, desplazándolos aquí o allá con dedos convulsos, como el que dispone las fuerzas en un juego de ajedrez. Cada cierto tiempo gritaba dictando órdenes que no se dirigían a nadie en particular. En su cabeza —si ya en ningún otro lugar—, Hitler aún estaba venciendo en la guerra contra los bolcheviques.

El ejército ruso había acabado de cercar Berlín hacía tres días. Sus tropas ya podían ver, a través de sus prismáticos de campaña, el Reichstag —el edificio del Parlamento—, cuya gran cúpula destacaba en el corazón mismo de la ciudad. En el resto de Alemania, los rusos habían trabado contacto con los estadounidenses en el Elba, y los británicos avanzaban hacia la frontera danesa ante una resistencia cada vez más débil. Faltaban pocos días para que, pasara lo que pasara en Berlín, la guerra acabara, con Alemania derrotada por segunda vez en el lapso de una generación.

La derrota siempre había sido inevitable. Los generales siempre habían advertido a Hitler, antes incluso de que empezara, que la guerra acabaría así. Después de analizar a los ejércitos británico, francés y ruso en los simulacros bélicos, habían concluido que, con independencia del rendimiento en combate, Alemania acabaría perdiendo. Los economistas se habían mostrado de

acuerdo; destacaron la escasa fertilidad de la tierra alemana y recordaron a Hitler que el país carecía de los recursos minerales precisos para lidiar una guerra prolongada. Hitler había empezado aceptando su punto de vista y, en *Mein Kampf*, defendía que se debía evitar el error de combatir con los británicos, puesto que una guerra en dos frentes nunca era aconsejable. Pero en el verano de 1939 hizo caso omiso de su propia valoración y ahora el país entero pagaba por su necesidad.

Pese a todo, aún había esperanza, al menos a juicio de Hitler. Hacía mucho que había perdido la confianza en los otros generales, pero aún tenía cierta fe en el general Wenck. Si alguien podía llegar a Berlín, era Wenck. Cuando estuviera allí y obligara a retirarse a los rusos, se podría abrir un pasillo para salir de la ciudad, una cuerda de salvamento para enlazar con el ejército estadounidense por el oeste. Ahora, Estados Unidos era la clave. Hitler se había convencido de que, si los estadounidenses podían impedirlo, nunca permitirían que un país de cultura, como Alemania, cayera en manos bolcheviques. Para mantener a los comunistas fuera de Europa, primero socorrerían a Alemania.

Pero no se podía hacer sin Wenck. Se decía que sus tropas estaban por la zona de Potsdam y aún batallaban por alcanzar la capital. Hasta que llegaran, Hitler no podía hacer más que sentarse a esperar, moviendo botones obsesivamente por el mapa, mientras los proyectiles caían alrededor y el búnker seguía resonando. Cada cierto tiempo, dictaba a sus auxiliares telegramas cada vez más histéricos: «¿Dónde está Wenck?», «¿Qué le está pasando al 9.º Ejército?», «¿Cuándo se unirán Wenck y el 9.º Ejército?»,<sup>[4]</sup> pero no recibía ninguna respuesta. En el búnker, ya nadie tenía una idea clara de qué estaba ocurriendo en Alemania.

Más arriba, en las calles de Berlín, mientras los rusos avanzaban hacia el centro de la ciudad, se combatía con furia y rapidez. Todos los alemanes disponibles se esforzaban por contenerlos. Las afueras ya habían caído, al igual que buena parte de los barrios residenciales, pero los alemanes aún se aferraban a la zona central, en torno del Tiergarten —el jardín zoológico— y la Puerta de Brandeburgo, y se negaban obstinadamente a rendirse. Hitler les había asegurado que había refuerzos en camino y que los carros de combate y los cañones de Wenck venían a marchas forzadas para salvarlos de la amenaza roja. En el centro, los alemanes resistían a muy duras penas, intentando como fuera no ceder antes de que llegara Wenck.

Los hombres combatían como posesos, incluso los que ya no daban ningún crédito a las palabras de Hitler. Luchaban porque no contaban con ninguna alternativa realista. Tenían muy claro qué ocurriría si se rendían a los rusos: los tomarían como esclavos, los llevarían a la Unión Soviética y los obligarían a trabajar durante el resto de sus días. Las mujeres sufrirían violaciones colectivas, como les había ocurrido siempre que los rusos las habían encontrado. La rendición no tenía ninguna ventaja para los alemanes. Incluso si querían desistir, desde su propio bando no se lo permitirían: fanáticos de las SS y las Juventudes Hitlerianas estaban colgando a los hombres en las farolas, o fusilándolos en el acto, en cuanto mostraban algún signo de vacilación. En Berlín, los alemanes estaban atrapados entre las llamas y el fuego.

A Helmut Altner, lo que le hacía seguir luchando era el miedo a que lo apresaran. Por entonces

solo contaba diecisiete años y no quería pasar el resto de la vida encarcelado en un campo de trabajo soviético. Lo habían reclutado a finales de marzo y, tras recibir tan solo cuatro días de instrucción, lo enviaron al frente. En cierto momento de su avance, una chica se ofreció a esconderlo. Pero él no se atrevió a aceptar y entró en combate junto con sus camaradas, la mayoría de los cuales, entonces, ya había muerto. Ahora Altner, tras dos semanas de duros combates, era un veterano.

Aunque en realidad hacía tan solo unos pocos días, parecía que habían pasado siglos desde que el comandante del batallón prometió a las tropas que lograrían la victoria en un plazo de veinticuatro horas. Estaban detrás mismo del frente, y el hombre se adelantó a arengarlos con estas palabras:

Hitler ha ordenado: «¡Resistid otras veinticuatro horas y se producirá el gran cambio en la guerra! Hay refuerzos en camino. Están llegando armas maravillosas. Se descargan cañones y carros de combate por miles. ¡Resistid otras veinticuatro horas, camaradas! Paz con los británicos. Paz con los estadounidenses. En el frente del oeste, los cañones guardan silencio. El ejército occidental está en marcha para socorrerlos, valientes guerreros del frente oriental. Miles de británicos y estadounidenses se unen voluntariamente a nuestras filas para repeler a los bolcheviques. Cientos de aviones británicos y estadounidenses están preparados para intervenir en la batalla por Europa. Resistid otras veinticuatro horas, camaradas. Churchill está en Berlín, negociando conmigo».[5]

Eran simples ilusiones. Winston Churchill no estaba en Berlín y nadie acudía a socorrerlos. Que Altner supiera, quizá el propio Hitler ni siquiera estuviera en Berlín. Para él, no había más realidad que el constante bombardeo de los proyectiles rusos en los barrios residenciales del oeste, y el tableteo de las ametralladoras, que se había iniciado antes de que amaneciera aquel día, mientras los rusos cruzaban el Reichssportfeld («campo imperial de deportes») en dirección al cuartel de Ruhleben. Altner se había despertado en la oscuridad, por el sonido del fuego enemigo, y había entrado en acción de inmediato. Agarró el fusil y unos pocos cintos de munición y salió al exterior, a averiguar qué estaba pasando. En la oscuridad resultó imposible determinarlo con seguridad. La única certeza era que los atacaban desde varios lugares al mismo tiempo y que en toda la zona reinaba el caos.

Los alemanes consiguieron detener a los rusos al cabo de un rato, pero no antes de que estos tomaran el Reichssportfeld. Los combates se apagaron hacia el amanecer, cuando ambos bandos se dedicaron a consolidar las posiciones. Poco después de los primeros rayos de luz, apareció un carro de combate ruso que provocó el pavor de Altner, tras detenerse ruidosamente delante de su trinchera. Altner no había visto que enarbolaba una bandera blanca y creyó que había llegado su fin. En su lugar, emergió la cabeza de un ruso que, a través de un megáfono, instó a los alemanes a rendirse: «Se os tratará bien y se os permitirá regresar a vuestras casas en cuanto hayan terminado las hostilidades. Soldados, no vale la pena continuar. ¿Realmente queréis perder la vida en las últimas horas de una guerra ya perdida?».[6]

Varios alemanes se fiaron de la promesa rusa y, silenciosamente, partieron hacia las líneas enemigas en cuanto les pareció que nadie los observaba. A Altner se le ordenó derribarlos por la espalda, pero disparó por encima de sus cabezas. Comprendía a los que desertaban. Él también habría desertado de no ser por el pavor que le provocaba que lo capturasen.

Más tarde, el combate se reanudó, cuando cientos de miembros de las Juventudes Hitlerianas llegaron desde sus casas en un intento desesperado de recuperar el complejo deportivo y el estadio olímpico. A media tarde, lograron repeler a los rusos, pero con un coste abrumador de muertos y heridos. Ahora Altner se hallaba en compañía de un puñado de soldados a los que no conocía. Se les ordenó bajar a la estación de metro e intentar llegar al centro de la ciudad por uno de los túneles para luego atacar a los rusos por detrás. Como buena parte de la línea ya estaba en manos del enemigo, a Altner le pareció más bien una misión suicida, mientras se adentraba en el túnel con el resto del pelotón.

Nuestros uniformes son grises, grises como las expectativas de un futuro que, para nosotros, no ofrece ni asomo de esperanza. Yo solo quiero dormir, dormir y, de pronto, despertarme y constatar que esto ha sido solo una pesadilla, que no ha habido guerra, que no hay ruinas, no hay muertos ni cuerpos destrozados, sino que hay paz; que el sol brilla y la vida late sin la amenaza de perderla en cualquier momento. Pero esto es solo una ilusión. Estamos condenados a morir y no sabemos por qué, ¡y no sabemos por qué no se nos permite vivir!<sup>[7]</sup>

Mientras Altner desaparecía en la penumbra, la actriz Hildegard Knef y su amante se hallaban unos tres kilómetros más al sur, de camino hacia el barrio de Schmargendorf, para combatir contra los rusos. El productor de cine Ewald von Demandowsky fue reclutado para la Volkssturm —la milicia equivalente en Alemania a la Home Guard de Gran Bretaña— y enviado directamente al frente. Hildegard no quería quedarse sola y había insistido en acompañarlo. Contaba diecinueve años, poseía una belleza deslumbrante y no se llamaba a engaño sobre lo que le ocurriría si los rusos la hacían prisionera. Prefería quedarse con su novio y arriesgarlo todo en el combate.

Para ello intentó disfrazarse de hombre, pero, pese a que su voz era profunda, cuando se presentó en el cuartel no tardaron en descubrirla. Aun así, le dieron un casco, una metralleta y un puñado de granadas, y le indicaron cómo usarlas. También se hizo con una navaja, que se guardó en la bota al tiempo que se recordaba a sí misma que, si en algún momento tenía que usarla, era preferible cortar desde la cintura hacia arriba, no en horizontal.

Ahora se dirigía a la zona de carga de Schmargendorf, junto con Demandowsky y unos pocos más. En total, eran diez, una mezcla de veteranos de Rusia, miembros de las Juventudes Hitlerianas, de las SS y ancianos, distribuidos a intervalos de unos veinte metros mientras avanzaban entre los escombros. Una parte del camino la recorrieron a rastras; el resto, corriendo y saltando para evitar convertirse en blancos. Lograron alcanzar ilesos la zona de carga, pero, cuando intentaron cruzarla, fueron detectados por francotiradores rusos. Saltando sobre las vías como un canguro, Hildegard corrió hacia un tren abandonado y, cuando los francotiradores abrieron fuego, se lanzó debajo de un vagón de mercancías. Ella llegó a tiempo, pero uno de los Jóvenes Hitlerianos que los acompañaban no tuvo tanta suerte. Hildegard aún podía oír cómo el moribundo llamaba a gritos a su madre.

La línea alemana estaba al otro lado de la zona, en una hilera de hoyos excavados a toda prisa por detrás de las pistas de tenis. Hildegard y Demandowsky hallaron refugio en un cobertizo de jardín, junto a un teniente que inspeccionaba las pistas con sus prismáticos. Se había camuflado el casco y los hombros con hojas y a Hildegard le recordó a un actor que estuviera a punto de saltar

al escenario a representar *El sueño de una noche de verano*.

Fuera había un hombre muerto, de las SS. Hildegard y Demandowsky estaban intentando mover su cuerpo cuando los rusos lanzaron un ataque.

¡Hurrraaaaa! Vienen desde detrás de nosotros, detrás de las pistas de tenis. El teniente levanta la vista. Aúllan como monos, dice, cuando atacan siempre aúllan como monos. Alza el puño y golpea contra el barro, veinte ametralladoras empiezan a disparar ruidosamente, sacamos la nuestra y le ponemos una cinta de munición. Empieza a dar sacudidas y bandazos, quiere funcionar sola, no le gusta que la toquemos, empieza a lanzarse de un lado a otro, se calienta, se encasquilla, muere. E. von D. la recoge, sale a rastras y corre hacia el cobertizo. Por detrás de nosotros, las casas arden en llamas.[8]

Los rusos fueron repelidos y no volvieron a atacar hasta el anochecer. Hildegard agradeció el respiro, aunque solo fuera porque le daba ocasión de orinar por fin. Se presentó voluntaria para hacer guardia en el primer turno de la noche, en una trinchera que ocupó en solitario mientras Demandowsky descansaba un poco en el cobertizo. Las primeras horas de la noche eran el mejor período para hacer guardia, pues era raro que los rusos atacasen entonces. A esa hora — Hildegard no tardó en descubrirlo— se dedicaban a emborracharse y violar mujeres:

Estoy aquí en mi trinchera, en el agua, con la ametralladora y la pistola firmemente agarradas, miro por los prismáticos hacia el exterior, veo sombras, voy masticando el resto del queso, oigo que algo suena y cruje, oigo gritos, gritos que desgarran el corazón, chillidos agudos y débiles. Llamo en voz baja a la trinchera de al lado:

—¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Qué son esos gritos?

—Los rusos que hay en esa casa de allá se han echado sobre las mujeres, ¡mierdamierdaohmierdaohmierda!

[9]

Hildegard estaba aterrorizada, pues era muy consciente de qué les hacía a las mujeres el ejército ruso. Lo había oído contar de primera mano a refugiados de Prusia oriental, en Dahlem. Los rusos violaron repetidamente a las prusianas y luego les aplastaron la cabeza. Una mujer le contó a Hildegard que a su hermana le habían cortado los pechos y su marido había sido crucificado contra una puerta. Encogida miserablemente en el hoyo mientras los gritos continuaban, con un arma de fuego en una mano y la navaja en la otra, Hildegard Knef decidió que a ella nunca le ocurriría nada parecido, si había algún modo de evitarlo.

## HIMMLER LLAMA A LA PAZ

Mientras en Berlín los combates arreciaban, Heinrich Himmler iba de camino a Lubeca. Regresaba a su cuartel del Báltico tras una reunión de la Wehrmacht en Neuroofen. Con tantos refugiados en la carretera, el viaje estaba durando la mayor parte del día, cuando en una ocasión normal solo habría necesitado un par de horas.

El Himmler de aquel trayecto no era un hombre feliz. Con Berlín a punto de caer y el ejército alemán en plena retirada, le incomodaba la certeza de que, muy pronto, los líderes del nazismo tendrían que rendir cuentas de todas las atrocidades cometidas durante los cinco años precedentes. Como jefe de las SS, sabía que los aliados no le mostrarían la más mínima compasión. Su única posibilidad real de sobrevivir era tener algo que ofrecerles a cambio de su propia vida; un elemento con el que negociar para librarse de la ejecución.

Himmler tuvo cuidado de no mencionarlo en la conferencia de la Wehrmacht, pero el 23 de abril se había dirigido de forma clandestina a los estadounidenses, solicitando, mediante los buenos oficios del conde sueco Folke Bernadotte, iniciar unas negociaciones de paz. Por sugerencia de Bernadotte, había escrito una carta en la que ofrecía rendir a los ingleses y estadounidenses el conjunto de las fuerzas alemanas del oeste, sin mencionar las tropas que seguían combatiendo contra los rusos en el este. Bernadotte se propuso entregar la carta en secreto a los aliados occidentales, con la advertencia de que, a su juicio, sería muy poco probable que los aliados tomaran en consideración una rendición alemana que no implicara también a los rusos.

La réplica de los aliados estaba aguardando a Himmler a su regreso a Lubeca. No era la que esperaba. Como había previsto Bernadotte, británicos y estadounidenses no estaban dispuestos a contemplar una paz por separado de la Unión Soviética:

Una oferta de rendición alemana solo se aceptará a condición de que sea completa en todos los frentes, en lo que respecta a Gran Bretaña, la Unión Soviética y también Estados Unidos. Cuando se hayan cumplido estas condiciones, las fuerzas alemanas deberán deponer las armas de inmediato, en todos los frentes, ante los comandantes aliados locales. Si continuara habiendo resistencia en algún punto, el ataque aliado continuará implacablemente hasta que se haya logrado la victoria completa.[\[10\]](#)

Esto no era todo. Himmler se horrorizó al saber que los aliados habían desvelado a la prensa los detalles de su aproximación. El intento se había realizado en la más estricta confidencia, sin

que Hitler lo supiera, con voluntad de negociar a espaldas del Führer una rendición cuyas condiciones permitieran a Himmler sobrevivir a la contienda sin castigo, quizá incluso como jefe del gobierno alemán de la posguerra. Pero los aliados le habían traicionado. Aquella mañana, habían filtrado deliberadamente a la prensa la noticia, que había sido recogida por una radio extranjera. Al día siguiente, toda Alemania estaría al cabo de la traición de Himmler.

Como si le estuvieran esperando, al poco de volver a Lubeca recibió una llamada de teléfono. Era de Dönitz, el gran almirante, quien, tras enterarse de la noticia en el cuartel de la Wehrmacht, quería saber si era cierta. Himmler corrió a tranquilizarlo. También quiso decirle lo mismo a la Wehrmacht, de modo que llamó por propia iniciativa al cuartel general para negar la información radiofónica e insistir en que no había mantenido contacto con los aliados. Luego hizo venir al Brigadeführer de las SS Walter Schellenberg, su intermediario en las negociaciones con el conde Bernadotte en Dinamarca. Quería saber de boca del propio Schellenberg por qué el proyecto había fracasado y su nombre acaparaba los noticiarios pese a que aquel tenía instrucciones estrictas de manejar todo el asunto en secreto.

Schellenberg acudió a la llamada con gran reticencia. No se hacía ilusiones respecto de la convocatoria. Himmler tenía la mala costumbre de reprochar a los demás sus errores de cálculo y hacerles afrontar a ellos las consecuencias. Mientras Schellenberg se dirigía en coche a Lubeca, aquel anochecer, le parecía ciertamente posible que, en cuanto hubiera informado a Himmler, lo hicieran salir y fusilaran.

Schellenberg confiaba en que el conde Bernadotte lo acompañaría a la reunión, para darle apoyo moral, pero ahora Lubeca quedaba demasiado cerca del frente. Así pues, para no enfrentarse a Himmler en solitario, Schellenberg hizo una llamada y se aseguró de que otra persona lo acompañara en su lugar. «Comprendí que mi posición con Himmler sería ahora tan difícil que me enfrentaba a la posibilidad de ser ajusticiado. Por ello, acordé con un astrólogo de Hamburgo que me acompañara. Himmler lo conocía en persona y tenía un gran concepto de él. No podía resistirse a que le leyeran el horóscopo y sentí que ello amortiguaba su decepción y la reacción consiguiente.»[\[11\]](#)

El astrólogo —se hacía llamar vidente— era Wilhelm Wulff. Según sus propias palabras, fue uno de los varios cientos de astrólogos alemanes arrestados después de que Rudolf Hess huyera a Escocia en 1941, para ser interrogado por la Gestapo, que no sabía explicarse la conducta de Hess. Wulff fue liberado al cabo de un tiempo, pero siguió estando vigilado; si sus horóscopos demostraban ser inexactos, se la castigaría severamente. Cuando un coche de las SS lo recogió en Hamburgo para llevarlo a Lubeca, estaba casi tan nervioso como Schellenberg, con quien se reuniría antes de presentarse ante Himmler, algo más tarde, aquella misma noche.

Las primeras palabras que le dirigió Schellenberg cuando se encontraron fueron: «Asegúrese de que Himmler me envía a Estocolmo».[\[12\]](#) Wulff pidió que lo dejaran a solas una hora, para consultar sus cartas astrales y preparar unos horóscopos. Luego ambos partieron hacia la sede policial que, en las afueras de la ciudad, cobijaba el cuartel de Himmler.

Llegaron cerca de la medianoche. Los hicieron bajar por un pasillo mal iluminado, hasta una sala en la que había camas, una mesa y bancos de madera junto a las paredes. Se sentaron a esperar, pero Himmler no apareció. Dieron las doce, y pasaron, después de que una sirena de

incursión aérea llamara a refugiarse; pero aún no había señales del líder de las SS. A Schellenberg y Wulff, a todas luces, les esperaba una noche larga. Se estiraron en uno de los bancos de la pared, repasaron una vez más los puntos de los que iban a hablar con Himmler cuando este llegara, y luego se resignaron a esperar largo rato.

Mientras Schellenberg acudía a la reunión con Himmler, el conde Bernadotte permaneció en Dinamarca, horrorizado al saber por la radio que sus conversaciones con los aliados se habían hecho públicas. Estaba en casa de un oficial danés cuando oyó su propio nombre en las noticias, seguido por el anuncio de que había emprendido negociaciones con Himmler al respecto de una rendición alemana.

La primera reacción de Bernadotte fue de desesperación. Como primo del rey de Suecia, su objetivo principal, a la hora de actuar como intermediario, era garantizar que los alemanes se retirarían pacíficamente de Noruega y Dinamarca; pretendía que la salida de la Wehrmacht no dañara a los escandinavos. Aunque había negociado sobre todo con Schellenberg, también se había visto con Himmler, con quien se reunió en secreto en el consulado sueco de Lubeca, el 23 de abril. Charlaron largamente a la luz de las velas, después de una incursión aérea. Himmler había admitido que Alemania estaba derrotada y que, si Hitler no había muerto aún, no tardaría en morir. Pidió a Bernadotte que consultara a los angloestadounidenses sobre una posible rendición y añadió personalmente que, si se rechazaban sus propuestas, se iría al frente ruso a buscar una muerte honrosa en combate.

Himmler se había expresado con toda confidencialidad, igual que Bernadotte cuando transmitió su mensaje a los embajadores británico y estadounidense en Estocolmo. Resultó frustrante, por lo tanto, oír sus nombres en la radio y saber que los habían descubierto. Pero ¿era un desastre? Al principio, desde luego, Bernadotte lo creyó así. «Mi reacción inicial fue que esto lo había estropeado todo y ya no había ninguna posibilidad de negociar.»<sup>[13]</sup> Tras seguir reflexionando, sin embargo, ya no lo veía tan claro. Desde luego, aquello suponía la exclusión de Himmler, pero ¿era esto tan negativo, considerando que, en cualquier caso, los aliados se negaban a tratar con él? Quizá incluso sería positivo, si Hitler se veía obligado a nombrar a alguien que ocupara su lugar (como, sin duda, tendría que hacer). Ningún otro elegido para la misión disgustaría a los aliados tanto como Himmler. Fuera como fuese, la inquietud principal de Bernadotte seguía siendo lograr una capitulación pacífica de las fuerzas alemanas instaladas en Noruega y Dinamarca. Así se lo había dicho a Schellenberg aquella mañana, antes de que el hombre de las SS partiera de regreso a Lubeca, a explicarse ante Himmler.

Himmler, Schellenberg y Bernadotte, los tres, suponían que los aliados les habían fallado deliberadamente al filtrar a la prensa la noticia de las negociaciones. En realidad, los aliados no habían hecho nada parecido; o no oficialmente, al menos. Había sido un funcionario británico de rango secundario, quien, en la conferencia de Naciones Unidas en San Francisco, había filtrado la historia por propia iniciativa.

Jack Winocour, uno de los responsables de prensa de la delegación británica, tuvo

conocimiento de la propuesta de Himmler el 27 de abril, cuando Anthony Eden, el ministro de Exteriores de Gran Bretaña, la mencionó al paso en un informe. Winocour había dado por sentado que se trataba de una noticia que se estaba comunicando a los periódicos, pero no vio que se mencionara en ningún lado. A medida que se acercaba la noche del 27, al constatar que los teletipos aún no recogían nada, se preguntó si era un secreto intencionado y, de ser así, por qué.

Era Himmler quien todavía controlaba el repugnante aparato administrativo del estado nazi. Él, sin duda, sería el heredero de Hitler, y el que intentaría perpetuar la leyenda. Sin duda, Hitler ya estaría al cabo de la traición de Himmler. Pues, si no era el caso, ¿por qué no habíamos empezado a revelarle al mundo, con todos los medios a nuestra disposición, que a Hitler lo había traicionado su fiel compañero?

A lo largo del día había habido un silencio prolongado. Al principio tenía claro que Eden se limitaba a anunciarnos lo que pronto sería una cuestión conocida en todos los centros neurálgicos de la guerra, en Washington y Londres. El ministro de Exteriores no habría confiado la cuestión a treinta personas si tenía la intención de que el secreto se mantuviera como tal.[\[14\]](#)

Pero el silencio duró hasta entrada la noche. Winocour se preparaba para irse a dormir cuando Paul Scott Rankine, de la agencia de noticias Reuters, llamó por teléfono, pasadas ya las doce, para preguntarle si tenía algo para la prensa vespertina de Europa. Winocour solo vaciló un momento. De modo totalmente extraoficial, le comunicó la primicia. Media hora más tarde, todos los periódicos de Europa estaban modificando la portada y la BBC transmitía por todo el mundo la noticia de la traición de Himmler.

Cuando Winocour se despertó, a la mañana siguiente, halló revolucionados a los corresponsales de San Francisco, ansiosos por averiguar más. En el resumen de las 10 de la mañana, en el hotel Palace, se dijo que Himmler había afirmado que a Hitler, después de sufrir una hemorragia cerebral, le quedaban tan solo unas horas de vida. Winocour añadió la diablura — falsa— de que Himmler había ofrecido entregar el cuerpo de Hitler a los aliados, como demostración palpable de sus buenas intenciones. Winocour sabía que no estaba diciendo la verdad, pero también que Hitler, si se enteraba de la noticia, se escandalizaría. Eran tiempos de guerra y no había que descartar el poder de la contrapropaganda.

A media tarde del 28, la noticia corría sin ningún control. Associated Press apostó fuerte por una noticia que se le había asegurado que estaba a punto de ocurrir, y destacó en un avance informativo que Alemania se rendía incondicionalmente. No era un rumor fidedigno, pero la reunión de Naciones Unidas en el teatro de la ópera de San Francisco estuvo a punto de disolverse desordenadamente, pues los delegados salieron a toda prisa, a por más información, y dejaron al ministro de Exteriores ruso, Viacheslav Mólotov, pegando con el mazo en un vano intento de restaurar el orden. Se consultó al presidente Harry Truman, en Washington, que no pudo arrojar luz sobre la cuestión. Sabía que Himmler se había ofrecido a los aliados, porque había hablado de ello con Winston Churchill por medio del teléfono trasatlántico, pero no tenía noticias de ninguna rendición. Truman hizo que el almirante William Leahy llamara al general Eisenhower, en Europa, para preguntarle qué había de cierto en todo aquello. A su vez, el personal de Eisenhower llamó a Churchill, en mitad de la noche, pero nadie sabía nada. Si los alemanes se habían rendido, en Europa no lo sabía nadie.

En consecuencia, Truman decidió acallar el rumor. Aquella noche, cumplidas las nueve y

media, hizo acudir al Despacho Oval a los corresponsales destinados en la Casa Blanca. Se negó en redondo a hablar de la propuesta de Himmler y se limitó a pronunciar una declaración breve sobre la supuesta rendición. «Acabo de hablar con el almirante Leahy para que llamara al cuartel de nuestro comandante en jefe en Europa —dijo a los corresponsales—. El rumor carece de fundamento. Es todo lo que tengo que decir.»[\[15\]](#)

En Berlín, Adolf Hitler se enteró de la traición de Himmler hacia las nueve de la noche. La noticia llegó al búnker por medio de Heinz Lorenz, director de la Oficina de Información Alemana, que acudió a toda prisa desde el ministerio de Propaganda con una transcripción de la noticia de Reuters según se difundió por la radio, que en apariencia confirmaba una información anterior de Radio Estocolmo. El telefonista Rochus Misch lo vio llegar:

Hitler estaba sentado en el banco de fuera de mi centralita, con un cachorro en la falda, cuando Lorenz, al que oí llegar a la carrera, le entregó el papel en el que había garabateado la nota radiofónica. A Hitler, la cara se le quedó blanca del todo, casi cenicienta. «Dios mío —pensé—, ¡se va a desmayar!» Se dejó caer hacia delante, con la cabeza entre las manos, y el cachorro saltó al suelo. Resulta tonto ver cómo recuerda uno esas naderías, pero todavía puedo escuchar aquel ruidito suave.[\[16\]](#)

Según otras fuentes, Hitler apretó el papel contra el pecho y chilló que lo habían traicionado otra vez, y, en esta ocasión, ni más ni menos que *der treue Heinrich*, «el fiel Heinrich», el único nazi en el que podía confiar, el único líder cuya lealtad nunca había puesto en duda. Himmler era lo más parecido a un amigo que Hitler tenía en el partido. Si hasta él le había traicionado, entonces ya no podía confiar en nadie, nunca más, ¡en nadie! Rudolf Hess estaba loco, y Hermann Göring siempre había sido corrupto, pero ¿Himmler? Eso Hitler no se lo podía creer.

Pasado el rato se calmó, pero en el proceso adquirió una palidez letal, cadavérica. Cuanto quedaba de su capacidad de pensar trabajaba sin descanso, valorando con prontitud qué implicaba la traición de Himmler. ¿Planeaba Himmler asesinarlo? ¿Entregarlo con vida al enemigo? ¿Quedaba en el búnker alguien en quien pudiera confiar? ¿O estaban todos esperando una oportunidad para ofrecerlo como rehén a cambio de sus propias miserables vidas? Era imposible saberlo.

Pero al menos tenía a mano un chivo expiatorio, alguien por cuyo medio Hitler podía vengarse de la deslealtad de Himmler. El Gruppenführer de las SS Hermann Fegelein era el oficial de enlace de Himmler en el búnker, un oportunista sin apenas amistades, que en los años de guerra solo se había dedicado a su propio medro. Quizá Himmler quedara fuera del alcance de Hitler, pero en el búnker aún había una criatura suya. Fegelein, apresado en un intento de desertión, estaba allí arrestado y bajo vigilancia.

Este Fegelein era un hombre desagradable, corrupto y mujeriego, que acosaba a los que tenía por debajo y, si creía que le podían resultar útiles, adulaba a los que tenía por encima. Había sido cuñado de Hitler, de forma oficiosa, desde junio de 1944, tras contraer matrimonio con Margarete, hermana de Eva Braun. Desde entonces, no vaciló en actuar como si fuera una persona poderosa y meter baza en las conversaciones de los generales más destacados, si le parecía oportuno. Había

usado sin reservas todos sus contactos, hasta la misma cima del poder.

Pero Fegelein solo había sido leal a sí mismo, a nadie más. No veía futuro en el búnker y, el 26 de abril, sin decir nada, se escapó y regresó a su apartamento, próximo a la avenida de Kurfürstendamm, donde preparó una maleta con dinero y joyas, listo para desaparecer con rapidez. Borracho como una cuba, telefoneó desde su piso a Eva Braun, instándola a dejar a Hitler y huir con él mientras todavía podía hacerlo. Braun se negó y Fegelein planeó escapar con una pelirroja. Su propia esposa ya estaba fuera de Berlín, en un estado de embarazo avanzado de un hijo que, probablemente, no era de su marido.

El día 27, Hitler se dio cuenta de la ausencia de Fegelein. Su personal lo llamó por teléfono al apartamento y le ordenó regresar de inmediato a la Cancillería. Cuando Fegelein incumplió la orden, fue detenido y, aún en estado de embriaguez, lo devolvieron y situaron bajo vigilancia. Lo estaban interrogando, antes de formarle un consejo de guerra improvisado, cuando llegó la noticia de la traición de Himmler.

Encolerizado, Hitler decidió fusilar a Fegelein en el acto, sin juicio. Eva Braun intentó interceder por su cuñado. Con los ojos rojos de haber llorado, acudió a Hitler y le rogó por aquel, de rodillas, recordándole que su hermana estaba a punto de dar a luz y que el sobrino necesitaría a un padre. Pero Hitler no quiso saber nada. Al registrar la oficina de Fegelein, habían encontrado documentos que indicaban que estaba al corriente del contacto de Himmler con el conde Bernadotte. Si Hitler no podía exigir a Himmler que rindiera cuentas por su traición, al menos podía fusilar a Fegelein. Apartó a Eva y dio la orden sin vacilar.

Según la mayoría de las versiones, la ejecución se llevó a cabo de inmediato, en el jardín de la Cancillería. Hitler estaba tan enfadado que exigió el informe del fusilamiento a los pocos minutos de que se realizara, y, al recibirlo, se mostró exultante como un niño. Según se dijo, incluso la propia Eva Braun tuvo que conceder, entre lágrimas: «¡Pobre, pobre Adolf! Todos te han abandonado. ¡Todos te han traicionado!».

Pero no había tiempo para seguir pensando en traiciones. A Hitler le aguardaba una noche ajetreada. La piloto de pruebas Hanna Reitsch estaba a punto de salir del búnker para sacar de Berlín, en su avión, al recién nombrado mariscal de campo Robert von Greim, después de que lo eligieran comandante de una Luftwaffe en realidad ya extinta. Planeaban despegar en un aparato ligero, desde la carretera de acceso a la Puerta de Brandeburgo. Hitler les había dado una cápsula de cianuro como regalo de despedida, por si el intento fracasaba y los rusos los capturaban.

Una vez que Greim se marchó, Hitler se proponía dictar su testamento y última voluntad a su joven secretaria, Traudl Junge. Después de esto, si no había nuevas sorpresas, se casaría. Como apenas les quedaba tiempo, había decidido contraer matrimonio al fin con la que hacía años que era su amante, Eva Braun. El Führer iba a convertir en mujer decente a su compañera más leal, a las pocas horas de haber ordenado ejecutar al esposo de su hermana.

## NAZIS EN FUGA

Hitler tenía la intención de suicidarse, cuando llegara el momento, antes que sufrir la humillación de ser apresado por los rusos. El ministro de la Propaganda, Josef Goebbels, pretendía hacer lo mismo con su esposa y sus hijos. Solo había otro líder nazi en el búnker, Martin Bormann, que, por el contrario, no tenía intención de morir, sino que planeaba escapar en cuanto tuviera una oportunidad. El resto de los líderes estaban dispersos por todo el país. Como Himmler, la mayoría aún se aferraba desesperadamente a la ilusión de hallar una salida al desastre que habían hecho caer sobre sus propias cabezas.

El gran almirante Karl Dönitz había pasado buena parte del día en la carretera, de vuelta de la misma reunión de la Wehrmacht a la que había asistido Himmler, pero en dirección a su propio cuartel, situado en Plön, cerca de Kiel. Se puso en marcha poco después del amanecer y ya había recorrido unos 250 kilómetros hacia el oeste, por carreteras repletas de refugiados y castigadas continuamente por la aviación aliada. Dönitz había visto con desesperación que los granjeros abandonaban los arados en los campos y corrían a buscar refugio cada vez que aparecía un avión. Le parecía evidente que la guerra estaba perdida y, a lo sumo, duraría unos pocos días más.

En tal situación, ahora su preocupación primordial era ayudar al mayor número posible de alemanes a escapar del este y huir al oeste antes de que llegaran los rusos. La Armada alemana estaba haciendo cuanto podía por aportar algo, pero Dönitz era consciente de que los pocos barcos que le quedaban sufrían una grave carestía de combustible y eran muy vulnerables. Su propia tarea, a su entender, era seguir luchando para mantener un pasillo abierto hasta que todos los refugiados hubieran escapado al oeste, ya fuera por tierra o por mar, a un lugar donde pudieran rendirse sanos y salvos a los angloestadounidenses, en lugar de a los rusos. Pero sabía que era una tarea formidable, con las zonas rurales sumidas en el caos y una Wehrmacht que se estaba desintegrando por horas.

De tanto pensar en todo ello, Dönitz llegó a Plön desesperado. Hizo venir corriendo a su yerno, Günther Hessler, un as de los submarinos que, en cierta ocasión, hundió catorce barcos aliados en una sola salida. Se llevó a Hessler aparte y le confió, en secreto, que había tomado una decisión trascendental: con la guerra perdida y sin esperanza de una paz negociada, quería que la Armada alemana se rindiera en cuanto la resistencia fuera imposible y, luego, buscar su propia muerte en combate. Quería que Hessler lo supiera de antemano para que, cuando él faltara, este se

ocupara de su esposa y su hija.

Hessler quedó conmocionado. Buscar la muerte en combate era una idea típicamente alemana, pero también muy necia, a su modo de ver. Intentó disuadir a Dönitz, alegando que el país lo necesitaría en los tiempos difíciles que se avecinaban; a su entender, un líder de la condición de Dönitz sería mucho más útil a su país vivo que muerto.

Pero Dönitz no quiso saber nada. Tras meditar al respecto durante el viaje de vuelta de la conferencia de la Wehrmacht, había decidido que prefería, con mucho, la muerte al deshonor. A su modo de ver, era mucho mejor caer en combate que vivir con la vergüenza de haber entregado al enemigo su querida Armada. Dönitz pensaba que, al menos, seguiría la suerte de sus propios hijos, caídos ambos en el mar, en la defensa de la patria.

El cuartel de Dönitz estaba en Plön porque este era uno de los pocos lugares que, en el norte de Alemania, no se hallaban aún bajo la amenaza inmediata de las tropas británicas o las rusas. Además, estaba cerca de la costa báltica, a un breve trayecto en transbordador de la seguridad de una Suecia neutral. En consecuencia, la ciudad estaba llena de nazis de alta jerarquía, que se congregaban allí en número creciente a medida que el enemigo avanzaba, igual que los hombres de un barco que se hunde convergen en su punto más alto porque no tienen otro lugar al que ir.

Albert Speer, el ministro de Armamento y Producción Bélica, llevaba en Plön desde el 25 de abril. Acampado en el bosque que se alzaba sobre el lago de Eutin, vivía en unas casetas de obra construidas para él entre los árboles. Lo protegían las tropas de un regimiento de carros de combate, que realizaban guardias las veinticuatro horas del día, mientras Speer procuraba pasar desapercibido y esperaba a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Speer había sido uno de los últimos líderes del nazismo en abandonar Berlín, antes de que los rusos acabaran de rodear la ciudad. Sostuvo un prolongado encuentro con Hitler a primera hora de la noche del 23 de abril, en una despedida extraña, en el búnker, en la que un Führer abstraído trató a quien había sido su arquitecto favorito con una indiferencia que bordeaba el desprecio. Luego, Speer acudió a la habitación de Eva Braun, llamado a despedirse también de ella. Se sentaron juntos hasta la madrugada, como dos viejos amigos que hablaban con la franqueza de quienes sabían que no se volverían a ver.

Pudimos hablar sinceramente, porque Hitler se había retirado. Ella era la única, entre los candidatos a morir en aquel búnker, que mostraba una compostura admirable y excelsa. Si todos los demás se conducían de un modo anormal —con heroísmo exaltado, como Goebbels, con afán por salvar el propio pellejo, como Bormann, con agotamiento, como Hitler, o en hundimiento total, como la señora Goebbels—, Eva Braun irradiaba una serenidad casi alegre. «¿Te apetece una botella de champán para nuestra despedida? ¿Y algún dulce? Estoy segura de que hace mucho que no comes nada.»<sup>[17]</sup>

Speer se sintió emocionado por la inquietud de Eva Braun. A su juicio, era la única persona del búnker capaz de transmitir humanidad, lamentarse por toda aquella masacre y preguntarse por qué tantas personas tenían que morir aún innecesariamente. A la hora de partir, a Speer le dolió dejarla.

Antes de irse había pasado unos pocos minutos en la Cancillería, admirando los restos del edificio que él mismo había diseñado. La electricidad estaba cortada, por lo que, en la oscuridad, era imposible ver mucho. Speer se había quedado un rato en la sala del Tribunal de Honor intentando imaginar la espléndida arquitectura que había sobre su cabeza. Sabía que estaba en ruinas, como buena parte de Alemania. Le inquietaba que pudiera quedar muy poco del país, si Hitler, en su locura, ordenaba destruir el resto de la infraestructura antes de que terminara la guerra, para privar de ella al enemigo.

En secreto, sin que Hitler lo supiera, Speer había realizado una grabación de radio en Hamburgo, unos días atrás. Esta grabación instaba al pueblo alemán a hacer caso omiso de toda orden de Hitler que les conminara a destruirlo todo antes de rendirse. Speer entendía que Alemania ya había sufrido bastante. Añadir nuevos estragos no haría más que agravar las penalidades del pueblo alemán sin ninguna compensación útil. Así, había decidido que habría que pasar por encima de Hitler si, antes de suicidarse, como último acto de desafío, ordenaba emprender más devastación:

Quería llamar a la resistencia, prohibir radicalmente cualquier daño a las fábricas, puentes, canales, vías férreas y comunicaciones, y ordenar a los soldados de la Wehrmacht y de la milicia nacional que impidieran las demoliciones «con todos los medios a su alcance y usando las armas de fuego si fuera preciso». Mi discurso también pedía entregar ilesos a los presos políticos, incluidos los judíos, a las tropas ocupantes, y estipulaba que los prisioneros de guerra y los trabajadores extranjeros deberían poder volver a casa. Vetaba la actividad del Werwolf<sup>[18]</sup> y pedía que las ciudades y los pueblos se rindieran sin combatir.<sup>[19]</sup>

El discurso se grabó en una emisora radiofónica de Hamburgo, en condiciones de máximo secreto. Los dos ingenieros que realizaron la grabación para gramófono inquietaron a Speer por su falta de compromiso al escuchar aquel contenido traicionero. El discurso aún no se había emitido, y su publicación se retrasaría tanto como fuera posible. Speer tenía ante sí la difícil papeleta de elegir ese momento.

El Gauleiter de Hamburgo, como jefe nazi local y amigo personal de Speer, se ofreció a divulgar el mensaje acto seguido. Sin embargo, tras visitar a Hitler por última vez, Speer no se atrevió a dar su aprobación. Mentalmente, seguía sometido al Führer y había llegado a la conclusión de que no podía hacer nada por Alemania: la tragedia del país debería seguir su curso. Sin dirigir pues ningún discurso a la nación, Speer se había marchado a Plön, donde a la sazón se hallaba, esperando en su caseta el anuncio de la muerte de Hitler, que sin duda se produciría en el plazo de un día o dos.

No se conocía el paradero exacto de Joachim von Ribbentrop, pero él también estaba de camino a Plön, hacia donde se dirigía por carretera desde Berlín. Como Speer, salió de la ciudad el 24 de abril, justo antes de que llegaran los rusos. Pero a diferencia de Speer, Ribbentrop se había marchado a su pesar; habría preferido con mucho quedarse a compartir el destino del Führer en el búnker. Pero Hitler se negó. El ministro de Exteriores —un ministro cuyos consejos, a lo largo de los años, habían producido resultados desastrosos sin apenas excepción— ya no le resultaba útil.

A los otros nazis, Ribbentrop tampoco les resultaba de ninguna utilidad. Todos los miembros importantes del partido lo habían dejado de lado hacía mucho. Era un hombre tardo, pomposo e insufriblemente autoritario, que hizo pocos amigos desde el ministerio de Exteriores alemán y, al ir hacia Plön, no tenía a nadie a quien apelar. Estaba tan desesperado por no quedar marginado que incluso, en cierto momento, intentó volver a Berlín, y para ello solicitó que un avión lo trasladara de nuevo a la capital. Pero la solicitud fue rechazada y quedó abandonado a su propia suerte, lejos de la figura central que había sido antaño en los asuntos de estado.

Aparte de viajar hacia el norte, Ribbentrop no tenía claro qué hacer a continuación. Hitler le había dicho que estableciera contacto con los británicos y les propusiera una alianza contra los bolcheviques, pero a todas luces esta era una vía muerta. Probablemente, Hitler solo había apuntado la idea para librarse de él.

El plan inmediato de Ribbentrop era unirse a Dönitz en Plön y esperar allí a que surgiera la posibilidad de contactar con los británicos. Si todo lo demás fallaba, después de que acabaran los combates pensaba en esconderse en Hamburgo y vivir anónimamente en un piso de alquiler hasta que la tormenta hubiera pasado y pudiera mostrarse en público otra vez. Los británicos hablaban de colgar a los jefes nazis, acabada la guerra, pero Ribbentrop entendía que no lo decían en serio. Ahorcar era impropio con personas como él. Era lo propio de criminales y asesinos, no de los líderes de una nación. Ribbentrop no había hecho nada malo, a su entender. Se había limitado a cumplir las órdenes recibidas, las órdenes que le daba Adolf Hitler.

Hermann Göring acababa de llegar a Austria, donde quedó preso en el castillo de su familia, en Mauterndorf. Lo vigilaban las SS con órdenes de fusilarlo en cuanto Berlín cayera en manos de los rusos.

A diferencia de los otros líderes nazis, al abandonar la capital, Göring se marchó hacia el sur; en un principio, hacia Berchtesgaden, el refugio de montaña de Hitler en Baviera. Esperaba que Hitler se reuniría con él allí, hasta que descubrió, más adelante, que en realidad el Führer pretendía morir en Berlín. Desconcertado, Göring se preguntó si esto suponía que él heredaría a Hitler en la posición de Führer, según el decreto de 1941 que preveía que él ocuparía el poder si Hitler se hallaba limitado en su libertad de acción o bien incapacitado por alguna otra razón.

Inseguro sobre qué terreno pisaba, Göring telegrafió a Hitler el 23 de abril:

¡Mi Führer! De acuerdo con vuestra decisión de permanecer en la fortaleza de Berlín, ¿estáis de acuerdo en que tome el mando del Reich, según se estipula en el decreto de 29 de junio de 1941, con plenos poderes, tanto nacionales como exteriores?

Si no recibo respuesta antes de las 10 de la noche, entenderé que ya no gozáis de libertad de acción y actuaré según mi propia iniciativa.[\[20\]](#)

Por desgracia para Göring, su telegrama fue interceptado en el búnker por quien quizá era el mayor de sus enemigos entre los nazis: Martin Bormann. Bormann se apresuró a convencer a Hitler de que Göring planeaba derrocarlo y hacerse con el poder, y le instó a ordenar que se lo fusilara de inmediato. Pero Hitler objetó y optó por responder con un telegrama que destacaba que

él seguía siendo el amo y señor de la situación: «El decreto del 29 de junio de 1941 queda rescindido por instrucción especial mía. Mi libertad de acción sigue irrestricta. Le prohíbo hacer nada de lo que indica».[21]

Al telegrama de Hitler siguió otro cuyo borrador redactó Bormann, que ambicionaba ser el nuevo Führer si a Hitler le ocurría algo: «Hermann Göring: su acción representa alta traición contra el Führer y el nacionalsocialismo. La traición se castiga con la muerte. Pero teniendo en cuenta sus anteriores servicios al partido, el Führer no infligirá la pena capital si dimite usted de todos sus cargos. Responda *sí o no*».[22]

Göring no tuvo tiempo de responder antes de que las SS acudieran a detenerlo. Más de un centenar de soldados habían rodeado su casa en Berchtesgaden; a punta de pistola, encerraron a Göring en su habitación y le impidieron ver a su esposa y a su hija. Apenas caben dudas de que estos hombres tenían órdenes de Bormann de ejecutar a Göring allí mismo, pero eran reticentes a cumplirlas. En su lugar, se contentaron con mantenerlo bajo un arresto muy estricto, según recordaba su esposa, con amargura:

Hombres armados de las SS invadieron la casa y yo tuve que irme a mi habitación. Me senté, casi paralizada, incapaz de ordenar mis pensamientos. Por segunda vez aquel día tuve la impresión de estar soñando y haber dejado la realidad tras de mí. Pasaron unos veinte minutos. Incapaz de soportarlo por más tiempo, intenté reunirme con mi marido, pero un guardia, plantado delante de la puerta de su estudio, me impidió pasar. Al cabo de una hora, más o menos, Hermann salió a cenar con nosotros bajo la atenta vigilancia de las SS. No hará falta decir que nadie fue capaz de tragar ni un bocado. Pero al menos, aún estábamos juntos. Desde mi lugar en la mesa, pude ver la fotografía de Adolf Hitler colgada en la pared. De pronto, sentí el deseo de hacerla trizas y tirarla por ahí.[23]

Al día siguiente, Berchtesgaden fue bombardeado por los aliados. Con una escolta de Mustang estadounidenses, al poco de amanecer apareció sobre la casa de Hitler en el Berghof un grupo de Lancaster de la RAF británica. Habían volado tan bajo que el sargento primero Cutting, artillero de cola de uno de los Lancaster, pudo ver el destello de las bombas al impactar contra el Berghof; y el oficial de vuelo Coster vio el humo del barracón próximo de las SS. La casa de Göring también sufrió daños: el techo se vino abajo y las escaleras cedieron, y él y su familia tuvieron que refugiarse en el sótano. Emmy Göring había rogado, sin éxito, que les cayera encima una bomba que pusiera fin a sus penalidades.

El daño fue tan general que, tras la incursión, resultaba imposible quedarse por más tiempo en Berchtesgaden. Göring convenció a las SS de que se trasladaran a Mauterndorf, en Austria, a unos ochenta kilómetros. Era propietario del castillo del lugar, heredado de su padrastro judío. Antiguo palacio de verano de los arzobispos de Salzburgo, se hallaba sobre un promontorio que contemplaba la ciudad desde gran altura. El padrastro lo había restaurado con un estilo intensamente medieval.

El traslado fue traumático. Uno de los hombres de las SS aconsejó a Emmy Göring, discretamente, que insistiera en viajar en el mismo coche que su esposo, para impedir que fuera ejecutado en el camino. Un chófer se encargó de su joyero y, a medio viaje, desapareció con él. Hubo también otras deserciones de personas que, en silencio, abandonaron a los Göring a su destino. A su llegada, el castillo en sí les resultó frío e imponente; un lugar nada alentador, que a

Emmy Göring nunca le había gustado. Se decía que contaba con un pasadizo secreto que llevaba hasta la plaza del mercado de Mauterndorf, pero como los guardias de las SS vigilaban a los Göring con suma atención, la idea tampoco suponía ningún consuelo.

Ahora los Göring, como todos los demás, aguardaban acontecimientos. Las SS seguían teniendo órdenes de fusilar a Göring en su debido momento, pero según se desarrollaran los hechos en Berlín, no era difícil que hubiera contraórdenes. En las SS convivían diversas opiniones al respecto. También había que tener en cuenta a la Luftwaffe, ofendida por la idea de que quien había sido su comandante fuera asesinado por una banda de matones. La Luftwaffe tenía poco tiempo que dedicar a Göring, pero menos aún a las SS. Se dijo (a veces, a instancias de simpatizantes en las SS) que, si la situación se agravaba aún más, la Luftwaffe atacaría el castillo para rescatar a Göring y protegerlo de sus captores. Pero era un puente que solo se cruzaría llegado el caso.

Para Rudolf Hess, que estaba lejos, en el sur de Gales, ya no había puentes que cruzar. Después de su dramática huida a Escocia, en 1941, estuvo prisionero en Maindiff Court, sucursal del hospital mental de Abergavenny, desde junio de 1942. Hess había pasado el día en su habitación, como de costumbre, trabajando duramente en sus memorias. Había estado escribiendo toda la tarde, llenando con sus divagaciones un pliego de páginas tras otro; no hizo una pausa hasta las seis y media, cuando pidió una botella de agua caliente para aliviar el dolor de estómago (quizá imaginario) que le estaba causando mucha desazón.

Para Hess, era una carrera contra el tiempo. Sabía que la guerra casi había acabado. Lo sabía desde que el ejército estadounidense cruzó el Rin en Remagen, recurriendo —no podía haber sido de otro modo, a su entender— a judíos especialmente formados para hipnotizar a los alemanes e impedirles defender el puente. Hess estaba resuelto a completar sus memorias antes del fin. Era crucial conseguirlo:

Llevo ya cuatro años encarcelado en compañía de dementes; he estado a la merced de su tortura sin poder informar a nadie sobre esto y sin poder convencer al ministro suizo de que era así; por descontento, tampoco fui capaz de aclarar a los dementes cuál era su propia condición ...

Fuera de mi jardín, ¡los dementes andaban arriba y abajo con rifles cargados! ¡Los dementes tenían mi casa rodeada! Cuando salía a pasear, había dementes por delante y por detrás de mí, todos pertrechados con el uniforme del ejército británico.[\[24\]](#)

Hess siguió garabateando páginas hasta la hora de la cena. Comió con ganas e inmediatamente después retomó la escritura y siguió escribiendo hasta bien entrada la noche. Era la única ocupación agradable que le quedaba, ahora que los «dementes» se habían apoderado del asilo.

## SEGUNDA PARTE

### DOMINGO, 29 DE ABRIL

«Al verlo con mis propios ojos, comprendí realmente el espeluznante salvajismo de la guerra. Las bombas inanimadas que caían desde el cielo, las personas heridas que yacían en las calles, la falta de comida y de agua, todo eso era horrible; pero no tanto como el ser humano que, vestido con el uniforme de soldado, cometía atrocidades contra otro ser humano indefenso.»

SOFIA VILLANI

## CAOS EN ITALIA

Manaba sangre por la parte trasera de la camioneta mientras, entre la oscuridad, los partisanos de Audisio trasladaban los cuerpos de Mussolini y los demás hacia Milán. A lo largo del trayecto, se vieron forzados a detenerse en distintas ocasiones porque las tropas estadounidenses los hacían parar en controles de carretera y examinaban la documentación de Audisio a la luz de las linternas. Fiando a la suerte que la sangre no llamara la atención de los estadounidenses, Audisio presentó una autorización del cuartel general partisano, firmada por un oficial de la inteligencia estadounidense, y dijo que viajaba por orden del Comité de Liberación Nacional.

Llegaron a Milán poco antes de las once de la noche del 28 de abril. Audisio se detuvo a realizar una llamada telefónica en la fábrica de Pirelli en la Vía Fabio Filzi y se topó con la sorpresa de que otra banda de partisanos lo arrestara cuando volvía a la camioneta. Se les acusó de ser fascistas, a él y a sus hombres, y los alinearon a todos frente al muro de la fábrica con el rostro mirando hacia el ladrillo. Audisio apenas podía creer lo que estaba sucediendo; trató de protestar y solo consiguió que lo amenazaran con fusilarlo en el acto si volvía a abrir la boca. Los cadáveres de la furgoneta y la lista de fascistas que Audisio tenía en su poder habían convencido a sus captores de que él también era un fascista que estaba retirando el cuerpo de Mussolini a un lugar seguro. Hasta las dos de la madrugada del día 29 de abril no llegó del cuartel general un oficial partisano que identificó a Audisio y a sus hombres y ordenó su inmediata liberación.

La camioneta siguió camino hacia el Piazzale Loreto, en el centro de Milán. Al pasar por el Viale Padova, despertó a un hombre llamado Giuseppe Marchi, que corrió a la ventana para ver qué sucedía. El ejército estadounidense, en ruta hacia el norte, había bordeado Milán, que había sido tomada por los partisanos cuatro días antes. Se desencadenó una orgía de asesinatos en la que se detuvo a fascistas en masa y se saldaron viejas cuentas. Murieron cientos de personas y la lucha seguía abierta, con grupos rivales que peleaban por hacerse con el control. Que un vehículo a motor pesado pasara por las calles desiertas en medio de la noche era una causa obvia de preocupación, en una época de muchos nervios. Marchi observó discretamente por la rendija de los postigos y no regresó a la cama hasta que la camioneta hubo desaparecido en dirección al Piazzale Loreto.

Llegaron a su destino algo después de las tres de la madrugada. La plaza era un espacio amplio y despejado en el que confluían cinco vías principales. Los partisanos acababan de

cambiarle el nombre por el de Plaza de los Quince Mártires, en recuerdo de los rehenes fusilados en la estación de servicio del lugar durante el mes de agosto de 1944. La camioneta se detuvo en el mismo punto. Sacaron los cuerpos de Mussolini y de los demás, y los lanzaron a un montón que había al lado de la gasolinera, a la sazón en ruinas, para demostrar que los mártires habían sido vengados y que al fin, en cierto modo, se había hecho justicia.

Los cuerpos permanecieron donde habían caído hasta el amanecer. Los custodiaban ocho hombres de Audisio, demasiado agotados después de cuarenta y ocho horas sin dormir para hacer otra cosa que desplomarse, exhaustos, contra las paredes del edificio, mientras el alba se iba extendiendo sobre la ciudad. La noticia de la ejecución de Mussolini ya se había filtrado y se propagaba a medida que los transeúntes acudían a verificarla personalmente. A las ocho de la mañana, se había congregado una nutrida multitud que crecía por minutos conforme llegaban, apresurados, cada vez más habitantes de todo Milán. Algunos llevaban brazaletes de partisanos, rifles y escopetas. Otros iban vestidos de domingo, camino de la misa, cuando el alboroto les llamó la atención.

Alguien apartó los cuerpos del montón y trató de disponerlos ordenadamente. Clara Petacci fue colocada contra las piernas de su hermano Marcello, con la cabeza de Mussolini sobre el pecho. Dos jóvenes surgieron de la multitud y comenzaron a mutilar el cuerpo de Mussolini, pisoteándole repetidas veces la cabeza y pateándole la mandíbula hasta que el rostro quedó completamente desfigurado. Otra persona le puso un palo en la mano y cerró los dedos alrededor mientras la muchedumbre lo aclamaba. Luego apareció una mujer con una pistola, que le descerrajó cinco tiros en el pecho, uno por cada hijo que había perdido en la guerra.

Después de aquello, la multitud no tardó en caer en la histeria, decidida a vengarse de Mussolini. Los hombres de Audisio perdieron el control cuando la turba inició el avance. Dispararon unas salvas de advertencia, pero nadie les prestó mayor atención. La muchedumbre cayó sobre los cuerpos, escupiendo y gruñendo, arremetiéndolos contra los cadáveres con botas y puños, gritando obscenidades. Los hombres de Audisio intentaron dispersarlos con una manguera, sin apenas efecto. La gente estaba resuelta a conseguir la «libra de carne» con la que cobrarse lo que sentían como una deuda, y a liberar sobre los cuerpos de Mussolini y sus compinches la frustración por todas las desgracias que les habían hecho sufrir durante los largos años de guerra.

—¿A quién queréis ver? —gritaba un hombre en mangas de camisa, con los brazos desnudos cubiertos de sangre, mientras alzaba un cadáver.<sup>[25]</sup>

La muchedumbre coreaba un nombre, luego otro. El hombre los iba levantando por turnos, uno tras otro, todos los líderes fascistas que habían sido cómplices de Mussolini durante la guerra. También elevó a Mussolini, con los ojos abiertos y la cabeza caída hacia delante, y a Clara Petacci, con el rostro amoratado y los muslos recubiertos de sangre seca, desplomada en los brazos del hombre. La multitud estaba encantada. Aullaba pidiendo más.

—¡Súbelos más! —gritaban algunos—. ¡Súbelos más, que no vemos!

Alguien sacó una soga. Lanzaron uno de los extremos por encima de una viga. Tiraron hacia arriba del cuerpo de Mussolini, atado por los tobillos, hasta que todo el mundo pudo verlo colgado cabeza abajo sobre la muchedumbre. Luego le tocó a Clara, cuya desnudez quedó perfectamente visible al caerle la falda sobre el rostro. Una mujer se subió a una escalera de

madera para volver a encajarle la falda entre las piernas y fue abucheada. Las facciones de Clara, pese a las palizas recibidas, transmitían una serenidad relativa. Seguía siendo una mujer hermosa, aun después de muerta. Mussolini, sin embargo, tenía un aspecto horrible, con la cara totalmente hinchada y los labios separados de los dientes, como los de un babuino.

La multitud se regocijó con aquella visión. Miles de personas se burlaban a gritos cuando el hombre al que tan recientemente habían aplaudido en vida colgaba flácida y miserablemente al lado de su amante, con una parte del cráneo arrancada por una herida de bala. A sus cuerpos pronto se unieron otros dos, colgados a su lado como una fila de animales muertos en la carnicería. Jim Roper, uno de los primeros corresponsales de guerra que entraron en Milán en paralelo al avance de los estadounidenses, llegó justo a tiempo para ver cómo los cuerpos se bamboleaban al viento:

El rostro de Mussolini estaba ceniciento. Tenía la mandíbula descolgada. Llevaba una chaqueta militar, sin decoración, y los pantalones de montar grises de la milicia italiana, con una pequeña raya roja que bajaba por el costado. Pero el aire de esplendor que un día rodease al hijo del herrero que ascendió hasta convertirse en el primer dictador del mundo había desaparecido. Su cuerpo, muy maltratado, estaba cubierto de suciedad. Llevaba unas botas negras altas, pero habían perdido todo el brillo.<sup>[26]</sup>

Los cuerpos llevaban ya un tiempo colgados cuando llegó un camión con otro de los secuaces de Mussolini, al que se iba a ejecutar. Achille Starace era fascista desde 1920, y desde el principio había destacado como partidario fanático del Duce. Como secretario del partido, había perseguido a los judíos y él mismo se identificó en gran medida con el culto personal a Mussolini. Ahora los partisanos querían venganza y a él le había llegado el turno de pagar. Philip Hamburger, del *New Yorker*, se unió a Roper a tiempo de verlo:

El fanático asesino que ocupara el cargo de secretario del partido fascista entró a la plaza en un camión descubierto, hacia las diez y media de la mañana. Los cuerpos de Mussolini y los demás llevaban unas cuantas horas colgados. Yo llegué a la plaza justo antes que el camión. La multitud se iba retirando conforme este avanzaba lentamente, y se hacía el silencio. Rodeado por guardias armados, Starace estaba en pie en medio del camión, con las manos en alto, como una figura ligera y hosca, de mandíbula cuadrada, vestida con la camisa negra.

Por un instante, el camión se detuvo cerca del grotesco cadáver de su antiguo jefe. Starace lo miró y empezó a caer hacia delante, quizá desmayado, pero los guardias lo empujaron hasta que recuperó la posición erecta. El camión siguió avanzando unos pocos metros y se detuvo. Sacaron a Starace y lo situaron cerca de un muro blanco, en la parte trasera de la estación de servicio. Junto a él había cestos de flores de primavera —amarillas, rosas, lilas y azules— depositadas en honor de los quince antifascistas que habían sido asesinados en aquella misma plaza seis meses antes.

Un pelotón de fusilamiento de los partisanos disparó a Starace en la espalda y otro partisano, encaramado a una viga a unos seis metros de altura, se volvió hacia la muchedumbre de la plaza e hizo un gesto vistoso y tajante, muy parecido al de un árbitro histriónico que expulsara a un bateador en la última base.

No hubo bramidos ni gritos aterradores; solo silencio y luego, sin previo aviso, un suspiro: un sonido profundo, quejumbroso, que parecía expresar liberación frente a algo oscuro y hediondo. La gente de la plaza pareció comprender que aquel era, al mismo tiempo, un momento final y de principio. Dos minutos después, Starace colgaba junto a Mussolini y los demás.

—¡Miradlos ahora! —iba repitiendo un anciano a mi lado—. ¡Solo miradlos ahora!<sup>[27]</sup>

Tras haber arrojado el cuerpo de Mussolini en la plaza, Audisio se dirigió al cuartel general

de los partisanos, en el Palazzo di Brera, para redactar un informe y anunciar la muerte del dictador por la radio. Los primeros boletines se limitaron a afirmar que Mussolini había sido ejecutado, pero informaciones posteriores ofrecieron testimonios vívidos de la escena en la Piazzale, cuando él y su esposa colgaron uno junto a otro mientras la muchedumbre los maltrataba a placer. Winston Churchill quedó horrorizado por la noticia; le complacía la desaparición de Mussolini, pero quedó consternado por los ultrajes infligidos a Clara. Adolf Hitler no hizo ningún comentario cuando se lo comunicaron mediante una nota, pero el pasaje referido a Mussolini colgado cabeza abajo apareció luego con un fuerte subrayado a lápiz que se debió, casi con total seguridad, a su mano. Él ya había anunciado que no tenía ninguna intención de dejarse apresarse vivo por los rusos, que lo exhibirían en una jaula de monos para entretenimiento de la chusma. Tampoco pretendía compartir el destino póstumo de Mussolini.

Rachele Mussolini seguía en Cernobbio cuando supo del fin de su marido, por medio de la radio que podía escuchar en casa del camisa negra:

—¡Se ha hecho justicia! —proclamaba la voz.

Yo me descubrí pensando que ahora Benito estaba fuera del alcance de la ingratitud y la brutalidad humanas. Él lo había dado todo por Italia, incluso la propia vida.

A los hombres que murieron con él, yo hacía años que los conocía, como compañeros de Benito en los buenos y en los malos días. Algunos eran mejores que otros y algunos me habían gustado más que otros, pero todos ellos fueron fieles y leales hasta el final, pese a los riesgos.

Y luego esa mujer, la mujer a la que pusieron al lado de Benito en el último momento, para aumentar así el escándalo por el que ella pagó con su vida.[\[28\]](#)

Aquello fue lo peor, para Rachele: la traición definitiva. Su marido había estado con otra mujer en el momento de morir. No podía creerlo, no podía aceptar que Mussolini hubiera preferido compartir sus últimos momentos con otra, y no con la madre de sus hijos. Rachele aún tenía la última carta que él le había escrito, en la que le había jurado que ella era la única mujer a la que había amado de verdad.

Pero no había tiempo para esas cavilaciones. Fuera estaban sucediendo demasiadas cosas:

Quedé abatida por la noticia de los asesinatos y apenas percibía el tiroteo que se estaba produciendo por toda la casa. Se había desatado una guerra civil. Mis hijos no se separaron de mí y sus sollozos aumentaban mi pena, aunque hacía cuanto podía por tragarme las lágrimas. Las horas fueron pasando lentamente hasta que se me ocurrió que nuestra presencia en la casa podría acarrear serios problemas a nuestros anfitriones. Hablé con los niños y acordamos que era mejor poner fin a toda aquella incertidumbre, de modo que enviamos a alguien al Comité de Liberación de Como, a que los informara de nuestro paradero.[\[29\]](#)

Al poco se presentaron tres partisanos que empezaron a registrar la casa. Un policía se ocupó de las maletas de Rachele. Un joven partisano encontró una miniatura de Bruno, el hijo difunto de los Mussolini, en un marco de valor, y corrió a guardárselo en el bolsillo.

—Esto pertenece al pueblo —alegó.

Rachele se quejó al policía y este obligó al partisano a devolver la pieza.

Aquella tarde, a petición de la propia Rachele, ella y sus dos hijos fueron trasladados a la comisaría de policía de Como. Rachele había suplicado al obispo de Como que tomase a Romano

y a Anna Maria bajo su protección, pero él creyó más prudente negarse. Entonces, ella pidió que fuera la policía quien los custodiase; con ellos estarían mucho más seguros que en las calles. Con tanta masacre en marcha, no había forma de saber qué les sucedería si los dejaban en la calle.

En la comisaría de policía los separaron. Se llevaron a los niños y a ella la trasladaron a la sección femenina de la cárcel. Se suponía que, al llegar, debía firmar en el registro de entradas, pero el director, al parecer, insistió en que no era necesario y tachó el nombre para proteger su identidad. La pusieron en una celda pequeña, con otras varias recién llegadas. Las mujeres estaban tan disgustadas por verse en la cárcel que solo una de ellas reconoció a Rachele, que enseguida le hizo jurar que guardaría el secreto.

Durante toda la tarde siguieron llegando nuevos internos, de ambos sexos, a medida que se iba deteniendo a los fascistas de Como. La venganza no tardaría en llegar, tal como Rachele descubrió al poco:

Podíamos oír parte de lo que sucedía fuera. En el patio, alguien leía en voz alta una lista de nombres y, a continuación, una ametralladora abría fuego ruidosamente; pasado un rato, se oía traquetear las ruedas de un carro. El proceso se fue repitiendo, de forma ininterrumpida, durante toda la noche. Fue algo espantoso. La joven que me reconoció estaba desesperada por la suerte de su esposo. Era uno de los del patio y, cada vez que recitaban los nombres, ella se colgaba de los barrotes del ventanuco y gritaba histérica. Otra mujer juraba ser una comunista a la que habían encarcelado por infanticidio y gritaba que la dejaran salir.<sup>[30]</sup>

Rachele era la única mujer del grupo que permanecía relativamente calmada. Era un misterio para sus compañeras de celda, que aún no la habían reconocido y no comprendían por qué no lloraba. Le preguntaron si es que ella no tenía a nadie. Pero Rachele estaba por encima de todo. Después de perder a su esposo, ya no le quedaban más lágrimas. También había perdido el miedo a morir. Solo era cuestión de tiempo que le llegase el turno de enfrentarse al pelotón de fusilamiento, pero a Rachele Mussolini ya no le importaba en absoluto cuál fuera su propio destino. Lo único importante era que no fuera también el de sus hijos.

Más al sur, en un palacio dieciochesco desde donde se dominaba el golfo de Nápoles, el ejército alemán en Italia estaba a punto de rendirse. Los alemanes aún tenían a medio millón de hombres en pie de guerra, pero con la mayoría de la península en manos aliadas y las vías de huida hacia el norte bloqueadas por los partisanos, pocas opciones les quedaban, más allá de enarbolar la bandera blanca. El día anterior había llegado a Caserta una delegación para negociar las condiciones.

La delegación la formaban un intérprete y dos oficiales de rango medio: el teniente coronel Viktor von Schweinitz, de la Wehrmacht, y el comandante de las SS Eugen Wenner. Les horrorizó saber, a su llegada, que no habría condiciones que negociar. Con el error de noviembre de 1918 en mente —cuando se permitió al ejército alemán regresar a su país con todas las armas, como si jamás hubiera sido derrotado—, esta vez los aliados insistieron en que la rendición fuera incondicional. Entregaron a los alemanes un documento de rendición de dos páginas, para que lo firmasen, más dieciocho páginas con los detalles adicionales. Los alemanes permanecieron

despiertos buena parte de la noche, estudiándolo.

Aquel documento les suponía un sinfín de problemas; el primero, que ni siquiera tenían autoridad para aceptarlo. Sus comandantes les habían ordenado que no aceptaran el internamiento del ejército alemán tras la rendición. En su lugar, debían negociar el regreso a casa. Pero los aliados habían sido categóricos: para el ejército alemán, una vez depuestas las armas, no habría vuelta a casa. Sus hombres quedarían encerrados detrás de una alambrada hasta que los aliados estuvieran preparados para liberarlos.

Wenner y Schweinitz no lograban acordar una respuesta conjunta. Metidos en un barracón militar erigido en los jardines del palacio borbónico de Caserta, discutieron al respecto hasta las primeras horas del 29 de abril. Wenner se mostraba a favor de la capitulación, pero a Schweinitz le preocupaba que, como la Wehrmacht le había prohibido aceptar la reclusión, luego podría rechazar un acuerdo en esas condiciones. Parecía un callejón sin salida, hasta que Gero Gävernitz, el intérprete, les recordó que mientras ellos hablaban no dejaban de morir soldados alemanes y que con cada minuto habría más muertos. Aquello hizo transigir a Schweinitz, que aun a regañadientes admitió aceptar la rendición si lograba que su jefe, el general Heinrich von Vietinghoff, en Bolzano, le diera el visto bueno.

Prepararon rápidamente un telegrama para el cuartel general alemán. Pasadas las cuatro y media de la madrugada, Gävernitz se lo entregó al general Lyman Lemnitzer, el representante estadounidense en las conversaciones:

Con el borrador del telegrama en el bolsillo, pasé de madrugada, en el coche, junto a las cascadas del Parque Real, que reflejaban la menguante luz de la luna, hacia el despacho del general Lemnitzer, en el enorme edificio del palacio real.

Lo encontré sentado aún ante su mesa. Se animó mucho cuando le mostré el borrador del mensaje y ordenó que lo cifrasen de inmediato. Como Wally, nuestro operador de radio de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos), aún no había ocupado su puesto en el cuartel general de Wolff en Bolzano, el mensaje se mandó a nuestra oficina de Berna, en Suiza, desde donde solicitamos que un mensajero la llevase al cuartel general de Vietinghoff en Bolzano. Era un medio de transmisión largo, que hacía improbable que la respuesta llegase antes de dos o tres días, en el mejor de los casos.<sup>[31]</sup>

Pero esto era demasiado tiempo para los aliados. Estos contaban con un plazo de setenta y dos horas para que la noticia llegase a todas las unidades alemanas en el campo de batalla; en consecuencia, querían que el acuerdo se firmase aquel mismo día, para impedir la pérdida de más vidas humanas. Calcularon que Wenner y Schweinitz tendrían que partir de Caserta con el acuerdo a las tres de la tarde, como mucho, si querían haber alcanzado su lado del frente sanos y salvos al caer la noche. No había más tiempo que perder.

Doblegándose a lo inevitable, los dos alemanes accedieron a la rendición. La firmaron a las dos de la tarde, en el salón de baile del palacio real. Cuando ellos llegaron para la ceremonia, la sala estaba repleta: once generales y almirantes británicos y estadounidenses, un general ruso con su intérprete, otros tantos oficiales y una profusión de reporteros y periodistas de radio habían acudido allí a toda prisa desde Roma para la ocasión. Los alemanes quedaron desconcertados al ver cámaras de filmación junto a una fila de reflectores y micrófonos. Pensaban que las condiciones se firmarían en privado, en buena medida porque temían morir asesinados, de hacerse

públicas sus identidades; al volver a su país, su propio pueblo los mataría por traidores.

Pero no podían hacer nada al respecto. Schweinitz reiteró que, al aceptar la reclusión de la Wehrmacht, se estaba excediendo en sus atribuciones, pero se le dijo que firmase de todos modos. Wenner, sentado al final de una larga mesa y vestido con una americana informal, también firmó. A las 14.17 horas, la ceremonia había concluido. Los alemanes estaban en el aire a las tres en punto, tras despegar en un avión aliado desde el campo de aviación de Marcianese, con rumbo a Annecy, en la Alta Saboya. Desde allí, con ropa de civil, tendrían que viajar hasta Suiza y luego, durante la noche, hasta Bolzano. La rendición aún era un secreto, que no debía revelarse hasta que entrase en vigor, a las dos de la tarde del 2 de mayo. Faltaba aún por saber qué haría con el acuerdo el general Von Vietinghoff, cuando se reuniera con los dos enviados y descubriera el rigor de las condiciones.

Nápoles, aunque estaba en manos aliadas desde octubre de 1943, todavía no había recobrado la normalidad. Había sufrido terribles bombardeos antes de la llegada de los aliados: en el período anterior a la invasión, los muelles y las fábricas fueron objeto de ataques repetidos de los aviones. La comida aún escaseaba y el mercado negro lo regía todo. La prostitución también crecía por todas partes, y no solo entre las mujeres de la localidad, sino entre otras muchas que habían acudido a Nápoles de todo el sur de Italia para venderse a los soldados del bando aliado, en especial a los soldados negros del ejército de Estados Unidos, que eran los más amables con ellas y los que pagaban mejor.

En el puerto de Pozzuoli, a unos pocos kilómetros de Nápoles, en el mismo golfo, Romilda Villani llevaba varios años luchando por criar a dos hijos ilegítimos sin ninguna ayuda del padre. Era una mujer hermosa que, a los diecisiete años, había ganado un concurso de cine para descubrir a «la doble de la Garbo». El premio era un viaje a Hollywood y una prueba con la Metro Goldwyn Mayer. Su padre le prohibió aceptarlo, de modo que Romilda optó por marcharse a Roma, donde un hombre que afirmaba ser productor de cine la sedujo y la dejó embarazada de su hija mayor, Sofia, y más tarde también de Maria.

Ahora estaban de vuelta en Pozzuoli, y vivían en la miseria, en la calle Solfatara, así llamada por las emanaciones sulfurosas del volcán próximo. Su casa había quedado dañada por los bombardeos aéreos: las ventanas saltaron, los muros se resquebrajaron y el tejado se hundía. Pero lo habían apañado como pudieron y así iban tirando, batallando día a día por conseguir comida suficiente. Romilda había abierto el piso de arriba para los soldados estadounidenses, ofreciéndoles una casa italiana en la que descansar unas pocas horas al día, un lugar para cantar alrededor del piano y olvidarse de la guerra durante un rato. Los estadounidenses compraban comida, soñaban con Romilda y le sonreían a Sofia, tan fea y flaca, a sus diez años, que parecía que jamás hubiera probado una comida decente en toda su vida.

Sofia solo tenía cinco años cuando Italia entró en guerra. Los soldados alemanes habían llegado a Pozzuoli poco tiempo después, según recordaba más tarde:

Por entonces eran nuestros aliados, nuestros amigos, y mis primeros recuerdos son de mirar con placer a los jóvenes y apuestos soldados, con sus bonitos uniformes, y de jugar a la guerra en los patios traseros de las

casas de nuestra calle. Creo que, hasta que llegaron los soldados alemanes, no había visto nunca a un hombre rubio de ojos azules. Era emocionante quedarse delante de casa y ver cómo las tropas marchaban por allí, y lo más fascinante era cuando las largas columnas de los carros de combate pasaban retumbando calle abajo.[\[32\]](#)

Pero la luna de miel duró poco. A medida que la guerra se acercaba, los alemanes se habían vuelto en contra de sus aliados, y descargaron su frustración primero en los judíos italianos y luego en el resto de la población:

Al verlo con mis propios ojos, comprendí realmente el espeluznante salvajismo de la guerra. Las bombas inanimadas que caían desde el cielo, las personas heridas que yacían en las calles, la falta de comida y de agua, todo eso era horrible; pero no tanto como el ser humano que, vestido con el uniforme de soldado, cometía atrocidades contra otro ser humano indefenso. Al ver de verdad, desde mi balcón, esas atrocidades crecientes, entendí por fin del todo lo terrible que es la guerra. Por debajo de mí, veía cómo apresaban a hombres en la calle, los apaleaban, los lanzaban a los camiones del ejército alemán y se los llevaban. Fusilaban a la gente en las calles, sin más aviso. Mis jóvenes ojos observaron espectáculos atroces, horribles, uno tras otro.[\[33\]](#)

La propia Sofia fue una de las bajas, al quedar herida durante uno de los bombardeos aéreos que dañó su casa. La metralla le provocó heridas en la barbilla mientras ella corría en busca de refugio. El soldado estadounidense Charles Dial pudo ver que aún tenía una cicatriz. Una tarde que estaba sentado con Romilda, sin que ninguno supiera decir una palabra en la lengua del otro, la invitó a que llevase a Sofia al campamento, a poco más de diez kilómetros, donde les conseguiría algo de comida y pediría a los médicos que echasen un vistazo a la barbilla de la niña. Madre e hija se presentaron debidamente en la puerta, pero las arrestaron como posibles saqueadoras. Dial se estaba preparando para hacer la guardia cuando se enteró:

Un chaval de la compañía C se viene a la tienda y me dice que tenían encerradas a una rubia y a su hija. Decía que yo les había pedido que me vinieran a ver, y lo había hecho. Me fui para allá, las saqué del calabozo y las llevé de vuelta a nuestra zona. Romilda había venido a pie todo el camino, desde Pozzuoli, con la niña. Es una cría muy mona. La mamá la había vestido con un abrigo azul marino y guantecitos marrones de niña; para los tiempos que eran, un auténtico esfuerzo. Tiene unos nueve años; es muy tranquila y seria, con unos ojos muy oscuros. Por desgracia, nunca tendrá el aspecto de su madre. Probablemente nosotros, los soldados, tan sucios y apuestos, le damos un miedo mortal. Me las llevé al médico para ver qué podían hacer con la barbilla de la niña.[\[34\]](#)

Los estadounidenses se habían portado bien con Romilda y con sus hijas. También los escoceses, aquellos hombres extraños, vestidos con falda y acosados siempre por los pillos callejeros, ansiosos por descubrir qué llevaban debajo. Las únicas tropas aliadas en las que no confiaban eran los marroquíes, que —según se contaba— fueron reclutadas para la guerra con la promesa de que, cuando no hubiera combate, tendrían a todas las mujeres que desearan. Algunos no veían en la violación nada reprobable, ni en mantener relaciones sexuales con las niñas prostitutas que, por millares, estaban dispuestas a hacerles un favor a cambio de poco más que una manta o una lata de carne de cerdo.

Unos cuantos soldados marroquíes habían sido alojados en la planta baja de la casa de Romilda. Estaban a las órdenes de un oficial francés que se esforzaba poco por controlarlos o frenarlos en la bebida. Como debía pensar en la posibilidad de una violación, y teniendo siempre

en mente la prostitución infantil, Sofia veía a aquellos soldados con gran inquietud:

Para llegar a nuestro piso, que estaba en la planta superior, teníamos que pasar entre los marroquíes, y siempre daba miedo. Nos hablaban en una lengua que no comprendíamos y, con sus gestos, nos tomaban el pelo y fingían que iban a salir detrás de nosotras. Lo cierto es que jamás nos molestaron. Un par de veces, sin embargo, en plena noche, cuando habían bebido demasiado, vinieron a aporrear nuestra puerta, para asustarnos.  
[\[35\]](#)

Pero los marroquíes se irían pronto, ahora que Mussolini estaba muerto, y la guerra, casi terminada. También se irían los estadounidenses, con su simpatía alegre y sus tabletas de chocolate. Fuera lo que fuera que albergase el futuro para Sofia —que, con el tiempo, sería conocida como Sofia Loren— y su hermana menor —futura señora de Romano Mussolini—, ellas sabían que difícilmente podía ser más traumático que el pasado inmediato.

Harold Macmillan estaba en Asís cuando se enteró de la muerte de Mussolini. Realizaba una visita rápida al monasterio del monte Subasio, donde había vivido san Francisco. En su calidad de asesor político del mariscal de campo Alexander —comandante supremo de los aliados en la escena mediterránea—, Macmillan había emprendido buena parte del trabajo preliminar para la rendición de los alemanes en Italia. Sin embargo, había resuelto ausentarse de la ceremonia de la firma propiamente dicha, en Caserta, para calmar las sospechas de los rusos, que no confiaban en los asesores políticos. Macmillan había pasado el día en Asís, visitando el monasterio por la mañana y recorriendo las grandes iglesias de Asís durante la tarde.

Aquella fue una época de mucho ajetreo para él. Había estado en Bolonia el 23 de abril, pocas horas después de la liberación de la ciudad, inspeccionando los cadáveres de los dignatarios locales fusilados por los fascistas antes de que huyeran. El líder de los fascistas también había muerto fusilado; los partisanos lo apresaron antes de que pudiera escapar y lo ejecutaron en el mismo paredón. A Macmillan le habían enseñado la sangre caída sobre la tierra y los restos de su cerebro, esparcidos por los ladrillos.

Desde Bolonia, un *jeep* lo había llevado a Módena bajo el fuego intermitente de los francotiradores. A su llegada, la ciudad estaba viviendo un proceso de liberación por sus propios medios. Las tropas alemanas y los fascistas italianos habían estado defendiéndose desde las ventanas de la calle principal, mientras los partisanos avanzaban de casa en casa. Como eran los primeros aliados que aparecían por la ciudad, Macmillan y sus compañeros británicos y estadounidenses fueron reclutados enseguida para la causa:

Nuestra llegada al *Municipio* (el Ayuntamiento) despertó cierta emoción. Hubo un montón de gritos y abrazos. El líder de los partisanos me besó en las dos mejillas cuando le contaron que yo era el famoso Haroldo Macmillano, de quien la BBC dice que es el «gobernante y padre del pueblo italiano». Me regalaron un brazalete y me llevaron al Ayuntamiento para reclutarme oficialmente.[\[36\]](#)

Como civil, aunque con el brazalete de partisano, Macmillan se había esforzado por combatir el mínimo permitido por el honor:

Pero, naturalmente, uno tenía que simular que hacía algo. Desde luego, mientras duró, aunque menor, la acción fue emocionante y bastante enérgica. Por supuesto, un montón de partisanos dispararon sus pistolas sin ton ni son y lanzaron granadas por pura diversión. De hecho, aquellos caballeros y su curioso surtido de fusiles, granadas, metralletas y demás me alarmaba más que nuestros oponentes.[\[37\]](#)

Luego, cuando trataba de regresar a Bolonia, el *jeep* de Macmillan volvió a ser blanco del fuego de los francotiradores. Él y sus compañeros tuvieron que abandonar los vehículos y ponerse a cubierto mientras los partisanos atacaban al tirador desde una casa vecina. Al final llegaron a Bolonia, donde vieron que a unas chicas les estaban afeitando la cabeza por ser simpatizantes del fascismo; y desde allí continuaron hasta Roma. Tras unos pocos días más en el despacho, Macmillan se había escabullido a Asís con Robert Cecil, un oficial británico que, después de resultar herido, le habían destinado como ayuda de campo.

Era ya última hora de la tarde cuando se enteraron de que, según la versión de los primeros boletines de noticias, habían colgado a Mussolini. Al caer la noche, recibieron también un mensaje del mariscal de campo Alexander, que comunicaba que los alemanes habían firmado la rendición en los términos acordados. Más tarde, Macmillan y Cecil apagaron la radio y salieron a dar un paseo, aún incapaces de creer que la guerra estaba realmente a punto de terminar. La noche era estupenda y todo el valle de Asís estaba bañado por la luz de la luna. Para sus adentros, Macmillan hizo una desfavorable comparación de Adolf Hitler con san Francisco, y dio las gracias por hallarse en un lugar tan hermoso en el momento en que la carnicería de los últimos años se acercaba por fin a su término.

En el pueblo de Sant’Ambrogio, que miraba Rapallo y el golfo de Génova desde lo alto de un cerro, el poeta estadounidense Ezra Pound contemplaba la muerte de Mussolini y el avance de los ejércitos aliados con un estado de ánimo completamente distinto. Como ciudadano de Estados Unidos y partidario durante mucho tiempo del fascismo, se sentía aterrorizado por lo que el futuro pudiera depararle una vez los aliados tuvieran el control. Pound no había escondido sus opiniones durante la guerra, había firmado al pie de los manifiestos fascistas y había realizado en la radio italiana programas a favor de Mussolini y de corte antisemita. El gobierno de Estados Unidos lo había acusado de traición en 1943. La traición se castigaba con la muerte.

Pound había vivido en Rapallo desde 1925. Había pasado la mayor parte de la guerra en un piso de la Via Marsala, que compartía con su esposa británica, Dorothy. Pero el piso estaba en el paseo marítimo y obstaculizaba las defensas costeras alemanas. En 1943, Pound y su esposa recibieron órdenes de desalojarlo y se trasladaron a la casa de la amante de Pound, Olga Rudge, que vivía en la vecina Sant’Ambrogio. Las dos mujeres se conocían bien, aunque las relaciones nunca fueron fáciles. Olga tenía una hija de Pound, a la que habían enviado al Tirol italiano, con una familia de acogida.

Pound estaba indeciso. No sabía qué hacer mientras los fascistas huían de Rapallo y los partisanos avanzaban por delante de los estadounidenses. Como tantos otros, no abjuró de sus tendencias fascistas y siguió convencido de que el tiempo acabaría dándole la razón. Era consciente, sin embargo, de que había una cacería abierta y que a los fascistas los estaban

fusilando por toda Italia. También sabía que los estadounidenses lo buscaban: habían hecho circular su fotografía y su descripción. Vacilaba entre correr a esconderse —pero, en ese caso, ¿dónde?— o quedarse e intentar salir del apuro con un farol.

Pound ya había huido antes, al abandonar Roma unas horas antes de que capitulara ante los aliados, en 1944. Se dirigió hacia el norte a pie, durmió al raso durante varias noches y recorrió más de 700 kilómetros, en parte en tren, para reunirse con la familia de acogida de su hija en el Tirol. Desde allí, unas semanas más tarde, partió hacia Sant'Ambrogio, donde le esperaban su esposa y su amante.

También había tratado de entregarse cuando los estadounidenses llegaron a Rapallo. Se presentó en su cuartel general en la ciudad y les ofreció sus servicios por «disponer de gran cantidad de información sobre Italia, que podría resultar de utilidad». Pero los estadounidenses, recién llegados, tenían demasiado trabajo como para preocuparse del tal Pound, quienquiera que fuese. No logró causar ninguna impresión, y lo despidieron para que se las apañara como mejor le conviniera. Sin embargo, Pound estaba totalmente convencido de que aquel no sería el fin de la cuestión. O los estadounidenses o los partisanos irían a por él, antes o después. No le cabía duda de que su nombre estaba en alguna lista.

Pero hasta que llegasen, Pound solo podía aguardar sentado. Se mantuvo ocupado con la traducción de un texto de filosofía china del *Libro de Mencio*. Sabía que corría el riesgo de ser fusilado por traición, pero estaba convencido de que el sentido de la justicia de los estadounidenses jamás permitiría que aquello sucediera. Se había limitado a ejercer el derecho a expresar su opinión libremente en la radio, diciendo pestes contra los judíos el día de Pearl Harbor y afirmando que tenían al presidente Roosevelt en el bolsillo. Seguro que los estadounidenses no lo ejecutarían por una necedad como aquella.

En el otro lado de la península, el 488.º escuadrón de las fuerzas aéreas estadounidenses acababa de llegar a Rímini, su nuevo destino en el Adriático. Hasta mediados de abril, los bombarderos habían estado en Alesan, en Córcega, desde donde habían emprendido repetidas operaciones contra Italia y la Francia ocupada por los alemanes. El escuadrón había pasado buena parte de 1944 en Córcega y, a medida que la guerra se intensificaba en el continente, sufrió un gran número de bajas. Habían caído tantos pilotos que el número de misiones necesarias para completar un turno y regresar a Estados Unidos fue subiendo cada vez más, de las veinticinco salidas iniciales a las ochenta de finales de la campaña. No importaba cuántas misiones realizasen, siempre les parecía que acababan de subir el listón justo antes de que lo pudieran superar. Siempre había una trampa u otra que les impedía volver a casa.

El teniente Joseph Heller ingresó en el escuadrón como bombardero, en mayo de 1944. Durante el resto del año, él y su amigo Francis Yohannon realizaron numerosas misiones contra el enemigo, arriesgando sus vidas al sobrevolar los blancos a plena luz del día, acosados por el fuego antiaéreo. Hacía mucho que los alemanes se habían quedado sin cazas, pero el enemigo había adquirido la mala costumbre de mandar un solo avión que se situaba al lado de los estadounidenses, comunicaba por radio su altitud exacta y regresaba a toda prisa hacia las baterías

antiaéreas. El fuego que estallaba alrededor de los bombarderos B25 del 488.º escuadrón solía explotar demasiado cerca como para no sentir temor.

Heller había tenido tendencia a tomarse el fuego antiaéreo como algo personal. Sabía que los alemanes no apuntaban contra él en particular, pero aquello tampoco importaba mucho, cuando el final seguía siendo el mismo: «Ellos intentaban matarme, yo me quería ir a casa. Que intentasen matarnos a todos cada vez que pasábamos por encima no era ningún consuelo. Estaban intentando matarme *a mí*». [38]

El peor momento de Heller llegó en su trigesimoséptima misión, una incursión más peligrosa de lo habitual, contra Aviñón, en el sur de Francia. Desde su posición en la cabina de artillería, había visto cómo el fuego antiaéreo alcanzaba un aparato que volaba por delante de ellos. Este avión estalló, ardió, perdió un ala y desapareció sin dar opción a los paracaídas. Su propio aparato entró entonces en una barrena que parecía irreversible, al sucumbir al pánico el piloto. Cuando por fin pudieron enderezar la aeronave, Heller se fue arrastrando hacia atrás para ayudar al artillero superior, a quien la metralla había alcanzado en el muslo. Heller, que tuvo que contener las ganas de vomitar, vertió sulfanilamida en la fea herida, antes de taponarla con una gasa esterilizada. Cuando el artillero se quejó del dolor, le administró también una dosis de morfina. El hombre sobrevivió, pero Heller jamás olvidó el horror de aquella misión. Desde entonces, tuvo pánico a volar.

Pero todo eso había quedado en el pasado. Como por encanto, sin esperarlo ya, Heller completó su ronda de misiones en diciembre de 1944. Había conseguido el cupo de los sesenta vuelos justo antes de que lo subieran a setenta, y se había ganado el derecho a regresar de inmediato a Estados Unidos. Los días previos a su partida, los pasó en una tienda con una pareja de recién llegados, uno de los cuales había traído una máquina de escribir en la que Heller estuvo haciendo prácticas mientras esperaba. Cuando la guerra hubiera terminado, pensaba en hacerse escritor.

Heller pudo escoger si volvía a casa por tierra o por mar. Sin vacilar, se decidió por la vía marítima, pues prefería navegar desde Nápoles, aun a riesgo de ser torpedeado, que emprender otro vuelo sin verse obligado a ello. Nada más llegar a Estados Unidos, solicitó que lo retirasen del servicio activo como tripulante de aviación, aunque eso conllevara un recorte de sueldo considerable. Mientras el resto del 488.º escuadrón seguía en Córcega, Heller contempló el final de la guerra en un puesto de relaciones públicas de las fuerzas aéreas en Texas. Estaba en San Angelo cuando terminó la campaña de Italia, y se prometió a sí mismo que, en lo que le quedaba de vida, jamás volvería a volar en un avión.

## HIMMLER MIRA A LAS ESTRELLAS

De vuelta en Alemania, a Heinrich Himmler estaban a punto de predecirle el futuro. Había llegado a los barracones de la policía de Lubeca, de precaria iluminación, poco después de la medianoche. Allí se vería con Schellenberg, Brigadeführer de las SS, y el astrólogo Wilhelm Wulff.

Los dos se pusieron en pie de un salto cuando Himmler irrumpió por la puerta. Nada más entrar, notaron que había estado bebiendo. El olor a alcohol lo siguió por toda la estancia mientras ordenaba a los dos hombres que tomaran asiento de nuevo y él ocupaba su sitio en la cabecera de la mesa.

Si a Himmler le sorprendió ver que Schellenberg había traído consigo al astrólogo, dio pocas muestras de ello. La reunión comenzó con el informe de Schellenberg sobre el fracaso del conde Bernadotte, que no había podido entablar negociaciones para la rendición ante los aliados occidentales. Schellenberg había pasado la tarde aterrorizado, con el temor a una ejecución inminente, pero a juicio de Wulff al empezar a hablar había recobrado la confianza y pudo explicar con detalle con qué argumentos los aliados se negaban a negociar. Himmler escuchó con atención todas y cada una de sus palabras, mascando un cigarro que estuvo cogiendo y dejando sin cesar, con una mano que temblaba de forma casi incontrolable.

Himmler también sudaba, y su cuerpo sufría estremecimientos; solo a duras penas podía contener la emoción y las lágrimas. La noticia de Reuters sobre su traición, al intentar trabar contacto con los aliados, le había afectado muy negativamente. Sabía que, si Hitler seguía con vida y llegaba a enterarse, la iniciativa podía tener consecuencias desastrosas para él. Himmler estaba convencido de que, si no lo fusilaban directamente, como mínimo lo arrestarían. En cuanto Schellenberg terminó de hablar, se volvió hacia Wulff y le preguntó qué tenían que decir las estrellas sobre su futuro.

Wulff había traído consigo las cartas astrales y un cronómetro estelar. Repartió sobre la mesa y, a través de ellas, vaticinó que Himmler quizá podría sobrevivir a condición de que enviara a Schellenberg a Suecia de inmediato, para que protagonizase otra ronda de negociaciones con el conde Bernadotte y el ministro de Exteriores sueco. Daba la casualidad de que Wulff sabía que Schellenberg ardía en deseos de visitar Suecia en el futuro inmediato... para no regresar. Cuando estuviera a salvo en territorio neutral, podría preparar la huida de Himmler, quien se escabulliría

hasta Estocolmo pasando el Báltico antes de que nadie, en Alemania, se diera cuenta de que había desaparecido. Era una idea mejor que la de imaginar a Himmler disfrazado de granjero, escondido en una finca de Oldenburg, como había sugerido uno de sus subordinados.

Pero aquello no impresionó al líder de las SS.

—¿Eso es todo? —preguntó cuando Wulff hubo terminado su predicción. Él había esperado de las estrellas algo de ánimo, no solo el reconocimiento de que todo estaba perdido y era momento de huir.

Pero los cielos no tenían nada para él. Si había que darles crédito, Himmler estaba condenado. Pareció haber perdido del todo el control cuando empezó a gritarle a Wulff:

—¿Qué pasará? Todo ha acabado, ya nada se puede salvar. ¡Tengo que suicidarme! ¡Quitarme la vida! ¿Qué otra cosa piensan que puedo hacer?

Wulff no contestó. Tras haber pasado un tiempo en una cárcel nazi, a merced de la Gestapo, profesaba poca simpatía por Himmler, ahora que las tornas se habían cambiado.

—¿Por qué no me lo dicen? —suplicaba Himmler—. ¡Díganmelo! ¿Qué se supone que debo hacer?

—Huir del país —le aconsejó Wulff, con indiferencia—. Supongo que dispone usted de los documentos necesarios.

Himmler los tenía. Pero eso le proporcionaba poco consuelo, según pudo apreciar Wulff enseguida.

—¡Díganme qué hacer, por favor, díganmelo! —repetía Himmler, de pie frente a mí, como un estudiante asustado a punto de sufrir una paliza, mientras se mordía las uñas o se llevaba el cigarro a la boca con mano temblorosa—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué tengo que hacer? —repetía. Y luego, en respuesta a su propia pregunta—: Tengo que suicidarme; ¡no hay otro remedio!<sup>[39]</sup>

Contemplando a aquel hombrecillo horrible, Wulff comprendió que el líder de las SS, realmente, no tenía la menor idea de qué hacer. Cuando aún disponía de tiempo suficiente para preparar su propia huida, se quedó paralizado y no hizo nada para salvarse. En sus circunstancias, cualquiera con algo de sentido común habría huido: «Himmler no había hecho ningún plan. Acabó hundido, eso era todo. Y en esta situación desesperada, de la que no había salida posible, esperaban que un astrólogo al que los nazis habían perseguido y obligado a vivir preso en sus celdas oscuras y sus cárceles aconsejaría a su torturador».<sup>[40]</sup>

La conversación se prolongó durante otra hora más, en la que Himmler estudiaba las cartas y Wulff le explicaba las posiciones de Júpiter y Saturno. Himmler estaba desesperado por saber qué suerte destinaban las estrellas a sus hijos y su amante, Liesel Potthas. A Wulff le parecía un personaje mísero, un burócrata de segunda que había ascendido muy por encima de su valía, ansioso por perseguir a los judíos y los contrincantes políticos cuando las cosas iban bien, pero aterrizado por su propia seguridad cuando la situación empezaba a presentar un cariz más oscuro.

Por fin se decidió que Schellenberg debería ir a Dinamarca, y no a Estocolmo, como él habría preferido, para negociar la rendición efectiva de las fuerzas alemanas en Noruega y Dinamarca. Schellenberg se fue de inmediato a su hotel, a hacer las maletas. Himmler aún no había decidido qué hacer a continuación. Había pensado huir en avión a Checoslovaquia, donde el ejército

alemán aún controlaba la situación, pero Wulff lo desalentó al revelarle que las estrellas de Checoslovaquia no presentaban buenas perspectivas. Himmler no sabía cómo salir del atolladero.

Todo dependía de Hitler. Una vez muerto el Führer, sin duda, Himmler podría ocupar el vacío y erigirse en el nuevo líder de Alemania, el hombre con el que los aliados deberían tratar, si querían la paz. Una vez supiera con seguridad que Hitler había fallecido, su posición como negociador se vería muy fortalecida. Pero el Führer no estaba muerto, o, por lo menos, en Lubeca nadie lo había constatado así. Seguía con vida, seguía siendo el sumo responsable, y el tiempo de negociar se agotaba con rapidez.

Ciertamente, el Führer seguía con vida. No solo eso, sino que acababa de casarse. Antes de las primeras luces de la mañana, y con el frente ruso a unos pocos cientos de metros de distancia, Hitler contrajo matrimonio al fin con Eva Braun, en la sala de conferencias del búnker.

Fue una ceremonia civil en la que Goebbels y Bormann participaron como testigos. La celebró Walter Wagner, un magistrado que luchaba en una unidad de la Volkssturm, no lejos de allí. Lo fueron a buscar en la oscuridad y lo llevaron al búnker en un vehículo blindado. Una vez allí, le presentaron al Führer y le ordenaron que oficiase una versión abreviada de la ceremonia, sin publicación oficial de las amonestaciones.

Como la mayoría de los alemanes, hasta ese momento Wagner ni siquiera sospechaba que el Führer tuviera novia. Atónito, sin dar crédito a lo que le estaba sucediendo, preguntó a Hitler y a la mujer que tenía a su lado si los dos eran arios y estaban libres de enfermedades hereditarias. Cuando le aseguraron que así era, los casó de inmediato amparándose en las circunstancias especiales que permitía la normativa en los tiempos de guerra.

Eva Braun estaba tan nerviosa que empezó a firmar el certificado de matrimonio con su nombre de soltera, hasta que tachó la B para poner «Eva Hitler, de soltera Braun». Entonces, ella y su nuevo esposo celebraron un pequeño cóctel en sus dependencias personales, recordando los viejos tiempos con los generales Krebs, Burgdorf y otros pocos invitados seleccionados. Hitler estuvo poco tiempo. Se iba escabullendo a la sala de espera del despacho de Goebbels, donde Traudl Junge, su joven secretaria, estaba ocupada mecanografiando su último testamento político.

Hitler se lo había dictado antes. Era una larga e intrincada diatriba sobre los judíos, Alemania, su propio lugar en la historia, en suma: el tipo de cosas que Traudl ya había oído antes tantas veces. Cuando empezó a tomar las notas, había esperado algo distinto, como una explicación de lo que había salido mal, quizá, o una confesión de culpabilidad. Algo que, por lo menos, justificase toda la destrucción que él había traído a Alemania durante los seis años anteriores. Pero Hitler no tenía nada nuevo que decir. Se había quedado de pie frente a ella, con las manos sobre la mesa, hablando de un modo casi mecánico por encima del barullo general, pues los muros de hormigón hacían resonar sin descanso el ruido de las explosiones de los proyectiles y las bombas en el exterior:

Es falso que yo o que ningún otro alemán quisiera la guerra en 1939. La querían y la provocaron exclusivamente aquellos estadistas internacionales que, o bien tenían origen judío o trabajaban en pro de los intereses judíos ... Tras seis años de una guerra que, pese a todos los reveses, un día acabará fijada en la historia

como la más gloriosa y heroica manifestación de la batalla por la existencia de una nación, no puedo renunciar a la ciudad que es capital de este Estado.

Quiero compartir mi destino con el que millones de personas ya han escogido al quedarse en esta ciudad. Es más, no tengo intención de caer en manos del enemigo, que desea un nuevo espectáculo, presentado por los judíos, como entretenimiento para sus masas históricas.

He decidido, por lo tanto, permanecer en Berlín y optar ahí por la muerte, voluntariamente, en el momento en que crea que la posición del Führer y de la propia Cancillería ya no pueden sostenerse por más tiempo. Muero con el corazón gozoso al saber de las inconmensurables hazañas y éxitos de nuestros campesinos y obreros, y de la contribución, única en la historia, de nuestra juventud, que lleva mi nombre.[\[41\]](#)

Y proseguía en el mismo tono. Traudl Junge, como tantos otros millones de alemanes por medio de la radio, había oído el grueso de la idea en incontables ocasiones. Experimentó un curioso sentimiento de traición mientras lo copiaba todo en su impecable taquigrafía: «Ahí estábamos. Todos condenados, todos nosotros, pensé yo —el país entero, condenado— y ahí, en lo que él me estaba dictando, no había una sola palabra de compasión o de lamento, solo una cólera terrible, terrible. Recuerdo que pensaba “¡Dios mío! No ha aprendido nada. Todo sigue exactamente igual”».[\[42\]](#)

La única sorpresa llegó en el momento en que Hitler nombró a los miembros del gobierno que debería formarse una vez muerto él. Traudl levantó la vista, atónita, cuando él anunció que, ahora que Himmler había sido expulsado del partido, el almirante Dönitz sería el nuevo líder de Alemania. Pero ¿el líder de qué —se había preguntado ella—, si el país estaba en ruinas, y el enemigo, ya en las calles de Berlín?

Pero a Hitler ya no le importaba nada. Tras dictar su testamento político, prosiguió con la última voluntad personal: legaba todos sus bienes al partido nazi, si seguía existiendo, o en su defecto al Estado alemán. Luego se marchó a la sala de conferencias, para casarse, tras indicarle a Traudl que mecanografiara ambos documentos por triplicado y se los llevase en cuanto hubiera terminado.

Ella empezó a trabajar de inmediato, pasando a máquina sus notas en la sala de espera mientras Hitler celebraba la boda en sus dependencias personales. Ella tecleó con furia hasta la madrugada, sorprendiéndose ante los escasos errores que cometían sus dedos al repiquetear sobre las teclas. Hitler aparecía de vez en cuando, para ver cómo avanzaba, vigilándola y observando su taquigrafía con expresión de desdicha antes de regresar a la fiesta. Goebbels también pasó a visitarla. Estaba tremendamente emocionado, en una medida que Traudl no olvidaría jamás:

Goebbels entra de repente. Le veo el rostro agitado, un rostro blanco como la cera. Le resbalan lágrimas por las mejillas. Habla conmigo porque no tiene cerca a nadie más con quien poder desahogarse. Su voz, normalmente clara, se entrecorta ahora por las lágrimas y los temblores.

—¡El Führer quiere que abandone Berlín, Frau Junge! Asumiré un cargo de especial importancia en el nuevo gobierno. Pero no puedo abandonar Berlín. ¡No puedo alejarme del Führer! Soy el Gauleiter de Berlín, y mi lugar es este. ¡Si el Führer muere, mi vida no tendrá sentido![\[43\]](#)

Goebbels también le dictó su testamento a Traudl, como apéndice de la última voluntad del Führer:

Por primera vez en mi vida, debo negarme categóricamente a obedecer una orden del Führer. Mi esposa y mis

hijos se unen a mí en la negativa. Incluso dejando a un lado que los sentimientos de humanidad y de lealtad personal nos prohíben abandonar al Führer cuando más nos necesita, de otro modo, durante el resto de mi vida parecería un deshonesto traidor ...

De acuerdo con mi esposa, y en nombre de mis hijos, que son demasiado jóvenes para hablar por sí mismos y que, si fueran mayores, convendrían conmigo sin reservas, manifiesto mi decisión irrevocable de no abandonar la capital del Reich aunque esta haya caído, sino al contrario: me quedaré junto al Führer para poner fin a una vida que, para mí, carecería de todo valor si ya no pudiera ponerla al servicio del Führer.[\[44\]](#)

Hitler, Goebbels y Martin Bormann miraban por encima de Traudl mientras esta concluía el trabajo, multiplicando su nerviosismo mientras ella se esforzaba por terminar la última página del testamento de Hitler. Prácticamente lo arrancaron de la máquina de escribir en cuanto estuvo listo y lo llevaron a la sala de conferencias para la firma y atestiguación inmediata. Entonces, las tres copias fueron entregadas a tres correos distintos para que las sacasen de Berlín a escondidas hacia distintos destinos. Una era para el cuartel general del partido nazi en Múnich, otra para el mariscal de campo Ferdinand Schörner, nuevo comandante de la Wehrmacht, y la tercera para el almirante Dönitz, el hombre elegido para sustituir al Führer cuando este faltara.

Hitler se fue a la cama pronto, después de firmar el testamento. Para entonces llegaba ya el amanecer, heraldo de otro día desastroso para los defensores alemanes de Berlín. Traudl lo observó mientras se retiraba a sus dependencias y pensó que, ciertamente, la vida de Hitler ya había terminado. Estaría preparado para morir en cuanto supiera que al menos una copia de su testamento había alcanzado su destino al otro lado de las líneas rusas.

Goebbels también estaba preparado para morir, junto con su esposa y sus seis hijos pequeños. Probablemente morirían envenenados, pues en el búnker se estaban repartiendo cápsulas de cianuro para todos. Traudl había visto cómo probaban el veneno con el perro de Hitler, Blondi. Se percibió un olor a almendras amargas cuando Hitler y el médico se inclinaron sobre el animal, que había muerto al instante. Cuando se levantó y se apresuró a retirarse a su habitación, sin pronunciar una palabra, el rostro de Hitler recordaba a una máscara de la muerte.

Pero eran los hijos de Goebbels los que más preocupaban a Traudl. Eran unos niños deliciosos, guapos y de excelente conducta, ajenos por completo a la maldad en la que se había especializado su padre. Jugando felizmente en la habitación, no tenían ni idea de lo que estaba a punto de sucederles. Su madre les había dicho que quizá tendrían que vacunarse, para prevenir enfermedades, pero era todo lo que sabían. Magda Goebbels no tuvo el valor de decirles nada más. Nadie lo tuvo.

En el exterior, a medida que iba amaneciendo sobre las ruinas de Berlín, comenzaba la batalla por el Reichstag, el colosal edificio del Parlamento, que dominaba el centro de la ciudad. La cúpula estaba destrozada, pues llevaba mucho tiempo siendo blanco del avance ruso, ya que representaba un hito claramente visible para los soldados que se abrían paso entre los escombros. Había llegado a ser un símbolo para ambos bandos, en una lucha cada vez más descarnada por el control de la ciudad. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ni un centímetro de terreno en el combate. Los defensores alemanes comprendían tan bien como los rusos que, una vez que la bandera roja ondease sobre el Reichstag, la capital estaría perdida para siempre y toda la guerra

habría sido en vano.

El Reichstag estaba a la orilla del río Spree. Los rusos lo habían atravesado durante la noche, forzando el paso a través del puente de Moltke, a unos 500 metros de distancia, por el oeste. La lucha había sido larga y sangrienta, con muchas bajas en ambos bandos, hasta que, a primera hora de la mañana, los rusos consiguieron instalar una cabeza de puente en la orilla alemana. Cuando el cielo empezó a clarear, habían tomado una de las aceras de la calle que llevaba directamente a la zona despejada de delante del Reichstag. Los alemanes defendían la otra. Siguió siendo un combate despiadado, en el que nadie dio tregua ni esperó recibirla y se batallaba casa por casa, edificio por edificio, por toda la calle.

La defensa alemana fue salvaje. Muchos de los defensores eran de las SS, jóvenes fanáticos y cínicos, criados en las Juventudes Hitlerianas, que en sus cortas vidas no habían conocido otra cosa que el nazismo. No les importaba irrumpir en un edificio exhibiendo una bandera blanca y masacrar luego a los ocupantes. A los cobardes, los colgaban de las farolas, a los desertores, los fusilaban en el acto. Luchaban con el coraje de jóvenes que no temían a la muerte, a quienes se les había enseñado que no había llamado más alto que el servicio al Führer y a la patria. Según lo veían los defensores alemanes, estaban combatiendo para contener las líneas rusas hasta que llegase el ejército de Wenck, y con él los estadounidenses que se dirigían hacia Berlín a toda prisa para proteger la capital y salvar la cultura alemana de la amenaza roja. Se trataba solamente de aguantar hasta que llegase la ayuda de Occidente.

El ataque ruso contaba con la misma determinación. Los generales rusos participaban en una competición apenas velada por llegar en primera posición al Reichstag. Quien estuviera al mando de la unidad que tomara el edificio y enarbolase la bandera roja sobre la ciudad sería un Héroe de la Unión Soviética para el resto de su vida. Los generales rusos, habitualmente insensibles con respecto a las vidas de sus hombres, no parecían preocuparse por cuántos hombres morían mientras ellos avanzaban hacia el desolado y gris edificio que ahora se les ofrecía ante sus mismos ojos, a tan solo unos cientos de metros de su posición.

Pero los soldados rusos normales y corrientes mostraban cada vez mayor reticencia a morir, estando tan cerca del final de la guerra. En los últimos días, habían fallecido tantos hombres que tuvieron que completar las formaciones con prisioneros de guerra recién liberados de los campos de concentración alemanes. En lugar de mandarlos a casa, los prisioneros fueron enviados directamente al frente, con fusiles en la mano y la oportunidad de compensar en la batalla la vergüenza de haber sido apresados. Algunos agradecieron la oportunidad de asestar otro golpe a los alemanes, después de lo que habían sufrido en los campos, pero la mayoría no quería seguir combatiendo. Se intentó consolidar las unidades con partidarios de la línea dura, miembros de la Komsomol, organización juvenil del Partido Comunista que era un equivalente bolchevique de las SS; se trataba de jóvenes endurecidos, que no toleraban resistencia alguna ni veían nunca razones para no combatir. Según algunos alemanes, parecía que, entre los rusos, no causaba más bajas el fuego del enemigo que el fuego amigo.

La batalla por el Reichstag empezó a las ocho y media de la mañana, con un bombardeo preliminar destinado a debilitar las defensas en previsión del posterior ataque. Fue un bombardeo masivo, con toda la artillería de campo, los lanzacohetes, los carros de combate y los cañones

autopropulsados que los rusos pudieron disponer en contra del edificio del Parlamento. Duró una hora y media, tras lo cual los rusos pretendían iniciar el asalto contra unos defensores aturdidos.

Cuando la batalla prosiguió, sin embargo, pronto quedó claro que el asalto debería posponerse, quizá durante el resto del día, porque los edificios intermedios todavía estaban en manos enemigas. El ministerio del Interior, un descomunal complejo arquitectónico levantado junto al río, estaba defendido con intensidad por alemanes que se negaban obstinadamente a rendirse. Los rusos se vieron obligados a tomar el edificio planta por planta y escalera por escalera, despejando cada una de las habitaciones antes de avanzar con cautela hacia la siguiente estancia. El progreso era tan lento que, a lo sumo, podrían empezar a pensar en el Reichstag al caer la noche, demasiado tarde ya para lanzar un asalto aquel mismo día.

Pero los generales sabían que a la mañana siguiente sí debería producirse el ataque, porque era ya el último día de abril. Aunque murieran incontables soldados en el proceso, los comandantes rusos estaban decididos a ver la bandera roja ondeando sobre el Reichstag al caer la noche del último día de abril. La fecha era crucial. Cualquier retraso impediría que Stalin se otorgase el mérito de la acción cuando, a la mañana siguiente, desde el Kremlin, presidiera el desfile del Día del Trabajo en Moscú.

En el resto de Berlín, la historia se repetía: los rusos estrechaban el cerco por todas partes, mientras los alemanes luchaban por contener su avance. No había un frente fijo, sino que la batalla se movía adelante y atrás. Los canales de Berlín formaban una barrera natural, pero los rusos pasaban por debajo, aprovechando las líneas del metro, para atacar a los alemanes por la retaguardia. Los alemanes hacían lo mismo, lo cual desencadenaba escaramuzas en una oscuridad tremenda, al combatir ambos bandos en los túneles, muy por debajo la superficie.

Helmut Altner había pasado buena parte del día anterior bajo tierra, avanzando paso a paso con nerviosismo y recorriendo un túnel tras otro con el resto de su patrulla. En una ocasión, los atacó su propia gente: al llegar a una estación fueron tiroteados por las Juventudes Hitlerianas y las Waffen-SS. Cuatro hombres cayeron heridos o muertos antes de que los defensores se dieran cuenta del error. Desde ese punto, las dos patrullas unieron sus fuerzas en el intento de abrirse paso a través de la línea enemiga. La lucha fue feroz: los rusos disparaban desde un túnel adyacente y volaban balas en todas direcciones cuando ambos bandos abrieron fuego con los Panzerfaust y las ametralladoras. Altner había perdido el sentido del tiempo, después de pasar tantas horas en la oscuridad, con frecuencia gateando a la desesperada para evitar que le alcanzasen y morir sin que nadie lo supiera, en la oscuridad.

Sintió un enorme alivio cuando por fin salieron a la superficie y formaron para pasar revista en el vestíbulo de una de las estaciones. Ya había tenido bastante con aquella sesión de combate subterráneo. Si tenía que morir, prefería, desde luego, que sucediera al aire libre y no dentro de un túnel, como una rata en una cloaca.

Altner pasó el resto de la noche arrastrándose por tierra de nadie, al oeste del Jardín Zoológico, siguiendo los pasos del hombre que tenía delante mientras avanzaban entre las ruinas con la expectativa de ser atacados en cualquier momento. Les dispararon una o dos veces, pero

podieron seguir adelante en el camino de regreso a su base de Ruhleben. En cierto momento, pasaron al lado de un niño que lloraba en la oscuridad, llamando a su madre. Vieron cómo dos hombres, a hurtadillas, cortaban carne de un caballo muerto aún enjaezado a su carro, y pasaron por encima de cadáveres de soldados muertos de ambos bandos: uno de las Juventudes Hitlerianas con la cabeza hecha puré, una mujer rusa vestida con uniforme marrón y el cabello desparramado, tendida junto a un carro de combate incendiado. Sin embargo, en su mayoría encontraron a su paso calles desiertas, barricadas abandonadas y edificios vacíos a uno y otro lado. En su vecindad inmediata, todo estaba envuelto por un silencio inquietante, mientras en el resto de la ciudad la batalla proseguía con estruendo.

Cuando se acercaba el alba y los rusos se preparaban para asaltar el Reichstag, Altner ya estaba de vuelta en Ruhleben. Después de estar más de veinticuatro horas en pie, tenía necesidad de dormir un poco. Mientras buscaba algún sitio para descansar, todo eran rumores. Algunos alemanes aún tenían fe en ser socorridos por el ejército de Wenck, otros habían oído hablar de un arma secreta y novedosa que aún podría invertir el curso de la guerra, un gas, una bomba o alguna otra cosa que podría lanzarse contra Estados Unidos con un poder de destrucción nunca visto. El propio Altner había oído antes una historia que se antojaba aún menos probable. Hablaban del Führer y de su búnker:

Un soldado dice que Hitler se casó ayer en el búnker que hay debajo de la Cancillería del Reich. ¿Una patraña? ¡Qué noche de bodas tan alegre habría sido, con el retumbar de los cañones! ¡Y aún tenemos que seguir batallando por este hombre, que ya no tiene a Alemania en su poder! Porque le juramos lealtad, soldados y civiles tienen que seguir muriendo. Hay quien dice que Hitler se ha casado con una actriz y que ella aparecerá como una lechera en el nuevo billete de veinte marcos.[\[45\]](#)

Demasiado cansado como para darle más importancia, Altner no sabía qué hacer con aquel rumor:

Se ha instalado la depresión. La mayoría de la gente no se lo quiere creer, y hasta a mí me parece increíble. Creo que, con la impresión que ha causado la noticia de la boda de Hitler, muchos han empezado a pensar por sí mismos. Hay quien dice que, cuando la capital caiga, se irá en avión con todo el gobierno, de Ruhleben a Brasil, para seguir luchando desde allí; en cualquier caso, lo más lejos posible del tiroteo, para no verse en un peligro inminente. Un soldado afirma haber visto cómo Hitler subía a un transporte blindado, el día 27, y pedía que lo llevaran a ver la escena de la batalla en el Tiergarten. Sin embargo, creo que no es más que un cuento inventado, como tantos otros.[\[46\]](#)

Mientras Altner buscaba un sitio para dormir, Hildegard Knef y Ewald von Demandowsky pensaban en seguir el ejemplo de Hitler y contraer matrimonio. En la zona de carga de Schmargendorf, mientras los francotiradores disparaban con tanta intensidad que incluso arrancaron de las manos de Hildegard un frasco de agua, Demandowsky le pidió matrimonio. Quería casarse con ella mientras aún tuvieran la oportunidad, antes de que uno u otro muriera en los combates.

A Hildegard se le ocurrieron varias objeciones a la boda, incluida la no poco destacable de que Demandowsky ya tenía esposa. Pero él adujo que en Schmargendorf nadie lo sabía. Seguro

que el teniente podría casarlos de inmediato, como el capitán de un barco.

Aún estaban debatiendo sobre la cuestión, cuando oyeron un estruendo que provenía de las pistas de tenis. Sacaron la cabeza fuera del barracón y vieron un tanque que se bamboleaba sobre los cráteres y aplastaba los arbustos, las vallas y cualquier cosa que se cruzara en su camino. Al mirar con más detenimiento, se dieron cuenta con alivio de que el tanque era alemán.

—Son las fuerzas de socorro —le gritó Demandowsky a Hildegard—. ¡Lo sabía! Lo sabía. Siempre te dije que no nos abandonarían.

Mientras hablaba, un jovencito vestido con la chaqueta de las Juventudes Hitlerianas pasó corriendo a su lado, en dirección al carro de combate. Iba armado con un Panzerfaust. Antes de que nadie pudiera detenerlo, lo disparó y el tanque desapareció tras una cortina de llamas.

La detonación hizo caer a todo el mundo. Cubierto de sangre, el teniente fue el primero en ponerse en pie. Se levantó algo mareado y empezó a maldecir con furia contra el chico de las Juventudes. Demandowsky escogió aquel momento para anunciar sus planes de boda.

—¡Queremos casarnos! —le dijo al teniente—. Nos gustaría que usted nos casara.

Aturdido aún, el teniente permaneció completamente inmóvil, alumbrado por el resplandor del tanque en llamas. Con tantas otras cosas en mente, apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—No tengo la autoridad necesaria —le espetó, transcurrido un momento. Estaba a punto de añadir algo cuando la bala de un francotirador lo alcanzó en plena cara. Hildegard vio con horror cómo el teniente se desplomaba en el suelo sin proferir una sola palabra, con el rostro deshecho y sangriento, una simple masa informe de carne roja bajo el casco donde habían estado sus facciones.

Hildegard no se entretuvo. Ella y Demandowsky corrieron a refugiarse de inmediato, zigzagueando a toda prisa por la zona de carga mientras las balas volaban a su alrededor. Algunos soldados los cubrieron mientras esprintaban hasta un terraplén y, con ayuda del otro lado, saltaban un muro. Hildegard vio con alegría que se trataba de soldados de verdad, no de viejos ni de chicos de las Juventudes Hitlerianas o las SS. Había unos quince o veinte y, desde luego, sabían lo que hacían.

Los rusos atacaron más tarde, profiriendo sus gritos habituales mientras atravesaban la zona de carga. Agazapados, los alemanes sostuvieron el fuego hasta el último momento; mientras Demandowsky apuntaba con la ametralladora, Hildegard aguantaba la cinta de munición. Consiguieron derrotar a los rusos, pero sabían que solo era cuestión de tiempo que volvieran a intentarlo. Los alemanes se retiraron en cuanto cayó la noche, abandonando en silencio su posición y escabulléndose entre las ruinas hacia la Hohenzollerndamm, al amparo de la oscuridad.

Encontraron un sótano lleno de civiles e intentaron sumarse a ellos, con ganas de disponer de un refugio frente al fuego incesante de las calles. Los civiles eran, en su mayoría, mujeres y niños, sentados en sillas de cocina alrededor de un único cabo de vela, que esperaban pasivamente a que llegaran los rusos. No se alegraron de ver a Hildegard y a los demás.

—¡Fuera! —gritaron—. No queremos soldados aquí. Nos matarán si les encuentran aquí. ¡Márchense!

—Solo necesitamos un poco de agua —dijo uno de los soldados.

—Tengan compasión —decía, indignada, una mujer gorda—. Tenemos niños aquí.

Otra mujer, una vieja fea y desdentada, se apiadó de ellos. Salió de un rincón y encasquetó una botella de agua en la mano del soldado.

—Dios se apiade de nosotros —murmuró, mientras se alejaba de él. Como todos los demás de aquella sala, no se hacía ilusiones respecto de lo que les sucedería cuando llegasen los rusos.

A ojos de Hildegard, todos parecían locos, como ovejas que, en el matadero, esperasen con paciencia su turno para el sacrificio. Dejó que se las arreglaran y se alegró de marcharse y unirse a los otros. Al salir, parecía que toda la calle estuviera ardiendo. No hubo más palabras de boda mientras ella y Demandowsky se sumaban a otros soldados y salían a la carrera hacia la Hohenzollerndamm, donde tenían órdenes de atrincherarse en un cementerio para poder contener de nuevo a los rusos cuando atacasen al amanecer.

Las mujeres del sótano tenían toda la razón al temer a los rusos. Miles de mujeres sufrían violaciones cada día, a medida que se iba intensificando la batalla por Berlín. En muchas ocasiones, era lo primero que hacían los rusos nada más llegar, tras haber desarmado a todo el mundo y haberse embolsado sus relojes de pulsera.

Algunos decían que las tropas del frente eran disciplinadas y que en quien no se podía confiar era en los que venían detrás. Otros decían que los violadores eran prisioneros de guerra recién liberados o soldados que vengaban asaltos similares perpetrados contra las mujeres de su tierra durante el avance alemán. Fueran cuales fueran los motivos, para las mujeres el resultado siempre era el mismo. Jóvenes y viejas, por igual, todas estaban en peligro frente al avance ruso. Algunas sufrieron violaciones repetidas, tantas que al final perdían la cuenta. Otras eran asaltadas con tanta violencia que luego no podían ni caminar, y solo eran capaces de alejarse a rastras, con la esperanza de que no las atacasen otra vez. El ejército rojo, después de todo lo que había soportado en el frente oriental, no estaba dispuesto a mostrar ninguna compasión hacia las berlinesas.

Ursula Köster se escondía en un sótano de Zehlendorf, con sus padres y tres niños, cuando los rusos llegaron a por ella. Fue violada por cuatro soldados aquella noche y por otros dos a la mañana siguiente. Salió tambaleándose y encontró, entre los escombros del jardín comunitario, una bañera vuelta del revés. Fue arrastrándose hasta ella y se escondió allí debajo con sus dos gemelos de seis años y su otro hijo de siete meses.

Hannelore von Cmuda, con tan solo diecisiete años, fue violada repetidas veces por soldados borrachos que luego le pegaron tres tiros y la dejaron por muerta. A Anneliese Antz se la llevaron a rastras de la cama de su madre, justo antes del amanecer, y por mucho que gritó, la dejaron en un apartamento donde un oficial soviético la asaltó salvajemente. Otro soldado desnudó por completo a su hermana Ilse. Si en un principio confundió el cuerpo desnutrido de la joven con el de un hombre, cuando se dio cuenta del error la violó.

—Esto es lo que hicieron los alemanes en Rusia —le dijo al terminar.

Juliane Brochnik, de dieciocho años, se escondía detrás de un sofá, en el sótano de su padre, cuando llegaron los rusos. Allí estuvo a salvo hasta que dos ancianos alemanes, que estaban en el

sótano, revelaron su paradero a los rusos. Margarete Probst se ocultó la cabellera rubia debajo de una gorra, se ensució el rostro y se puso un enorme esparadrapo en la mejilla, para disimular su atractivo. Lo logró, pero otras de las mujeres que compartían con ella el refugio, en Kreuzberg, corrieron peor suerte: «Todo era coger a las chicas y llevárselas a las habitaciones de arriba. Las oíamos gritar toda la noche. El ruido bajaba incluso a los sótanos», recordaba.<sup>[47]</sup> Una de las mujeres tenía ochenta años y fue violada repetidas veces por los rusos, pese a su avanzada edad.

En otro refugio, Margarete Promeist también fue violada, pese a decirle a su asaltante que era, con mucho, demasiado vieja para él. Se suponía que Margarete estaba al cuidado del refugio, pero no había nada que ella pudiera hacer contra los rusos:

Durante dos días y dos noches, llegaron a mi refugio varias oleadas de rusos, una tras otra, a violar y saquear. A las mujeres que se negaban, las mataban. También fusilaron y mataron a varias aunque no los habían rechazado. En una sola habitación, encontré los cuerpos de seis o siete mujeres, todas tendidas en la postura en que las habían violado, con la cabeza destrozada a golpes.<sup>[48]</sup>

La actriz Magda Wieland se escondió en un armario, de donde la sacó un soldado asiático que, a la vista de aquella hermosa rubia, sufrió una eyaculación precoz; en su lugar, la violó su compañero. En el piso de abajo, una amiga judía de Magda, Ellen Götz, fue arrastrada al exterior y violada igualmente, pese a las protestas de los alemanes que la habían acogido; Ellen se había escondido en el sótano después de escapar de la prisión de la Lehrterstrasse, pero su condición de judía no la salvó de los rusos. Violaban a las judías y también a las comunistas, mujeres del partido que habían ocultado su condición a los nazis durante doce largos años y que, al principio, recibieron a los soviéticos con los brazos abiertos.

Y también violaban a niñas, chiquillas de once y doce años con roturas de ligamentos, que sangraban hasta morir con las entrañas reventadas después de lo que les habían hecho los rusos. Pocas mujeres eran demasiado jóvenes o demasiado viejas para no ser objeto de la atención de los rusos. En ocasiones, sus propios oficiales intentaban detenerlos, pero eran más las veces que también reían o incluso trataban de unirse a ellos. También reían las mujeres soldado, divertidas al ver cómo sus camaradas violaban descaradamente a las alemanas, en plena calle. A veces los soldados rusos, aisladamente, se mostraban amables y corteses, pero en tanto que ejército cayeron sobre Berlín sin compasión. Entendían que su propio país había sufrido demasiado, en los cuatro años anteriores, como para mostrar ahora ninguna misericordia. Y el pueblo alemán no había padecido suficiente.

## BELSEN

En Belsen, hacía muy poco que los británicos habían terminado de enterrar a los cadáveres. Cuando liberaron el campo, el 15 de abril, hallaron diez mil cuerpos, muertos en su inmensa mayoría por el tifus o la inanición. Los guardias se habían negado a deshacerse de ellos por miedo a las infecciones, y los prisioneros restantes ya no tenían fuerzas suficientes, de modo que los cadáveres habían quedado abandonados, amontonados por todo el campo en gigantescas pilas putrefactas.

Los británicos quedaron profundamente conmocionados ante aquel panorama de cadáveres incontables. Los soldados de la vanguardia sintieron arcadas nada más llegar a la alambrada, vencidos por el hedor a muerte antes incluso de entrar en el campo. Los vivos tenían un aspecto casi tan terrible como los muertos: figuras esqueléticas que se peleaban por restos de comida o que yacían apáticas sobre sus propios excrementos. Las tropas británicas estaban formadas por hombres curtidos, que creían haberlo visto todo en la batalla por Europa. Pero Belsen los hizo llorar como bebés.

Lo peor de todo era que Belsen no constituía siquiera un campo de exterminio. No se habían construido ex profeso cámaras de gas ni naves de ejecución. Era tan solo un campo de internamiento que se torció, desbordado por los prisioneros trasladados a Belsen desde todas partes, para huir del avance de los rusos por el este. Los alemanes nunca habían alimentado bien a sus prisioneros, pero cuando el suministro de alimentos resultó afectado por el avance británico, se vieron en serias dificultades para simplemente darles algo de comer. En ese contexto, los alemanes dejaron a los prisioneros morir de hambre, mientras a ellos no les faltaba nada en la mesa.

Richard Dimbleby fue el primero en hablar de Belsen al mundo exterior. En sus reportajes para la BBC, habló de esqueletos vivientes y de canibalismo, de cadáveres a los que se les habían arrancado el hígado y los riñones, de mujeres y hombres apaleados por las SS hasta que perdían la conciencia y luego arrojados vivos al crematorio. Su informe había sido comedido y tranquilo, pero en la BBC lo recibieron con franca incredulidad. Se negaron a emitirlo hasta que la historia fuese verificada por fuentes independientes. Dimbleby, ciego de ira, telefoneó a Londres y juró que nunca, en toda su vida, volvería a trabajar para ellos si se negaban a emitir su noticia. La BBC accedió, aunque a regañadientes e insistiendo, por su propia tranquilidad, en realizar algunos

tijeretazos.

Sin embargo, Dimpleby solo había contado la mitad de la historia. No había hablado de los niños forzados a mirar cómo asesinaban a sus padres; el hombre al que descuartizaron los perros por llamar a voces a su esposa; los sospechosos de canibalismo, a los que se obligaba a permanecer sentados con el globo ocular de un muerto entre los labios y los brazos sobre la cabeza, para apalearlos hasta la muerte cuando se moviesen, incapaces de aguantar más en aquella posición. No había dicho nada del nivel de los excrementos acumulados en cada barracón, de varios centímetros de altura; de los niños que lanzaban piedras contra los cadáveres; de las mujeres que no menstruaban desde su llegada al campamento; de las elegidas para la prostitución —catorce soldados alemanes al día, cinco días a la semana— a cambio de comida suficiente para sobrevivir. Tampoco había hablado de los prisioneros que rezaban porque los británicos llegasen antes de que se acabara de construir la cámara de gas prevista; de los guardias que seguían matando a prisioneros aun después de la aparición de los británicos; de los inválidos que chillaban con pavor cada vez que alguien se les acercaba con una aguja; de los que sucumbían al pánico cuando los llevaban en una camilla hacia un edificio con chimeneas, lo cual, para los supervivientes de Auschwitz, solo podía significar una cosa. Dimpleby no mencionó ninguna de estas cosas en su reportaje. Sus oyentes no habrían podido asumirlo todo de una sola tacada.

Los británicos apenas sabían por dónde comenzar, una vez superada la primera impresión. Alimentar a los prisioneros y cuidar de los enfermos fueron las prioridades de máxima urgencia, seguidas por la sepultura de los muertos. Los británicos no estaban preparados para una tarea tan compleja y, además, todavía tenían la línea del frente a unos pocos kilómetros de distancia; al principio cometieron errores, como cuando obligaron a ingerir sus propias raciones de comida a prisioneros demasiado enfermos para poder digerirlas bien, y, con su amabilidad, acabaron matando a un número indeterminado de personas, en lugar de salvarlas, como era su intención.

Michael Bentine, oficial de inteligencia de la RAF, estaba en la vecina población de Celle cuando apareció un *jeep* con un médico británico, que pedía paquetes de raciones y chocolate.

—Nunca, en toda mi vida, había visto nada tan espantoso —le dijo a Bentine—. No se lo creerá usted hasta que no lo vea; por el amor de Dios, ¡venga a ayudarles!<sup>[49]</sup>

Otros acudieron igualmente a ayudar. El teniente Robert Runcie y el comandante Willie Whitelaw, de la Guardia Escocesa, mandaron un *jeep* lleno de caramelos y chocolate, salidos de las raciones de su propio batallón, para los niños del campo. Pero las raciones del ejército británico resultaron ser, en muchas ocasiones, demasiado ricas para unos estómagos ya desacostumbrados a esas comidas. Durante varias semanas, después de la llegada de los británicos, los prisioneros siguieron muriendo a un ritmo de varios cientos al día.

Había que dar sepultura a todos los cuerpos. Al principio, hicieron que los guardias de la prisión se encargaran de aquel trabajo; alemanes y húngaros arrastraban cadáveres tan putrefactos que, en ocasiones, se quedaban con los brazos en la mano. Los guardias se quejaban, con el temor a contagiarse del tifus, pero los británicos mostraron poca compasión por ellos. Los guardias de las SS que pedían un descanso de unos pocos minutos eran obligados a tenderse boca abajo en una fosa común, donde se encogían de miedo, temiendo que los matasen en cualquier momento. Uno de los guardias se suicidó, después de varias horas de trabajar en los enterramientos. Otros rogaron

ser fusilados. Avanzaban tan despacio que, al poco tiempo, los británicos se vieron obligados a sumarse a la tarea. Dejaron a un lado los escrúpulos y recurrieron a los bulldóceres para terminar la labor antes de que los cuerpos se descompusieran del todo.

El trabajo quedó interrumpido el 20 de abril, cuando una escuadrilla de Focke-Wulf atacó el campamento, ametrallando a los internos al amanecer y matando a varios no combatientes en un campo lleno de vehículos de la Cruz Roja. Cuatro días después, se hizo acudir al complejo principal a una delegación de funcionarios alemanes. El alcalde de Celle y otros burgomaestres de la zona se vieron obligados a permanecer en el borde de una fosa abierta en la que había miles de cadáveres descarnados, mientras un cámara los filmaba con una toma única, desplazando la imagen hacia arriba, desde los cadáveres a los rostros de los munícipes y los alrededores del campo, para evitar cualquier acusación de trucaje. Los guardias de las SS también tuvieron que asistir. Todos escucharon, con rostros inexpresivos, un discurso emitido en alemán desde un altavoz montado sobre un *jeep*:

Lo que verán aquí es la condena total y definitiva del partido nazi. Esto justifica cualquier medida que las Naciones Unidas adopten para exterminar este partido. Lo que verán aquí supone tal vergüenza para el pueblo alemán que su nombre debe ser borrado de la lista de naciones civilizadas.

Ustedes, que representan a los padres y hermanos de la juventud alemana, ven ante sus ojos a unos pocos de los hijos e hijas a quien corresponde una pequeña parte de la responsabilidad directa por este crimen. Solo es una pequeña parte, y aun así el peso es demasiado grande para que el alma pueda sobrellevarlo. Pero ¿quién tiene la verdadera responsabilidad? Ustedes, que han permitido que su Führer lleve a cabo estos caprichos terribles. Ustedes, que han demostrado ser incapaces de hacer nada para corregir los triunfos de su perversión. Ustedes, que han sabido de estos campos, o que al menos tenían alguna idea de lo que sucedía en ellos. Ustedes, que no se levantaron de forma espontánea para limpiar el nombre de Alemania, sin temor a las consecuencias personales. Aquí se los juzga por lo que verán en este campo.[\[50\]](#)

Pero los burgomaestres estaban poco dispuestos a cargar con ninguna culpa. Leslie Hardman, un rabino que acompañaba al ejército británico, vio con desprecio cómo los funcionarios escuchaban el discurso con expresión hosca:

Bajaron la mirada hacia la fosa de restos humanos y vieron una parte del fruto de la brutalidad, la perversión y el sadismo cometidos en su nombre. Vieron los montones de tierra apilada, agazapados como enormes y pacientes perros pastores que estuvieran a la espera de encerrar al rebaño en el último redil. Vieron el caqui del soldado británico, el horrible atuendo a rayas de los internos, el alzacuellos blanco del capellán. Pero ellos no habían sabido nada, no habían visto nada, no habían oído nada.

Impasibles, escucharon las palabras del oficial con indiferencia; luego uno de ellos, una mujer, empezó a llorar. Sus sollozos rompieron contra la fortaleza del grupo, cayeron en la enorme tumba y se perdieron. Los gemidos de los muertos nos retumbaban en los oídos. Pero los burgomaestres no habían visto, oído ni sabido nada.[\[51\]](#)

Chaim Herzog, que antes de la guerra fue miembro de la Haganah, pero para entonces era oficial británico, compartía el desprecio de Hardman. Herzog había visitado varios campos durante el avance británico, incluido el de Belsen. Nunca había visto ni un destello de bochorno en los rostros de los alemanes de a pie a los que se obligaba a contemplar la obra de sus paisanos:

Cuando los vecinos del lugar acudían a mirar de frente las atrocidades de su nación, ni yo ni ningún otro vimos

nunca expresiones de horror o de remordimiento ante las brutalidades cometidas en su nombre. Porque lo que decían los alemanes, entonces u hoy, que ellos no sabían nada de lo que pasaba —como afirmaban casi todos los alemanes—, era una mentira atroz. Yo estuve allí. Yo vi los rostros de la gente corriente. Yo vi que los campos estaban muy cerca de las ciudades. Me llegó el hedor de los cadáveres putrefactos de judíos, gitanos y polacos. Créanme, el pueblo alemán sin duda lo sabía; la verdad era omnipresente e ineludible.[\[52\]](#)

Esther Brunstein, que a la sazón contaba dieciséis años —había sido trasladada a Belsen en enero, pero, afortunadamente, fue liberada por los británicos—, les habló de la penosa marcha desde la estación de Celle hasta el campo:

Recuerdo que por el camino veía casitas cuidadas, con sus tejados rojos. Parecía otro mundo, un mundo del que habíamos dejado de participar hacía mucho, y me sorprendió descubrir que aún existía. Podíamos ver a niños y adultos que nos espiaban tras las cortinas de las ventanas, contemplando la multitud de criaturas esqueléticas con la vestimenta a rayas del campo de concentración. Yo me preguntaba entonces —y sigo preguntándome ahora— qué pasaba por la cabeza de aquellos espectadores. ¿Ignoraban de verdad, como tantos afirmaron después, lo que estaba sucediendo en su patria?[\[53\]](#)

Algunos corresponsales de guerra se habían formulado la misma pregunta acerca de la población local. Unos pocos alemanes admitían haber oído rumores, pero los habían atribuido a la propaganda aliada. Solo un hombre, un granjero, confesó ser consciente de la fama de Belsen. Había preferido mirar hacia otro lado, en lugar de seguir descubriendo cosas:

No sabía mucho de aquello. Cada mañana tenía que subirme hasta allí arriba con un carro lleno de verduras, nabos y nabicoles, en su mayoría, y uno de los guardias de las SS recogía en la puerta el caballo y el carro. Al poco, me los devolvían y yo regresaba a mi casa. Nunca me dejaron entrar y yo tampoco tenía ningún interés. Sabía que allí estaba pasando algo horrible, pero no pregunté, no fuera caso que me viera yo dentro.[\[54\]](#)

El granjero no convenció a los corresponsales, pero encontró un aliado inesperado en Willie Whitelaw. Él y Runcie habían conducido desde Bad Bevensen, donde la Guardia Escocesa descansaba unos días antes de continuar la marcha. En Belsen quedaron tan impresionados como todos los demás, y jamás olvidaron lo que vieron allí. Pero Whitelaw estaba dispuesto a conceder a los alemanes de la zona el beneficio de la duda, cuando afirmaban que no se habían dado cuenta de la magnitud de lo que estaba pasando: «En el entorno rural inmediato no había pruebas de los horrores del interior del campo. A mí no me cuesta creer que muchos alemanes de la vecindad tenían poca noción de lo que estaba sucediendo».[\[55\]](#)

La única buena noticia fue que por fin se había enterrado a los muertos; entre ellos a Anne Frank, de Ámsterdam, que en octubre de 1942 ya había escrito en su diario que a los judíos se los estaban llevando para gasearlos. Los últimos cuerpos fueron lanzados por un buldócer a una fosa común el 28 de abril. Los internos seguían muriendo por cientos cada día, pero ya no los dejaban que se pudrieran. Se los llevaban y los enterraban de inmediato, en lugar de abandonarlos allí donde caían. Ya no había más cadáveres en Belsen. Los habían retirado todos y el efecto en la moral del campamento se hizo palpable.

También habían acabado casi por completo con los piojos. Un día más, y en el campo todo el mundo habría sido rociado con polvos DDT, las ropas se habrían fumigado y se habrían restregado y lavado bien el cuerpo. Los primeros barracones contaminados ya habían sido

destruidos; habían trasladado a sus ocupantes a unas instalaciones más saludables y prendieron fuego a los barracones con un lanzallamas. Otra buena noticia fue que algún genio envió barras de labios al campamento. Acababa de llegar una gran remesa, suficiente para que cada mujer de Belsen se pintase los labios, si así lo deseaba. Muchísimas lo hicieron y recordaron con alegría que en otro tiempo habían sido femeninas y tal vez volverían a serlo algún día. La barra de labios reforzó mucho la moral, marcando la diferencia entre la vida y la muerte, para algunas de las mujeres del campamento.

Pero la bandera británica aún no ondeaba en Belsen. Los británicos llevaban allí dos semanas, pero se negaban a izar la enseña nacional por encima de tanta maldad. Pensaban izarla una vez, simbólicamente, cuando los internos recuperasen la salud y el campamento estuviera libre de toda la vergüenza. Hasta entonces, la bandera británica se quedó encerrada en un armario. Ningún símbolo británico de ningún tipo ondeó sobre el horror de Bergen-Belsen.

Mientras los soldados y los guardias alemanes ayudaban en las tareas de limpieza de Belsen, el comandante del campo era sometido a interrogatorio por los británicos. Josef Kramer había sido esposado y trasladado al campo de prisioneros de la vecina Celle, donde los oficiales británicos lo interrogaron atónitos durante días, tratando de comprender la mente de un hombre tan ciego a la realidad de lo sucedido en Belsen.

La única conclusión incontrovertible fue que Kramer tenía la inteligencia de un asno. A consecuencia del tifus, Belsen había pasado a los británicos al amparo de la bandera blanca. Cuando se le ordenó supervisar la entrega, Kramer cumplió exactamente con lo que se le había dicho y siguió en su puesto para recibir a los británicos, en lugar de huir mientras aún tenía la oportunidad, como había hecho lo peor de las SS. Jamás se le pasó por la cabeza que los británicos pudieran sentirse descontentos con lo que hallarían en Belsen.

Antes de la guerra, Kramer estaba en el paro; era un electricista que buscaba empleo. Las SS lo nombraron oficial y le dieron un buen puesto de trabajo en la administración de los campos. En aquel sistema, medró rápidamente y estuvo trabajando en Auschwitz y otros destinos antes de ser transferido a Belsen. Era miembro del partido nazi, pero solo porque el trabajo lo requería. No le interesaba la política, ni sentía especial animadversión hacia los judíos, aunque gaseó a muchísimos. Para Kramer, era solo un trabajo. Hacía lo que le decían y a cambio tenía comida en la mesa.

Su indiferencia ante el sufrimiento del campo escandalizó a los británicos. Como se había acordado una tregua, Kramer esperaba que los británicos le permitirían volver con los suyos, una vez completada la entrega; sin embargo, lo esposaron, engrillaron y golpearon con las culatas de los fusiles. Al principio, lo encerraron en la nevera, el almacén de frío de las dependencias de los oficiales. Luego lo enviaron al campo de prisioneros de Celle, acompañado durante el trayecto por una lluvia de piedras lanzadas por los soldados de la Wehrmacht, tan escandalizados como los británicos por lo que habían visto en Belsen. Kramer no volvería a las filas propias, ahora que el campo estaba en manos británicas. Al contrario, sería juzgado por crímenes de guerra.

Lo mismo le sucedería a Irma Grese, su antigua amante. Ambos se habían conocido en

Auschwitz, donde ella era famosa tanto por su rubio atractivo como por su crueldad. En apariencia, Irma Grese alcanzaba cierta satisfacción sexual con los golpes, los fusilamientos arbitrarios y las selecciones aleatorias para la cámara de gas que ella regentaba en Auschwitz. Su madre se había suicidado siendo ella una niña y su padre le propinaba palizas de forma recurrente. Le prohibió unirse al Bund Deutscher Mädchen, el equivalente femenino de las Juventudes Hitlerianas, y volvió a pegarle cuando entró a trabajar en el campo de concentración. Se negaba a tener ese uniforme en su casa.

En un principio, Irma Grese había querido ser enfermera. En el colegio la acosaban por su escasa inteligencia y acabó optando por el nazismo. Algunas de las mujeres judías de Belsen habían sido médicos, en etapas anteriores de su vida, y gozaban de una buena vida gracias a esa disciplina, mientras que una chica aria como Irma ni siquiera podía encontrar trabajo de enfermera. Pero en Belsen les enseñó quién mandaba. Tenía el poder de decidir sobre la vida y la muerte, y lo ejercía a voluntad.

Otros casos semejantes fueron los de Juana Bormann y Elisabeth Volkenrath, una antigua peluquera que en Belsen había actuado como un monstruo. Había más guardianas como ellas, antiguas secretarias y mecanógrafas transformadas en sádicas que se pavoneaban vestidas con el uniforme alemán. En Celle corría el rumor de que ellas también serían juzgadas cuando terminara la guerra, y rendirían cuentas por lo que habían hecho, en lugar de quedar libres. Se hablaba de la pena de muerte, para algunas de ellas, aunque les costaba creerlo. No habían quebrantado las leyes alemanas y los aliados eran gente civilizada. Los británicos no colgaban a chicas jóvenes. Fueran cuales fueran las penas que les impusiesen, seguro que no colgarían a las guardianas de Belsen por algo que había sucedido en unos años de guerra.

Mientras los guardias esperaban su destino, otros alemanes seguían trabajando en Belsen; en su mayoría, civiles sin relación directa con las atrocidades cometidas en el campo, que, al mando ahora de los británicos, continuaron con su quehacer. Entre ellos estaba Georg Will, que en Berlín trabajaba como gerente de un cine.

Will se había trasladado a Belsen el año anterior, después de que las salas de la capital se viesan obligados a cerrar las puertas. Estaba al cargo del cine de los guardias, al tiempo que su esposa Liesel llevaba la cantina. No tardaron en convertirse en parte de la maquinaria de Belsen, proporcionando comodidades a los hombres de las SS y entretenimiento para sus horas libres. A cambio, los Will vivían tranquilamente, con un piso agradable por encima del cine y un suministro propio de comida enlatada, que se habían guardado celosamente para sí en una etapa en la que miles de personas se morían de hambre a tan solo unos centenares de metros de allí.

Con la llegada de los británicos, sin embargo, los Will se preguntaban si también ellos deberían pagar por su participación en Belsen. Habían visto cómo se llevaban a Josef Kramer engrillado, aterrorizado a más no poder por el apedreo de la Wehrmacht y los gritos de venganza de los prisioneros. Habían visto cómo los soldados británicos, enfurecidos, maltrataban a algunos guardias y lanzaban a Fritz Klein, el médico del campo, a una fosa común. Los Will no habían cometido ninguna atrocidad con sus propias manos, pero seguían inquietos. Les preocupaba haber

estado en el bando equivocado en un momento en que los aliados, a todas luces, sentían poca inclinación al perdón y el olvido.

Existía, sin embargo, un elemento redentor que ellos esperaban que jugase a su favor. La hermana pequeña de Liesel Will era oficial en el ejército de Estados Unidos. Horrorizada por el antisemitismo nazi, la capitana Marlene Dietrich había renunciado a la ciudadanía alemana, antes de la guerra, y adquirido la nacionalidad estadounidense. Había pasado los años de guerra cantando para las tropas de su país de adopción, prestándoles apoyo en su lucha contra la tierra de sus antepasados. Lo había hecho con sentimientos mezclados, consciente de que los estadounidenses tenían la razón de su parte, pero también de que cada bomba o proyectil que caía en Berlín representaba una amenaza para su madre, viuda, en especial ahora que los rusos estaban tan cerca de la capital.

Marlene Dietrich acompañaba al ejército estadounidense cuando este se adentró en Baviera. Llevaba con las tropas desde el mes de septiembre anterior, tan cerca del frente que, en ocasiones, sufrió el ataque de los cañones alemanes de 88 milímetros; en la batalla de las Ardenas tuvo que ser evacuada a toda prisa. Había cambiado de buena gana su condición de estrella del cine por la vida militar, refugiándose en las cuadras y las casas bombardeadas, compartiendo el saco de dormir con los piojos y las ratas o lavándose en un balde. Había tomado la decisión expresa de no quejarse ni lamentarse por ello.

Los soldados la adoraban por ello, incluso los propios alemanes. Sorprendida de verse como una *pin-up* de la Wehrmacht, había cantado *Lili Marlene* para los prisioneros alemanes heridos y se había topado con poca hostilidad en las calles mientras avanzaba por su tierra natal. En lugar de injuriarla como traidora, muchos alemanes de a pie habían acudido a ella para contarle sus problemas, pidiéndole que hablase bien de ellos a los estadounidenses.

Marlene Dietrich sabía que su hermana estaba en Belsen. Quería creer que los Will habían sido retenidos allí como rehenes, para que ella cesara en su empeño de animar a las tropas aliadas. Pero la verdad era bastante más complicada. Como millones de alemanes, los Will solo intentaban sobrevivir. Habían formado parte del régimen de Belsen cuando los nazis estaban al mando. Pero ahora que los aliados habían llegado, querían sacar el máximo provecho a su contacto con Estados Unidos. Esperaban que Marlene los visitase en fechas inminentes, en cuanto pudiera conseguir un *jeep*. Esperaban que, cuando apareciera, se ocuparía de ellos y aclararía las cosas con los británicos. Los Will necesitarían toda la ayuda posible, ahora que los británicos estaban empezando a hacerles preguntas delicadas sobre qué hacía exactamente cada uno en Belsen.

En Londres, aquel domingo, por la tarde, una multitud se agolpaba para ver las primeras fotografías de los campos, las que se habían considerado tan horribles que no tenían cabida en los periódicos. En cambio, se exhibieron imágenes de Belsen, Buchenwald y Nordhausen en varias exposiciones públicas en diversos puntos de la capital, para que la gente pudiera ver con sus propios ojos que Dimpleby y los demás no habían exagerado en sus reportajes desde Alemania.

Mollie Panter-Downes fue una de las personas que viajó a Londres aquel día para ver las

fotografías. Como tantos millones de personas a lo largo de los días siguientes, en las exposiciones de toda Gran Bretaña y Estados Unidos, vio los cuerpos en las alambradas, los hornos y los esqueletos vivientes, y comprendió de inmediato por qué la guerra con Alemania había sido tan necesaria:

Ha hecho falta una cámara para que los británicos, con su lentitud, su natural bondadoso y su escepticismo, comprendieran lo que, como varios periódicos liberales han denunciado con aspereza, ya se les había intentado transmitir desde 1933, sin éxito, a través de la pluma de sus corresponsales. Millones de familias acomodadas, demasiado amables y perezosas, en aquellos días, para esforzarse por creer algo que era más conveniente considerar como maniobras de la propaganda periodística, dan crédito ahora a las espeluznantes e irrefutables pruebas que, aun en la nublada impresión de un deficiente papel fotográfico de guerra, lo han dejado todo claro. Dondequiera que se exponen estas fotografías, se forman largas colas de gente silenciosa. Han causado una enorme conmoción pública.[\[56\]](#)

Aquello no era todo. Gran Bretaña estaba llena de alemanes bien alimentados, prisioneros de guerra que recibían las mismas raciones que los soldados británicos, según las directrices de la Convención de Ginebra. Los propios británicos estaban medio muertos de hambre, después de cinco años de guerra, pero los enemigos que tenían entre ellos estaban recibiendo el doble; los estirados miembros de las SS engullían el doble de calorías mientras los civiles británicos debían conformarse con mirar. Tras contemplar las fotografías de los campos de concentración, los británicos querían saber por qué se alimentaba tan bien a los alemanes y cuánto tendría que prolongarse esta situación, considerando que ellos habían tratado a sus propios prisioneros con semejante inhumanidad y desprecio.

## OPERACIÓN MANÁ

En Gran Bretaña escaseaba la comida, pero en algunas zonas de la Europa ocupada, cuando la guerra entró en su última fase, era casi inexistente. En el cielo de los Países Bajos había comenzado aquella tarde un lanzamiento aéreo que buscaba el abastecimiento colectivo de los holandeses. Durante los días siguientes, los bombarderos aliados planeaban arrojar cientos de toneladas de comida enlatada y más de catorce millones de paquetes con raciones individuales. Se confiaba en que, de este modo, los famélicos holandeses podrían aguantar hasta que la guerra terminara y se pudieran reabrir las carreteras al transporte normal.

No era una decisión precipitada. Los problemas, de varios meses, se fueron agravando con la proximidad del combate, hasta que los Países Bajos se quedaron sin alimentos. Miles de personas habían muerto de hambre y varias decenas de miles perecerían en el plazo de una o dos semanas si la situación no se corregía con la máxima urgencia. Los alemanes que ocupaban el territorio habían reducido la ración de los civiles locales de 400 calorías diarias a 230, por debajo del límite de supervivencia. Los numerosos holandeses que no podían hallar nada de comida se habían alimentado hacía ya tiempo de sus mascotas y ahora intentaban resistir con hierba, remolacha y bulbos de tulipán. En Ámsterdam, una sola iglesia acogió, en montones putrefactos, 1.500 cuerpos a la espera de un entierro urgente.

Al principio, el hambre fue fruto de una maniobra deliberada de los alemanes, que pretendían castigar así, con una reducción radical del suministro de alimentos, la ayuda que los Países Bajos habían prestado a los aliados en Arnhem, en 1944, cuando una huelga general del ferrocarril impidió que los refuerzos alemanes corrieran al campo de batalla. Pero luego ya no se debía a una decisión voluntaria. Al quedar aisladas de su país por el avance de los aliados, las fuerzas alemanas en Holanda habían desarrollado recientemente un gran interés por el bienestar de los civiles bajo su control. Abordaron en secreto a los aliados para que les ayudaran a darles de comer.

Conscientes de lo que había sucedido en Buchenwald y Belsen, los aliados accedieron a analizar el problema en una reunión. El general Eisenhower envió al general de división sir Francis de Guingand a conferenciar con los representantes de Arthur Seyss-Inquart, el comisario del Reich para los Países Bajos, en una escuela de Achterveld, dentro de la zona aliada. Los alemanes no disponían de autoridad para acordar un alto al fuego, pero ambos bandos aceptaron

que se trataba de un problema urgente ante el que había que hacer algo. Acordaron volver a reunirse el 30 de abril, para ultimar los detalles.

Pero el tiempo era un factor esencial, con tanta escasez de comida. Aunque la tregua aún no estaba en vigor, los aliados decidieron dar inicio al lanzamiento de todos modos, esperando que saliera bien y fiando a la suerte que los alemanes no mostrasen oposición. El día 28 de abril el tiempo fue malo, pero el 29 mejoró ligeramente. Las bases aéreas de Anglia oriental seguían envueltas en una niebla densa, lo cual impidió a los estadounidenses participar en el primer día de lanzamiento, pero las bases de otros condados quedaron menos afectadas. La RAF estuvo a la altura de la situación.

Primero hicieron un vuelo de prueba, con dos Lancaster que enfilaron el pasillo fijado por los alemanes para comprobar si les permitirían lanzar comida sobre las zonas previstas sin abrir fuego en su contra. Escogieron esos dos Lancaster porque todavía no estaban pertrechados con el nuevo equipo secreto de radio y, por tanto, serían prescindibles si caían en manos enemigas. Uno de los aviones estaba pilotado por un canadiense, y el otro, por un australiano. Las tripulaciones de ambas naves vivieron el despegue con tensión. Salieron a primera hora del 29 de abril y, en el camino a la costa holandesa, atravesaron una tempestad. Había tan poca visibilidad, tanta oscuridad, que el canadiense Bob Upcott tuvo que confiar el rumbo a los instrumentos. Al llegar a los Países Bajos, el tiempo se aclaró repentinamente. Desde tan solo unos cientos de pies de altura, los tripulantes pudieron ver las defensas alemanas a vista de pájaro:

Cuando pasamos por la costa holandesa, vimos los antiaéreos que apuntaban sus bocas en nuestra dirección. Vimos incluso unos carros de combate que trataban de seguirnos con sus cañones. Justo por debajo de nosotros veíamos muchos cañones. En todos había soldados que los manejaban, y no cabía esperar otra cosa, puesto que la guerra aún estaba en marcha.[\[57\]](#)

Vieron a muy pocos holandeses. Se les había advertido que estuvieran pendientes de un envío de alimentos, en algún momento, pero no lo esperaban tan pronto. Los dos Lancaster volaron directamente hacia la zona de lanzamiento de Duindigt, un circuito de carreras próximo a La Haya. Upcott encontró el objetivo sin dificultad y comenzó el vuelo de aproximación:

Tenía al piloto australiano a babor, volando en paralelo. Al sobrevolar el circuito, yo lancé el primero, aunque el australiano lanzó casi al mismo tiempo. Yo esperé demasiado y me pasé un poco: me salí en parte de la zona de lanzamiento y la mitad de la carga cayó sobre la tribuna, al final de la pista.[\[58\]](#)

Pero el lanzamiento, de un modo u otro, se había podido completar. Los Lancaster volaron de vuelta a Gran Bretaña sin incidentes; los alemanes no les inquietaron, a excepción de un agujero en el fuselaje de Upcott, probablemente fruto de un disparo de fusil. En cuanto estuvieron en el mar del Norte, comunicaron por radio a la base que la misión había sido un éxito. A continuación, la BBC anunció en el boletín de noticias del mediodía el inicio de la Operación Maná. Al poco rato, una flota de 200 Lancaster partía con rumbo a Holanda, con un horario de llegada a las zonas de lanzamiento previsto para poco antes de las dos de la tarde.

A la cabeza iban los aviones de exploración, los *Mosquito*, que volaban por delante para marcar las zonas de lanzamiento con unos indicadores rojos. Tras ser alertados por la BBC, los

holandeses también señalaron el centro de cada zona con una luz roja en medio de una T o una cruz blanca. Al principio, se crearon cuatro zonas en distintos puntos de Holanda, cerca de las grandes ciudades. Los Lancaster resonaban en su aproximación, con la esperanza de que la información transmitida fuese precisa y no les disparasen al cruzar la costa holandesa.

Para los tripulantes de la RAF, se trataba de una misión humanitaria. Llevaban mucho tiempo esperándola. Algunos hombres estaban de permiso, pero se presentaron voluntarios para volar de todos modos, antes que perderse la operación. Después de meses —en algunos casos, años— de lanzar bombas sobre Europa, sabiendo que estas, además de a los culpables, mataban igualmente a civiles inocentes, todos ansiaban formar parte de la Operación Maná. Lanzar comida a los hambrientos era mucho más de su agrado que hacerlos pasar al olvido a golpe de bomba.

Algunos aviones volaban con toda la tripulación, mientras que otros lo hicieron con el mínimo, para dejar más espacio a la comida. Algunos llevaban un equipo de armamento completo, y otros aligeraron el peso dejando las armas en tierra. Todas las tripulaciones habían recibido una formación básica en el lanzamiento humanitario, donde aprendieron a dejar la carga desde muy escasa altura y a poca velocidad, para que los sacos no reventasen con el impacto. Era prácticamente lo contrario de lo que se habían acostumbrado a hacer en la guerra contra los alemanes.

El sargento primero Pat Russell pilotaba uno de los Lancaster de la primera tanda. Su zona de lanzamiento era un aeródromo situado al sur de Rotterdam. Con cinco grandes paquetes de alimentos en la bodega de carga, Russell no estaba seguro de lo que se iba a encontrar al acercarse a la costa holandesa:

Sobrevolamos Holanda a una altitud de unos doscientos pies y podíamos ver a las multitudes en las calles, agitando cualquier cosa que podían hallar. Los uniformes verdes de la Wehrmacht destacaban por todas partes; no hará falta decir que ellos no agitaban los brazos. De hecho, varias aeronaves regresaron con agujeros de bala.

Después de nuestras operaciones anteriores, en las que habíamos estado lanzando sorpresitas sobre Alemania desde 21.000 pies, los vuelos de la Maná fueron una alegría, por muchas razones de distinta naturaleza. Ahora teníamos instrucciones oficiales de volar bajo, algo que normalmente no se nos permitía, pero que era muy placentero. Ya no esperábamos que nos disparasen ni los cazas ni el fuego antiaéreo. Y, por descontado, nos contagiábamos del evidente entusiasmo de las masas de allí abajo.[\[59\]](#)

El periodista holandés George Franks compartía la emoción. Subió a un Lancaster para contemplar el socorro de sus compatriotas desde el aire:

Desde el momento en que entramos por la costa holandesa, la gente —en los campos, en las carreteras y en los jardines de las casitas entristecidas— agitaba los brazos hacia nosotros con desesperación. Pero no supimos realmente qué significaba para los holandeses este maná del cielo hasta que sobrevolamos La Haya. Todas las calles parecían llenas de gente que agitaba banderas, sábanas o cualquier cosa que tuvieran a mano. Los tejados de los edificios altos estaban negros por la cantidad de holandeses que nos daban la bienvenida. En una barcaza vimos izada, valerosamente, la bandera tricolor de Holanda; en un terrado largo y plano habían extendido una llamativa bandera de la casa de Orange.

La gente desbordaba de alegría, indudablemente, al ver aquellos bombarderos colosales vaciando las bodegas uno tras otro, sobre la zona de lanzamiento, como si miles de bombas alimentarias aleteasen como confeti arrojado por una mano gigante. Y por las carreteras que llevaban a La Haya había carros, cochecitos y bicicletas de gente que parecía correr para no perderse el gran reparto. Por desgracia, debido al reciente período de mal tiempo, llegábamos un punto demasiado tarde para servirles una buena comida de domingo; pero con un

entusiasmo admirable, los tenderos aéreos de la RAF completaron sin duda el reparto de los comestibles.[\[60\]](#)

Harina, levadura, azúcar y margarina. Huevo en polvo, guisantes, judías y queso. Tabletas de chocolate. Latas de carne y tocino, patatas deshidratadas. Algunos aviadores también lanzaron cigarrillos: latas de Players tomadas de sus propias raciones. Otros hicieron paracaídas con pañuelos y enviaron regalos personales con caramelos y chocolate. Todo cayó sobre aquella tierra como una gran lluvia, mientras los holandeses aclamaban y la tripulación saludaba desde lo alto. Los alemanes observaban a distancia, todavía con las defensas preparadas por si los aliados aprovechaban para lanzar unidades de paracaidistas, en lugar de comida. Los equipos de primeros auxilios también lo contemplaban todo, dispuestos a ayudar en caso de que alguien fuese alcanzado por uno de los sacos. Se había instado a los holandeses a quedarse lejos de las zonas de lanzamiento hasta que hubieran terminado las entregas, pero algunos no podían evitarlo y salían corriendo al exterior en cuanto llegaba un Lancaster, con la sonrisa en la boca y temblando por la emoción general. A los holandeses —que en su mayoría habían perdido entre trece y dieciocho kilos, después del peor invierno que nadie hubiera conocido nunca—, la llegada de la RAF en aquella tarde de lluvia les pareció, realmente, como maná caído del cielo.

Era más que la comida. Para los holandeses, era darse cuenta de que la guerra estaba a punto de terminar y que no se habían olvidado de ellos. Cuando vieron los aviones aliados que volaban en su ayuda, los habitantes de los Países Bajos supieron que en Londres había gente pensando en ellos, que se estaban trazando planes, que había ayuda en camino. Los alemanes se marcharían pronto y ellos se encontrarían otra vez entre amigos, libres por fin después de una ocupación nazi tan larga. La población holandesa no era especialmente impulsiva, pero resultaba fácil olvidarlo cuando los Lancaster sobrevolaron su país y una multitud de figuras escuálidas salió corriendo de sus casas y enarbolaba los colores nacionales en la calle. Unos pocos días más, y volverían a tratarlos bien. Aquella espantosa pesadilla habría terminado.

El periodista J. G. Raatgever estaba en La Haya, con su familia, sentado ante un escaso plato de comida, cuando llegó la RAF:

Nos miramos unos a otros. ¿Bombarderos en domingo? Miré hacia fuera y de repente vi sobre los tejados, hacia el oeste, dos bombarderos que zumbaban como escarabajos gigantes. Mi hija pequeña empezó a llorar y preguntó angustiada:

—¿No nos van a hacer nada, verdad?

Y de pronto lo entendimos: esos son los aviones aliados que nos traen comida. Abandonamos la mesa y nos precipitamos a la calle, saludando con los sombreros, con chales, banderas y sábanas, con cualquier cosa, a los aviones que en aquel momento atronaban sobre nuestras calles en un torrente infinito. En un instante, toda nuestra calle, por lo general silenciosa, estaba repleta de una multitud que gritaba y saludaba con los brazos; los más eufóricos llegaron incluso a bailar en los tejados. Muchos tenían lágrimas en los ojos, otros no podían emitir más que unos pocos gritos inarticulados.[\[61\]](#)

Arie de Jong, de diecisiete años, también estaba allí:

Podíamos ver a los artilleros saludando desde las torretas. Una imagen maravillosa. Dondequiera que

mirábamos, podíamos ver bombarderos. Nadie se quedó en casa y todo el mundo se atrevía a enarbolar telas y banderas. ¡Qué fiesta! Todo el mundo está muy emocionado y alegre. Seguro que la guerra ya se terminará pronto.[\[62\]](#)

Un niño de diez años estaba jugando en su casa, un piso de la tercera planta del edificio, cuando oyó el sonido ya familiar de los motores de los Lancaster. Los bombarderos pasaban cada noche, pero nunca los había oído durante el día:

En una mañana brillante y soleada, mientras yo jugaba o leía en mi habitación del ático, oí aproximarse el ruido habitual de cada noche. Pero la hora no era nada habitual: ¡era a plena luz del día! El ruido fue intensificándose rápidamente, el ático temblaba y, un momento después, una sombra oscura pasó ante la ventana como una exhalación. Corrí hacia la ventana y seguro que me quedé de piedra.

Allí estaban los Lancaster, la primera vez que podía verlos. Creí que venían directos hacia la habitación, tan bajo volaban; iban pasando sobre las casas uno detrás de otro. En la distancia se veían muchos más. Venían del este y volaban sobre La Haya en una formación poco rigurosa. Estaban por encima de toda la ciudad. No podía contarlos. Era un enorme y poderoso torrente de aviones, muchos más que cien.

A lo lejos, en la dirección del Malieveld (un antiguo campo deportivo) se podían ver nubes de manchas negras que caían de algunos de los aviones. Yo no entendía qué podía ser aquello y, en aquel momento, tampoco me importaba lo más mínimo.

El niño trepó al tejado de la casa para tener una vista mejor de los Lancaster volando sobre los edificios:

Eran gigantes negros y marrones, tenían cuatro motores y doble timón de dirección, y cañones que asomaban por todas partes. Se podía mirar con facilidad hacia el interior de las torretas de cristal y la cabina de mando, y se veía claramente a la tripulación. Nos saludaban con la mano, hacían la señal de la victoria; algunos llevaban banderas holandesas o británicas en la torreta delantera.

Algunos de los aviones que nos sobrevolaban aún tenían abiertas las compuertas de la bodega. A veces, un avión se inclinaba ligeramente adelante y atrás, a modo de saludo. Los discos de colores del fuselaje y las alas eran claramente visibles, igual que las matrículas. Algunos hombres habrían visto al niño en el terrado, aunque por supuesto lo pasaron a toda velocidad. Y yo no era el único que saludaba. Había mucha gente que agitaba las manos desde las ventanas. Algunos incluso hacían ondear los tres colores, rojo, blanco y azul, de la bandera holandesa, aunque era peligroso, por los alemanes fanáticos. Al cabo de diez minutos la euforia se había apagado y no se veía ningún avión.[\[63\]](#)

Pero aún había que recoger la comida. Los holandeses salieron a la carrera. Algunos empezaron a engullir de inmediato, como los prisioneros de Belsen, atiborrándose hasta tal punto que el estómago no tardaba en rebelarse y acababan vomitando. Otros se guardaron la comida para más tarde. La inmensa mayoría entregaba los paquetes a las personas elegidas para garantizar que todo se distribuía con justicia y todo el mundo recibía su parte. Se temía que, cuando llegase la comida, pudieran producirse disturbios, pero el desorden fue realmente menor. El mercado negro no hizo negocio. Pesarlo y distribuirlo todo por el país entero llevó tanto tiempo —hasta diez días, para las regiones alejadas— que algunas personas siguieron muriendo de hambre mientras tanto, aunque ya no fueron muchas. Los holandeses fueron disciplinados y cuidaron del prójimo tanto como de sí mismos.

Las bajas más graves del primer día se produjeron a consecuencia de los sacos caídos, que no siempre aterrizaron donde debían. Uno mató a un soldado alemán que vio cómo la bolsa volaba a

toda velocidad hacia una niña. No había tiempo para advertirla a gritos, así que se lanzó sobre ella para salvarle la vida. La chica sobrevivió, pero al soldado le dio en la cabeza y murió de inmediato. Bajo aquel casco de la Wehrmacht, había un joven decente.

En Londres, la reina Guillermina de los Países Bajos seguía el lanzamiento sin apenas poder disimular el nerviosismo. Llevaba presionando en favor de la iniciativa desde el mes de enero, cuando hizo un llamamiento personal a Roosevelt, Churchill y el rey Jorge VI, apremiándolos a tomar cartas en el asunto de inmediato y salvar a su pueblo de la inanición colectiva. En aquel momento, los aliados tenían otras prioridades, pero Guillermina no dejó de insistir. Había seguido presionando y ahora, por fin, se hacía algo.

Guillermina no era una gran amiga de los británicos. En la guerra de Sudáfrica había apoyado a los bóers, y en la primera guerra mundial había hecho tratos con los alemanes. También dio asilo al Káiser en 1918, negándose de forma repetida a entregarlo a los aliados victoriosos. Pero todo aquello cambió desde el momento en que los alemanes invadieron su país, en 1940. Tras ser rescatada por la Royal Navy, Guillermina tomó la difícil decisión de exiliarse en Inglaterra, en lugar de permanecer en Holanda bajo el mandato de los nazis. Se llevó consigo a su gobierno y estuvo en contacto con su pueblo mediante emisiones de radio regulares, animándolos y recordándoles que tenía toda la intención de regresar, en cuanto Holanda volviera a ser libre.

El día casi había llegado. Guillermina ya había vuelto a estar en Holanda, en el mes de marzo, durante una visita relámpago a las provincias del sur, que ya habían sido liberadas por los aliados. Había estado lo suficientemente cerca del frente como para oír el estruendo de los proyectiles y ver cómo rugían sobre sus cabezas los cohetes V2. En esta ocasión, sin embargo, volvía a quedarse. Ahora que se había iniciado el lanzamiento de comida de los aliados, Guillermina había acordado que, si el tiempo se mantenía, regresaría con su pueblo al día siguiente, el 30 de abril. Había escogido aquel día porque era el trigésimo sexto cumpleaños de su hija Juliana. Los holandeses eran fanáticos de sus aniversarios reales y para ellos sería una grata sorpresa tener de nuevo al monarca en el país para el cumpleaños de Juliana. Y también, claro, para la propia Juliana.

Algunas partes de Holanda ya eran libres. La ciudad renana de Arnhem, por la que se combatió tan ferozmente en septiembre de 1944, había sido liberada por fin a mediados de abril. Las tropas canadienses que abrieron el camino se toparon con una ciudad fantasma, porque los alemanes habían obligado a sus 90.000 habitantes a abandonarla de inmediato después de que los aliados se retirasen de allí, en 1944. Los alemanes corrieron a saquear las casas, se quedaron con los objetos de valor y mandaron la ropa a Alemania, para uso de los civiles expulsados de sus casas por los bombardeos.

Pero cuando ya no había posibilidad de que los alemanes volvieran a la ciudad, los holandeses regresaron en avalancha. Sintieron una gran alegría al ver a los canadienses, que llegaron justo a tiempo. Como en el resto de Holanda, la población de Arnhem estaba medio

muerta de inanición, y subsistía a duras penas friendo bulbos de tulipán y haciendo sopa con hojas de ortiga. De los bebés nacidos en los últimos doce meses, pocos sobrevivieron hasta la primavera. Habían muerto desnutridos, mientras sus madres los contemplaban desesperadas, sin poder hacer nada para impedirlo.

Walter Cronkite, un periodista de la United Press que se había lanzado en paracaídas sobre Arnhem en 1944, regresó a Holanda con los canadienses para cubrir su avance. Compartió con ellos la preocupación por lo que iban viendo: «La poca comida que había se la llevó el ejército alemán. Encontramos a los holandeses a punto de morir de hambre. Se vieron reducidos a comer bulbos de tulipán. La ropa les colgaba sobre los cuerpos demacrados. Parecían niños vestidos con los trajes de sus padres».[64]

La comida escaseaba tanto que la familia del barón Aernoud van Heemstra, en su casa de campo de las afueras de Arnhem, había pasado el día de Navidad sin nada que echarse a la boca. La nieta del barón, Audrey Hepburn-Ruston, de quince años, había quedado tan debilitada por el hambre que apenas podía subir las escaleras que llevaban a su habitación. Sufría ictericia, pesaba tan solo cuarenta kilos y tenía las piernas y los pies hinchados por edemas; pasó varios meses entre la vida y la muerte, esperando, como el resto de Holanda, que llegaran los aliados y, con ellos, el fin de aquella durísima prueba.

Audrey Hepburn estuvo viviendo con su madre, en su casa propia en Arnhem, hasta que los alemanes las desalojaron. Su madre era una aristócrata holandesa, pero su padre era un británico descendiente de Jacobo Hepburn, marido de María Estuardo. Antes de la guerra, sus padres habían sido fascistas. Vivían en Gran Bretaña y eran partidarios del movimiento de las camisas negras, de sir Oswald Mosley, hasta el punto de reunirse con Hitler en un viaje de estudio a Alemania. Pero se divorciaron y su padre fue arrestado e internado en un campo, según la normativa británica de guerra. En lugar de permanecer en Inglaterra, sometida a los bombardeos, la aristócrata se llevó a Audrey a su casa de Holanda, con la intención de pasar la guerra en un país neutral. Después de la invasión alemana de 1940, se arrepintió de la decisión.

Audrey Hepburn sufrió mucho durante la guerra. Pese a su anterior inclinación hacia el fascismo, su padre, ahora recluido, nunca traicionó a Gran Bretaña. La familia materna tampoco simpatizaba con los alemanes. Los Van Heemstra tenían sangre judía, varias generaciones atrás, y se vieron obligados a hospedar al Káiser en su castillo de Doorn, cuando pidió asilo después de la primera guerra mundial. Más tarde, contra su voluntad, tuvieron que venderle el castillo.

Durante la guerra, Audrey ya había visto a más alemanes de los que quería ver en el resto de sus días. De la misma edad que Anne Frank, en Ámsterdam, vio cómo hacían redadas contra los judíos, muchos de ellos refugiados de Alemania, y los enviaban al campo de internamiento de Westerbork, a la espera de un ulterior traslado a Auschwitz. Ella no era más que una testigo impotente, que veía cómo amontonaban a sus vecinos en los camiones y se los llevaban:

Iba a la estación con mi madre, a tomar un tren, y veía camiones de ganado llenos de judíos ... familias con niños pequeños, con bebés, amontonados en los vagones para las reses: trenes con enormes furgones de madera en los que solo había una pequeña rendija, en lo más alto, y todas aquellas caras mirando hacia fuera. En el andén, los soldados apiñaban a más familias judías con sus fardos minúsculos y sus hijos de corta edad. Los separaban, diciendo: «Aquí los hombres, allí las mujeres». Luego les quitaban a los bebés y los metían en otro

vagón. Nosotros aún no sabíamos que iban camino de la muerte. Nos habían dicho que los trasladaban a campos especiales.[\[65\]](#)

El tío de la propia Audrey había sido ejecutado por los alemanes, fusilado como represalia por un sabotaje de la resistencia. Ella misma había vivido con el miedo a ser secuestrada y enviada a un burdel militar, como les había sucedido a tantas otras chicas. De hecho, la Wehrmacht se la llevó una vez, cuando buscaban a mujeres que trabajasen en sus cocinas, pero ella había escapado de inmediato y permaneció oculta, sin salir al exterior, durante las semanas siguientes.

También había trabajado para la resistencia: pasaba por delante de los centinelas alemanes con mensajes escondidos en el zapato. Durante la Operación Huerta —en la que los aliados intentaron cruzar el Rin por Arnhem— se encontró con un paracaidista inglés que se quedó atrapado en el bosque y lo puso en contacto con los miembros de la resistencia en la ciudad. Con tantas tropas amigas alrededor, los holandeses dieron por cierto que la liberación estaba a las puertas, pero sufrieron un amargo desengaño al ver que los aliados se retiraban y que los alemanes, en represalia, los desalojaban de sus casas. Audrey y su madre se marcharon a la amplia casa de su abuelo en Velp, a unos cinco kilómetros de Arnhem, pero otros no hallaron dónde ir, al haber sido advertidos sin apenas antelación. Audrey los miraba con horror:

Aún me pongo enferma al recordar esas escenas. Era la más absoluta miseria humana: montones de refugiados en marcha, algunos con bebés muertos a cuestas, nacidos por el camino, y cientos que se derrumbaban por el hambre ... Noventa mil personas buscando un sitio donde vivir. Nosotros acogimos a cuarenta, durante un tiempo, pero no había nada que comer, literalmente, así que tuvieron que seguir.[\[66\]](#)

La situación empeoró con la llegada del invierno. La madre de Audrey le aconsejó que bebiese mucha agua, para sentirse llena, y se tumbase en la cama para conservar la energía. En la primavera de 1945 habían muerto de hambre tantos holandeses que no hubo ataúdes suficientes para enterrarlos a todos. Y entonces, un día, a mediados de abril, llegó por fin el momento que tanto habían esperado:

Estábamos en el sótano, donde llevábamos semanas. Nuestra zona estaba siendo liberada prácticamente casa por casa, y venían muchos disparos y proyectiles desde el otro lado del río, y el bombardeo era incesante: las explosiones no cesaban durante toda la noche ... De vez en cuando, subías y mirabas qué quedaba aún de la casa, y volvías a bajar. Entonces, por la mañana, se produjo de pronto un silencio absoluto repentino. Todo el mundo dijo:

—¡Dios mío! ¿Qué pasa ahora?

Esperamos un rato y —lo que no me extrañó poco— me pareció oír voces y canciones, ¡y oler a cigarrillo inglés!

Subimos con cautela hasta la puerta principal, la abrimos con mucho tiento y, para nuestra sorpresa, la casa estaba totalmente rodeada de soldados ingleses, todos ellos apuntándonos con sus armas. Yo grité de felicidad, al ver a todos aquellos gallitos con sus rostros radiantes, aunque llenos de suciedad, y les grité algo en inglés. Un cabo o un sargento se acercó adonde yo estaba y, con un tono de amabilidad muy inglés —tan diferente de los gritos a los que nos tenían acostumbrados los alemanes— nos dijo:

—Nos dicen que disponen ustedes de una emisora de radio alemana, en su casa, y hemos venido a recogerla. Lamentamos las molestias.

Yo me eché a reír y dije:

—¡Sigam molestándonos!

Entonces gritaron que habían liberado a una niña inglesa. Era la única en varios kilómetros a la redonda.[\[67\]](#)

## DACHAU

Mientras los británicos hacían limpieza en Belsen y la RAF lanzaba comida sobre Holanda, los estadounidenses se adentraban en Baviera. Después de todos los combates que habían librado, empezaban a disfrutar por fin: la resistencia alemana se había desmoronado y un pueblo tras otro se iba rindiendo ante ellos sin presentar batalla.

Con una desesperante carestía de hombres y pertrechos, el ejército alemán estaba en retirada a lo largo de todo el frente. A la cabeza del repliegue iban los nazis: los Gauleiter y otros altos funcionarios del partido, que huían con sus familias y todo el botín que podían llevar, con la esperanza de escabullirse al otro lado de la frontera suiza o, si no, ocultarse de forma anónima en alguna zona rural, hasta que el peligro hubiera pasado y, tras unos pocos meses, tuvieran la ocasión de reaparecer con una nueva identidad y una amnesia absoluta con respecto al pasado. Los oficiales nazis nunca habían dudado en ejercer su poder durante los años de bonanza, intimidando a su propio pueblo casi tanto como al resto de Europa. Eran mucho más humildes cuando se unieron a las columnas de refugiados que huían del avance estadounidense. Ya no atronaban con la bocina para que todo el mundo se apartase de su camino, obligando a la gente corriente a salirse de la carretera para pasar ellos con sus estruendosos coches oficiales. Por una parte, a los nazis apenas les quedaba gasolina, por la otra, ahora la gente podría volverse contra ellos.

Muchos nazis llevaban consigo a sus mujeres, a las esposas y amantes que se habían beneficiado de los años de guerra e iban engalanadas con pieles y joyas, a menudo fruto del saqueo de países ocupados. Los diamantes que los judíos se tragaban justo antes de ser detenidos, y luego recuperaban para trocarlos por unos pocos días más de vida, volvieron a ser engullidos ahora que los nuevos dueños se convertían a su vez en fugitivos. Las esposas de los nazis solían estar más gordas que el resto de las alemanas, porque habían comido mejor durante la guerra. Al final, cuando llegaron las tropas rusas, esta condición les supuso una desventaja, porque aquellos soldados preferían a las mujeres entraditas en carne. A menudo, las esposas de los nazis fueron las primeras en ser violadas, una ironía que no pasó por alto a las mujeres que habían tenido que padecer privaciones mientras los nazis seguían disfrutando de lo mejor de cuanto había disponible.

La resistencia a los nazis iba creciendo a un ritmo acelerado a medida que su régimen

empezaba a desmoronarse. Alemanes que antes nunca habían tenido el coraje necesario lo encontraban ahora que los nazis se despojaban de sus uniformes y los estadounidenses aparecían en el horizonte. Parte de la resistencia era genuinamente antinazi, pero otros solo estaban hartos de la guerra y no se dejaban impresionar por los rumores de una defensa a ultranza en los montes de los alrededores de Berchtesgaden, donde se esperaba de todos los alemanes que lucharan a muerte para proteger a su Führer. Muchos eran meros oportunistas, que se situaban a favor del viento y querían disponer de credenciales antinazis antes de que la guerra terminase. Sin duda, no les haría ningún daño estar al mando de su ciudad o su pueblo cuando llegasen los estadounidenses, y mostrar con ello que habían derrocado a los nazis por iniciativa propia y sin ayuda de terceros.

En consecuencia, muchos pueblos y pequeñas ciudades lucían una vistosa muestra de banderas blancas cuando aparecieron los estadounidenses; sábanas y fundas de cojín colgaban de las ventanas superiores al tiempo que los ocupantes levantaban las manos y no ofrecían oposición a los invasores. Los estadounidenses lo favorecían enviando por delante a burgomaestres de los pueblos ya tomados, para dejar claro a los habitantes que solo un despliegue masivo de banderas blancas salvaría a su localidad de la destrucción. Como los aliados disponían de una artillería ciertamente poderosa, los alemanes no lo ponían en duda: captaban rápidamente el mensaje y se rendían sin presentar batalla.

Los estadounidenses iban lanzados. Si no hallaban razón para detenerse, pasaban corriendo de un pueblo a otro, a través de algunos de los paisajes campestres más hermosos que jamás hubieran visto. Tras los horrores del *bocage* de Normandía y el invierno en las Ardenas, era agradable sentarse al volante de un *jeep* en la primavera bávara, sin recibir disparos de ninguna parte y contemplando cómo los rayos de sol se reflejaban en los Alpes, a lo lejos. Como los rusos en el este, los estadounidenses no dejaban de preguntarse por qué los alemanes habían querido invadir tantos países cuando el suyo era tan rico y hermoso. Para los muchachos que habían crecido en una granja de Idaho o Kentucky, aquello no tenía ningún sentido.

Los estadounidenses avanzaban hacia Múnich. Era la última gran ciudad del sur de Alemania que todavía no había caído en sus manos. La ciudad tenía una especial importancia por ser el lugar de origen del nazismo: «la cuna de la bestia», como gustaba decir el general Eisenhower. Al paso que iban, se preveía que alcanzarían las afueras de la ciudad a última hora de la tarde o a primera hora de la mañana siguiente.

Después de Múnich, continuarían hacia el sureste, hacia Berchtesgaden, el refugio privado de Hitler en las montañas, cerca de la antigua frontera con Austria. Hitler no había hecho ninguna aparición pública desde hacía varias semanas, por lo que existía la posibilidad de que estuviera escondido en algún rincón de Berchtesgaden, esperando precisamente a que los estadounidenses aparecieran y lo descubriesen. Más de un soldado de Estados Unidos alimentaba la fantasía de ser el hombre que hiciera exactamente eso: sacar al Führer de su escondrijo y exhibirlo frente a las cámaras del mundo mientras millones de personas lo vitoreaban.

Sin embargo, los estadounidenses debían completar primero otra tarea. Había un campo de concentración en Dachau, al norte de Múnich, a unos veinte kilómetros de la capital bávara. Fue el primero que edificaron los nazis. Según los informes que llegaban a las tropas del frente, allí reinaba un caos terrible. Se habían producido millares de muertes a consecuencia del tifus y sus

responsables preveían matar al resto de los internos aquel mismo día: ejecutarlos a sangre fría antes de que los estadounidenses tuvieran tiempo de salvarlos. Los norteamericanos tenían toda la información acerca de Dachau y habían planeado empezar la operación de socorro a su debido tiempo. Pero la advertencia de una masacre inminente los hizo actuar. Se pusieron en marcha de inmediato.

Sufrieron retrasos, primero por el fuego de los francotiradores y luego por la voladura de un puente sobre una línea de ferrocarril. A media mañana, sin embargo, sus carros de combate encontraron otros pasos y se acercaban a Dachau a gran velocidad, con la intención de tomar la ciudad antes de concentrarse en el campo de las afueras.

Los alemanes de Dachau estaban divididos al respecto de cómo debían responder. Los civiles de la ciudad estaban a favor, unánimemente, de izar la bandera blanca, pero el nuevo burgomaestre los había amenazado con una represalia feroz... justo antes de darse a la fuga. El comandante militar había retirado su cuartel general al otro lado del río, lo cual equivalía de hecho a entregar media ciudad a los estadounidenses.

Estos avanzaban con cautela y llegaron al centro de la ciudad poco antes del mediodía. Desde allí, enviaron tanques hacia el puente del Amper, con la voluntad de cruzar el río que atravesaba la ciudad y luego girar hacia el campo de las afueras.

Los alemanes ofrecieron una resistencia simbólica, volando el puente en el momento preciso en que el primer carro blindado estaba a punto de cruzar. En el proceso mataron a varios de los suyos, pero no retrasaron gran cosa el avance del ejército estadounidense. El puente del ferrocarril seguía intacto y las tropas pudieron cruzarlo en avalancha. A primera hora de la tarde, una compañía de estadounidenses buscaba asegurar el control de la ciudad de Dachau, mientras otra seguía la vía férrea en dirección al campo de concentración, cuyas alambradas y barracones se hallaban a poco más de 800 metros, por detrás del bosque.

La línea férrea principal iba a Múnich y tenía una bifurcación que llegaba al campo. Los estadounidenses la siguieron hasta una fila de vagones abandonados a la entrada del campo. Había treinta y nueve vagones de mercancías, que normalmente servían para transportar el carbón o el ganado. Al acercarse, los estadounidenses vieron con horror que todos estaban llenos de prisioneros muertos, todos ellos en condiciones lamentables. Los cuerpos llevaban dos días allí tirados; había un mínimo de quinientos cadáveres y un máximo de unos dos mil. Los cálculos varían porque nadie tuvo estómago para llevar a cabo un recuento exacto. Un miembro de la Cruz Roja calculó que serían unos quinientos, pero Sidney Olson, de la revista *Time*, contó cincuenta y tres cuerpos en un vagón y sesenta y cuatro en otro, lo cual sugiere un total bastante más elevado.

Los prisioneros habían llegado desde Buchenwald. El viaje había durado más de dos semanas por varios ataques aliados contra la línea férrea, además de al menos uno sobre el propio tren. Abarrotados en los vagones —algunos en bateas descubiertas, otros en furgones cerrados y con las puertas bloqueadas—, los prisioneros habían ido cayendo como moscas durante todo el trayecto, unos muertos de sed, otros de hambre, otros de frío y muchos simplemente por las enfermedades o el agotamiento. Los alemanes no hicieron nada por ellos. Como en Belsen, se

limitaron a lavarse las manos y abandonaron a los prisioneros a su suerte. Si unos pocos —muy pocos— consiguieron sobrevivir al viaje, los hombres de las SS los fusilaron nada más llegar, o incluso los mataron a palos, para ahorrar munición.

Para los estadounidenses, lo más insufrible era el hedor. El hedor y el espantoso estado de los cadáveres. Algunos estaban desnudos, otros con el uniforme rayado, pero todos esqueléticos, pálidos como un pergamino, hundidos irremediabilmente en su propia sangre y excrementos. Algunos yacían con los ojos aún abiertos, como si miraran fijamente a los estadounidenses, reprochándoles que no habían llegado a tiempo para rescatarlos; otros enseñaban los dientes y se tapaban el rostro con los brazos, intentando protegerse de los golpes que los mataron. «Estaban desparramados, como si alguien hubiera cogido el vagón y le hubiera dado la vuelta, volcando a la gente en el exterior, sobre las vías», contaba el soldado Jimmy Gentry.

Algunos cuerpos estaban aún dentro del tren, algunos colgaban de lo alto de los montones de gente apilada fuera, y entonces fue cuando vi por primera vez que no se trataba de soldados. Estábamos acostumbrados a ver soldados muertos, ya fueran soldados estadounidenses o alemanes, pero nunca nos habíamos encontrado con nada parecido. Iban a rayas, vestidos con ropa de rayas, y la cabeza era la parte más grande de sus cuerpos, con los ojos completamente hundidos. Estaban de un color blanco ceniciento, casi azul, con las costillas muy marcadas, los brazos como palos de escoba, y las piernas lo mismo.[\[68\]](#)

«Vi a dos prisioneros tirados en el pavimento, con el cerebro aplastado», recordaba el teniente coronel Felix Sparks, comandante del batallón de la 45.<sup>a</sup> división «Thunderbird», encargada de tomar el campo. «No hicimos una inspección detallada de los cadáveres de los vagones. Miramos dentro, por si quedaba alguien vivo, y seguimos adelante. Luego me enteré de que quizá hubiera habido un par de personas aún vivas, pero lo dudo mucho.»[\[69\]](#)

Como los británicos en Belsen, los estadounidenses creían haberlo visto ya todo en la batalla por Europa. Pero lo que encontraron en aquellos vagones los colmó de una rabia ciega y fulgurante. Dejaron atrás los trenes y siguieron hacia los barracones de las SS. Cuatro soldados salieron de su escondite casi de inmediato y se rindieron al teniente Bill Walsh, el comandante de la compañía I. Pero Walsh no pensaba aceptar. Indignado, ordenó que los hombres entrasen en uno de los vagones y les disparó en el acto con su pistola, uno detrás de otro. El soldado Albert Pruitt se sumó y remató a los hombres con su fusil, mientras estos gemían en el suelo. Los estadounidenses no estaban de humor para hacer prisioneros, después de lo que acababan de ver. Todos ellos entendieron, nada más llegar, que ningún alemán debía salir vivo de aquel campo. Ninguno merecía vivir.

Irónicamente, la mayoría de los responsables de aquellas atrocidades ya habían huido. Casi un millar había salido de Dachau el día anterior, poniendo a toda prisa cierta distancia de seguridad entre ellos y el enemigo que se aproximaba. Solo quedaron unos pocos cientos; algunos estaban convalecientes, recién llegados del campo de batalla; otros estaban en el hospital, demasiado malheridos para soportar un traslado. Walsh no supo diferenciar entre los soldados de las Waffen-SS, excombatientes que se alojaban en los barracones próximos, y los guardianes del campo de concentración, de las SS-Totenkopf. Tras seis meses de combate más o menos ininterrumpido, había llegado a su límite. Después de disparar a los hombres de las SS, empezó a correr como un

loco, persiguiendo a cuantos alemanes veía, blandiendo la pistola y gritándoles: «¡Hijos de puta, eh, vosotros, hijos de puta!». El coronel Sparks tuvo que derribarlo de un golpe y siete de sus hombres lo inmovilizaron hasta que dejó de gritar y recuperó la cordura.

Más tarde, recobrada la compostura, Walsh se unió de nuevo a su compañía y fueron recorriendo todos los barracones de las SS, matando metódicamente a los enemigos de todas y cada una de las edificaciones. Cuando llegaron a la enfermería, Walsh ordenó que todos los alemanes salieran al exterior, independientemente del estado en que se hallaran. El soldado John Lee le ayudó a reunirlos fuera:

Nuestra sección entró en el hospital y lo registró habitación por habitación, para hacer salir a todo el mundo. Había varios en cama, con vendajes en piernas y brazos. Algunos llevaban muletas, fingiendo estar heridos. Estos eran soldados de la Wehrmacht y guardianes de las SS vestidos con la ropa de la Wehrmacht. Los hicimos salir y formar una fila con los médicos, las enfermeras y el personal sanitario. Había también cuatro o cinco internos que trabajaban en el hospital y fueron realmente útiles para reconocer tanto a los auténticos hombres de las SS como a los que fingían estar heridos.[\[70\]](#)

Lee estaba ayudando a separar a los de las SS del resto de prisioneros cuando él y su amigo Bob McDonnell oyeron gritos que venían de fuera. Corrieron a ver qué sucedía y se encontraron a dos prisioneros con palas que atacaban a un miembro del personal sanitario vestido con una chaqueta blanca. «Para cuando llegamos, aquello era un caos sangriento. Les ordenamos que pararan. Dijeron que eran polacos, y uno de ellos se bajó los pantalones para enseñarnos que lo habían castrado en el hospital y que, de alguna manera, aquel alemán estaba implicado en la operación.»

Mientras la sección de Lee despejaba el hospital, Walsh ponía en fila a sesenta miembros de las SS, frente a un muro, en el patio anejo de la carbonera. Aunque los habían desarmado, los hombres de las SS eran mucho más numerosos que los estadounidenses que, no sin nerviosismo, los custodiaban. Walsh les ordenó que pusieran las manos en alto y le dijo al soldado William Curtin, ametrallador de la compañía M, que disparase si los alemanes daban un paso. Curtin amartilló el arma, según le pedían. Temiéndose lo peor, al parecer, los hombres de las SS empezaron a correr. Curtin y otros cuatro abrieron fuego de inmediato. El coronel Sparks, a unos metros de distancia, se volvió para ver qué sucedía:

Corrí hasta allí, le di al ametrallador una patada en la espalda y lo tiré hacia delante, sobre el arma, y lo cogí por el cuello y grité:

—¿Qué demonios está haciendo usted?

Él respondió que intentaban huir, y se echó a llorar. Saqué mi 45 y disparé varios tiros al aire y dije que no habría más fuego a menos que yo mismo diera la orden. Les dije que yo asumía el mando de la compañía y les ordené que llevarsen a los heridos a la enfermería.[\[71\]](#)

Pero ya era tarde para las SS. Habían muerto diecisiete de sus hombres, en lo que tal vez fue un asesinato deliberado. Del resto, todos menos tres permanecían tendidos en un montón confuso, al pie de la pared; varios estaban heridos y otros fingían estar muertos. Los tres últimos seguían en pie, dos con los brazos alzados y el tercero con los brazos cruzados, esperando lo inevitable con aire de desafío.

Según algunas fuentes, más tarde se produjo otro incidente similar, cuando otros 346 hombres de las Waffen-SS tuvieron que alinearse ante la misma pared y fueron ametrallados por orden del oficial ejecutivo de la compañía I, el teniente Jack Bushyhead, un indio chéroqui, nacido en Oklahoma. Se decía que Bushyhead dirigió la masacre desde el terrado de un aparcamiento de bicicletas. Acto seguido, tres o cuatro prisioneros recibieron pistolas y repasaron la línea rematando a los heridos.

Fuera cual fuese la verdad, en los días siguientes nadie quiso hablar de los asesinatos. Al principio se habló de consejos de guerra, frustrados, casi seguro, por la negativa del general Patton. Luego la historia fue modificándose y exagerándose, a medida que pasaba de boca en boca, una vez desvanecida la amenaza de las represalias legales. Algunos soldados contaron de inmediato su versión de lo ocurrido en Dachau, y otros pasaron cincuenta años sin decir palabra. Varios legaron testimonios gráficos presenciales, pese a que en aquel momento ni siquiera estaban cerca de Dachau. Y la historia oficial también contó una versión distinta. Lo único que se podía afirmar con seguridad era que el día en que la división «Thunderbird» liberó el campo de Dachau supuso una jornada de orgullo... y también, durante unos pocos minutos de caos, de vergüenza.

Mientras los hombres de la división «Thunderbird» recorrían los barracones de las SS, despejándolos de enemigos antes de ocuparse de los presos del campo de concentración adyacente, otros soldados estadounidenses se acercaban desde otra dirección. Una avanzadilla de la 42.<sup>a</sup> división «Rainbow» estaba explorando los alrededores de Múnich cuando recibió el aviso urgente de algunos corresponsales de guerra, que les pidieron que se desviasen rápidamente a Dachau aunque aquel rodeo no estuviera en sus planes. Con 30.000 internos en peligro de ejecución inminente, el comandante de la división no se hizo de rogar. Mandó por delante al general de brigada Henning Linden, para que fuese a Dachau y le informase de lo que viera allí.

Linden era un hombre de poca estatura que usaba un bastón como el del general Patton. Acompañado por un nutrido grupo de reporteros, siguió el ramal del ferrocarril hasta los vagones abandonados y luego se dirigió hacia el este, rodeando el perímetro del campo en dirección a la puerta principal. Ya casi estaban allí cuando oyeron disparos. Creyendo que los atacaban, el grupo de Linden abandonó los *jeeps* y corrió a refugiarse en una acequia de desagüe. Al poco cesaron los tiros y un oficial de las SS se acercó para establecer contacto. Al principio, se negó a levantar las manos, pero cedió después de que Henning le propinase un bastonazo en la sien.

Los alemanes aguardaban en la puerta principal para entregar el campo. Al mando estaba el teniente Heinrich Wicker, el nuevo comandante de Dachau, desde hacía dos días. El verdadero comandante había huido el día anterior, dejando que Wicker se rindiera ante los estadounidenses y, de paso, cargase con las culpas por algo en lo que no había tenido nada que ver.

Wicker no estaba feliz, allí de pie, en la puerta. Era un oficial muy joven, recién llegado del frente ruso, que ahora cargaría con la responsabilidad de unos crímenes atroces cometidos por otras personas. Él también había querido huir, aquella mañana, pero Victor Maurer, representante suizo de la Cruz Roja, lo convenció de lo contrario. Según Maurer, Wicker debía mantener el orden en el campamento hasta que los estadounidenses se hicieran con el mando; de otro modo,

los internos podrían rebelarse y huir a la ciudad, extendiendo el tifus en todas direcciones y sembrando el caos entre la población local. Maurer le había asegurado que los estadounidenses protegerían al destacamento alemán, una vez se les hubiera entregado el campo, y que se les permitiría regresar sanos y salvos a sus propias filas. Ambos habían negociado un acuerdo a tal efecto, tras lo cual Wicker ordenó a sus hombres que permaneciesen en sus puestos y no ofrecieran resistencia ante el ejército de Estados Unidos.

Con una bandera blanca atada al palo de una escoba, Maurer acompañó a Wicker hasta donde estaba el general Linden. Wicker saludó y ofreció la rendición oficial del campo a Linden. El general no disponía de tropas suficientes para entrar de inmediato, de modo que pidió refuerzos a la retaguardia y se quedó a esperarlos durante unos minutos. En un controvertido artículo, Marguerite Higgins, del *New York Herald Tribune*, afirmó que ella y el sargento Peter Furst, del periódico militar *Stars and Stripes*, fueron los primeros estadounidenses en pisar el campo, acompañados por un guía de las SS:

No había un alma en el patio, cuando se abrió la puerta. Según supimos más tarde, la noche anterior los prisioneros se habían hecho con el control del recinto y se negaron a seguir obedeciendo las órdenes de los guardias alemanes, que se retiraron entonces al exterior. Los prisioneros mantuvieron una estricta disciplina entre ellos, y se quedaron cerca de sus barracones, de modo que los hombres de las SS no tuvieran excusa para emprender una masacre.

Pero en el mismo instante en que entramos, nos lanzaron desde los barracones, situados a unos doscientos metros de la entrada, una discordante descarga de «¿Sois estadounidenses?» preguntado en unas dieciséis lenguas distintas. Asentimos, y se desató un pandemónium.

Una multitud de hombres harapientos y escualidos, que lloraban, gritaban y vociferaban «¡Larga vida a América!», se dirigía hacia la puerta. Los que no podían caminar se arrastraban o avanzaban renqueando. En la confusión se instaló una alegría tan histérica que confundieron al hombre de las SS con un estadounidense. Durante cinco minutos de desenfreno, fue paseado a hombros y recibió palmaditas en la espalda y calurosos abrazos de los internos. La llegada de los soldados estadounidenses pronto aclaró la situación.<sup>[72]</sup>

El general Linden también recordaba el entusiasmo desatado entre los prisioneros:

Entré con mi guardia y descubrí que los internos —que ya habían visto el uniforme de Estados Unidos en mis guardias, y los de la 45.<sup>a</sup> división, que se acercaba a la empalizada principal desde el este— se lanzaron en tromba hacia la valla, desbordados por el júbilo. La muchedumbre se agitaba y encendía cada vez con más intensidad, hasta que la presión sobre la alambrada de acero fue tal que se rompió en varios puntos y los internos se precipitaron al camino intermedio entre la valla y el foso. En el proceso, varios se electrocutaron en la cerca eléctrica.<sup>[73]</sup>

El coronel Sparks vio lo que estaba sucediendo e intentó calmar a los prisioneros:

Le dije a mi intérprete, Karl Mann, que gritase y les dijese que no podíamos dejarlos salir, pero que pronto llegaría comida y medicinas. Él chilló hasta quedarse ronco. Entonces vi cuerpos que volaban por los aires, cuerpos que los prisioneros estaban destrozando con sus propias manos. Indiqué a Karl que preguntase qué estaba pasando. Los prisioneros le dijeron que estaban matando a los informadores que había entre ellos. Los hicieron pedazos, literalmente, con sus propias manos. Aquello duró unos cinco minutos más, hasta que se agotaron. Indiqué a Karl que les dijera que mandasen a sus líderes a la valla, donde yo les pedí que mantuvieran la calma, que pronto tendrían medicinas y comida. Esto pareció apaciguarlos.<sup>[74]</sup>

Jimmy Gentry, que debió de llegar más tarde, vio poca emoción en los rostros de los prisioneros. Con una ración de 600 calorías diarias, en su mayoría estaban, sencillamente, demasiado apáticos para seguir celebrando la llegada de los estadounidenses:

No hubo un estallido de gritos y vítores y júbilo, para nada. Estaban pálidos, estaban pasmados. Sí que se nos acercaban y nos abrazaban, y alguien, no sé quién, alguien de mi pelotón dijo:

—No dejéis que os besen en la boca.

Tenían enfermedades, por ejemplo el tifus, y se hincaban de rodillas y nos abrazaban las piernas y nos besaban las piernas y las botas. Por supuesto, nosotros no sabíamos suficiente alemán para entender lo que decían, y algunos de ellos tampoco eran alemanes. Solo sabíamos que se alegraban de la liberación, pero representaban una estampa digna de lástima.[\[75\]](#)

Por todas partes, montones de suciedad, de miseria, de cadáveres. Una cámara de gas y un crematorio. Experimentos médicos, perros guardianes, ejecuciones arbitrarias. Los prisioneros de Dachau provenían de toda Europa, pero todos —los prisioneros alemanes, tanto como los demás— habían sufrido horrores inimaginables a manos de los nazis. Cuando abrazaron a sus libertadores, su estado de ánimo distaba mucho de la clemencia. Sus primeros pensamientos fueron de venganza, de justicia sumaria para los guardias que los habían atormentado. No bastaba con matar a los informadores que había entre ellos. Los prisioneros también querían ver sufrir a sus carceleros, verlos retorcerse de dolor y suplicar miserablemente por sus vidas, como habían hecho ellos. Algunos internos llevaban años esperando aquel día. Ahora que había llegado, no se lo iban a negar.

El teniente George Jackson, de la 42.<sup>a</sup> división, no se sintió capaz de interferir cuando vio a un grupo de prisioneros acorralando a un soldado alemán que, como el teniente Wicker, probablemente acababa de llegar del frente:

Cuando entré en el campo, vi un grupo de varios cientos de personas en un rincón del complejo. Al acercarme, observé un círculo de unos doscientos prisioneros, que contemplaban una acción que se producía en el centro. Allí en medio había un soldado alemán, con todo el equipamiento de campaña y el fusil, que había intentado huir de Dachau. Dos prisioneros escuálidos intentaban capturarlo. El silencio era absoluto. Aquello parecía un ritual y, de hecho, es lo que era. Trataban de agarrarlo.

Al final, un interno que no podía pesar sino unos treinta kilos logró retenerlo por los faldones de la chaqueta. Otro le quitó el fusil y empezó a golpear al soldado alemán en la cabeza. En aquel momento comprendí que, si yo intervenía, como podría haberse contado entre mis obligaciones, el acto habría resultado muy perturbador. Por lo tanto, me di la vuelta y me alejé de allí, hacia otra parte del campo, durante un cuarto de hora aproximadamente. Al volver, le habían reventado la cabeza. Estaba muerto. Todos habían desaparecido.[\[76\]](#)

Los estadounidenses también siguieron matando alemanes. Muchos soldados rasos llevaban algo de alcohol, una botella que habían guardado celosamente para el día en que acabase la guerra. Después de media hora en Dachau, decidieron que la necesitaban ya. Uno de los oficiales del general Linden le quitó una botella a un soldado de la 45.<sup>a</sup> y la lanzó al canal, pero otros compañeros estaban completamente borrachos e iban dando tumbos por el campo buscando alemanes que matar. Y algunos habían enloquecido. El capellán Leland Loy estaba junto a un *jeep*, con su chófer, cuando un alemán salió corriendo de detrás de una esquina, presa del pánico, perseguido por un soldado estadounidense:

Lo cogimos cuando llegó a nuestro *jeep* y un soldado de la 42.<sup>a</sup> división giró la esquina justo detrás. Nosotros estábamos a menos de un metro y este soldado de la 42.<sup>a</sup> división se plantificó delante del tipo y dijo:

—Aquí estás, hijoputa.

Y lo ametralló.

—Oye, tío, estás loco. Este tipo era un prisionero —le dije yo.

Pero el soldado solo respondió:

—Tengo que matarlos, tengo que matarlos, tengo que matarlos.

Aquel tipo había perdido la cabeza.[\[77\]](#)

La matanza siguió hasta entrada la noche, cuando se rechazó con prontitud un contraataque alemán sobre el campo. El recuento final de los alemanes muertos en Dachau aquel día pudo ascender a unos quinientos, aunque no disponemos de cifras precisas. La única cosa cierta es que murieron muchos, entre ellos el desventurado comandante del campo, el teniente Wicker. La garantía de protección que había negociado con la Cruz Roja resultó inútil. Tanto si murió a manos de los prisioneros como si lo mató el ejército de Estados Unidos, el cuerpo de Heinrich Wicker no se llegó a encontrar y jamás se volvió a saber de él.

Sea como fuere, la preocupación principal de los que recorrían el campo no fueron los alemanes. Dachau había sido un campo modélico al principio, un escaparate nazi que la gente de Hitler había exhibido tranquilamente ante la Cruz Roja. Pero los trastornos ocasionados por el avance aliado afectaron a Dachau tanto como a Belsen. Faltó el avituallamiento, se propagó el tifus y los crematorios no daban abasto; cientos de cadáveres quedaron apilados en montones a la espera de la incineración. El panorama se complicó con los guardias muertos y los cuerpos de los informadores asesinados. Los estadounidenses jamás olvidarían la escena que se desencadenó cuando abrieron las puertas y tuvieron que contener a los prisioneros, en ocasiones incluso disparando al aire, para evitar que se precipitasen por toda la zona antes de que pudieran llegar las medicinas y la comida.

Como en otros campos que aún no se habían descubierto, en Dachau se hicieron experimentos médicos con los prisioneros, pruebas realizadas para la Luftwaffe sobre los límites de la resistencia humana a gran altitud o en el gélido frío del mar. El pabellón médico fue uno de los primeros lugares a los que se guió a los estadounidenses. Un prisionero belga enseñó al teniente Walsh dónde se habían practicado los experimentos. En apariencia, las pruebas se habían desarrollado con criminales condenados a muerte o prisioneros rusos de quienes se sospechaba que eran comisarios políticos. Los médicos nazis aislaron a varios en cámaras de compresión, con arneses de paracaidista, y los sometieron a condiciones atmosféricas equivalentes a las de hasta 60.000 pies de altitud: succionaban el aire de la cámara de compresión y observaban las reacciones de los prisioneros a través del cristal, mientras estos iban perdiendo la conciencia y morían. A otros los habían metido, durante intervalos de varias horas, en un tanque de agua helada; a algunos los dejaban morir congelados, a otros los hacían revivir por diversos medios, incluido el calor corporal de las prostitutas. Los experimentos se controlaban al detalle y eran perfectamente científicos, pero utilizaban como sujetos a seres humanos, en lugar de ratas de

laboratorio.

También hubo pelotones de fusilamiento, cámaras de tortura, un burdel, en suma: toda la parafernalia habitual del sistema nazi. Para los periodistas que acompañaban a la 42.<sup>a</sup> división fue una primicia, como esperaban que fuera cuando solicitaron acompañar a los soldados al campo. Marguerite Higgins, del *Herald Tribune*, estuvo dando la lata desde que llegó, pidiendo que le dejaran entrevistar a alguna figura destacada que estuviera presa en aquel campo. Mencionó a Kurt von Schuschnigg, el antiguo canciller austríaco; Martin Niemöller, el pastor antinazi; Léon Blum, el antiguo primer ministro francés; y distintos miembros de familias reales europeas, como el príncipe Federico Leopoldo de Prusia, el príncipe Luis de Borbón y el príncipe Javier de Luxemburgo. Se rumoreaba que el hijo de Stalin, Yákov, también estaba en Dachau, aunque nadie lo sabía con certeza.

Pero Linden y Sparks le negaron el acceso inmediato, al tiempo que le señalaban la enorme multitud de prisioneros apiñados contra las puertas. Higgins hizo caso omiso, retiró la barra que mantenía las puertas cerradas y se vio arrastrada por los prisioneros, que salían en tropel. Los estadounidenses tuvieron que recurrir a la fuerza para mantenerlos atrás, mientras Higgins se retiraba, escarmentada, a su *jeep*. Entregó un reportaje dentro del plazo, pero no el que ella quería. Los prisioneros importantes —los *Prominente*— ya no estaban en Dachau. Se los habían llevado unos días antes. Los líderes nazis, que ya se preparaban para negociar la rendición, los habían trasladado al sur, como rehenes, para utilizarlos como baza en las conversaciones.

Los *Prominente* estaban en Villabassa, un pueblo de montaña del Tirol del sur, conocido igualmente como Niederdorf. Los llevaron hasta allí en una caravana de autocares protegida por las SS. Pero ellos no preveían que los utilizasen como moneda de cambio. Mientras los estadounidenses tomaban Dachau, estos destacados exprisioneros esperaban ser fusilados en cualquier momento, ejecutados en un último acto de desafío antes de que los aliados pudieran salvarlos.

Los *Prominente* eran un grupo heterogéneo de prisioneros de alto nivel, procedentes de quizá hasta veintidós naciones distintas de toda Europa. Tenían edades comprendidas entre los cuatro años y los setenta y tres. Había hombres, mujeres y niños, generales griegos, agentes británicos, un antiguo primer ministro húngaro y su gabinete, un nieto del líder italiano Garibaldi. No había rastro del hijo de Stalin, pero sí estaban entre los prisioneros Fritz Thyssen, el industrial alemán, igual que Hjalmar Schacht, exministro de Economía y expresidente del Reichsbank. También se encontraban con ellos varios generales alemanes que se habían negado a cumplir las órdenes de Hitler, y las familias de Klaus von Stauffenberg y otros conspiradores de los numerosos y frustrados intentos de asesinar al Führer. A todos los sacaron de Dachau y otros campos semejantes y los trasladaron al sur, al otro lado de los Alpes, para escapar de los ejércitos ruso y estadounidense, que convergían sobre ellos desde distintas direcciones.

Pasaron primero por Múnich, donde pudieron observar una imagen muy reveladora para los que no habían puesto los ojos sobre una ciudad en los últimos años. La capital bávara había sufrido un bombardeo tan intenso por parte de los aliados que muchas casas quedaron reducidas a

escombros y tan solo un muro solitario se alzaba aquí o allí. Los tranvías seguían funcionando, con cartones en sustitución de los cristales rotos, pero las paradas parecían difíciles de localizar; habían quedado pocos indicadores. La aviación aliada dominaba el espacio aéreo y forzó a la caravana a detenerse en numerosas ocasiones, y a los guardias, a correr en busca de refugio. Cuando se detenían a pasar la noche, los prisioneros veían incendios por todas partes. Era obvio que Alemania estaba a punto de caer. La guerra ya no podía durar mucho; unos pocos días más, a lo sumo.

Después de Múnich, los *Prominente* fueron retenidos en Innsbruck durante un tiempo, hasta que los hubieron reunido a todos. Mientras esperaban, oyeron a un grupo de prisioneros polacos que cantaban canciones patrióticas mientras colgaban a uno de sus colegas. Luego continuaron hacia el sur, a través del paso del Brennero, en dirección a Italia, custodiados por un pelotón de las SS cuya arrogancia se desvaneció considerablemente una vez abandonaron suelo alemán. Nadie ponía en duda que las SS tenían órdenes de fusilar a los prisioneros antes de que los aliados aparecieran. Pero también estaba claro que sus hombres ya no tenían tanta seguridad en sí mismos, con el ejército alemán en desbandada y las montañas repletas de partisanos italianos.

La determinación de los alemanes empezó a flaquear cuando el convoy llegó cerca de Villabassa, el día 28 de abril. Se había detenido en un paso a nivel, a menos de dos kilómetros del pueblo, mientras los guardias se reunían para debatir qué hacer. Algunos propusieron fusilar a los prisioneros de inmediato, quedarse con sus posesiones y regresar a casa. Otros se mostraron reacios. Estuvieron discutiendo entre ellos mientras los prisioneros los observaban con cautela, desde la distancia.

Sigismund Payne Best, un agente británico capturado en 1939, había decidido que si había una posibilidad de sobrevivir, esta pasaba por el soborno. Estaba hablando de ello con Thyssen y Schacht, los dos miembros más acaudalados del grupo, cuando unos ciclistas que pasaban por el lugar reconocieron a Kurt von Schuschnigg, el antiguo canciller austríaco, tirolés de nacimiento. Al poco apareció un italiano, líder de los partisanos locales. Se hacía llamar doctor Antonio Ducia y comunicó a los guardias alemanes que en el pueblo podrían encontrar comida y refugio.

En un estado de incredulidad, después de Dachau, los prisioneros fueron conducidos a Villabassa y recibieron comida y vino en los hoteles del pueblo. Para algunos, era la primera vez que probaban el alcohol en varios años. Pero aún les quedaban muchos problemas por resolver. Mientras los otros se lanzaban sobre la comida, Best se reunió con Fritz, uno de los guardias, para tomar un trago. Después de haber bebido una copa de más, Fritz se sacó del bolsillo la sentencia de muerte de Best.

—Esta es la orden de su ejecución —le dijo el alemán—. Pasado mañana no estará vivo.

—A ver, ¡nadie será tan estúpido como para fusilarnos a estas alturas de la guerra! —exclamó Best, con incredulidad.

—Desde luego que sí, así es. Verá, aquí lo dice claramente: una orden del Reichssicherheitsdienst de Berlín.

Y Fritz me puso el papel debajo de la nariz. No paraba de agitarlo y yo no pude leer todo lo que ponía, pero era una orden según la cual no se debía permitir que los siguientes prisioneros cayeran en manos enemigas y si existía riesgo de que esto ocurriera, deberían ser liquidados. A continuación venía una larga lista de nombres que llegaban al final de la página y seguramente continuaban por la otra cara del papel, que yo no vi. Pude leer

los nombres de Schuschnigg, Blum, Niemöller, Schacht, Müller, Falkenhausen, Thomas y Halder, además del de Stevens y el mío propio.<sup>[78]</sup>

Fue una noche muy tensa. Tras ser advertido de que su nombre aparecía en la lista, el pastor Niemöller se fue directamente al comandante de las SS y le dijo que algunos de los prisioneros iban armados y, sin la menor vacilación, responderían a un hipotético asalto. El comandante negó tales intenciones, pero Niemöller —capitán de submarino en la primera guerra mundial— se había preparado para lo peor. También los demás prisioneros, que se fueron a dormir con gran inquietud.

Los habían separado por edades y sexos. Algunos fueron hospedados en hoteles, pero la mayoría de los hombres durmió sobre paja, en el Ayuntamiento, con un centinela de las SS para cada fila de durmientes. Los prisioneros, a su vez, hicieron turnos para permanecer despiertos y vigilar de cerca a los guardias. Las SS intentaron segregar a los británicos en una habitación exclusiva, pero estos comunicaron de forma inequívoca que dormirían en las mismas estancias que los demás. No tenían intención de facilitar una masacre nocturna.

Ahora volvía a ser de día, una mañana de domingo, y todos seguían con vida. Mientras el ejército estadounidense se acercaba a Dachau, sus presos más importantes estaban conferenciando sobre cuál debía ser el próximo movimiento. Por sugerencia de los partisanos, un general del ejército italiano, Sante Garibaldi, proponía derrocar a las SS y retirar a todos los *Prominente* a un hotel turístico, situado en la montaña, por encima de Villabassa, donde podrían permanecer a salvo hasta que la guerra hubiera terminado.

Pero los partisanos no eran más que jóvenes del pueblo; no eran rivales para las SS. La Wehrmacht sería mejor opción. Uno de los *Prominente* alemanes, un oficial de la Wehrmacht, había telefoneado durante la noche al cuartel general de las fuerzas armadas alemanas en Bolzano, resumiendo la situación y pidiendo ser rescatado. Alarmado ante la idea de que prisioneros tan importantes fuesen asesinados durante su guardia, en aquella coyuntura de la guerra, el general Von Vietinghoff mandó de inmediato a una compañía de hombres a Villabassa para que tomaran el mando y se asegurasen de que nadie salía herido.

Por desgracia, solo llegaron quince, un número claramente insuficiente para la tarea, y los capitaneaba un oficial muy joven, reacio a enfrentarse a las SS. Pese a todo, Best y Bogislaw von Bonin, el hombre que había llamado a la Wehrmacht, indicaron al joven que dispusiera sus ametralladoras en la plaza y las orientase hacia el camión de las SS. El oficial obedeció, aunque con reticencia. Best y Bonin se acercaron entonces a los hombres de las SS y les ordenaron que depusieran las armas. Para su sorpresa, accedieron de inmediato. A los *Prominente* aún les faltaba mucho para recobrar la libertad, pero ya no corrían el peligro inminente de morir fusilados a sangre fría.

**TERCERA PARTE**

**LUNES, 30 DE ABRIL**

«En mi resumen, hice especial hincapié en que, con toda probabilidad, la batalla de Berlín habría concluido en la noche del 30 de abril.»

**HELMUTH WEIDLING**

## LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

Winston Churchill había pasado el fin de semana en Chequers, la residencia de campo oficial del primer ministro británico, a las afueras de Londres. Aún no estaba del todo al corriente de la historia de Dachau, pero sí al caso de lo peor de Belsen y Buchenwald. Había ordenado que todas aquellas atrocidades se investigaran con rigor y se llevara a los culpables ante la justicia con la mayor prontitud. Como a los estadounidenses en Dachau, a Churchill le parecía justificado poner a los culpables ante el paredón y castigarlos con la mayor severidad por lo que habían hecho, fusilándolos en su debido momento.

La noche anterior había estado mirando una película que le interrumpió la noticia de la rendición de los alemanes en Italia. Churchill también había sido informado de la muerte de Mussolini, que anunció a los huéspedes acogidos en su casa con las palabras: «Ah, la maldita bestia ha muerto».[79] Acto seguido envió un telegrama para poner a Stalin al corriente de la rendición, y otro al mariscal de campo Alexander para felicitarlos por aquel gran logro, tanto a él como al general estadounidense Mark Clark. Luego se quedó despierto varias horas, charlando alegremente con su personal y paladeando las noticias de Italia. No lo convencieron de que se fuera a dormir hasta las tres de la madrugada.

Volvió a aparecer cerca del mediodía. En la prensa del fin de semana abundaban las buenas noticias sobre la guerra: «Himmler ofrece la rendición incondicional», «Himmler da a Hitler veinticuatro horas de vida», «Himmler, conminado a rendirse antes del martes». Los periódicos del lunes eran igual de alentadores: se expresaba gozo por la muerte de Mussolini y se hablaba de que en cualquier momento llegaría la victoria en Europa. Churchill los leyó todos en la cama, dando chupadas al primero de sus muchos cigarros. Luego apartó la bandeja del desayuno e hizo venir a Marian Holmes, su secretaria, para empezar el trabajo del día. Tenía la costumbre de dictarle desde la cama, vestido tan solo con un corto batín que, a menudo, revelaba más carnes del fin de la espalda de las que ella habría deseado ver.

Volverían a Londres aquella tarde, pero antes Churchill tenía mucho que hacer: antes incluso de levantarse, debía leer una montaña de informes y examinar multitud de telegramas. Había mantenido su primera charla con el nuevo presidente estadounidense, Harry Truman, unos días atrás, por medio de la línea transatlántica, llena de interferencias. Se llevaron bien, pero a Churchill no le quedó claro qué pensaba Truman sobre la situación en la Europa central. Se

preguntaba si el nuevo hombre de la Casa Blanca comprendía del todo el peligro que suponían los rusos, que amenazaban con imponer un «telón de acero» a través de Austria, Checoslovaquia y otros países recién liberados de manos de los nazis. Si no les paraban los pies, los rusos se limitarían a sustituir un régimen totalitario por otro. El ejército estadounidense estaba en el lugar idóneo para detenerlos, pero Churchill sospechaba que los nuevos jefes de Washington no habían comprendido la gravedad del problema y la amenaza. Si, cuando la música se interrumpiera, iba a bajar un telón de acero que cortaría Europa, mejor que fuera lo más hacia el este posible. Los rusos eran perfectamente capaces de anexionarse Dinamarca, si el ejército británico no llegaba allí el primero.

Sentado en la cama, chupando el cigarro y derramando ceniza sobre el batín, Churchill empezó a dictarle a Marian. Entre los muchos cables que envió aquella mañana hubo uno para Truman sobre la amenaza comunista en Europa:

Del primer ministro al presidente Truman:

Apenas cabe duda de que, si vuestras fuerzas liberan Praga y, en lo posible, el territorio occidental de Checoslovaquia, esto puede representar la diferencia crucial en la situación de posguerra de Checoslovaquia, y podría influir también en la de los países cercanos. Por el contrario, si los aliados occidentales no interpretan un papel destacado en la liberación de Checoslovaquia, este país seguirá la senda de Yugoslavia.

Por descontado, tal movimiento, por parte de Eisenhower, no debe interferir en sus operaciones principales contra los alemanes, pero creo que debe atender a la consideración de gran importancia política que arriba mencionaba...[80]

Y así continuó durante el resto de la mañana. Churchill pasó varias horas trabajando y derramando cenizas a su paso. En cierto momento, estaba tan absorto que ni olió la quemadura ni se dio cuenta del humo que surgía del cuello de su batín. Marian se preguntaba si debía llamarle la atención al respecto cuando entró John Peck, otro de sus secretarios.

—Está usted ardiendo, señor —dijo Peck, nada más entrar—. ¿Me permite usted apagarlo?

—Sí, apágume, por favor —dijo Churchill.[81]

Tras solventar el incidente, continuaron con el trabajo. Al volver a Downing Street, aquella noche, se comunicó que la caja roja de los despachos de Churchill, con sus papeles oficiales, había quedado «en muy mal estado» por la acción de Peck.

Al otro lado del Atlántico, el nuevo presidente de Estados Unidos aún estaba adaptándose al cargo. Con solo dieciocho días en la presidencia, tras la inesperada muerte de Franklin Roosevelt, el exvicepresidente Harry Truman trabajaba con la misma intensidad que Churchill, pero tenía mucho más que aprender. Los días que pasaba en el Despacho Oval eran de enorme ajetreo; al atardecer leía incontables periódicos —amontonados hasta alcanzar un metro o más de altura— y, antes de irse a dormir, aún debía estudiarse y absorber treinta mil palabras, si no más, de textos oficiales. Bajo esta presión constante, debía adoptar decisiones inmediatas y, a menudo, de una importancia crucial; a Truman le parecía que, desde que ascendiera al cargo más elevado del país,

habían transcurrido ya varias vidas.

Aún debía trasladarse a la Casa Blanca. Sus primeros pensamientos habían sido para Eleanor, la viuda de Roosevelt, que había vivido allí los últimos doce años. Truman la animó a tomarse todo el tiempo que necesitara antes de marcharse. En un principio, a él le pareció preferible seguir en su propio apartamento, pero se vio obligado a abandonarlo cuando las nuevas medidas de seguridad causaron problemas a los demás habitantes del inmueble. Ahora vivía en la Casa Blair, la residencia oficial de los invitados del presidente, situada al otro lado de la carretera, frente a la Casa Blanca. Cada noche, se llevaba allí un buen fajo de documentos, hasta que Eleanor Roosevelt terminó de hacer las maletas y estuvo lista para desalojar la residencia presidencial.

Según sospechaba Churchill, Truman sabía poco de los asuntos exteriores, y así se lo había reconocido a sus consejeros. Pero era un hombre astuto, con mucho más conocimiento de lo que imaginaban sus detractores, y con ganas y buena disposición para aprender. No se le escapaba la amenaza de los rusos y, nada más recibir el telegrama de Churchill sobre Praga, se lo reenvió a sus generales. También compartía el horror de Churchill por Belsen y Buchenwald y acababa de ordenar que se cooperara plenamente con Gran Bretaña y la Unión Soviética en la persecución de los criminales de guerra nazis. Pero estaba en desacuerdo con los otros aliados en cuanto a cómo tratarlos. Los británicos se inclinaban más bien por apoyar a los rusos en la idea de ejecutar directamente a Hitler y su banda, sin molestarse en juzgarlos primero. Truman fue inflexible: debía celebrarse un juicio en condiciones, un examen público de la culpa de los nazis, aunque fuera «lo más breve y rápido posible».

Cuando solo llevaba unas pocas horas en el cargo, recibió la primera lección sobre las asombrosas responsabilidades de un presidente. Tras ser convocado a la Casa Blanca en las primeras horas de la tarde del 12 de abril acudió al estudio de Eleanor, quien lo puso al corriente de la muerte de Roosevelt. Antes de que se diera cuenta, tenía una Biblia en la mano y el presidente del tribunal supremo le tomaba juramento como nuevo ejecutivo en jefe de Estados Unidos. Algo más tarde, mientras Truman aún estaba medio mareado, el secretario de Guerra Harry Stimson se lo llevó aparte y le desveló un secreto sobre la capacidad militar estadounidense, tan secreto que solo él podía saberlo. Ni siquiera como vicepresidente se lo habían podido contar. Pero ahora que Truman había pasado de copiloto a conductor, eso había cambiado.

Estados Unidos disponía de una nueva arma, un arma de la que ningún país había dispuesto antes: una bomba de un poder inimaginable, tan inmenso que una sola explosión bastaría para destruir como mínimo toda una ciudad. Las investigaciones aún estaban en marcha, pero al proyecto le faltaba muy poco para fructificar. Los científicos responsables de su desarrollo estaban seguros de que, en un plazo de a lo sumo unos pocos meses, estarían en condiciones de detonar tal clase de explosivo. Después de ese momento, si la prueba era un éxito, quienquiera que tuviera la bomba también tendría el mundo en la palma de la mano.

No todo el mundo participaba de esa confianza. El almirante William Leahy, jefe del Estado Mayor de Truman, era uno de los muchos que odiaban la idea de tal arma, y estaba seguro de que nunca funcionaría. «Es la mayor estupidez que hayamos cometido nunca —le había advertido a Truman—. Esa bomba no estallará nunca, y se lo digo como experto en explosivos.» Pero los

científicos eran igual de firmes: no había duda de que estallaría y que, cuando lo hiciera, sus efectos se podrían controlar.

En cuanto a qué hacer con la nueva arma maravillosa, Truman, hasta el momento, no se había formado ninguna idea. Una bomba de tal potencia solo podía tener usos limitados. Habría ido bien contra Alemania, pero ahora esa guerra estaba ganada y las ciudades del país, en su mayoría, ya habían sido arrasadas. Sin duda, los militares le hallarían un uso, en su debido momento, después de todo el dinero que se había invertido en su desarrollo, y sin duda, en ese punto se lo contarían a Truman.

Hasta entonces, aquel lunes por la mañana Truman debía entrevistarse con varios gobernadores (los de Maryland, Oklahoma y Rhode Island) y por la tarde debía tomar juramento a nuevos funcionarios, como el administrador de los préstamos federales, el administrativo en jefe, el representante de Estados Unidos en la Comisión de Reparaciones de los Aliados... El flujo de gente que acudía al Despacho Oval era ininterrumpido. Durante gran parte del día estuvo recibiendo visitas, aproximadamente una cada quince minutos, de personas que, además, querían fotografiarse con el nuevo presidente antes de marcharse. La presión era tan permanente, tan implacable, que Truman se preguntó si no iba a acabar jamás. Pero al menos las noticias de Europa eran buenas, con Mussolini caído y Hitler a punto de caer también, dentro de un día o dos.

En San Francisco, que estaba casi lo mismo de la guerra en Europa que de la del océano Pacífico, delegados de cuarenta y seis países se reunían para redactar la carta fundacional de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el nuevo consejo mundial que reemplazaría a la vieja Sociedad de Naciones cuando la guerra hubiera terminado. La nueva entidad era una creación de Roosevelt y Churchill, que la habían concebido poco después de Pearl Harbor. Una de las primeras acciones de Harry Truman como presidente fue confirmar que la conferencia se desarrollaría según lo previsto, aunque su principal impulsor no pudiera estar allí para seguir alentándola.

La conferencia había empezado el 25 de abril y se preveía que duraría dos meses. La inauguró Truman mediante un discurso radiofónico pronunciado desde la Casa Blanca, y se celebraba en toda una serie de instalaciones de San Francisco: en la Ópera (War Memorial Opera House), para las reuniones más numerosas, y en una diversidad de suites de hotel y salas de conferencia para las reuniones menores, pues mil doscientos delegados de todos los rincones del mundo libre formaban subcomités y conciliábulos extraoficiales para analizar los temas que más les preocupaban. Con la asistencia de cientos de periodistas, así como de miembros de grupos de presión, más los fotógrafos de prensa con sus destellos, chicas alegres merodeando por los pasillos y espectadores apiñados en las calles, la ciudad de San Francisco no había visto nunca nada similar.

Eliahu Elath, de un *lobby* sionista, pensó en la plaza neoyorquina de Times Square cuando veía a hombres y mujeres de todas las razas y creencias abarrotando la Ópera. El hijo de Jan Smuts observó allí

el popurrí más cosmopolita de humanidad heterogénea que el mundo había visto nunca: estaban los blancos de la Europa occidental; estaban los hispanos y gente diversa de los veinte países de América del sur; estaban los negros de Liberia, los mongoles de Oriente, los tipos árabes de Egipto y los de pelo rizado de Abisinia; los había de estilo beduino, como el príncipe Faisal de Arabia Saudí, con su curioso tocado. Un miembro de la delegación de Faisal preguntó al director del hotel Fairmont si podía comprarse una de las pintorescas ascensoristas japonesas, para llevársela a su país; y pareció sorprenderse de que las costumbres de este país lo prohibieran.[\[82\]](#)

Smuts estaba acompañando a su padre, el mariscal de campo Jan Smuts, que acudió a la conferencia en representación de Sudáfrica. El anciano era una de las figuras de más experiencia de la reunión, veterano de la conferencia de paz de Versalles, en 1919. Smuts firmó aquel tratado de 1919 con reticencia, pues entendía que las condiciones impuestas a Alemania tras la Gran Guerra eran tan duras que, a todas luces, causarían problemas en el futuro. Sus reparos fueron descartados por Clemenceau, Lloyd George y Woodrow Wilson, cada uno de los cuales debía actuar para su propia galería, en sus respectivos países. Pero las condiciones fueron ciertamente demasiado onerosas. Al rápido hundimiento de la economía alemana, bajo el peso de las reparaciones, siguió el ascenso del nazismo, que Smuts veía crecer con desesperación. Que se demostrara que tenía razón, por otro lado, no le reportó ningún placer.

Pero la conferencia de San Francisco no pretendía castigar de nuevo a los alemanes. En esta ocasión, los delegados miraban hacia el futuro y planeaban con la previsión de que, en el tiempo de paz, hubiera un mundo nuevo y mejor. A Smuts se le encomendó la labor de redactar el preámbulo de la carta de Naciones Unidas. Con la ayuda de una comisión, estaba preparando un borrador que llamaba a las naciones del mundo libre a

impedir que se repita el conflicto fratricida que, por dos veces en nuestra generación, ha supuesto a la humanidad pérdidas y pesares inenarrables; restablecer la fe en los derechos humanos fundamentales, en la santidad y el valor sumo de la personalidad humana, en la igualdad de derechos entre hombres y mujeres de las naciones grandes y pequeñas; y favorecer el desarrollo social y mejores condiciones de vida con mayor libertad.[\[83\]](#)

El borrador hablaba de tolerancia, paz y una maquinaria internacional para el fomento del progreso social y económico. El tono era elevado, pero Smuts estaba satisfecho, hasta aquel punto, a pesar de que, para poder presentar la versión final a la aprobación de los delegados, aún faltara trabajo de redacción y estilo.

En cuanto al resto de la conferencia, era menos optimista. La reunión estaba aún en la primera semana, tan solo; pero el proceso ya se estaba empantanando en una ciénaga de comités, discusiones sobre los procedimientos, retiradas en señal de protesta, resoluciones y contrarresoluciones, toda la burocracia y la competencia por la mejor posición en aquel jaleo internacional, con un ojo puesto en la opinión pública del extranjero y otro puesto en la de sus propios países. El problema, en parte, era la falta de personalidades dominantes en San Francisco. En Versalles hubo personajes poderosos como Wilson, Clemenceau y Lloyd George, que nunca permitieron que el proceso escapara a su control. Sus sucesores en San Francisco, en comparación, eran pigmeos. Nadie alcanzaba una estatura que le permitiera encabezar el camino. El propio Smuts era tan notable como el que más. Lo habían nombrado presidente de la Asamblea

General, pero acababa de cumplir los setenta y cinco años y era demasiado viejo para guiar la conferencia por sí solo. Hacían falta hombres más jóvenes que tomaran el control del proceso y lo guiaran con éxito en la dirección correcta.

Smuts no era el único que se sentía incómodo. Ed Stettinius, por parte de Estados Unidos, y Anthony Eden, de Gran Bretaña, sentían la misma consternación, y contemplaban con los dientes apretados cómo los delegados se enredaban en peleas interminables por temas secundarios tales como la disposición de los asientos, en vez de centrarse en las cuestiones más importantes.

Aquel lunes por la mañana, el tema debatido era si la dictadura pronazi de Argentina debería contar con un asiento en una conferencia de naciones libres: si se la debía invitar formalmente, buscando su asistencia, o si solo se le debía dar permiso para participar como observador. Los otros diecinueve países de América Latina estaban de acuerdo en que si Argentina no podía disponer de escaño, tampoco debía otorgárseles a las repúblicas de Bielorrusia y Ucrania, satélites de la Unión Soviética. Pero Moscú insistía en que estos asientos eran indiscutibles. Y si Argentina contaba con un lugar en la mesa, entonces, ¿por qué no iba a tenerlo Polonia (aunque los rusos hubieran instalado en Varsovia un régimen manejado por ellos y no tuvieran intención de permitir elecciones justas y libres)?

Las discusiones eran interminables. Buena parte del cabildeo seguía en privado, pues los diplomáticos buscaban acuerdos a puerta cerrada. Ed Stettinius se alojaba en la suite del ático del Fairmont. La delegación estadounidense se reunía allí cada día, para negociar con los homólogos de Gran Bretaña, China, Francia y la Unión Soviética. Todas las horas en que Stettinius no estaba reunido, las pasaba hablando por teléfono con Truman, Eden, el embajador soviético Andréi Gromyko u otros, consultando con algunos, aconsejando al resto e intentando siempre hacer que el proceso siguiera avanzando. También Eden estaba siempre o bien al teléfono, o bien descifrando telegramas de Churchill, que estaba en su país, o bien hablando con diplomáticos en rincones tranquilos. Era una labor tediosa, agotadora para el alma y la mente, una tarea que nadie disfrutaba, ni siquiera los diplomáticos de carrera o los lobistas profesionales, que lo llevaban en la sangre. Sin embargo, aunque todo aquello fuera un mentidero de la peor especie, la conferencia de Naciones Unidas tenía un enorme, incontrovertible e innegable factor a su favor: era mejor que la guerra.

La delegación rusa estaba encabezada por el ministro de Exteriores Viacheslav Mólotov. Estaba alojado en el hotel Saint Francis, donde, al llegar del aeropuerto, fue sitiado por chicuelos a la caza de autógrafos. Los rusos habían hecho más que nadie para frenar en seco al ejército alemán, y el mundo libre les estaba agradecido. Pero la buena voluntad de los años de guerra se estaba disolviendo con rapidez mientras comunistas y capitalistas se reunían en San Francisco y se mostraban penosamente incapaces de allanar sus diferencias. La cooperación de los años de guerra había dado paso a la paranoia y la desconfianza, pues los rusos plantaron cara a los aliados occidentales y dejaron claro que el concepto de Europa en la posguerra, desde el punto de vista

angloestadounidense, era radicalmente distinto al plan soviético.

Los rusos querían controlar todos los países que limitaban con sus fronteras europeas: Letonia, Lituania, Estonia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y cualquier otra nación de la que pudieran apoderarse, como un inmenso *cordon sanitaire* entre sus propias lindes y cualquier posible invasión desde el oeste. Después de todo lo que habían sufrido desde 1941, no admitirían rebaja alguna. Hicieron oídos sordos a las objeciones de los aliados occidentales, de quienes sospechaban que aspiraban a incorporar esos países a sus propios dominios para, con el tiempo, ocasionar problemas a los comunistas. Para los rusos, el botín correspondía al vencedor, y se negaban a ceder ni un ápice.

Mólotov era la personificación de la paranoia rusa. Antes de ir a San Francisco, había pasado algunos días en Washington, alojado en la Casa Lee, adyacente a la vivienda de la familia Truman en la Casa Blair. Causó la diversión de todos al negarse a sentarse dando la espalda a puertas o ventanas. Un mozo ruso revisaba los bolsillos de sus trajes cuando volvían de la lavandería y el personal de la Casa Blair hacía la cama de Mólotov bajo supervisión de otro ruso. Aún asombró más a sus anfitriones estadounidenses al merodear por el terreno de la Casa Blair a las tres o las cuatro de la madrugada, mucho después de que todos los demás se hubieran ido a dormir.

En San Francisco, no se comportó mejor; siempre se mostró acompañado de una falange de adustos agentes soviéticos vestidos con trajes horribles. Mólotov parecía decidido a dar a cualquier cosa la peor interpretación posible. Ya estaba haciendo todo lo imaginable para obstaculizar la conferencia, poniendo reparos inventados a las propuestas de otros países y amenazando dramáticamente con retirarse si no se aceptaban sus propias peticiones. Para la consternación de los observadores, parecía resuelto a destruir las Naciones Unidas antes incluso de que se esbozara su carta fundacional. La idea de la cooperación entre los países ni siquiera parecía haber cruzado por su cabeza.

En el tema de Polonia era especialmente inflexible. Los rusos estaban resueltos a instalar en Varsovia un gobierno comunista que se guiara siempre por las directrices de Moscú. Pero los angloestadounidenses querían que Polonia volviera a ser libre, como lo era antes de la guerra. Para los británicos era una cuestión de particular importancia, pues la libertad de Polonia había sido la razón de que entraran en guerra.

Los británicos querían reunirse en privado con Mólotov, para exponerle con crudeza que la libertad de Polonia era innegociable. Pero los estadounidenses no respaldaron la idea. Temían que optar por la línea dura con Mólotov comportara el boicot ruso a la conferencia, y Naciones Unidas necesitaba mucho más a Rusia que a Polonia. Mólotov lo tenía claro y no halló ninguna razón para hacer concesiones. ¿Por qué tendría que hacerlas, cuando la Unión Soviética tenía tantísimos soldados sobre el terreno?

Entre los muchos estadounidenses que no se dejaron impresionar por los trucos de Mólotov estaba el teniente Jack Kennedy, que acababa de abandonar la Armada de su país. Tras haber prestado servicio activo como comandante de una lancha torpedera en el Pacífico, Kennedy, que en otoño estudiaría Derecho, se preparaba para una operación de la espalda. Entre tanto, su padre arregló

las cosas para que asistiera a la conferencia como periodista del *Chicago Herald American* y otros diarios propiedad de su amigo William Randolph Hearst.

En la guerra, Joe Kennedy había interpretado un papel bastante menos distinguido que su hijo. Como embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña, en 1939, se situó muy cerca del primer ministro Neville Chamberlain y dio su pleno apoyo a la política conciliadora hacia Alemania, en parte porque a los alemanes se los había tratado muy mal en Versalles y en parte porque para él los nazis, en comparación con los comunistas, parecían un mal menor. El día que estalló la guerra, Joe Kennedy corrió a hablar por teléfono con Chamberlain. Cuando sonó la alerta del ataque aéreo, estaba con su hijo Jack en la Cámara de los Comunes y se apresuró a bajar al refugio junto con todos los demás parlamentarios. Pero la proximidad de Joe Kennedy con Chamberlain le perjudicó en los meses posteriores, cuando los británicos se metieron de lleno en la guerra. La realidad desmintió tajantemente su afirmación de que los alemanes no tardarían en rendirse. Los profesionales de la diplomacia estadounidense hicieron presión para exigir que lo sustituyeran.

Los problemas de Kennedy no se acabaron aquí. Su hijo mayor —llamado igualmente Joe— había fallecido en un accidente de las fuerzas aéreas, en Suffolk, y con él murieron las esperanzas paternas de situar a un Kennedy en la Casa Blanca. El hijo mayor había sido criado con esas expectativas desde muy niño y concebía la presidencia casi como un deber. Se consideraba que todo el que aspirase a un puesto destacado en los años venideros debía completar un historial bélico notable, pero en el plan paterno no figuraba el fallecimiento en acto de servicio. Así, aunque la pena del viejo Joe fue la propia de cualquier padre, el duelo englobaba asimismo las ambiciones familiares.

La responsabilidad recaía ahora sobre Jack, el segundo de sus cuatro hijos varones. Al disponer que Jack asistiera a la conferencia de Naciones Unidas, Joe confiaba en que el joven se interesase por la política o, al menos, aprendiera cómo se hacía la historia. También atraería la atención de millones de personas al escribir para la prensa de Hearst «desde el punto de vista del soldado corriente». Jack cedió a los deseos de su padre y se instaló en el hotel Palace, desde donde podía informar sobre la conferencia de día y perseguir chicas de noche.

No era un periodista especialmente valioso. Su reputación se debía al libro *Por qué dormía Inglaterra*, publicado a su nombre, pero no escrito por él. Sin embargo, sus carencias como escritor quedaban compensadas por su astucia y su sentido común. Aunque no se dejó impresionar por Mólotov, aun así comprendía el temor ruso a otra invasión y entendía que se negaran a permitir la formación de gobiernos anticomunistas en ninguno de los países de su frontera occidental: «Los rusos temen más que nosotros la recuperación de Alemania. Por lo tanto, asegurarán sus defensas occidentales. A lo largo de sus fronteras, no se permitirá la existencia de ningún gobierno hostil a Rusia ... Creen que se han ganado ese derecho a la seguridad. Necesitan tenerla pase lo que pase».[84] Comprender el punto de vista ajeno valía por media victoria, a juicio de Jack Kennedy.

Pero no lograba entusiasmarse con la ONU. Le disgustaba «el carácter timorato y egoísta de las naciones congregadas en San Francisco», en comparación con el arrojo y el sacrificio que había visto en la guerra. Por encima de todo, le disgustaba el modo en que se estaba constituyendo la nueva organización, en la que los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad

gozarían del derecho de veto. En la práctica, esto suponía que Gran Bretaña, Francia, China, Estados Unidos y la Unión Soviética gozarían de la posibilidad de cancelar con su voto cualquier iniciativa que no les complaciera, lo cual, sin duda, tendría como fruto un desastre. Se suponía que en Naciones Unidas se trataba de resolver los problemas en común, no de frustrar la oposición. Kennedy se preguntaba si, dado que la estructura de partida era ya tan defectuosa, algún día podría ser un buen lugar para que el mundo resolviera sus conflictos.

Orson Welles también estaba cubriendo la conferencia como periodista, pero no para la prensa de Hearst. Tras su reciente actuación en *Ciudadano Kane* —un retrato apenas disimulado y nada halagüeño del magnate de la comunicación—, nunca iba a hallar empleo en la Corporación Hearst.

Escribía para un boletín diario, llamado *Free World* o *Mundo libre*, que se publicó en inglés, francés y español mientras duró la conferencia. También era anfitrión radiofónico de un «Foro del Mundo Libre» en el que entrevistaba a delegados de la ONU al respecto de las reuniones y, de vez en cuando, les permitía meter algo de baza. Como había sido durante años un activista político, y confiaba en vivir de la política antes que del cine, Welles sentía un interés genuino por la conferencia de Naciones Unidas. Afirmaba que, cuando pedía que en San Francisco se iniciara un cambio radical, estaba hablando en nombre del mundo entero. Si el mundo entero era partícipe del radicalismo de los cambios que él exigía, eso ya era una cuestión muy distinta.

Pero pocos podían disentir de la cólera con la que se refería a los campos de concentración. Los delegados de San Francisco acababan de ver un documental sobre un paseo de los generales Eisenhower, Patton y Bradley por Ohrdruf-Nord, un pequeño campo próximo a Buchenwald. Welles añadió su propio comentario en la columna «Orson Welles hoy»: «El cúmulo de muertos como prueba. Los hornos cargados. La ingeniosa maquinaria para el arte del dolor. Los ojos que bizquean ante la fosa abierta ... Patton y Bradley, con los ojos anegados por lo que ven. Eisenhower se mueve despacio, con inmensa dignidad, por el extenso retablo. Una cólera negra y colosal llama con golpes fortísimos al corazón del comandante».[85]

Los estadounidenses también habían grabado episodios en los que se mostraba a la población local qué se había hecho en su nombre. Como en todas partes, la población civil negaba haber sabido nada de ninguna atrocidad, lo cual despertaba el escepticismo apenas disimulado de Welles:

La Policía Militar es amable con el *Herrenvolk* [«pueblo de señores»]. No puede ser de otro modo, o los derribarían, a cada uno de ellos, de un solo golpe ... Uno de los espacios de tortura, según podrán ver, se había camuflado como un manicomio. Aquí se hacía realidad el más espeluznante de los conceptos del *Grand Guignol*: aquí los guardianes eran los dementes ... Es una putrefacción del alma, una perfecta basura espiritual. Hace algunos años que lo llamamos «fascismo». El hedor es insoportable.[86]

En el otro lado del mundo, en un pabellón de caza real, a las afueras de Madrid, el general Franco seguía los sucesos de San Francisco con creciente inquietud. Se preguntaba si España

tendría lugar en las Naciones Unidas o si bien a su país se le negaría la admisión como castigo por haber apoyado al bando erróneo durante la guerra.

Los augurios no eran buenos. Como la guerra civil había acabado hacía muy poco, Franco procuró mantener a los españoles fuera del conflicto internacional, al menos hasta tener la certeza de que los británicos iban a perder, pero apenas cabían dudas de cuál era su bando. Hitler lo había instado repetidamente a declarar la guerra a Gran Bretaña y permitir que, acto seguido, los paracaidistas alemanes tomaran Gibraltar. Franco respondió que, de hacerlo así, la Royal Navy se apoderaría de las islas Canarias. Resistió todos los intentos de sumar a España a las potencias del Eje, pero apenas ocultó su admiración por Hitler y Mussolini y les ofreció abundante ayuda encubierta. Los aliados entendían que había proporcionado a sus enemigos todo el apoyo que podía darles sin entrar en la guerra.

A cambio había pagado un coste elevado, por el aislamiento económico y la condición de paria, pues el resto del mundo mostraba mucho recelo a comerciar con los españoles. Al principio no había supuesto un problema, mientras Alemania ascendía con rapidez y todos los demás se retiraban, pero ya empezaba a serlo, y cada día lo era más, ahora que Alemania era derrotada y España carecía de otros amigos.

Franco llevaba meses echándose atrás, empeñado en distanciarse del Eje todo lo posible y en volver a trabar contacto con el resto del mundo. En su despacho, el lugar de las fotos firmadas de Hitler y Mussolini lo ocupaba ahora una imagen del Papa. Había retirado a los soldados españoles de la División Azul del frente ruso y expulsado de Tánger a los agentes alemanes. España acababa de romper las relaciones diplomáticas con Japón y estaba a punto de hacer lo mismo con Alemania. Franco hacía saber a todo el que le preguntaba que su anterior flirteo con los nazis había sido una simple estratagema, un delicado acto de equilibrio con miras a impedir la ocupación de su país. ¿Qué otra cosa podía haber hecho, cuando podía sentir en su cuello el aliento de Alemania y tenía a Italia en la costa opuesta?

Había escrito a Churchill y Roosevelt, solicitando la mutua amistad de sus países. La réplica de Churchill fue fría, y la de Roosevelt, que recordaba con qué pasión Franco había felicitado a Japón por el bombardeo de Pearl Harbor, fue aún más gélida. Entre sí, Churchill y Roosevelt dejaron claro que no habría lugar para España en la inminente conferencia de paz, y que España, con el régimen actual, tampoco tendría ocasión de pertenecer a Naciones Unidas. En la carta fundacional de esta organización no había sitio para el fascismo.

Franco tenía aún otros enemigos en San Francisco, venidos de la propia España. Tras la victoria del general en la guerra civil, muchos republicanos derrotados huyeron a México, donde se los recibió con los brazos abiertos. En la delegación mexicana de Naciones Unidas tenían especial peso los republicanos antifranquistas, que presionaban abiertamente para que España fuera excluida de la mesa. Franco podía protestar cuanto quisiera, pero su régimen se había relacionado en demasía con los de Hitler y Mussolini como para que el resto del mundo quisiera verlo en la conferencia.

Lo peor de todo eran las noticias recién llegadas de Milán. Aquella mañana, Franco leyó con horror el relato de la muerte de Mussolini, colgado cabeza abajo frente a una turbamulta enfurecida, con la cara machacada y el cuerpo apaleado. Hitler, sin duda, sería el siguiente líder

fascista en sufrir un destino similar. ¿Y después? En un país que todavía estaba partido en dos respecto a su papel de guía, Francisco Franco ni siquiera quería pensar en ello.

No estaba solo en su inquietud. En el palacio real de Oslo, Vidkun Quisling también temía que le pasaran cuentas por haber apoyado al bando erróneo en la contienda. Como supuesto *ministerpresident* de Noruega, instalado por los nazis tras derrocar al rey Haakon y abolir la monarquía, Quisling era consciente de que, cuando Haakon volviera del exilio en Inglaterra y los noruegos recobraran el control de su país, lo echarían con cajas destempladas. El gobierno noruego en el exilio ya había proclamado su intención de exigirle la responsabilidad por los años de colaboracionismo; lo mismo habían hecho la resistencia noruega y buena parte de la población civil. Ya hacía tiempo que «Quisling» se había convertido en un sinónimo de la traición de la peor especie.

Quisling había encabezado el Partido Fascista de Noruega desde antes de la guerra, pero en el voto popular nunca superó el 2 %. Durante la invasión alemana, en 1940, irrumpió en un estudio de radio, se proclamó primer ministro y ordenó que cesara de inmediato toda resistencia. Los alemanes lo instalaron como líder de un gobierno títere, pero ningún noruego destacado accedió a sumarse a su gabinete. Quisling pasó los años de la guerra en ese cargo, pero sin ejercer de veras el poder, pues no hacía más que cumplir la voluntad de los alemanes. Instó a los noruegos a sumarse a las SS y ayudó a los alemanes a deportar a los judíos del país. También fue el responsable de la ejecución de miembros de la resistencia noruega, hecho que, desde luego, era improbable que le perdonaran cuando la paz volviera al país.

Su preocupación más inminente era asegurar que la marcha de los alemanes no se tradujera en una transferencia de poder desordenada. El 29 de abril hubo una reunión de su gabinete, en el palacio, para analizar las informaciones sobre el contacto secreto de Himmler con los aliados. En Noruega, la noticia se había celebrado con entusiasmo. La gente había salido a las calles a dar vítores, hasta que la resistencia aconsejó seguir con la cabeza gacha y evitar las multitudes. Como era obvio que los nazis se estaban desintegrando, el gabinete de Quisling decidió reconvertirse en un gobierno de transición, que ya no tuviera nada que ver con los alemanes y se limitara a «impedir el caos, la guerra civil y la actividad militar en territorio noruego» hasta que terminara la guerra. Después, no estaba nada claro qué ocurriría.

Quisling sospechaba que, a la larga, estaba condenado a caer, pero aún confiaba en algún milagro. Como muchos líderes fascistas, apenas era consciente de hasta qué punto la gente de la calle lo odiaba. Los alemanes le habían ofrecido un submarino, y tenía amigos que lo podían esconder, si era preciso, pero no estaba preparado para ahuecar el ala, aunque su carrera estuviera concluyendo. Se lo explicó a su secretaria e insistió en que él había hecho lo mejor para Noruega y tenía la conciencia limpia:

Me quedaré donde estoy. Un vacío político sería lo peor que podría suceder. En todo caso, tengo la satisfacción de haber gobernado Noruega tanto tiempo como Olav Tryggvason, y bien mirado, ciertamente no peor que él. En lo que a mí respecta, el país lo entregaré en una condición igual de buena a sus futuros gobernantes, siempre que no sean los rusos. En contra de los rusos movilizaré a todo el mundo capaz de

empuñar un arma, sean cuales sean las consecuencias.[\[87\]](#)

Olav Tryggvason había sido un rey vikingo muy admirado por su pueblo. Quisling no despertó ninguna clase de admiración. Aun así, no era un cobarde, por lo que había decidido entregarse al futuro gobierno noruego —si la situación seguía empeorando— y aceptar el destino que decidieran que le correspondía. Con suerte, sería un largo período en la cárcel; sin ella, un pelotón de fusilamiento lo ejecutaría. Pero Quisling no estaba atemorizado. Prefería esa muerte a huir o a suicidarse, a diferencia de lo que pensaban hacer tantos otros miembros de su gabinete, ahora que los nazis ya no estaban allí para protegerlos.

## ASALTO AL REICHSTAG

En Berlín, los rusos se preparaban para atacar el Reichstag. Durante toda la noche se siguió combatiendo, mientras intentaban controlar definitivamente el ministerio del Interior y, sala por sala, ir expulsando a los alemanes del vasto complejo de oficinas. Al amanecer, aún sonaban tiros esporádicos en las plantas superiores, pero el resto del edificio los rusos lo tenían ya bajo control. En el sótano, los cocineros se afanaban en preparar el desayuno para las tropas de asalto, mientras los comandantes estudiaban el Reichstag con los prismáticos e iban cobrando ánimo para la dura prueba que se avecinaba.

El edificio del Parlamento alemán se hallaba a menos de cuatrocientos metros, pero desde donde estaban aún parecía distar tanto como la Luna. El terreno intermedio era un laberinto de boquetes de proyectil, trincheras, tranvías volcados, coches dormitorio, alambre de espino y canales inundados; en suma: toda clase de obstáculo imaginable. Los accesos estaban muy bien defendidos y el propio edificio contaba quizá con un millar de soldados en su interior. Los alemanes no entregarían el Parlamento sin luchar.

Pero los rusos estaban decididos a enarbolar la bandera sobre la gigantesca cúpula antes de que cayera la noche, a tiempo de que, al día siguiente, hubiera otro motivo de festejo más en la celebración del Día del Trabajo en Moscú. Las unidades de vanguardia iban pertrechadas de banderas creadas específicamente para la ocasión: enseñas rojas de la victoria, con emblemas extragrandes de la hoz y el martillo, que se plantarían sobre «la guarida de la bestia fascista». Las unidades competían por ver quién plantaba el primero su bandera.

El asalto se inició a las cinco de la mañana, con un bombardeo preliminar en el que todos los cañones disponibles dispararon al interior del Reichstag desde la menor distancia posible. Una hora después atacó la primera oleada de soldados, abandonando la cobertura para cargar entre los escombros. No avanzaron más de cincuenta metros antes de ser derribados. Les siguieron otros que también murieron. Buena parte del fuego defensivo procedía de la Krolloper, un teatro de la ópera situado al otro lado de la plaza. Por ello, los comandantes rusos decidieron que tendrían que tomar el teatro antes de dedicar toda la atención al Reichstag.

Necesitaron la mayor parte de la mañana, porque también fue preciso tomar los edificios adyacentes. Los refuerzos cayeron en gran número sobre el puente de Moltke, y los cañones y carros blindados acudieron pesadamente a unirse al asalto. Fueron hostigados por los cañones

antiaéreos de la gigantesca torre de artillería próxima al Tiergarten y otras posiciones del zoológico. Los rusos respondieron con la misma moneda y lanzaron sobre el Tiergarten una devastadora combinación de cohetes y artillería pesada que lo asoló todo a su paso. El sol brillaba y los pájaros cantaban en los árboles, pero el oficial de artillería Siegfried Knappe solo recordaba la destrucción de los proyectiles rusos que les llovían por todas partes:

Entre el follaje de primavera del Tiergarten, los proyectiles estallaban sin interrupción, destruyéndolo todo en su camino. Por todas partes sonaba el fuego de las armas menores. Un sol cegador brillaba sobre una escena desoladora. Entre las extensiones de césped del Tiergarten, bajo árboles añosos, ahora mutilados, podía reconocer las piezas de artillería destruidas por impactos directos. Los artilleros que no habían logrado esquivarlos yacían alrededor, tan mutilados que apenas se los podía reconocer como seres humanos. En las calles, por todas partes, se veía a los muertos entre los montones de escombros cubiertos de polvo. Por aquí y por allá había zapatos abandonados. Recordé el primer muerto en combate que había visto en Francia, mucho tiempo atrás, y lo conmocionado que quedé al verlo. Ahora tenía los sentidos tan embotados que un cadáver era poco más que un obstáculo en medio del paso. Cuando me detuve para recobrar el aliento o esperar a una salva para pasar, pude ver, con todos sus detalles espeluznantes, el perfil de un torso humano, o de parte de un torso, entre restos de ladrillo, piedra o cemento.[\[88\]](#)

El fuego era tan intenso que el sol no tardó en desaparecer, borrado por una nube cada vez más densa de humo y polvo. Los rusos tomaron la Krolloper a finales de la mañana y, a primera hora de la tarde, se volvieron hacia el Reichstag. Como en el caso del ministerio del Interior, todas las salas de todas las plantas estaban defendidas por una mezcla de hombres de la Marina, las SS y las Juventudes Hitlerianas, resueltos todos ellos —si hemos de dar crédito a los testimonios rusos— a no ceder ni un metro. Los alemanes tenían el apoyo de franceses que, traicionando a su país, habían querido unirse a la Legión Carlomagno de las SS y no perdían nada por seguir combatiendo. En algunos casos al menos, luchaban contra el bolchevismo, no solamente contra los rusos. Combatían por sus creencias, porque estaban desesperados y porque la rendición tampoco les ofrecía ningún futuro. Además, no había dónde retirarse, pues ya tenían a los rusos por detrás, en la Wilhelmstrasse. Los defensores del Reichstag, de hecho, se hallaban acorralados.

Entre el ruido y la confusión, fue difícil saber en qué momento exacto los rusos llegaron por fin al Reichstag. Para algunos, fue hacia las 3 de la tarde, para otros, en un nuevo ataque posterior, nada más caer la noche. Puertas y ventanas estaban bloqueadas, lo que suponía que debían abrirse paso con explosivos, mediante la artillería y morteros orientados horizontalmente, y luego lanzar granadas al interior, antes de poder irrumpir en el edificio. Las bajas, en ambos bandos, fueron elevadas, pues los defensores no se arredraban. Al parecer, algunos sargentos rusos acosaron a sus oficiales pidiendo el honor de entrar con la enseña roja para izarla en el techo del Reichstag. La mayoría era consciente de que no valía la pena ofrecerse. El honor y la gloria estaban reservados a los generales y los comisarios políticos, no eran para los soldados corrientes. Estos solo querían salir de allí con vida.

También influían las exigencias de la propaganda. Quienquiera que alzase la bandera se convertiría, sin lugar a dudas, en un héroe de la Unión Soviética. Esto excluía a chechenos, calmuco, tártaros de Crimea y cualquier otro que hubiera sido exiliado de su tierra. Pero podía incluir a un georgiano, si lo hubiera en la ocasión, porque Stalin era de Georgia y, por lo tanto, el valor publicitario sería grande. Los oficiales políticos rusos ya habían elegido a soldados

adecuados para los grupos de la bandera. Lo que los elegidos debían hacer, mientras caía la noche, era tan solo correr escaleras arriba hasta plantar la enseña en la cúpula.

Pero los alemanes aún les cortaban el paso. Según los testimonios rusos —quizá exagerados por motivos propagandísticos—, los alemanes respondieron a la acometida rusa con granadas y Panzerfaust. Las magníficas columnas de piedra de la sala de acceso al Reichstag quedaron muy pronto salpicadas de sangre, con un número creciente de bajas. El edificio se llenó de fuego y humo. Los rusos avanzaban sobre los cadáveres de sus propios hombres, lanzando granadas escaleras arriba y acribillando en la oscuridad a los alemanes con las metralletas. Cientos de alemanes se retiraron al sótano. El resto se fue replegando lentamente hacia lo alto de las anchas escaleras, disparando por los pasillos y defendiéndose sala por sala, negándose a ceder el terreno y aprestándose a una batalla larga y dura. Como en el ministerio del Interior, habría que luchar toda la noche para hacerlos salir, quizá incluso también el día siguiente.

Sin embargo, los rusos no podían esperar tanto. Algunos hombres del regimiento 756, con la bandera de la victoria número 5, se abrieron paso escaleras arriba y llegaron hasta la segunda planta antes de ser derribados por el fuego alemán. Lograron desplegar la bandera y hacerla ondear por una ventana, pero no en la propia cúpula. La batalla continuó durante varias horas, antes de que los rusos lo volvieran a intentar. En algún momento, llegaron en efecto al tejado, pero no está claro en qué momento exacto. Se informó a Moscú de que la bandera soviética ondeaba orgullosamente sobre el Reichstag a tiempo del Día del Trabajo, según se pretendía. Pero algunas fuentes indican que la información se escribió cuando el edificio aún estaba siendo asaltado, y si se envió al cuartel general fue por un error. Lo único indudable es que, a medida que avanzaba la noche, el Reichstag seguía lleno de alemanes que no tenían intención alguna de rendirse. En todas las plantas, y en las dependencias de los sótanos, aún se luchaba a muerte.

En el búnker de la Cancillería, a menos de un kilómetro de distancia, Adolf Hitler se despertó a las cinco de la madrugada, con el ruido de la primera descarga de los cañones rusos. Incluso en su estancia personal, bajo casi diez metros de hormigón, era imposible hacer caso omiso de aquel sonido. La Cancillería estaba siendo bombardeada desde posiciones tan próximas que, a menudo, los rusos disparaban sin obstáculo interpuesto. En batín y zapatillas, cansado y con los ojos enrojecidos, Hitler sabía que el final —el suyo o el de Alemania— ya no se podía demorar mucho.

No se había cambiado de ropa cuando el general de las SS Wilhelm Mohnke se presentó en su antesala, a las seis. Mohnke no se anduvo con rodeos cuando Hitler le preguntó cuánto tiempo podía resistir el búnker:

Le dije que uno o dos días. Los rusos estaban en la plaza de Potsdam, a menos de cuatrocientos metros de la Cancillería, habían llegado a la Wilhelmstrasse y la mayor parte del Tiergarten, y habían entrado en los túneles subterráneos de la Friedrichstrasse. Hitler me escuchó sin interrumpirme y, cuando me marché, me dio la mano y dijo: «Que le vaya bien. Muchas gracias. No ha sido solo por Alemania». La reunión acabó hacia las seis y media de la mañana y yo regresé a mi puesto de mando.[\[89\]](#)

Media hora más tarde, Eva Hitler subió las escaleras para dar una vuelta por el jardín de la Cancillería. Era una preciosa mañana de primavera. Le dijo al guardia que ansiaba ver una vez más el sol. Hitler se unió a ella pasado un rato, pero el bombardeo se intensificó nada más aparecer él. Se dio la vuelta de inmediato, corrió de nuevo al interior y volvió a perderse en su cubil.

Su esposa le siguió. El personal del búnker no tenía claro cómo debía dirigirse a ella, ahora que estaba casada; sobre todo, los que siempre la habían tenido por una mujer más bien necia. En su mayoría, no se hacían a la idea de llamarla «señora Hitler» y optaban en su lugar por un cortés «señorita» (*gnädiges Fräulein*), como si aún fuera soltera. Ella les dijo que no titubearan. «Pueden llamarme tranquilamente Frau Hitler», les insistió alegremente.<sup>[90]</sup>

De vuelta en su propia sala, y con temor a quedarse sola, Eva llamó a Traudl Junge. Se quedaron charlando sobre lo primero que les pasaba por la cabeza, estirando la conversación todo lo posible para no quedarse a solas con sus propios y temibles pensamientos. Al cabo de un rato, Eva Hitler abrió el armario y sacó uno de sus abrigos favoritos, plateado, de piel de zorro, que siempre le había gustado llevar. «Me gustaría darte este abrigo como regalo de despedida», le dijo a Traudl. «Siempre me ha gustado tener en torno de mí a mujeres bien vestidas. Ahora quiero que lo tengas tú y disfrutes llevándolo.»<sup>[91]</sup>

Traudl se emocionó. No tenía ni idea de qué iba a hacer con un abrigo de pieles en tiempos como aquellos, pero apreció el gesto. Dio las gracias a Eva con profusión y con toda sinceridad. La esposa de Hitler siempre le había caído bien.

La mañana avanzaba muy lenta y pesadamente. Mientras en el exterior la batalla se libraba con ferocidad, en la Cancillería estaban atrapados y a la espera; pero a la espera *de qué*, aún no lo sabían. Al mediodía se produjo el informe de situación cotidiano, en la sala de conferencias. La experiencia fue deprimente para cuantos asistieron. El general Helmuth Weidling, al mando de la defensa de Berlín, le dijo a Hitler que los rusos estaban atacando el Reichstag y habían logrado entrar en el túnel de la Vossstrasse, paralelo a la Cancillería. Weidling se expresó con la misma franqueza que había empleado Mohnke:

Hablé de la despiadada batalla que se había librado durante las veinticuatro horas precedentes, del quedar comprimidos en un espacio estrecho, de la falta de munición, la falta de cohetes anticarro —un arma imprescindible en los combates callejeros—, de cómo se reducía el abastecimiento aéreo y se hundía la moral de la tropa. En mi resumen, hice especial hincapié en que, con toda probabilidad, la batalla de Berlín habría concluido en la noche del 30 de abril.<sup>[92]</sup>

A la valoración de Weidling siguió un largo silencio, tras lo cual Hitler preguntó a Mohnke si estaba de acuerdo. Mohnke asintió. No había ninguna posibilidad de recibir el socorro ni del ejército de Wenck ni de ningún otro y no había posibilidad de huir. Ni siquiera sabían ya dónde estaban las tropas, pues habían dejado de comunicarse por radio con el cuartel general.

Hitler, que aceptó que el caso estaba perdido, daba la impresión de ser un hombre resignado a su destino. Le costó levantarse de su sillón mientras Weidling se preparaba para irse. Weidling consultó qué debían hacer los defensores de Berlín cuando se quedaran sin munición, como les ocurriría pronto. Hitler respondió que él nunca entregaría Berlín, pero que se podía permitir que

los soldados, después de haber agotado sus municiones, huyeran en grupos reducidos.

La reunión se dispersó con pesimismo. Resultaba obvio, para todo el mundo, que Hitler viviría poco más. A Martin Bormann ya le había dicho que él y su esposa planeaban suicidarse aquel mismo día. Ahora hizo venir a Otto Günsche, su ayudante personal, para estudiar los detalles.

Eran detalles cruciales, a juicio de Hitler. Profundamente conmocionado por la muerte de Mussolini, no quería que le sucediera lo mismo a él. Si quizá Hitler no subrayó las palabras «colgado cabeza abajo» en la transcripción de la noticia radiofónica que anunciaba la muerte del Duce, ciertamente las había leído. No hacía falta mucha imaginación para ver una horda de soldados soviéticos que sajan y mutilaban su cuerpo mientras lo arrastraban con aire de triunfo por las calles; o que trataban aún peor a Eva. Hitler estaba resuelto a impedir que pasara tal cosa, según le dejó claro a Günsche:

Me reuní con Adolf Hitler en la antesala de su oficina. Me dijo que pensaba pegarse un tiro y que Fräulein Braun también se quitaría la vida. No quería caer en manos de los rusos ni vivo ni muerto, para que lo exhibieran en un espectáculo de feria, dijo, pensando en Moscú. Había que quemar los cuerpos. Me estaba encargando de los preparativos necesarios. Hitler me dijo que me consideraba personalmente responsable de aquello; yo le aseguré que cumpliría con sus órdenes.[\[93\]](#)

Günsche lo decía en serio. Era un hombre leal en el que se podía confiar, que cumplía lo que se le pedía. Le dio al Führer su palabra y le prometió que, cuando muriera, su cuerpo quedaría en manos seguras. No había tiempo que perder. Günsche se marchó de inmediato a procurarse la gasolina para la pira funeraria. Hitler habló con algunas otras personas y luego se dispuso a comer.

En Ruhleben parecía haber una pausa en los combates. Los rusos ya habían vuelto a tomar el Reichssportfeld, la zona del estadio olímpico, pero era evidente que, aquel día, ya no les quedaban fuerzas para seguir empujando. Todo parecía tranquilo cuando Helmut Altner se refugió en un sótano, a ojear sin particular interés un ejemplar destrozado del periódico del doctor Goebbels, el *Panzerbär*, escrito para los defensores de Berlín. «Estamos resistiendo», se anunciaba. «Las horas de la libertad se acercan. Berlín lucha por el Reich y Europa.» Goebbels añadía que el ejército de Wenck estaba en camino y se apresuraba a socorrerlos y salvar la ciudad. «Acuden reservas desde todos los puntos», afirmaba.[\[94\]](#) El periódico era de hacía ya cuatro días, pero las reservas que prometía Goebbels aún no habían llegado.

Lo que llegó en su lugar fue una pandilla de chicas adolescentes recién incorporadas a las Waffen SS. Algunas habían sido auxiliares en los antiaéreos, pero en su mayoría habían sido llamadas unos pocos días antes para erigir barricadas por la ciudad. Como civiles, no tenían acceso a las raciones militares, de modo que, para poder comer, se habían ofrecido voluntarias para las SS. Pero no eran de la clase de personas que uno tendía a asociar con las SS. Incluso con uniforme, a Altner le parecían unas simples chicas, pocas de las cuales tenían más de quince o dieciséis años. No se hallaban menos fuera de lugar que él mismo.

Para comer, había medio litro de sopa, pero solo para los combatientes cuyos nombres constaban en una lista. Altner se tomó su ración al sol, fuera del sótano. Después, lo llamaron al cuartel general del batallón, para que fuera testigo de cómo se condecoraba al oficial al mando de la defensa de Ruhleben con la Cruz de Caballero con Hojas de Roble. También se estaban dando otras medallas, por orden del general Weidling. Sin apenas dar crédito a lo que veía, Altner contempló admirado cómo sus camaradas daban un paso adelante, uno por uno, para recibir las condecoraciones. Él mismo había sido ascendido a Obergrenadier. Cabía la posibilidad de que también recibiera la Cruz de Hierro, aunque el oficial al mando quería verificar primero si estaba autorizado a conceder al mismo tiempo un ascenso y una condecoración.

A Altner le costaba creerlo. Con los rusos por todo Berlín y la capital a punto de caer, el ejército se preocupaba por las medallas. ¿A quién se creían que estaban engañando?

Yo, y prácticamente todos los demás de mi edad, solíamos entender que una medalla era lo máximo a lo que uno podía aspirar, pero ahora he llegado a un punto en el que solo puedo pensar en cuántos muertos ha costado este follón. No me camelarán para que resista por un simple pedazo de metal. Las Hojas de Roble del comandante del batallón han costado carísimas. Montones de muertos —soldados, Juventudes Hitlerianas, Volkssturm— han pagado el precio de esa condecoración mientras él se quedaba sentado en su sótano a prueba de bombas y, con sus órdenes, lanzaba a los subordinados a una lluvia de fuego. Y ahora intenta animar el espíritu de combate de las tropas con una avalancha de medallas y ascensos.[\[95\]](#)

Para Altner, aquello era tan solo una «interminable y absurda exigencia de más sacrificios». Como todos los demás miembros de su unidad, lo único que esperaba era seguir con vida cuando se acabara.

En el cementerio de la Hohenzollerndamm, Hildegard Knef y Ewald von Demandowsky habían estado atrincherándose desde el amanecer, agazapados sobre las ametralladoras mientras aguardaban al siguiente ataque ruso. Se les habían unido dos llorosos miembros de las Juventudes Hitlerianas, uno de los cuales fue abatido muy pronto por un francotirador. El cuerpo seguía ante ellos, con los ojos aún bien abiertos en la muerte. Hildegard estaba acurrucada en la trinchera cuando una gallina se acercó a investigar: «Aletea, cloquea, corre adelante y atrás, avanza y retrasa la cabeza, eriza las plumas y camina con altanería sobre el cadáver. ¡Oh, Dios, los ojos! ¡Como esa cabrona le pique los ojos! Cojo una piedra y le pego en la cola, chilla, suelta unas pocas plumas y se marcha cacareando muy ofendida. Donde hay una gallina hay un huevo, pienso, y salgo a por él».[\[96\]](#)

Demandowsky le chilló que volviera, pero Hildegard tenía demasiada hambre como para hacerle caso. Se arrastró más allá de las lápidas y siguió junto al seto hasta llegar donde había otras tres aves, junto a un cobertizo. Habían puesto dos huevos. Hildegard los recogió y regresó a la trinchera deslizándose con sentimiento de triunfo. Ella y Demandowsky corrieron a horadar la cáscara y beberse el contenido.

Más tarde se les unió un hombre mayor, de la Volkssturm, herido en la espalda. Hildegard le desgarró la chaqueta e intentó contener el flujo de sangre con tiras que rasgaba de la camisa del hombre. Pero este cayó desmoronado en la trinchera en cuanto los rusos atacaron de nuevo:

Ahí están, por primera vez los puedo ver, corriendo hacia nosotros, las ametralladoras en la cadera, las bayonetas relucientes al sol; el cañón y la bayoneta vienen hacia mí, se acercan hasta un brazo de distancia. Me salta tierra a los ojos, *ra-ta-tat*, es el arma que tengo a mi lado. Recuerdo la granada de mano —estirar, lanzar, agacharse—, *aaah-bummm*, chocan astillas contra mi casco, me caigo sobre el viejo. ¿Dónde está la bayoneta? Espero a que llegue, con la espalda tensa, aquí viene, tiene que venir, la bayoneta . . .

Silencio absoluto. Nos miramos uno a otro, sobre la espalda sangrante del viejo, y esperamos, sin atrevernos a levantar la vista ... Se oye algo parecido a un relincho y luego a un ladrido, el ladrido seco del cañón de un carro blindado. Un brazo pasa flotando junto a nosotros, un brazo sin la mano, brazo de cementerio; seguimos su vuelo, el viejo gime, se pone tieso, farfulla y murmura, muere, pero no se puede caer, está apoyado en nosotros, con la cabeza en mi hombro.[\[97\]](#)

En la calzada se apiñaban los cadáveres rusos. Los alemanes corrieron hacia ellos, para apoderarse de sus armas, y luego se replegaron antes de que sus atacantes pudieran agruparse de nuevo. Agarrado a la chaqueta de Hildegard, el joven hitleriano les rogó ir con ellos. Cruzaron el cementerio y al poco tiempo llegaron a una casa en ruinas que a Demandowsky le pareció vagamente familiar. Como en un sueño, se dio cuenta de que pertenecía a un amigo suyo, Bobby Lüdtke.

Se refugiaron en el interior, pero un tanque ruso los detectó y abrió fuego desde el extremo de la calzada, destruyendo todo lo que se movía. El joven hitleriano se perdió en la confusión, mientras las paredes se hundían y las vigas caían rebotando. Con los pulmones llenos de polvo, Hildegard pidió a Demandowsky que no la dejara atrás si resultaba herida. Él le prometió que le daría un tiro de gracia, y le hizo jurar que ella haría lo mismo por él.

Se preguntaban si podrían resistir hasta que cayera la noche. Con la garganta obstruida, Hildegard necesitaba agua con urgencia. De los grifos no salía ni una gota, pero la Kurfürstendamm no estaba lejos y Demandowsky creía conocer a alguien que quizá tendría un poco. Él y Hildegard decidieron arriesgarse. Se pusieron en marcha de inmediato y casi acto seguido los pasaron un par de soldados con ametralladoras que los llamaron «Kamerad». A Hildegard no le pasó por alto, mientras aquellos hombres seguían su camino, que los dos eran rusos.

Mientras un grupo soviético avanzaba hacia el Reichstag desde el norte del Tiergarten, otros se acercaban a la Cancillería desde el sur. Habían llegado a unos pocos cientos de metros del búnker de Hitler y adelantaban con notable rapidez, al tiempo que ponían a prueba las defensas alemanas de la plaza de Potsdam. La resistencia era firme, pero la potencia de fuego de los rusos era abrumadora. El mariscal Vasili Chuikov había contemplado antes cómo sus hombres pulverizaban a los alemanes junto al Tiergarten:

Desde mi puesto de observación vi nubes densas de humo y de rojo polvo de ladrillo que se levantaban sobre los edificios del gobierno. El viento arrastró una de esas nubes justo adonde estaba yo. Entonces, el disco del sol, que se entreveía a duras penas, desapareció del todo, vino el crepúsculo y la visibilidad quedó prácticamente en nada. Solo las explosiones de los proyectiles me dijeron que los artilleros, con los cañones listos y disparando directamente, atacaban un número muy limitado de objetivos. Disparaban contra el otro lado del canal y en toda la extensión de las calles opuestas, hacia abajo, para abrir un camino de acceso a las plazas

del otro lado del canal, que habían sido bloqueadas con barricadas.[\[98\]](#)

Los alemanes respondían con fuego lateral, ocultando las ametralladoras en calles adyacentes, no afectadas por el bombardeo, para abrir fuego desde el flanco en cuanto los rusos hacían su aparición. El combate fue duro, feroz y despiadado, pero los alemanes no podían confiar en imponerse. Hora a hora, los rusos estaban cada vez más cerca de la guarida de Hitler. La única cuestión real era cuánto tiempo más lograrían resistir los alemanes.

Los combates más feroces se desarrollaban en el canal de la Landwehr, a varios cientos de metros del búnker. No era un canal amplio, pero el pequeño y corcovado puente que lo cruzaba estaba muy bien protegido por el fuego alemán. Mientras algunos rusos corrían contra el puente, otros planeaban cruzarlo a nado o construir balsas con los medios que pudieran hallar. Entre ellos, según algunas fuentes, estaba el sargento Nikolái Masalov, un veterano y condecorado soldado de Siberia.

Mientras sus camaradas subían hasta el canal, se cuenta que Masalov oyó el llanto de una niña entre las ruinas de la otra orilla. Los rusos le proporcionaron cobertura mientras corría en zigzag hasta el otro lado. Diez minutos más tarde, regresó con una pequeña de tres años en brazos. Su madre acababa de morir en los combates.

El cuento era bueno y quizá incluso tuviera su componente de verdad. Desde luego, el mariscal Chuikov quedó complacido al oírlo. Adecuadamente adornada, la historia se podría convertir en un excelente elemento propagandístico y útil contrapeso a todos los relatos de violación y caos que el ejército soviético estaba dejando a su paso. Pero eso sería más adelante, cuando la batalla hubiera terminado. Antes los rusos tenían que llegar a la Cancillería y cerrar la cuestión que aún tenían entre manos.

A unos pocos cientos de metros de distancia, en el búnker, se almorzó en silencio, mientras Hitler tomaba la última comida antes de suicidarse. Su esposa, al parecer, no tenía apetito y se quedó sola en la habitación. Hitler comió con sus dos secretarías y su cocinera personal. Gerda Christian, la secretaria de más edad, tampoco tenía hambre:

Supongo que sería al mediodía, sobre las doce y media, cuando llegó mi relevo, Traudl Junge. Era la hora habitual —aún trabajábamos por turnos— y también era, de nuevo como de costumbre, el aviso corriente para el almuerzo. Hitler, «por los viejos tiempos», nos invitó esa vez a las dos secretarías, además de a Fräulein Manziarly, a comer con él a la una. Salió al pasillo para anunciarlo y al cabo de poco llegó con la comida Fräulein Manziarly, una mujer de Innsbruck, poquita cosa, pero agradable.[\[99\]](#)

Comieron en una mesita del despacho de Hitler, la que se conocía como «Sala de los mapas». Si Gerda Christian recordaba bien, solo asistió otro hombre, el cabo Schwiedel, ordenanza de las SS. Fue un almuerzo desdichado, con menú de espaguetis y una ensalada con aliño. El futuro se antojaba sombrío y había muy pocas ganas de hablar.

Antes ya habíamos comido a menudo a solas con Hitler, por descontado, pero esta era la última comida de todas, y todo el mundo lo sabía. Fue un honor especial, aún más destacado por la deprimente certeza de que

Hitler faltaría muy pronto y solo nos quedaría intentar la huida. Era una idea muy angustiosa para nosotras, las tres mujeres. Las escabrosas historias de violaciones en Berlín nos daban escalofríos y rehuimos el tema.[\[100\]](#)

Traudl Junge recordaba una conversación estafalaria, sobre la alimentación de los perros, y otra sobre pintalabios franceses hechos con grasa recuperada de las alcantarillas de París. Aparte, como dijo Gerda Christian, la charla fue desganada, la misma que se había ido teniendo día tras día desde hacía varias semanas. Aunque Hitler parecía estar completamente tranquilo, Traudl aún recordaba el almuerzo como «un banquete de muerte con la máscara de una calma y compostura alegres».

Al acabar, Hitler echó atrás la silla y anunció que todo había terminado y que había llegado la hora. Se acercó a despedirse de Goebbels, quien, una vez más, trató de disuadirlo y lo instó a huir de Berlín. En el aparcamiento de la Cancillería había un carro de combate y tenían aviones a la espera, con un alcance de 11.000 kilómetros. Podían volar hasta Sudamérica sin previo aviso, o a Japón, o a uno de los países árabes. Aún había una posibilidad de escapar.

Pero Hitler no pensaba ir a ninguna parte. Ya había elegido. «Ya sabe cuál es mi decisión, doctor», le dijo a Goebbels. «No hay nada que añadir.» Solo aconsejó a Goebbels que huyera él.

Traudl estaba fumando un pitillo tranquilo en la sala de la servidumbre cuando Otto Günsche la llamó para la despedida. Apagó el cigarrillo y se sumó a una fila de los auxiliares más próximos a Hitler, para darle la mano, pero se sentía tan abrumada que apenas llegó a darse cuenta de quién más había allí:

Todo lo que veo, en realidad, es la figura del Führer. Sale de su habitación muy despacio, más encorvado que nunca, se queda de pie en la entrada y va dando la mano a todo el mundo. Siento la calidez de su mano derecha en la mía, me mira pero no me ve. Parece estar muy lejos. Me dice algo, pero no lo oigo. No he oído sus últimas palabras. El momento que hemos estado esperando ha llegado ya, y yo estoy helada y apenas comprendo qué pasa a mi alrededor. Solo cuando Eva Braun se me acerca se rompe un poco el hechizo. Eva me sonríe y me abraza. «Por favor, intenta escapar. Aún queda alguna posibilidad de huir. Y da recuerdos a Baviera de mi parte.»[\[101\]](#)

Hitler vestía su chaqueta de uniforme con la Cruz de Hierro que le concedieron en la primera guerra mundial. Eva llevaba el vestido que más le gustaba: azul oscuro, con rosas en el cuello; se había lavado el pelo y lo había arreglado hermosamente para la ocasión. Traudl estaba tan triste que apenas soportaba abrir los ojos.

Entonces apareció Magda Goebbels para solicitar un último encuentro con el Führer. Visiblemente molesto, Hitler accedió a mantener unas palabras en privado. Estuvieron un minuto juntos tras una puerta cerrada, mientras Goebbels aguardaba fuera. Magda rogó a Hitler que se lo volviera a pensar, le repitió que aún no era demasiado tarde, lo instó a dejar Berlín y seguir con vida para mantener la batalla un día más. Pero Hitler ya no la escuchaba. La rechazó bruscamente y ella se marchó entre lágrimas.

No había más que decir. Ya era media tarde. Al Führer le había llegado la hora, y en el búnker todos lo sabían. Su esposa se acercó a él y lo siguió mansamente a la habitación. Los demás lo contemplaron en silencio, sin cruzar la mirada con nadie más y manteniendo los pensamientos para sí mientras la pesada puerta de acero se cerraba. No sabían qué ocurriría a continuación, pero lo

podían adivinar. Cuando el Führer faltase, todos podrían empezar a pensar en su propio futuro, en cómo salir del búnker con vida e ilesos. Pero era imposible hasta que el Führer faltase. Hasta entonces, todo cuanto podían hacer era quedarse en el pasillo y esperar.

## LORD HAW HAW SALE A ESCENA

Mientras Hitler se despedía, el almirante Dönitz iba de camino a Lubeca para reunirse con Himmler. Quería averiguar de una vez por todas si Himmler estaba negociando en secreto un acuerdo de paz con los aliados occidentales, según se afirmaba en la radio extranjera.

Himmler asistió borracho y lloroso al momento en que, el día antes, Wulff le predijo el futuro, pero cuando llegó Dönitz ya había recobrado la compostura. Al no tener respuesta de Hitler, obviamente, decidió desmentir la noticia y seguir negando todo conocimiento de ningún proyecto de rendición negociada por medio del conde Bernadotte. De hecho, aún confiaba en suceder a Hitler como Führer, según Dönitz averiguó muy pronto:

Descubrí que prácticamente todos los jefes de las SS disponibles habían sido convocados a la reunión. Himmler me hizo esperar. Ya parecía considerarse como el jefe del estado. Le pregunté si era cierta la noticia de que había intentado contactar con los aliados por medio del conde Bernadotte. Me aseguró que no era cierta y que, a su modo de ver, en aquellos últimos días de la guerra, era esencial que no permitiéramos que la discordia interna creara más caos en el país.[\[102\]](#)

Dönitz aceptó la palabra de Himmler. Más allá de sus sospechas personales, no halló razón para pensar otra cosa. Se separaron amistosamente y Dönitz subió al coche para volver a su propio cuartel de Plön, contento de tener una excusa para no seguir investigando aquella cuestión. Llegó a las seis de la tarde y se encontró con que Albert Speer lo estaba esperando. Dönitz lo invitó enseguida a cenar.

Apenas se habían sentado cuando Walter Lüdde-Neurath, edecán de Dönitz, entró a toda prisa con un mensaje de Berlín. Portaba una noticia inesperada:

Gran almirante Dönitz:

El Führer os ha nombrado, mi señor gran almirante, como su sucesor en lugar del mariscal del Reich Göring. Sigue confirmación escrita. Esto os autoriza a tomar cualquier medida que la situación exija.

Bormann[\[103\]](#)

Dönitz quedó atónito. También los demás. El gran almirante sabía que la situación era mala, pero nunca en su vida se había imaginado como sucesor del Führer. Él era un marino, no un político. Durante el último año apenas había hablado con Hitler, y nunca a solas. El Führer nunca

le había dado a entender, ni de lejos, que pensara en nombrarle su sucesor.

Aún estaba contemplando el mensaje con la boca abierta cuando Speer se recuperó de su propio asombro y le felicitó. Pero el primer pensamiento de Dönitz, una vez que él también se repuso, fue preguntarse cómo respondería Himmler. Aquella tarde, cuando se habían reunido, había resultado evidente que Himmler tenía la expectativa de suceder a Hitler como guía del país. No le iba a gustar que, en su lugar, se hubiera elegido a Dönitz.

Dönitz le dijo a Lüdde-Neurath que llamara por teléfono a Himmler para pedirle que acudiera a Plön de inmediato. Pero Himmler se negó. Suponía conducir largo rato en horas de oscuridad y aquel día ya había visto al gran almirante. Solo accedió después de que Dönitz se pusiera al teléfono en persona e insistiera en que su presencia era esencial.

El encuentro fue tenso por ambos lados. Himmler, que temía que lo arrestasen por haberse dirigido a los aliados, llegó hacia la medianoche con un gran equipo de guardaespaldas, formado por algunos de los hombres más duros de las SS, elegidos especialmente para la ocasión. Se acercaron en una flota de Volkswagen descubiertos y transportes blindados y, mientras su jefe se aproximaba al cuartel de Dönitz, que mantenía las luces apagadas por seguridad, vigilaron atentamente.

Dönitz también iba con precaución. Le habían advertido que Himmler quizá intentaría hacerse con el control por la fuerza. Dönitz contaba con algunos guardias armados propios, pero además hizo que un destacamento de submarinistas se ocultara en las inmediaciones, presto para defenderle de las SS si era necesario. Sin embargo, Heinz Macher, el comandante de las SS, los descubrió enseguida y no sintió temor alguno. «¡Pobres idiotas! Los barreremos con toda facilidad.»

Pero no hubo derramamiento de sangre. Lüdde-Neurath recibió a Himmler y lo escoltó hasta la sala de Dönitz. El encuentro se desarrolló sin complicaciones, pese a que, al principio, Dönitz estaba claramente nervioso:

Ofrecí asiento a Himmler y yo también me senté, detrás de mi escritorio, en el que había, oculta bajo unos papeles, una pistola con el seguro quitado. Nunca en mi vida había hecho nada parecido, pero no sabía cómo podría acabar la reunión.

Le pasé a Himmler el telegrama que anunciaba mi nombramiento. «Lea esto, por favor», le dije. Lo observé con atención. Mientras leía, se dibujaba en su rostro una expresión de asombro, más aún, de consternación. Parecía estar quedándose sin la más mínima esperanza. Se quedó muy pálido. Al final se puso en pie y se inclinó ante mí: «Permítame —dijo— ocupar el segundo lugar de su estado». Repliqué que eso era del todo imposible y que no había ningún modo en el que yo pudiera emplear sus servicios.[\[104\]](#)

Hablaron durante un rato y luego Himmler se marchó con su séquito. Dönitz pasó a otros temas. Su primera tarea como heredero, al parecer, de Hitler, era evaluar por sí mismo la situación militar y determinar su gravedad. Obviamente, no se podría detener a los rusos. Acababan de tomar Neubrandenburg, en la carretera principal del norte de Berlín, y estaban a punto de conquistar igualmente Ravensbrück. Los británicos también se acercaban y avanzaban hacia Hamburgo desde la otra dirección. En consecuencia, el deseo principal de Dönitz, mientras permanecía sentado sopesando sus nuevas responsabilidades, era hacer que el mayor número posible de alemanes llegara a territorio seguro, en el oeste, para luego poner fin a la guerra en

cuanto hallara una forma decente de hacerlo.

Mientras Dönitz volvía de Lubeca, el personal de la emisora de radio de Hamburgo estaba celebrando una fiesta. Habían encendido una hoguera en el patio para destruir todas las grabaciones antes de abandonar el edificio a los británicos. Guiones, archivos y cintas, todo se había desvanecido en una columna de humo, mientras se arrojaba a las llamas todo el papeleo. Ahora los empleados celebraban una fiesta, y se comían y bebían todo lo que podían hallar, para que los británicos no encontraran nada a su llegada. En Hamburgo, hacía varios años que el alcohol se racionaba, pero ahora que el enemigo estaba a las puertas, carecía de sentido seguir racionándolo. Al igual que buena parte de la ciudad, los empleados de la radio optaron por beber hasta caer rendidos.

Pocos bebían más que William Joyce. Este inglés particular, al que sus oyentes habían motejado como «Lord Haw Haw» porque se expresaba con un acento absurdo, llevaba varios años transmitiendo propaganda nazi para los británicos, intentando convencerlos de que toda resistencia era vana y era necesario rendirse a los alemanes. Solo consiguió ser el blanco del odio de millones de personas que lo consideraban un traidor de la peor especie. Ahora que el ejército británico estaba a tan solo uno o dos días de Hamburgo, Joyce tenía muy claro que no podía confiar en que sus compatriotas tuvieran clemencia si lo hallaban en la ciudad al concluir la guerra.

La ironía era que Joyce era profundamente patriótico. Nacido en Estados Unidos, de origen irlandés y alemán por adopción, sin embargo se consideraba plenamente británico y se tenía por un hombre que amaba a su país. Solo quería que sus compatriotas pudieran ver el mundo igual que él, que entendieran que el futuro estaba del lado de los alemanes y el nacionalsocialismo y que cooperar con los nazis era preferible a enfrentarse a ellos. Pero los británicos no lo habían entendido así y ahora ya nunca lo harían.

Joyce había pasado la mayor parte de la guerra en Berlín, trabajando para el servicio exterior de la radio alemana en Charlottenburg. Cuando el bombardeo dificultó seguir transmitiendo desde la capital, él y su esposa estuvieron entre el personal de radio evacuado al campo. Primero fueron a Oldenburg, de donde los hizo salir un Spitfire, y luego a Hamburgo, cuya emisora de radio fue uno de los pocos edificios que sobrevivieron sin daños a las incursiones aéreas. Desde Hamburgo, tambaleándose por la embriaguez, Joyce grabó su último mensaje para el pueblo británico.

La situación era vergonzosa. Joyce estaba tan bebido que pronunciaba mal las palabras y, mientras intentaba dominar sus ideas, caía en llorosos y prolongados silencios. Los técnicos que grababan la emisión contemplaron impotentes cómo se dejó caer pesadamente frente al micrófono y pronunció su discurso de despedida a sus compatriotas:

Esta noche les hablo de Alemania. Es un concepto que muchos de ustedes quizá no han sabido comprender. Déjenme decirles que en Alemania aún pervive el espíritu de unidad y el espíritu de fortaleza. Déjenme decirles que aquí tenemos un pueblo unido y de ansias comedidas. No son imperialistas. No quieren tomar lo que no les pertenece...[105]

¡Qué moderado, qué inocuo parece que Alemania exija la devolución de Dánzig, en comparación con las inmensas adquisiciones de la Unión Soviética y las otras ambiciones del Kremlin! Stalin no está contento con Polonia, Finlandia, los estados bálticos, Rumanía, Bulgaria y la Eslovaquia oriental; quiere toda la Europa central, más Noruega, Turquía y Persia. Y si todos estos territorios caen en sus manos, eso no hará sino reforzar aún más sus ansias de engrandecimiento.

Tal es la disposición del dictador rojo que amenaza la seguridad del mundo entero y cuyo poder hoy constituye la mayor amenaza para la paz que ha existido en los tiempos modernos. Las victorias de Gran Bretaña son estériles. La dejan pobre y dejan con hambre a su pueblo. La dejan privada de los mercados y la riqueza que poseía seis años antes. Pero sobre todo, la dejan con un problema inmensamente mayor que el que tenía entonces. Nos acercamos al final de una fase en la historia de Europa, pero la próxima no será más feliz.

[106]

Joyce siguió divagando durante un total de diez minutos. Tanto si estaba borracho como si no, gran parte de lo que quiso decir fue notablemente acertado. No podía entender qué ganarían los aliados al apoyar a la Unión Soviética frente a Alemania. Para él, era un sinsentido. Se preguntaba si británicos y estadounidenses sabían realmente lo que hacían al permitir que los comunistas arrasaran libremente Europa.

Joyce se despidió con un desafiante «Heil Hitler!». El discurso quedó grabado en un disco que se dejó aparte para su posterior emisión. Joyce se marchó poco después, entre lágrimas y agarrado a una botella de vino. Lo escoltaban dos oficiales de las SS a los que se encargó llevar a Joyce y su esposa hasta Flensburg, en la frontera danesa. Al principio, los alemanes le habían prometido que un submarino lo llevaría de Hamburgo a Irlanda del Sur, donde quedaría a salvo de la ira de los británicos, pero ahora ya no resultaba posible.

En su lugar, a Joyce y a su esposa les entregaron documentación falsa a nombre de los señores Hansen, y la emisora de radio les dio tres meses de indemnización. Pretendían ir a Dinamarca, que seguía bajo control alemán, y de allí a Suecia, a pedir asilo. Pero el camino de Flensburg estaba caótico y Dinamarca ya estaba llena de refugiados que intentaban llegar a Suecia. A Joyce y su esposa parecía aguardarles un futuro sombrío cuando, en mitad de la noche, salieron de Hamburgo hacia la frontera, ansiosos por pasar a Dinamarca y huir antes de que los británicos los atraparan.

En el este, los rusos acababan de liberar el campo de concentración femenino de Ravensbrück. Sus carros de combate habían entrado aquella tarde en la vecina Fürstenberg, que hallaron desierta, pues la población se había dado a la fuga. Desde allí, los hombres del capitán Borís Makarov se habían dirigido hasta las puertas del campamento, donde los aguardaba Antonina Nikiforova, una doctora del ejército ruso que había sido apresada en la isla estonia de Saaremaa. Les dijo que, sin agua ni electricidad, cada día morían por alguna enfermedad varias decenas de las tres mil mujeres que aún había en el campo. Makarov prometió ayudar en cuanto sus tropas hubieran tomado pleno control del área.

Como en tantos otros campos de concentración, Ravensbrück estaba repleto de cadáveres amontonados sin más porque nadie había tenido tiempo de librarse de ellos. No era un campo de exterminio. En origen, se concibió para el trabajo esclavo, pero la diferencia se borró para los muchos miles de mujeres que murieron fusiladas, estranguladas, gaseadas, enterradas vivas o por el agotamiento del trabajo incesante en la vecina fábrica de Siemens, que producía piezas para los

cohetes V2. A otras las esterilizaron engañadas o las usaron para experimentos médicos que, en nombre de la ciencia, las dejaron tullidas de por vida.

A las gitanas las habían esterilizado. A las chicas polacas —algunas, de tan solo catorce años— las usaron para experimentos. Se las denominaba «cobayas» y las habían sujetado para sajarles las piernas e infectarlas con bacterias de astillas de madera o cristal, para poner a prueba la eficacia de las últimas sulfamidas de la Wehrmacht. A otras les cortaron los nervios o les fracturaron los huesos para comprobar su poder de recuperación. De resultas, algunas murieron; otras fueron asesinadas después, si sus heridas no se curaban.

El resto también sufrió la amenaza de la ejecución, cuando los alemanes quisieron destruir las pruebas de sus crímenes. Sin embargo, unas pocas semanas antes de que llegasen los rusos, cuando se les ordenó presentarse en el cuartel general del campo, las demás cobayas desaparecieron: arrancaron los números de identificación y se perdieron entre la muchedumbre. Las otras prisioneras las ocultaron y todo el campo se esforzó en asegurar que al menos algunas sobrevivieran para ofrecer su testimonio después de la guerra.

Una de las que se desvaneció fue Wanda Póltawska. Le habían inyectado bacilos en la médula ósea, pese a lo cual sobrevivió; junto con otras cinco, se abrió paso entre la guardia de las SS, que venía a por ellas, y entonces huyeron a toda prisa:

Las seis salimos corriendo, como murciélagos que salieran del infierno, por el hueco que se abrió de pronto entre las filas de las SS. ¡En toda mi vida nunca he corrido más! Como un rayo, salimos despedidas hacia una multitud de prisioneras de Auschwitz que habían estado observando desde una abertura en la pared de su cobertizo. Se portaron de maravilla. En la vida nunca me he desnudado y vestido otra vez con tantísima celeridad (las mujeres de Auschwitz vestían ropa de civil). Alguien me pasó un abrigo rojo, me hizo un peinado nuevo a toda prisa y corrió a marcarme con un tatuaje en el antebrazo: el número de alguien que había muerto en la larga y letal marcha de salida del campo de Auschwitz. ¡Estaba a salvo![\[107\]](#)

Otras no tuvieron tanta suerte. La eliminación de testigos se fue acelerando a medida que los rusos se acercaban. Las prisioneras especiales sufrieron más que nadie: sabotadoras y miembros de la resistencia que estaban confinadas en solitario en un bloque de castigo motejado como «el Búnker». Los alemanes se apresuraron a eliminar pruebas antes de la llegada de los rusos y, cada vez en mayor número, las iban haciendo salir y fusilando.

Odette Sansom fue una de las prisioneras del Búnker, quizá la más importante, desde la perspectiva alemana. Esta francesa trabajaba para los británicos hasta que, en 1943, fue traicionada y alguien puso a la Gestapo detrás de ella y de su compañero, el agente Peter Churchill. Para salvar la vida, fingieron ante los alemanes que, como marido y mujer, eran familia del primer ministro británico. Esto no impidió que, a Odette, los alemanes le arrancaran las uñas de los pies y la condenaran a muerte, pero sí, probablemente, impidió que la sentencia se ejecutara. En lugar de matarla la enviaron a Ravensbrück, donde estuvo confinada en solitario como Frau Churchill, prisionera especial en la celda de condenados n.º 32.

Los últimos días en Ravensbrück fueron los peores para Odette. Sabedora de que los alemanes estaban ejecutando a los prisioneros especiales, pasó días de gran angustia en su celda, escuchando los pasos de los carceleros que conducían a otros condenados a la muerte. El Búnker estaba cerca del crematorio; tan cerca que Odette pudo oír cómo algunos presos se resistían

mientras los guardias los reducían a palos hasta que —desmayados, pero aún vivos— los podían arrojar a las llamas. «Los últimos días de la guerra vi cómo arrastraban a la gente al crematorio. Los oía chillar y pelearse y oía cómo se abrían y cerraban las puertas.»[\[108\]](#)

El apellido adoptado por Odette la salvó de las llamas. Cuando los rusos se acercaban, se produjo un éxodo masivo de los guardias de Ravensbrück; hombres y mujeres de las SS se quitaban los uniformes y corrían hacia el oeste para salvar la vida. Entre ellos estuvieron Rudolf Höss, antiguo comandante de Auschwitz, y Fritz Sühren, el muy odiado comandante de Ravensbrück. Sühren se llevó a Odette consigo, como seguro de vida: confiaba en que, en su debido momento, esta rehén le valdría para negociar con los aliados. Cuando los aliados liberaron Ravensbrück, Odette acababa de llegar a Neustadt-Glewe, un campo mucho menor, de camino a Hamburgo. Tras varios meses confinada en solitario en el bloque de los condenados a muerte, volvía a estar en compañía de otras mujeres, mientras Sühren esperaba a que los estadounidenses hicieran su aparición por el oeste y él pudiera entregarles a la «sobrina de Winston Churchill» a cambio de su propia vida.

Cuando los rusos tomaron Neubrandenburg, además de Ravensbrück, liberaron a miles de prisioneros aliados del grupo de los campos situados al norte de Berlín. Pero ser liberado por los rusos era una «bendición» que podía resultar muy relativa, según ya habían empezado a descubrir los prisioneros estadounidenses de Neubrandenburg.

Los aviones rusos habían lanzado, antes de la llegada de sus tropas, folletos en los que simplemente se decía: «Rokossovski está al llegar». El caos resultante lo vio y describió el padre Francis Sampson, capellán de las tropas aerotransportadas de Estados Unidos, que fue apresado cerca de Bastogne:

La reputación del ejército de Rokossovski era suficiente para que los alemanes fueran presa del pánico. Pronto, las carreteras quedaron atestadas de carromatos cargados con las posesiones más preciadas de las familias y con los niños y ancianos. Los alemanes iban hacia el oeste, con la esperanza de huir de los rusos. Todo era preferible a caer en sus manos.

Muchos de los guardias del campo desertaron y huyeron hacia las líneas estadounidenses. Algunos me pidieron cartas que afirmaran que se habían portado muy bien con nosotros. Unos pocos habían sido decentes, y un par, desde luego, nos ayudaron, corriendo para ello no poco peligro; a esos les di notas que decían que nos habían ayudado y, sinceramente, confío en que les sirvieran de algo. Cerca de una docena de guardias, incluido el comandante del campo, se entregaron como prisioneros y fueron encerrados en el blocao de piedra. El pequeño destacamento se atrincheró y se preparó para defender la ciudad. Tuvimos trabajo cavando trincheras para refugiarnos en cuanto los rusos empezaron a bombardear la ciudad. Los hechos de los días inmediatamente posteriores son los más terribles que yo haya visto nunca.[\[109\]](#)

Las tropas del general Rokossovski llegaron en la madrugada del 29 de abril y actuaron de acuerdo con su reputación. Así, menos de una hora después de rendirse, Neubrandenburg era un mar de llamas que devoró todo lo que no se podía saquear. La ciudad estuvo ardiendo durante toda la noche, con tal intensidad que en el campo estadounidense parecía de día. Los estadounidenses mantuvieron la disciplina tras la llegada de los rusos, pero no así otros prisioneros. Franceses, italianos y serbios se marcharon del centro en cuanto se abrieron las

puertas y corrieron todos hacia la ciudad, para unirse al saqueo.

El desorden aún continuaba veinticuatro horas después; si acaso, era aún peor, pues los rusos se habían emborrachado hasta perder el sentido. Los rusos que llegaron en primer lugar al campo de los estadounidenses fueron todo sonrisas, al cruzar la puerta: lamentaban la muerte del presidente Roosevelt y agradecían todos los pertrechos norteamericanos usados por el ejército rojo. Pero otros, a los prisioneros estadounidenses, les quitaron los relojes y, a punta de pistola, les ordenaron cavarles las letrinas. Las relaciones entre los supuestos aliados se deterioraron con tanta rapidez que Sampson llegó a temer que uno de los soldados pudiera perder los nervios y soltarle a un ruso un puñetazo en la nariz, lo que provocaría, como respuesta de aquellos hombres en estado de borrachera, un estallido de las ametralladoras.

Pensando que quizá se necesitarían sus servicios, él y un colega francés decidieron entrar en Neubrandenburg aquel día y pudieron ver la destrucción con sus propios ojos:

Un exprisionero francés, un sacerdote, me pidió que lo acompañara al centro. Quería ver cómo les iba al sacerdote alemán y a los civiles alemanes que no habían huido. Ciertamente, el arrojado del anciano me pareció admirable; al parecer, no temía a nadie. Aunque esperábamos lo peor, lo que vimos nos dejó conmocionados y atónitos. A unos pocos metros del campo, en el bosque, vimos un panorama que no olvidaré nunca. Varias chicas alemanas habían sido violadas y asesinadas; a algunas las habían colgado de los pies y les habían rajado la garganta.[\[110\]](#)

En Neubrandenburg se encontraron con más de lo mismo. Las calles estaban llenas de escombros y la mayoría de los edificios seguían en llamas. Había cadáveres por todas partes, y nadie les hacía caso, salvo cuando bloqueaban el tráfico. El hedor de la carne quemada daba ganas de vomitar. Cuando Sampson y su colega llegaron a la iglesia católica, encontraron al sacerdote alemán desplomado sobre las escaleras de la rectoría, en estado catatónico. Su madre y sus dos hermanas, monjas ambas, estaban dentro. La familia se había reunido para estar más protegida cuando llegaron los rusos, pero su Dios no la salvó. Las tres mujeres sufrieron una violación en grupo que el sacerdote y su padre fueron obligados a contemplar. Entre las ruinas en llamas, rodeado de cadáveres y mujeres violadas, Simpson, un hombre de mentalidad bíblica, no sabía qué decir. Solo alcanzaba a pensar que, en aquella ocasión, Neubrandenburg parecía reflejar la suma del fin del mundo y el Día del Juicio Final.

A los prisioneros estadounidenses los dejaron en el centro de internamiento cuando cayó Neubrandenburg, pero otros, cuando los rusos se acercaron, se vieron obligados a marchar hacia el oeste. Miles de prisioneros de toda Europa anduvieron aquel día por los caminos, avanzando dificultosamente y a punta de pistola, antes que dejarse caer para que los ejecutaran sin escrúpulos. Entre ellos estaba Micheline Maurel, que había pertenecido a la resistencia francesa.

Tras varios meses de trabajo esclavista en una fábrica aeronáutica, Micheline estaba tan enferma, con dolor estomacal y llagas ulceradas, que solo a duras penas podía subir los escalones de su barracón; era incapaz de participar en una marcha. Pero unas pocas horas antes de que llegaran los rusos la hicieron salir de la litera y le ordenaron unirse a las demás mujeres

francesas, que se preparaban para abandonar el campo. Micheline se fue con ellas, con el apoyo de tres amigas resueltas a no dejarla morir tan cerca del final de la guerra.

Prescindió de los zuecos y una manta y estuvo marchando durante la noche y todo el día siguiente, poniendo un pie delante del otro en un empeño agotador por no quedarse atrás. Había llovido todo el tiempo y muchas prisioneras murieron en el camino, pero de un modo u otro Micheline logró seguir andando. El horizonte parecía estar en llamas y el atronar de los cañones rusos sonaba cada vez más próximo. La columna se vio superada por un número creciente de soldados alemanes en retirada, tantos que, a la postre, los guardias de las prisioneras se dejaron llevar por el pánico. Echaron a correr, pidieron subirse a un camión que pasaba y huyeron abandonando a las cautivas a su destino.

Muchos prisioneros se dispersaron de inmediato, buscando la seguridad en un bosque a la vista. A las cuatro francesas les faltaron fuerzas para caminar hasta allí, por lo que pasaron la noche en el campo, antes de refugiarse en un establo, al día siguiente. Como los rusos no aparecieron, las mujeres continuaron hacia el oeste, en la mañana del 30 de abril, contra lo que les aconsejaron los amistosos granjeros alemanes. Estos les advirtieron que, si las encontraban vagando por el campo con el uniforme de prisioneras, las fusilarían. En efecto, se toparon con algunas prisioneras muertas, pero siguieron andando pese a todo, llevadas por un hambre atroz. Unas horas después, llegaron a las afueras de Waren, una población situada al oeste de Neubrandenburg, a algo más de cuarenta kilómetros de esta ciudad. Parecía haber quedado abandonada, por lo que Micheline eligió la primera casa con posibilidades, a la izquierda, y entró en ella la primera:

La mesa aún estaba puesta, había tazas y platillos, fuentes con los restos de la comida y, en mitad de la mesa, un tarro enorme de mermelada de fresa. De un salto y sin pararme a pensar, tomé entre mis brazos el tarro de mermelada y empecé a comer, mientras las otras hurgaban entre los armarios dando grititos de alegría. ¡Por fin podíamos comer y teníamos ocasión de cambiarnos de ropa! Luego exploramos el resto de la casa, y nos íbamos diciendo, de una habitación a otra, «Michelle, ven a ver. ¡Mira las cunas de los niños! ¿Es que aún existen tales cosas?». [\[111\]](#)

Las mujeres aún estaban inspeccionando la casa cuando apareció el propietario. Era un policía que se marchó acto seguido y volvió en menos de cinco minutos, acompañado de cuatro jóvenes soldados. Antes de que pudieran darse cuenta, a Micheline y las demás las hicieron salir y formar ante una pared, a la espera de que las fusilaran. Para entonces, Micheline se sentía tan agotada que, en realidad, ya nada le importaba:

Los cuatro soldados ocuparon sus puestos y apuntaron los rifles. Sin perder la calma, vi que estaban a punto de disparar; y mi alma, o lo que quedara de ella, aceptó el hecho, supongo. Yo debía estar flotando por encima de mí misma, como un globo atado con una cuerda, porque podía verlo todo desde fuera y desde arriba; y aun así, seguía siendo parte de todo. Pero participaba con una indiferencia extrema, como un espectador desinteresado. La única duda que tenía era la de si sería posible ver la bala. [\[112\]](#)

Por suerte para ellas, apareció un oficial gritando algo sobre los rusos, que Micheline no entendió. Los soldados bajaron los fusiles y dejaron ir a las mujeres. Las recogió una alemana que les encontró zapatos y les mostró las alacenas para que vieran que no tenía comida que darles.

Luego les rogó que se marchasen, pues la policía las fusilaría a todas —y a ella misma, también— si las encontraba en su casa.

Aquella noche llegaron a una granja y pidieron permiso para dormir en el establo. El granjero estaba atareado atando una sábana a una vara para formar una bandera blanca. Les dijo que los rusos habían llegado a Waren y estarían en la granja por la mañana. En efecto, hubo una batalla durante la noche, ya que los alemanes lucharon alrededor de los edificios de la granja en una acción de retaguardia. Pero Micheline estaba tan agotada que no se dio cuenta de nada. Dormía profundamente sobre la paja, muerta para el mundo, con una conciencia muy vaga de las voces de los hombres y el ruido ocasional de algunas balas que pasaban por encima de su cabeza.

Al despertarse, a la mañana siguiente, todo estaba otra vez en calma. Ya estaban a plena luz del día cuando la puerta del establo se abrió y sus amigas Michelle y Mitzy le dijeron que las acompañara a desayunar. Al salir, Micheline vio, con gran alivio, que eran libres por fin. Todos los alemanes se habían marchado. El patio estaba lleno de soldados rusos, hombres grandes y amistosos que les regalaban miel y gallinas. Como en un sueño, Micheline se dio cuenta de que hacía un tiempo perfecto para su liberación. Los perales estaban en flor y en el aire flotaba un celestial olor a lilas. Los rusos difícilmente podían haber sido más amables con ellas, mientras las veían ajetreadas con la preparación del desayuno. Estaba claro que ya llevaban allí algún rato, porque a Michelle ya la habían violado.

## LOS ESTADOUNIDENSES TOMAN MÚNICH

En los Países Bajos, era el cumpleaños de la princesa Juliana. El tiempo le había impedido volver ese día al lado de su madre, según habían previsto las dos, pero aun así, los holandeses estaban de celebración y sacaron las banderas en honor de la familia real. La pequeña población de Achterveld era un mar de rojo, blanco y azul cuando los aliados llegaron a la escuela de St. Josef para celebrar con los alemanes una segunda reunión en la que concluir el acuerdo por el que se lanzaría comida sobre Holanda.

El contingente aliado estaba capitaneado por Walter Bedell Smith, el jefe del Estado Mayor del general Eisenhower. Le acompañaban Francis de Guingand y el esposo de la princesa Juliana, que había acudido con ellos en representación de la familia real holandesa. El príncipe Bernardo —Bernhard— fue aclamado por la población pese a que había nacido en Alemania y, antes de su matrimonio, había flirteado con el nazismo. Pero luego, Bernardo había adoptado la nacionalidad holandesa y se identificó plenamente con el pueblo de su esposa. A los holandeses les entusiasmó verlo en Achterveld, y le preguntaron cómo estaba la princesa y cuándo volvería al país. A su vez, Bernardo sacó una cámara y, con aire alegre, se dedicó a tomar fotografías de la multitud que aguardaba, fuera de la escuela, a que apareciera la delegación alemana.

La encabezaba Arthur Seyss-Inquart, comisario del Reich para los Países Bajos y una de las figuras más importantes de la Alemania nazi. La red se iba cerrando y los peces gordos ya estaban empezando a emerger a la superficie. Primero, Hess huyó a Inglaterra; luego Himmler intentó negociar con los aliados por medio de Suecia. Ahora podía verse en Achterveld al austríaco Seyss-Inquart, una figura descuidada y renqueante, con gafas, que antes de la guerra había sido abogado.

Los holandeses le odiaban más que a ningún otro alemán por la mano de hierro con la que había gobernado su país durante los cinco años precedentes. Se le había ordenado apoderarse de todos los recursos holandeses que pudieran ser de alguna utilidad para el esfuerzo bélico alemán e hizo exactamente lo que se le había indicado; ello redujo el país al esqueleto de su antiguo yo y obligó al pueblo a morir para alimentar la maquinaria bélica alemana. No hubo vítores, pues, para Seyss-Inquart cuando su coche se acercó con la bandera blanca y él entró en la escuela. Lo acompañaban sus oficiales y algunos funcionarios civiles holandeses que venían con él desde la Holanda ocupada. Estos no se molestaban en ocultar cuánto les alegraba encontrarse con los

aliados después de tanto tiempo de ocupación alemana.

La reunión empezó en cuanto todos tomaron sitio. Bedell Smith la abrió con unos pocos comentarios introductorios, tras lo cual De Guingand repasó las propuestas aliadas para enviar alimentos a la población holandesa. Además de lanzarlos desde el aire, los aliados querían traerlos por barco para su posterior distribución por carretera, tren y canal. Exigían garantías de no ser atacados y de que los alimentos llegarían en efecto a los holandeses. Seyss-Inquart, al principio, se mostró reticente a proporcionar esos avales. Solo quedó convencido después de que el encuentro se subdividiera en grupos menores para analizar aspectos concretos del problema.

A De Guingand, que los delegados pasaran a clases distintas le hizo pensar en un ejercicio de la academia militar. Británicos, holandeses y alemanes, con algunos canadienses y un observador ruso, se centraron en las dificultades logísticas y en averiguar las formas más eficaces de proporcionar ayuda a la gente. Cuando los alemanes prometieron decir dónde se habían minado los canales, le pareció estar soñando; también aceptaron reparar lo antes posible los puentes viarios y ferroviarios para permitir el paso de los alimentos. Los acuerdos se redactaron por escrito y fueron firmados por las dos partes. Los representantes holandeses quedaron anonadados, asombrados con la intensa cooperación alemana y abrumados igualmente por la magnitud de la ayuda que estaban a punto de recibir.

Todo avanzaba tan bien que Bedell Smith decidió llevarse aparte a Seyss-Inquart y tantear las posibilidades de una rendición alemana. Con De Guingand, el príncipe Bernardo y un par de personas más, se sirvieron unos emparedados y ginebra y Bedell Smith se sentó delante de Seyss-Inquart y lo sondeó. Le expuso que Alemania estaba derrotada y que la comandancia alemana en los Países Bajos sería considerada personalmente responsable de cualquier nuevo padecimiento que sufrieran los holandeses. Seyss-Inquart sorprendió a todos al admitir con franqueza la derrota de Alemania. Bedell Smith lo aprovechó al instante para pedirle la rendición de todas las fuerzas alemanas en Holanda e impedir con ello nuevos derramamientos de sangre. Pero Seyss-Inquart se negó, alegando que no había recibido tales órdenes y carecía de competencia en la rendición; esta era competencia de la Wehrmacht, que no le correspondía a él.

—Pero señor comisario del Reich, sin duda es el político el que da la orientación al militar, ¿no es cierto? — quiso saber Bedell Smith.

Seyss-Inquart se encogió de hombros y replicó:

—¿Qué dirían de mí las futuras generaciones de alemanes si aceptara vuestra sugerencia? ¿Qué diría la historia sobre mi comportamiento?

A Bedell Smith no le interesaba el veredicto de la posteridad, y comprendió que tendría que plantearle a Seyss-Inquart la situación con más crudeza. «El general Eisenhower me ha dado instrucciones de afirmar que le considerará a usted personalmente responsable de cualquier futuro derramamiento de sangre en vano. Han perdido la guerra, y lo saben. Si, por terquedad, causan la muerte de más soldados aliados o civiles holandeses, pagará usted por ello. Y ya sabe lo que eso significa: el paredón y un pelotón de fusilamiento.»[\[113\]](#)

Pero Seyss-Inquart se mantuvo en sus trece. Como tantos de sus compatriotas, estaba medio enamorado de la idea de una muerte violenta. «No tengo miedo —le dijo a Bedell Smith, con

palabras lentas y tranquilas—. Soy alemán.»

No había más que decir, y la reunión se disolvió.

En Baviera, los estadounidenses habían tomado Múnich. La ciudad había caído sin apenas oposición; los habitantes se plegaron a lo inevitable y colgaron banderas blancas en las ventanas. Hubo bolsas de resistencia aislada, pero pocas muestras del combate fanático que los estadounidenses esperaban hallar en la cuna del nazismo. Por el contrario, algunos alemanes incluso los recibieron con flores.

Múnich era la cuna del nazismo, pero también contaba con una larga tradición de resistencia a los nazis. En la universidad de la ciudad se había formado el grupo de la Rosa Blanca; los estudiantes Sophie y Hans Scholl murieron en la guillotina por distribuir allí folletos contra el nazismo. Su lugar fue ocupado por Rupprecht Gerngross, un licenciado universitario con título de doctor por la London School of Economics. Tras ser herido en el frente ruso, donde contempló con disgusto el asesinato de los judíos, Gerngross regresó a Múnich para formar la *Freiheitsaktion Bayern* (Acción por la Libertad de Baviera) en otoño de 1944. Había reclutado a cientos de miembros con el fin de dar un golpe en cuanto la ocasión fuera propicia y privar a los nazis del control de la ciudad.

La ocasión llegó en las primeras horas del 28 de abril. Con tiras de tela blanca atadas como cintas en el brazo izquierdo, los hombres de Gerngross ocuparon sus puestos, tanto los soldados como los civiles, con la intención de arrestar al Gauleiter múniques y apoderarse de los periódicos, las emisoras de radio y los edificios claves del gobierno antes de que llegaran los estadounidenses. Al principio tuvieron éxito: se apoderaron de las emisoras y enviaron a la ciudad un mensaje de desafío por el que instaban a todo el mundo a unirse a ellos en el derrocamiento de los nazis. Acto seguido salieron a la calle varios miles de personas con la intención de celebrar que, según parecía, Hitler había muerto y la guerra había acabado.

Pero las SS no vacilaron. Impidieron el arresto del Gauleiter múniques y lograron que pudiera emitir por radio un mensaje de respuesta en el que declaraba que seguía al mando y que los hombres de Gerngross serían fusilados como traidores. Los conspiradores no tardaron en desalentarse. A la hora de comer, se había detenido a los padres de Gerngross y él mismo había huido de la ciudad, hacia los Alpes, en un coche robado con matrícula de las SS.

Aunque el golpe había sido planeado cuidadosamente, había fallado, pero no por falta de apoyo, sino por la firmeza de las SS. Mientras el Gauleiter Paul Giesler estaba en la radio, diciendo a los múniqueses que nada podría desviarlos de su lealtad a Adolf Hitler, el personal del aeropuerto había destruido los aviones y los soldados habían arrojado las armas al río. Toda una división había sopesado unirse a Gerngross. Por su reacción ante el intento de golpe, era obvio que en Múnich la gente corriente ya no tenía fuerzas para seguir en la guerra.

Los estadounidenses llegaron en la madrugada del 30 de abril. Hallaron una ciudad profundamente dividida, pues mientras que algunos alemanes querían ofrecer resistencia, los otros querían rendirse. Para los hombres de la 45.<sup>a</sup> división, que venían directos de Dachau:

Hubo que bombardear con toda la artillería, atacar por detrás del humo entre las calles de la ciudad, evitar el

fuego letal de los cañones antiaéreos y la constancia de las ametralladoras; todo, lo típico que habíamos aprendido a esperar cuando nos tocaba despejar las ciudades alemanas, repletas de escombros. Incluso cuando una gran bandera blanca ondeaba sobre el edificio más alto de Múnich, los soldados de la 45.<sup>a</sup> división estaban combatiendo sala por sala en los barracones de las SS, para expulsar a los que los defendían a ultranza.[\[114\]](#)

Para otros fue más fácil. Wolfgang Robinow, un teniente judío-alemán de la 42.<sup>a</sup> división, vio avanzar a su sección con una oposición muy escasa, pero aun así, la experiencia le resultó angustiante: «Incluso cuando no veíamos absolutamente a nadie, nunca sabíamos qué se escondía en la esquina siguiente. No teníamos perros, ni carros de combate, ni nada parecido. Solo los *jeeps*. Mis soldados tenían fusiles. Yo, una pistola. Eso era todo».[\[115\]](#)

A las dos de la tarde, los hombres de Robinow habían llegado a la histórica plaza de Marienplatz, en el corazón de Múnich, donde una multitud de civiles los aguardaba con los brazos abiertos. Robinow, que se había criado en Berlín, en un entorno protestante, tuvo la primera noticia de sus antecesores judíos cuando los *boy scouts* se convirtieron en las Juventudes Hitlerianas y lo expulsaron por no ser ario. Ahora no se sentía impresionado por los alemanes que intentaban demostrarle su amistad en la Marienplatz:

En su mayoría, eran gente muy vieja, demasiado vieja para la Volkssturm. Nos recibieron como si fuéramos los grandes libertadores de la ciudad, lo cual, para ser sincero, entonces me enfureció. A fin de cuentas, ¡aquella era la capital del movimiento! Fue allí donde el partido nazi arrancó y donde tenía la sede su máximo órgano de propaganda, el *Völkischer Beobachter*. ¿Y ahora se alegraban de ser «liberados»?[\[116\]](#)

Pero, al menos, no combatían. En la Marienplatz, los policías se rindieron enseguida, saludaron a Robinow y entregaron las armas sin luchar. En otras partes de la ciudad hubo aún algún combate esporádico a lo largo de la tarde, pero el núcleo histórico de Múnich cayó en manos de los estadounidenses sin disparar apenas.

Mientras los estadounidenses entraban en Múnich, la fotógrafa de guerra Lee Miller estaba de camino a Dachau con su socio, Dave Scherman. Subían en coche desde Núremberg, en el sur. Les habían aconsejado detenerse primero en el campo, antes de seguir al resto del ejército hasta Múnich.

Les fastidió haberse perdido la primicia del campo. Lee y Scherman, que también era fotógrafo, eran muy buenos en su trabajo y solían ser los primeros en llegar a la escena cuando había allí algo singular de lo que valía la pena dejar testimonio. Sostenían una rivalidad amistosa con Marguerite Higgins, quien se lamentaba de que ella siempre parecía llegar cuando la pareja ya se iba. Sin embargo, Higgins los había superado en Dachau, una de las últimas grandes noticias de la guerra. Ya hacía mucho que ella se había marchado cuando la pareja llegó a la ciudad, hacia el anochecer, y alcanzaron hasta las puertas del campo en el Chevrolet verde caqui de Scherman.

Lee Miller era una chica de la alta sociedad estadounidense que, antes de la guerra, había vivido sobre todo en Europa. Eligió pasar los años de guerra en Inglaterra, donde halló su vocación de fotoperiodista; fue una de las poquísimas mujeres que actuó como fotógrafa en el frente bélico. Durante las seis semanas anteriores, había viajado por toda Alemania con el ejército

de Estados Unidos, de Aquisgrán y Colonia a Bonn, Fráncfort y Heidelberg; de una prisión de la Gestapo a un puente destruido sobre el Rin y el campo de concentración de Buchenwald. Entre tanto, había llegado a odiar a los alemanes más de lo que nunca había imaginado posible; los detestaba y despreciaba a más no poder por su crueldad y arrogancia, por negarse a admitir culpa alguna y por desdeñar todo padecimiento que no fuera el suyo propio. De Buchenwald ya tenía noticias sobre la cabeza reducida y las pantallas de lámpara hechas de piel tatuada. Ahora se preguntaba qué nuevos horrores le aguardaban mientras ella y Scherman cruzaban la ciudad de Dachau hacia la imponente alambrada de las afueras.

A lo largo de la conexión ferroviaria con el campo se alzaban casas grandes y cómodas. Había banderas blancas colgadas en las ventanas, las mismas ventanas que habían estado mirando hacia las vías por las que pasaban los vagones de carga atestados con los demacrados prisioneros de Buchenwald. Los prisioneros aún estaban allí y los cadáveres aún rebosaban en los vagones cuando los auxiliares médicos de Estados Unidos contemplaban la escena con horror y se preguntaban por dónde empezar a limpiar. Lee y Scherman rodaron un documental con el espanto de los soldados corrientes, y luego entraron en el campo, donde los recibió con alegría una muchedumbre de internos.

Los prisioneros holandeses estaban celebrando el cumpleaños de la princesa Juliana. Se habían reunido en la plaza para vitorear y cantar el himno nacional mientras otros trepaban a los techos para lanzar un saludo de victoria. No tenían una bandera holandesa, pero se las arreglaron para crear una con retales y pedazos rojos, blancos y azules. Lee sacó sus fotografías y luego, por unos minutos, se unió a las celebraciones. Luego pasó al burdel, para tomar imágenes de las mujeres que habían trabajado como prostitutas para reducir la condena. Fotografió a los guardias de las SS que habían intentado escapar disfrazándose de prisioneros y tomó una instantánea impresionante de un guardia muerto, medio sumergido en el canal. También fotografió los cadáveres amontonados junto al crematorio y la cámara de gas, con su inocente cartel de «Duchas» colgado encima de la puerta; y sacó imágenes de los internos en sus barracones:

En las literas de tres catres, sin mantas o siquiera paja, había de dos a tres hombres en cama, demasiado débiles para circular por el campo entonando cantos de victoria y marchas por la liberación, aunque en su mayoría sonreían, miraban afuera y aplaudían. En los pocos minutos que pasé tomando fotos, se halló a dos hombres muertos que fueron arrastrados al exterior sin ceremonias y arrojados a un montón. Nadie pareció importarle, salvo a mí. El médico dijo que, en cualquier caso, para más de la mitad de los hombres de aquel edificio, ya era demasiado tarde. Los cuerpos se limitan a tirarlos fuera para que el carro que hace las rondas cada día pueda recogerlos en la esquina de la calle, como si fueran basura.[\[117\]](#)

A las tropas estadounidenses se las había animado a hacer como Lee: ir por todo el campo para verlo todo y tomar fotografías con sus propias cámaras, de forma que, al regresar a su país, se dispusiera de pruebas en abundancia. Era importante que, cuando volvieran, se diera crédito a sus palabras. Pero hubo que rescindir la orden porque las tropas ya no podían soportarlo. Fueron tantos los que, de un modo u otro, se vieron abrumados por Dachau e imposibilitados para cumplir con su deber, que hubo que decretar que, hasta nueva orden, los barracones y otros edificios serían de acceso reservado para el personal médico y el cuerpo de prensa.

La propia Lee se alegró sobremanera de poder irse, una vez hechas las fotos. Con más odio a

los alemanes que nunca, ella y Scherman dejaron el campo atrás y enfilaron la autopista hacia el sur, hacia Múnich. Si el nazismo había empezado en esta ciudad, querían estar allí cuando cayera para grabar con sus cámaras todos los momentos maravillosos, después de lo que habían visto en Dachau. «La vista de los harapos blancos y azules que envolvían la brutal muerte de los cientos de hombres y mujeres hambrientos y tullidos nos había dejado sin aire y con ansia de violencia, y si Múnich, la cuna de este horror, estaba cayendo, queríamos ayudar.»

A unos pocos kilómetros de Dachau, en la pequeña población de Unterbernbach, Victor Klemperer llevaba varios días siguiendo el avance estadounidense, escuchando con atención las bombas que caían en los alrededores y el sonido de los cañones, más próximo a cada hora que pasaba. Como judío casado con una alemana, ansiaba que los norteamericanos llegaran por fin, si esto iba a suponer el fin de su pesadilla personal.

Aunque era hijo de un rabino, Klemperer se había convertido al cristianismo antes de la primera guerra mundial, en la que se distinguió. Ser judío nunca le había resultado de especial importancia; siempre se había visto a sí mismo, antes que ninguna otra cosa, como un alemán. Pero el patriotismo no le había salvado de las leyes de raza y ciudadanía que impusieron los nazis. Antes de la guerra había perdido su trabajo como profesor universitario en Dresde y luego se había visto obligado a mudarse al gueto junto con su esposa Eva. Los obligaron a sacrificar al gato porque se había prohibido que los judíos tuvieran mascotas.

Klemperer había pasado la guerra trabajando en una fábrica o en empleos manuales como espalar nieve. Había contemplado con consternación cómo se aplicaban a la comunidad judía de Dresde las órdenes de deportación: citaciones cortantes para que se presentaran de inmediato con una maleta para su reasentamiento en el este. Por su buen historial bélico y su esposa aria, Klemperer fue un judío «privilegiado», en tanto fue de los últimos en recibir la citación. Aun así, siempre supo que era solo cuestión de tiempo. También tenía claro que de los judíos destinados al «reasentamiento» nunca se volvía a saber nada más.

Pero entonces ocurrió algo maravilloso: los aliados bombardearon Dresde. En dos oleadas, más de setecientos aviones saturaron la ciudad de bombas, con una mezcla de artefactos incendiarios y de alta explosividad que mató a 25.000 personas y redujo a humo y escombros uno de los lugares más hermosos de Alemania. Klemperer quedó separado de su esposa, entre la confusión, al correr hacia el refugio judío después de que una bomba estallara en las inmediaciones. La encontró de nuevo a la mañana siguiente, sentada en su maleta, cerca del río Elba. Ella se moría por un cigarrillo, para calmar los nervios, pero no tenía cerillas a mano, durante la incursión aérea, y sopesó seriamente encender el pitillo en un cadáver que ardía cerca de allí.

El estadounidense Kurt Vonnegut, prisionero de guerra en Dresde, se refugió durante la incursión aérea en un matadero subterráneo que los alemanes denominaban Matadero Cinco. Mientras los ayudaba a recoger sus muertos, solo sintió vergüenza de la humanidad. Pero Dresde había sido un objetivo legítimo, por delante del avance ruso.

Entre los muchos edificios destruidos estaba el cuartel de la Gestapo y, con él, todos sus

archivos referidos a los judíos. Cuando sus amigos le aseguraron que los archivos habían desaparecido, Klemperer aprovechó la ocasión para inventarse una nueva identidad como un alemán desplazado que había perdido la identificación durante el ataque.

Con los papeles temporales, y el temor a que lo descubrieran si se quedaba en Dresde, se sumó con su esposa al flujo de refugiados que huía hacia el oeste, en dirección a Baviera. Acabaron en Unterbernbach, al noroeste de Dachau, donde hallaron sitio para ellos en un ático. Ya llevaban allí dos semanas, esperando a que llegaran los estadounidenses. Para Klemperer, fue una experiencia fascinante ver cómo el heterogéneo conjunto de alemanes desplazados pasaba por la población, con ideas ciertamente diversas sobre la guerra y cómo era posible que acabase.

Dos hombres de las SS habían exigido alojarse en la misma casa que Klemperer y amenazaron con expulsar a todo el que se opusiera. Les siguieron otros dos hombres de las SS que, por el contrario, se comportaron con amabilidad y decencia. Vino el segundo burgomaestre, proclamando en voz alta que no tenía nada que temer de los estadounidenses, pese a que, según todos los demás, había sido el nazi más entusiasta del lugar. Vinieron berlineses que, sin saber que Klemperer era judío, le confiaron su enfado con el modo en que se había tratado a los judíos en Berlín. Una maestra rubia, de ojos azules y mirada severa, que a Klemperer se le antojó modelo perfecto del ideal nazi, le sorprendió exponiéndole cómo odiaba a los nazis; lamentó abiertamente las atrocidades de Dachau y le contó que, en tres meses, habían muerto en ese campo 13.000 personas, y que a los demás los estaban liberando porque no había nada que comer.

Todo el mundo aguardaba a los estadounidenses y ansiaba que la guerra acabase. La población se había quedado sin electricidad, por lo que ya no podían seguir la contienda a través de la radio, pero bastaba con sacar la cabeza por la ventana para oír, en la dirección de Múnich, el traqueteo de las ametralladoras y el sonido distante de la artillería. En su mayoría, esos ruidos se habían apagado ya, lo que llevaba a Klemperer a pensar que la ciudad debía de haber caído en manos de los norteamericanos. De ser así, las tropas estadounidenses tardarían muy poco en llegar a Unterbernbach. El burgomaestre ya había tomado la precaución de quitar la esvástica nazi que antes remataba de forma destacada su despacho. Se alegraba mucho de haberla podido arriar, según le decía a quien quisiera escucharlo, porque él nunca había sido nazi.

Klemperer había elegido no emigrar antes de la guerra, pero muchos otros judíos salieron de Alemania en cuanto se vio que los nazis habían llegado para quedarse. El padre del soldado Henry Kissinger perdió su trabajo como maestro en 1933, pero aún siguió en el país cinco años más, antes de admitir al fin la derrota. Él y su familia abandonaron Alemania en agosto de 1938 para ir primero a Londres y luego a Estados Unidos. Se establecieron en la zona de Washington Heights, en Manhattan, un distrito tan lleno de inmigrantes germano-judíos que todo el mundo lo llamaba «el Cuarto Reich».

Henry era el mayor de los dos hijos de los Kissinger. Había crecido en Fürth, una ciudad contigua a Núremberg. Mientras Hitler se pavoneaba en las concentraciones y los hombres de las SS marcaban el paso por las calles, Henry Kissinger era un chico judío de clase media que vivía en un apartamento de un segundo piso de la Matildenstrasse, en el corazón de la ciudad vieja.

Primero había ido a la escuela con niños alemanes, con los que jugaba a fútbol como uno más. Pero luego se segregó a los judíos, se los envió a su propia escuela y fueron apaleados en las calles por bandas de jóvenes arios con ganas de pelea. Kissinger y su hermano aprendieron pronto a evitar los problemas en cuanto los veían venir, y enseguida cruzaban la calle para escapar de estos grupos juveniles; si era preciso, bajaban de la acera a las alcantarillas, antes que darle a nadie la ocasión de sentirse ofendido. Habían contemplado casi con envidia cómo sus antiguos compañeros de escuela se unían a las Juventudes Hitlerianas y disfrutaban enormemente marchando por la ciudad en grupos, entonando canciones patrióticas.

Kissinger mantuvo la costumbre al llegar a Estados Unidos: como judío, siempre se bajaba de la acera si veía acercarse a un grupo de jóvenes, con la intención de ahorrarse problemas. Pero luego comprendió dónde estaba y que era un hombre libre en un país libre. Tenía tanto derecho como cualquier otro a ir por la acera. Se adaptó pronto a su nuevo país, aprendió los misterios del béisbol y acudió a la escuela nocturna para aspirar al «sueño americano» y convertirse en contable.

En 1943 lo llamaron a filas, fue enviado a un campamento de instrucción de la Marina en Carolina del Norte y, durante la formación, juró la ciudadanía estadounidense. Su nuevo país esperaba que recorriera kilómetros con las botas puestas y atacara maniqués con una bayoneta, pero Kissinger decidió enseguida que el combate no iba con él. Rechazaron su solicitud de formarse como auxiliar médico, pero pronto halló una labor más agradable en la inteligencia de la división. Como intérprete y chófer del general Alexander Bolling, de la 84.ª división de infantería, el soldado Kissinger regresó a suelo alemán a principios de 1945.

Desde entonces, había medrado extraordinariamente. La ciudad renana de Krefeld había caído en manos estadounidenses en marzo. Sin combustible, agua, energía ni recogida de basuras, su población, de unos doscientos mil habitantes, lo pasó muy mal tras la apresurada huida de los gobernantes nazis de la ciudad. Entre los estadounidenses elegidos para ocupar su lugar, Kissinger era el único que hablaba alemán. Aún era un simple soldado raso, pero quedó al cargo de Krefeld y se le encomendó la tarea de reinstaurar el orden en la ciudad y establecer una administración civil. Al cabo de una semana, ya lo había conseguido.

Kissinger desarrolló pasión por el trabajo y era capaz de resolver problemas complejos con unos pocos minutos de reflexión, y de reconstruir de la nada una organización deshecha. Apartó a los últimos nazis de Krefeld y detuvo a todos los miembros de la Gestapo que pudo hallar. Esperaba que fueran monstruos y se sorprendió al descubrir que, en su mayoría, no eran más que «burócratas míseros y mezquinos» que intentaban congraciarse con sus nuevos señores. Dondequiera que Kissinger iba, los alemanes se cuadraban a su paso... los mismos alemanes que lo habían expulsado a patadas de la acera cuando era un niño, en Fürth.

Kissinger lo disfrutaba, pero sin acritud. Sus padres se sintieron agraviados por Alemania durante toda su vida, con un sentimiento que Henry no compartía pese a todas las humillaciones de su juventud. Le resultaba imposible odiar el país entero. Mantenía la distancia con sus habitantes y evitaba trabar amistad con ellos, pero no buscaba venganza. Kissinger se veía a sí mismo como un libertador, no un conquistador; estaba mucho más interesado por resolver los problemas de Alemania que por su propio desquite. Solo había ido allí para poner de nuevo el país en

funcionamiento.

Planeaba visitar de nuevo su antiguo hogar en cuanto la guerra acabase. Le debía a sus padres volver y comprobar en qué estado se hallaba. Núremberg había quedado arrasada por los bombardeos aliados y, probablemente, también Fürth. A la primera ocasión, Kissinger tomaría un *jeep* para acercarse al lugar y ver si aún quedaba alguien de los viejos tiempos. La mayoría de sus amigos había emigrado al mismo tiempo que su propia familia, y el resto había desaparecido en los campos de concentración. En los años de infancia de los Kissinger, en Fürth vivían tres mil judíos. Según el primer recuento exhaustivo realizado después de la guerra, solo quedaban setenta.

## ITALIA

En Suiza, los dos oficiales alemanes que portaban desde Caserta las condiciones de la rendición de Italia iban de camino al cuartel general de la Wehrmacht en Bolzano. En la madrugada del 30 de abril, un chófer llevaba a Eugen Wenner y Viktor von Schweinitz a la frontera austríaca, en Buchs. En el lado austríaco, un coche de la Wehrmacht los esperaba para realizar el resto del camino hasta Bolzano.

Para los dos alemanes, el viaje había resultado una pesadilla. Después de firmar las condiciones de la rendición en el palacio real de Caserta, habían volado hasta Annecy, en Francia, donde llegaron a primera hora de la tarde anterior. Annecy estaba al lado de la frontera suiza, muy cerca de Ginebra, pero el contacto que debía ayudarlos a pasar no se había presentado. Tuvieron que entrar en Suiza con un farol: afirmando que el alto mando suizo había mostrado especial interés en su misión. La guardia de la frontera acabó dejándoles pasar, aunque no sin reticencia, y el retraso les supuso llegar a la estación de Ginebra cuando acababa de salir el último tren de la noche a Berna.

Debido a la escasez de combustible, tampoco pudieron alquilar ningún coche. Disponían de un contacto en Ginebra, pero aquella noche había salido y no respondía al teléfono. Así, los alemanes terminaron sentados al aire libre en el restaurante de la estación. Estaban muy angustiados por llevar los documentos de la rendición en el bolsillo. Llamaron por teléfono a su hombre cada quince minutos, hasta que respondió por fin. Se les consiguió un coche y llegaron a Berna justo antes de la medianoche.

En Berna estaba la base suiza de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de Estados Unidos. La dirigía Allen Dulles, que había tenido un papel importante en las negociaciones secretas de paz. Abrió la puerta y halló a Wenner, Von Schweinitz y Gävernitz, su intérprete, con aspecto de estar muy abatidos por el frío. Habían pasado la noche anterior despiertos, estudiando las condiciones de la capitulación, y apenas habían dormido desde entonces. Estaban medio muertos por el agotamiento.

Dulles les dio whisky y emparedados y los puso a descongelar, con un café caliente, delante de la chimenea. Se marcharon de nuevo una hora después, con mantas y almohadas para el largo viaje hasta la frontera austríaca. Una vez fuera, Dulles se acostó, suponiendo que, desde entonces, todo sería fácil. Pronto averiguó que no era así:

Antes de las siete de la mañana, sonó el teléfono. Al otro lado del cable estaba Gävernitz, que llamaba desde Buchs. Los enviados diplomáticos habían llegado a la frontera pero estaban bloqueados. El gobierno suizo, como acción oficial, había cerrado herméticamente la frontera suiza. Nadie podía entrar o salir del país sin un permiso especial. Los visados corrientes carecían de valor e incluso las autorizaciones especiales de los oficiales de la inteligencia suiza eran inútiles. Solo la acción directa del gobierno suizo nos podía ayudar a salir de allí.[\[118\]](#)

Dulles no perdió el tiempo. Llamó al ministro de Exteriores en funciones, Walter Stucki, y solicitó una reunión inmediata. Stucki se dio cuenta de la urgencia de la ocasión y aceptó verlo en su despacho del ministerio en cuanto Dulles pudiera presentarse allí.

Al llegar, Dulles puso las cartas sobre la mesa. Le dijo a Stucki que los alemanes de la frontera habían suscrito la rendición de todas las fuerzas alemanas del norte de Italia y llevaban este documento consigo. Si se les permitía continuar hasta Bolzano, los combates se detendrían de golpe. Y si los combates cesaban, los suizos se ahorrarían la perspectiva de una guerra de guerrillas en las montañas, a la que seguiría un flujo de miles de soldados alemanes que buscarían los campos de internamiento suizos o incluso saquearían el país de regreso a su patria. La situación era demasiado urgente como para perder el tiempo consultando a los colegas; Stucki dejó pasar a los alemanes *ipso facto*.

Lo había entendido a la perfección. Donde otros habrían vacilado y se habrían asegurado de cubrirse primero las espaldas, Stucki dio la orden sin demora: a Wenner y Von Schweinitz se les permitió pasar de inmediato la frontera de Austria.

Pero los problemas de estos no acabaron allí. Aunque un coche los esperaba para llevarlos a Bolzano, el conductor tenía un mensaje inquietante: Ernst Kaltenbrunner, jefe del servicio de seguridad de las SS, y Franz Hofer, Gauleiter del Tirol, se oponían a la rendición en Italia. Así, ordenaron que la Gestapo arrestara a Wenner y Von Schweinitz cuando pasaran por Innsbruck de camino a Bolzano. Por ello, el chófer los conduciría por otra ruta, distinta de la de Innsbruck, pero que suponía emplear carreteras secundarias aún cubiertas por la nieve.

Wenner y Von Schweinitz quedaron estupefactos. La perspectiva de otro largo recorrido en coche a través de vías terribles era penosa de por sí, pero era mucho peor saber que la Gestapo los buscaba por haber suscrito el acuerdo de rendición. Era lo último que querían oír cuando subieron al coche, exhaustos, más muertos que vivos por el agotamiento, y se dispusieron a emprender el último tramo de su tortuoso viaje hasta Bolzano.

En Bolzano, el cuartel de la Wehrmacht se había desplazado a un túnel abierto en el interior de la montaña, para protegerlo de los bombardeos diarios de la fuerza aérea estadounidense. La noche anterior, una bomba cayó muy cerca de la sede de las SS, que estaba próxima, y estuvo a punto de destruirla. En los dos cuarteles se vivía con gran agitación porque los comandantes alemanes aguardaban intranquilos a saber qué condiciones de rendición pedirían los aliados. No había acuerdo al respecto de qué hacer si esas condiciones no eran de su agrado, como iba a suceder casi con toda seguridad.

Algunos hablaban de un reducto alpino, una trinchera para resistir a ultranza en las montañas, en torno del refugio del Führer en Berchtesgaden. Otros insistían en que no se aceptaría ninguna rendición que no permitiera que los soldados volvieran luego a su país, preferiblemente con sus armas. Unos pocos, bastante más realistas, reconocían que la guerra estaba perdida y tendrían que aceptar las condiciones que les ofreciesen. Todos se sentían inquietos por haber jurado lealtad a Hitler, y estaban divididos en torno de si podrían repudiar el juramento legítimamente o si este les seguiría vinculando hasta la muerte del Führer.

La situación se complicó por la interferencia de los políticos. Franz Hofer, el Gauleiter del Tirol, había empezado apoyando las negociaciones con los aliados, pero ahora había cambiado de opinión y prefería establecer un pacto por separado, que le permitiera quedarse al mando en la región tirolesa. Ernst Kaltenbrunner quería negociar una paz específica para Austria, de la que él se pudiera atribuir el crédito. Alarmado por los rumores sobre el futuro ahorcamiento de los líderes nazis, una vez acabada la guerra, Kaltenbrunner decidió que, para sobrevivir, lo mejor sería negociar exhaustivamente una rendición en cuyos términos se incluyera su propia exoneración. Por eso la Gestapo de Innsbruck recibió la orden de arrestar a Wenner y Von Schweinitz antes de que llegaran a Bolzano.

Para confundir más las cosas, el general Von Vietinghoff, al mando del ejército alemán en Italia, acababa de ser relevado de su puesto. Era precisamente Vietinghoff quien, aunque no sin reticencia, había enviado a Wenner y Von Schweinitz a Caserta, a negociar la rendición. Pero aquella mañana había sido despachado por el mariscal de campo Kesselring, un acérrimo de Hitler que estaba resuelto a continuar la guerra hasta que todos los soldados alemanes del frente ruso hubieran escapado con éxito al oeste. Mientras Wenner y Von Schweinitz iban en coche hacia Bolzano con el pacto de la rendición, Vietinghoff se dirigía al lago Carezza, en los Dolomitas, para enfrentarse a un consejo de guerra por abandono del deber. Todo era fútil, pero en eso andaban los líderes nazis.

En las montañas de Villabassa, los *Prominente* de Dachau disfrutaban de sus primeros momentos de libertad tras haber sido rescatados de las SS. Ahora gozaban de la protección de la Wehrmacht y estaban siendo transportados por turnos hasta el hotel Pragser-Wildsee, un oasis entre la nieve, situado junto al lago, a unos 1.500 metros de altitud. Este establecimiento, conocido también como Hotel Lago di Braies, estuvo cerrado desde el principio de la guerra, pero los partisanos lo habían reabierto como un lugar de refugio de los *Prominente*, para que estuvieran a salvo y gozaran de un mínimo de comodidad hasta que los estadounidenses llegaran o la guerra acabase (lo que sucediera primero).

Los *Prominente* apenas daban crédito a su nueva fortuna. Después de varios años en Dachau y otras prisiones sabiendo que en cualquier momento los podían fusilar, parecía increíble hallarse paseando por el terreno de un hotel turístico, frente a un lago hermoso y con una vista maravillosa de las montañas. La capa de nieve era muy gruesa y el hotel, tras haber estado cerrado tanto tiempo, estaba congelado, pero los *Prominente* apenas si se dieron cuenta. Les bastaba con volver a ser libres, con poder ir y venir a su antojo. Aún estaban vigilados, pero vigilados para su propia

protección: había centinelas que patrullaban el bosque discretamente, para protegerlos de algún desertor que merodeara por la zona o un contraataque de las SS.

Aún cabía la posibilidad de que las SS intentasen matar a los *Prominente* antes de que cayeran en manos de los aliados. Algunos de los miembros de la Gestapo que acompañaron a los *Prominente* hasta el hotel tenían una lista de personas a las que, según orden de Himmler, había que ejecutar. Se la habían mostrado a Kurt von Schuschnigg, excanciller de Austria, quien no se sorprendió al ver en ella su nombre y también el de su esposa. Suponía que la Gestapo le había enseñado la lista para atemorizarlo, pero quizá estaban intentando ganarse su favor: si le dejaban ver las órdenes recibidas y luego, claramente, no las llevaban a cabo, quizá obtendrían un buen informe del excanciller cuando los estadounidenses los apresaran.

Pero era improbable que la Gestapo recibiera informes positivos de Schuschnigg. La conocía desde hacía mucho; la conocía desde la Anexión (*Anschluss*) de 1938, cuando el ejército alemán entró en Austria para derrocar el gobierno e integrar a su país en Alemania. El canciller Schuschnigg fue detenido por la Gestapo y confinado en prisión en el cuartel de esa policía en Viena, en solitario, durante diecisiete meses. Como hombre culto, de buena formación intelectual y clase alta, fue hostigado por los guardias de las SS, que le obligaban a vaciar los orinales y limpiar las letrinas después de haberlas ensuciado deliberadamente. Los guardias habían leído sus cartas, lo habían apuntado con sus armas, habían amenazado con fusilarlo si se acercaba a una ventana, habían golpeado la mesa durante una hora seguida para molestarlo y le habían negado el permiso para asistir al funeral de su padre. El único delito de Schuschnigg había sido plantarse en el camino de Adolf Hitler, pero había pagado un precio muy elevado por ello, en manos de la Gestapo y sus matones.

Por suerte, aquellos días se habían acabado para siempre. Cuando todos los *Prominente* habían llegado ya al hotel, fueron convocados a una reunión en el vestíbulo. El capitán Von Alvensleben, de la Wehrmacht, se puso en pie y les dijo que ya no eran prisioneros de nadie y que él y sus hombres solo estaban allí para protegerlos. Después de Alvensleben habló un partisano italiano que los invitó a todos a considerarse huéspedes del gobierno del distrito del Tirol; Schuschnigg y los demás lo escucharon incrédulos: «Estamos confundidos. Nos miramos unos a otros con cierta desconfianza, algo temerosos de que esto no sea más que un sueño. ¿Pronto nos despertaremos y volveremos a la realidad? Pero lo imposible ha sucedido. El sueño es una realidad, ¡somos casi libres! ¡Y estamos en casa! ¡Nos han hablado como a seres humanos! Oh, Dios, Dios bendito, ¡es cierto!».[\[119\]](#)

Había una pequeña capilla en el bosque próximo al hotel. Como era un hombre devoto, una vez que la reunión acabó, Schuschnigg se acercó a dar gracias. Lo mismo hicieron bastantes otros prisioneros.

Unos ciento cincuenta kilómetros más al sur, aún se combatía, mientras los aliados corrían hacia el este rodeando el golfo de Venecia. Acababan de tomar la propia Venecia e iban de camino a Trieste con la intención de controlar el puerto antes de que Josip Tito y sus partisanos yugoslavos pudieran llegar a él desde el otro lado.

Venecia había caído el 29 de abril. Pero no la habían tomado los aliados, sino los partisanos italianos de la propia ciudad, que se habían alzado en contra de los alemanes para darse a sí mismos la libertad. Habían hallado bolsas de resistencia, como siempre, pero fueron barridas con celeridad antes de que llegaran las tropas británicas y neozelandesas del 8.º Ejército. Los italianos habían detenido a casi tres mil soldados alemanes aún presentes en la ciudad y los habían encerrado en un gran aparcamiento. Luego habían salido a las calles para saludar a los primeros hombres de la Brigada de la Reina (Queen's Brigade) que venían motorizados por la carretera elevada que procedía del continente. Toda la operación había funcionado tan bien que Geoffrey Cox, un oficial de inteligencia neozelandés que llegó en las primeras horas del 30 de abril, halló una ciudad apenas dañada por los combates:

En la plaza de San Marcos, la escena era de una normalidad casi fantástica. Había mujeres vendiendo comida para las palomas a los pocos soldados aliados que habían entrado ya en la ciudad. En la entrada del Campanile estaban quitando la lista alemana de los precios del ascensor y poniendo una en inglés. Todas las tiendas aún estaban cerradas, pero había multitudes que paseaban tranquilamente por aquí y por allá. Banderas enormes —el león alado de Venecia y la tricolor italiana— colgaban de los estandartes frente a San Marcos. Hubo un momento de agitación cuando un grupo de partisanos salió de una calle lateral escoltando a un fascista; iban rodeados por una multitud curiosa y vociferante. El fascista era un ejemplar mísero a más no poder, un hombre enjuto, de treinta y muchos años, con una gorra azul en la cabeza y el aspecto de un mozo de estación. Llevaba un paquete de papel bajo el brazo y tenía la cara blanca. Hacía muecas todo el rato, ya fuera de miedo o de indiferencia. Lo llevaron por el puente que corre en paralelo al Puente de los Suspiros, y de ahí a la cárcel. [\[120\]](#)

Cox fue a comer al hotel Danieli. Encontró el restaurante lleno de italianos ricos —hombres elegantes que acompañaban a mujeres muy enjoyadas— a los que la guerra no parecía haber afectado en lo más mínimo. Los ricos de Italia habían ido precisamente a Venecia para escapar a los bombardeos. Allí era donde los líderes fascistas habían enviado a refugiarse a sus esposas y amantes. Las únicas bajas que Venecia sufrió en la guerra fueron las de la gente que cayó a los canales durante la noche, por el oscurecimiento de la ciudad.

Un soldado británico de la Brigada de la Reina, que llegó unas horas más tarde que Cox, compartió su desprecio por los italianos a los que pudo ver esperando a que la guerra amainase:

Así pues, aquello era Venecia. A todos nos pareció un lugar de mala muerte. Los gondoleros corrieron a subir los precios. Debían de pensar que nos pagaban tanto como a los yanquis. Había oído hablar mucho de esta ciudad, de tanta fama de hermosa. Para mí, era un sitio inundado y sin gracia que apestaba a humedad y alcantarilla. Y a los *spaghettis* de allí tampoco les gustábamos nosotros. La plaza mayor estaba llena de sillas y mesitas, y en cada silla, durante todo el día, había o una vieja cargada de perlas o un mariquita bien vestido con su camisa de seda y el pelo muy arreglado. Nosotros llevábamos fuera desde mucho antes de El Alamein, y en esas malditas sillas de la plaza mayor de Venecia estaba la gente por la que tanto habíamos sudado para devolverles la libertad. No querían que los liberásemos. Así nos lo dijeron. Y los camareros también nos odiaban visceralmente porque no éramos como los británicos de antes de la guerra. [\[121\]](#)

Cox pensaba que los italianos, si de veras querían ir a por los fascistas, deberían empezar por el restaurante del Danieli. Le alegró alejarse de allí después de comer, cuando condujo de vuelta al continente y enfiló la carretera de Trieste. Este puerto seguía estando en manos de los alemanes, pero bajo amenaza de los yugoslavos, por un lado, y de los aliados, por el otro. Para los aliados,

mientras el camión de Cox se dirigía hacia el frente de combate, la cuestión era saber si podrían llegar allí los primeros o si las tropas de Tito se les adelantaban, se apoderarían de las instalaciones del puerto y luego reclamarían Trieste para su país.

En Milán, el general Willis Crittenger, del IV Cuerpo del ejército de Estados Unidos, había llegado aquella tarde y se encontró la ciudad sumida aún en el caos, mientras los últimos alemanes se rendían y continuaba la persecución de los fascistas italianos. Los partisanos patrullaban por las calles milanesas luciendo bufandas rojas y agitando los fusiles para impresionar a las chicas. Más de quinientas personas murieron «ejecutados» antes de que la violencia se calmara. Sus cuerpos fueron abandonados en las alcantarillas o arrojados en el depósito de cadáveres de la ciudad, o en el cementerio, a menudo sin señas identificativas de ninguna clase. En palabras del embajador británico: «Así es difícil decir si las víctimas son fascistas ejecutados por los partisanos, partisanos ejecutados por los fascistas o, simplemente, víctimas de venganzas personales».

Pero al menos, en el Piazzale Loreto los cadáveres de Mussolini y sus cómplices ya no colgaban de una viga. Los habían retirado la noche anterior. Los otros cuerpos se estaban preparando para su entierro, pero el de Mussolini fue trasladado al Hospital Policlínico para realizarle la autopsia. Mientras continuaban resonando por la ciudad disparos de fusil, Benito Mussolini yacía desnudo sobre la mesa de porcelana, rodeado por médicos italianos que afilaban los escalpelos, y también por un grupo de cámaras estadounidenses que grababan una película con todas las fases del procedimiento.

La cabeza de Mussolini aún estaba sucia por la paliza recibida. «Cabeza deformada por la destrucción del cráneo. Esquirlas de hueso clavadas en las cavidades sinusales. Globo ocular machacado y desgarrado, con escape del humor vítreo. Mandíbula superior fracturada, con múltiples laceraciones en el paladar. Cerebelo, protuberancia de Varolio, mesencéfalo y parte de los lóbulos occipitales, aplastados. Gran fractura en la base del cráneo.»<sup>[122]</sup> El dictador italiano no ofrecía ninguna vista agradable.

Un auxiliar retiró con una esponja las aureolas de los agujeros de bala en el pecho de Mussolini. Luego los médicos cortaron la parte superior del cráneo y abrieron al dictador de la garganta al abdomen. El procedimiento era el acostumbrado, pero los cámaras quedaron conmocionados. Los médicos examinaron el estómago de Mussolini y hallaron una úlcera. Inspeccionaron la aorta, buscando algún signo de las manchas blancas estrelladas que son características de la sífilis, pero al parecer no hallaron ninguna, lo que sugería que sus enemigos erraron al afirmar que una enfermedad venérea avanzada había contribuido a algunos de los gestos políticos más extremos del Duce.

La operación se prolongó a lo largo de cuatro horas. Los médicos cosieron a Mussolini al acabar. Tenía el cerebro despedazado, pero los estadounidenses se llevaron un fragmento para hacer nuevos análisis en su país. Si cabía aprender algo sobre los dictadores a partir del estudio del cerebro de Mussolini, los científicos del hospital psiquiátrico de St. Elizabeth, en Washington, tenían los microscopios preparados para ello.

Mientras estaban cosiendo a su marido, Rachele Mussolini seguía encarcelada en Como, con la triste expectativa de que la fusilaran en cualquier momento. El temor pareció confirmarse aquella noche, cuando llegó un sacerdote acompañado de sus hijos Romano y Anna Maria. Al poco rato de estar juntos se presentó también un policía que pidió educadamente a Rachele que le acompañara. Una Rachele nerviosa supuso acto seguido que le habían permitido ver a sus hijos por última vez y ahora la guiaban a su muerte.

Sin embargo, la metieron en un coche y la trasladaron al cuartel estadounidense de Como. Un oficial italo parlante la recibió con cortesía y la llevó a una sala en la que charlarían largamente. Le confió que el gobierno de Como le estaba resultando muy pesado. Quería saber cómo rayos Mussolini había logrado gobernar a aquella gente durante veinte años.

Más tarde, la llevó a la cantina de los oficiales. Rachele lloraba, angustiada por sus hijos, pero el estadounidense fue muy amable y le aseguró que los estaban cuidando bien:

Me cedió el lugar de honor y hallé la respetuosa simpatía de todos mientras las lágrimas me corrían en silencio por las mejillas. Estaba pensando en Romano y Anna Maria. Yo estaba a salvo, pero ¿y ellos? Alguien dijo, en italiano: «No se preocupe; coma». Logré hacerles entender que estaba loca de angustia por mis hijos y ellos consiguieron convencerme de que también los estaban atendiendo. Hubo multitud de sonrisas para animarme.

[\[123\]](#)

## HITLER SE VA AL VALHALLA

En la Cancillería estaban celebrando una fiesta. Mientras Hitler se retiraba a su habitación para suicidarse, los soldados de la cantina del piso superior bebían y bailaban con frenesí, liberando la tensión mientras aguardaban a la muerte del Führer. En los días precedentes, a medida que los rusos iban cerrando el cerco y el personal de la Cancillería abandonaba toda esperanza de huir, se bebía cada vez más inmoderadamente. Algunos hombres se liberaron de las inhibiciones y corrieron a casarse, otros se dieron a la botella o buscaron distracción en el sexo. Con la Cancillería llena de secretarias y refugiadas de las calles de los alrededores, el que buscaba sexo no tenía dificultad para encontrarlo.

Ernst-Günther Schenck, médico de las SS en la Cancillería, dio testimonio de lo que vio:

Había una especie de histeria colectiva y contagiosa que buscaba salida en el grupo. Muchas de las mujeres que, con los nervios de punta y los ojos enrojecidos, habían huido de sus apartamentos berlineses por temor a ser violadas por los soldados del ejército rojo se arrojaban ahora a los brazos —y petates— del primer soldado alemán que encontraban. Y los soldados no decían que no. Sin embargo, a mí no me dejaba de asombrar el ver a un general alemán a la caza, por entre los catres, de alguna técnica de comunicaciones medio desnuda. Los más discretos se retiraban a la silla de odontología del doctor Kunz, en la planta superior de la Cancillería. Esa silla parecía gozar de un especial atractivo erótico. A las mujeres más desenfundadas les gustaba que las ataran con correas y les hicieran el amor en toda una variedad de posiciones novedosas.

Al principio era un rumor que yo miraba con escepticismo. Pero entonces una de las mujeres participantes, borracha e histérica, me dio los detalles clínicos. Le prescribí sedantes. Me dijo que, antes de huir a la Cancillería, la habían violado dos veces; se había dado a la bebida pero tenía mal beber. Hacia el final, perdió todas las inhibiciones. Otra diversión era el sexo en grupo, habitualmente por los rincones oscuros.[\[124\]](#)

Traudl Junge compartía el desconcierto de Schenck: «Una fiebre erótica parecía haberse apoderado de todo el mundo. Por todas partes, incluso en la silla del dentista, vi cuerpos entrelazados en un crudo abrazo sexual. Las mujeres habían abandonado toda la decencia y mostraban libremente sus partes pudendas».[\[125\]](#)

Sin embargo, mientras aguardaban a la muerte de Hitler, habían perdido las ganas de mostrarse desnudas. En su lugar, sonaba en la cantina una música atronadora: «Tipperary», «The Lambeth Walk», *swing* estadounidense, toda la «música de la selva judía» que el Führer desdeñaba. Sonaba tan fuerte que Otto Günsche, que hacía guardia ante la habitación de Hitler, ordenó a Rochus Misch que llamara a la cantina para decirles que debían guardar silencio mientras el

Führer se quitaba la vida. El teléfono sonó repetidamente, pero nadie lo cogió. «Probablemente, ni siquiera podían oírlo. Así que pedí al ordenanza que corriera a esa planta a advertirles, pero estoy seguro de que llegó demasiado tarde.»[\[126\]](#)

La música aún estaba sonando cuando Traudl Junge decidió que ya no podía soportar más la presión. «Cuando aquella puerta se cerró detrás de Hitler y Eva, yo solo pensaba en salir. Sentía que me estaba ahogando. Ansiaba estar en silencio y dormir. Sentía un deseo fortísimo de no estar tan asustada.»[\[127\]](#) Con el afán de salir de allí, Traudl corrió hacia las escaleras que subían al búnker superior, pero solo se encontró a los hijos de los Goebbels, allí sentados, con aspecto de estar perdidos. Nadie les había dado de comer, por lo que Traudl fue a buscarles algo. Volvió con un bote de cerezas y estuvo charlando con ellos mientras les untaba pan con mantequilla y preparaba unos emparedados de jamón:

Hablo con ellos para distraerlos. Dicen algo sobre que en el búnker estamos seguros y que es casi divertido oír las explosiones sabiendo que el estallido no te puede hacer daño. De pronto se oye un disparo, tan fuerte, tan cercano, que todos nos callamos. El eco sigue resonando por todas las habitaciones. «¡Ha sido un tiro a bocajarro!», ha gritado Helmut, sin saber hasta qué punto estaba en lo cierto. El Führer ya ha muerto.[\[128\]](#)

Para Traudl, estaba claro que aquel ruido había sido el de Hitler pegándose un tiro, pero no todos lo tenían igual de claro. El fuego de la artillería, el zumbido del sistema de ventilación y el martilleo constante de los generadores en la sala de máquinas hacían casi imposible distinguir con claridad los diversos sonidos del búnker; sobre todo, a través de una puerta de acero y a prueba de bombas. Fuera cual fuese la verdad, eran poco más de las tres de la tarde, según el reloj de Traudl. Con la apremiante necesidad de estar sola, la secretaria envió a los niños de vuelta a su habitación y cogió de la mesa la botella de Steinhäger. Había un vaso vacío al lado. Traudl le echó mano y, sin pensárselo dos veces, se sirvió un buen trago de licor para calmarse los nervios.

Otros también estaban bebiendo. Heinz Linge, ordenanza de Hitler, se había tomado varios vasos de aguardiente en la cantina, mientras esperaba la muerte de su señor:

Luego volví al búnker inferior. Mi instinto me decía que era el momento. En el pasillo central del búnker inferior me encontré con Günsche y le dije que ya tenía que haber pasado. Luego fui a la antesala de la estancia de Hitler, donde hallé cerrada la puerta y olí a pólvora. Para poder tener un testigo conmigo antes de entrar en la sala de estar, volví al pasillo y encontré a Bormann de pie junto a una mesa. Le dije a Bormann: «*Herr Reichsleiter*, ¡ya ha pasado!», y acto seguido, los dos entramos en la sala de estar.[\[129\]](#)

Según los recuerdos de Linge, los cuerpos de Hitler y su esposa estaban derrumbados sobre el sofá, contra la pared de enfrente de la puerta. Era evidente que Hitler se había pegado un tiro en la cabeza:

Los cuerpos de Adolf Hitler y Eva Braun estaban sentados sobre el sofá que había contra la pared situada enfrente de la puerta de la antesala. Vistos desde esta puerta, Adolf Hitler estaba sentado en el lado izquierdo del sofá. Tenía la cabeza inclinada hacia la izquierda y algo caída hacia delante. El brazo derecho estaba entre el reposabrazos del sofá y el muslo derecho, y la mano abierta sobre la rodilla derecha, con la palma hacia arriba. Tenía los pies en el suelo. Apuntaban hacia delante y estaban separados unos treinta o cuarenta centímetros. Hitler, como de costumbre, vestía chaqueta de uniforme, pantalones negros, guantes negros y calcetines negros.

En la sien derecha vi una mancha oscura, circular, de la medida aproximada de una moneda de diez *pfennig*. Desde ese agujero, un rastro vetado de sangre bajaba hasta más o menos la mitad de la mejilla. Al lado mismo del sofá vi un charco de sangre que tendría el tamaño de un plato corriente; algunas gotas habían salpicado la estructura del sofá y la pared. Hitler tenía los ojos abiertos.

A unos treinta centímetros de Hitler estaba el cuerpo de Eva Braun-Hitler. Había subido las piernas al sofá. Las piernas apuntaban a la izquierda y el tronco estaba apoyado contra el respaldar del sofá. Tenía la cabeza derecha, los ojos abiertos, y los labios, apretados. Se había puesto un vestido azul de cuello blanco, y medias. Los zapatos estaban uno al lado del otro, en el suelo, frente al sofá. Su cara no parecía haber sufrido ningún cambio. No había heridas ni se veía tampoco ningún rastro de sangre.[\[130\]](#)

Era de suponer que Eva había ingerido un veneno. Pero Günsche, que entró en la sala justo por detrás de Linge, recordaba los detalles de otro modo:

Eva Braun estaba tendida en el sofá que había contra la pared situada frente a la puerta de la antesala. Tenía la cabeza en el lazo izquierdo del sofá, según se veía desde la puerta de la antesala. Estaba tumbada de espaldas, con la parte inferior de las piernas ligeramente encogida. El cuerpo estaba completamente quieto. Los ojos estaban abiertos. Mi primera impresión fue que Eva Braun, como Hitler, estaba muerta. Su cadáver iba vestido como antes, con un vestido azul con vueltas blancas, y medias. Los zapatos estaban sobre el sofá, a poca distancia de los pies.

En cuanto a Hitler, estaba sentado en un sillón que había a la izquierda y algo más adelante (según se veía desde la antesala), pero muy cerca del sofá. Tenía el cuerpo ligeramente caído e inclinado ligeramente hacia la derecha, sobre el brazo del sillón. El brazo derecho colgaba por el apoyabrazos. La cabeza estaba ligeramente inclinada a la derecha. Vi una herida en la cabeza, un poco más arriba del extremo exterior del ángulo del párpado derecho. Vi sangre y una decoloración oscura. Todo junto sería del tamaño de una vieja moneda de tres marcos. Tenía la boca ligeramente abierta. Había un pequeño charco de sangre en el suelo, a la derecha del sillón.[\[131\]](#)

A juzgar por las fotografías de las manchas de sangre, el recuerdo de Linge era más preciso. Parece casi indudable que Hitler se disparó en la sien, y no en la boca, mientras que su esposa tomó cianuro —para ser más exactos, ácido prúsico—, lo que dejó en la sala un fuerte olor a almendra tostada. La muerte tuvo que ser instantánea para los dos.

Linge y Günsche necesitaron un par de minutos para recobrar la compostura. Luego Linge cogió una manta para envolver el cuerpo de Hitler, y Günsche fue a la sala de conferencias para anunciar la muerte. Allí lo aguardaba Goebbels, junto con los generales Krebs, Burgdorf y unos pocos más. Günsche dio un taconazo y se cuadró. «Debo informar que el Führer ha muerto», les dijo.

Sin decir palabra, le siguieron de vuelta a la estancia de Hitler. Cogieron el cuerpo y, con las piernas colgando de la manta, lo llevaron hacia la sala de conferencias. Luego Martin Bormann trasladó el cadáver de Eva. Goebbels quedó tan afectado que anunció su intención de marcharse del búnker de inmediato para buscar la muerte fuera, a manos de los rusos.

El resto se quedó allí, preguntándose qué hacer a continuación. Aún estaban hablando sobre ello cuando llegó Erich Kempka, chófer de Hitler y administrador de la flota de vehículos motorizados. Günsche se había puesto en contacto con él para ordenarle que, sin demora ninguna, se apresurase a llevar bidones de gasolina al búnker. Kempka había conseguido reunir varias latas, pero quería saber para qué se iban a usar, en un momento de enorme escasez de combustible. También quería saber por qué debían entregarse con tanta urgencia, en medio del bombardeo.

—El jefe ha muerto —le dijo Günsche.

—¿Cómo ha podido pasar? —quiso saber Kempka—. Hablé con él ayer mismo. Estaba totalmente sano y despierto.

Se lo explicaron. Cuando se recuperó de la conmoción, Kempka ayudó a trasladar los cadáveres a la planta superior. Según su propia versión, muy adornada, Kempka se molestó al ver que el cuerpo de Eva Braun lo portaba ni más ni menos que Martin Bormann. En vida, los dos habían sentido un intenso desagrado mutuo. Las atenciones de Bormann a Eva, una vez muerta, repugnaron a Kempka:

Ese patán de Bormann llevaba el cuerpo de Eva Braun y la agarraba por el pecho con su manaza de simio. La llevaba como si fuera un saco de patatas. Justo cuando todos empezaron a subir las escaleras, yo llegué abajo. Así que le cogí a Bormann el cuerpo de Eva Braun-Hitler y empecé a subirla yo por las escaleras. Creo que si Bormann hubiera intentado detenerme, le habría pegado. Pero no protestó.[\[132\]](#)

El plan era quemar los cuerpos enseguida, secretamente, en el jardín, sin que el resto de la Cancillería lo supiera. No obstante, bajo el diluvio de la artillería enemiga era más fácil decirlo que hacerlo. La descarga era tan intensa que tuvieron que volver varias veces al interior del búnker. Al final, sin embargo, se pudo arrojar el cuerpo de Hitler, envuelto en la manta, a unos tres o cuatro metros de la entrada. Luego vino Günsche, con el cadáver de Eva, que había tomado de manos de Kempka:

Coloqué el cuerpo de Eva Braun tocando el de Hitler, a la derecha de Hitler. El resto del jardín parecía un campo de cráteres de proyectil, pero el sitio donde se habían depositado los cuerpos aún era llano. Al mismo tiempo que yo dejaba a Eva, Bormann se acercó al cuerpo de Hitler y le descubrió la cara. Mientras yo aún estaba agachado, después de depositar a Eva en el suelo, pude echar otro vistazo a la cabeza de Hitler. Las manchas de sangre de la sien se habían repartido por la cara. Pero la cara en sí aún era plenamente reconocible.[\[133\]](#)

Se roció los cadáveres con gasolina. Goebbels sacó una caja de cerillas, pero los cuerpos se negaron tercamente a encenderse. Günsche sopesó lanzarles una granada de mano, pero al final optó por un trapo impregnado en gasolina. Mientras lo acababa de preparar, vio que Linge había sacado uno de los rollitos de papel que usaba para encender las lámparas de emergencia del búnker, que eran de butano. Bormann prendió fuego al papel, Linge lo lanzó al exterior y, cuando una gran llamarada se levantó de los cuerpos, se apresuró a entrar y cerrar la puerta del búnker tras de sí.

Abrieron la puerta de nuevo y vieron que Hitler y Eva estaban en efecto ardiendo. Dieron un paso adelante, con aire solemne, se cuadraron y ofrecieron el saludo nazi; algunos, desde fuera del búnker, otros desde el umbral. El calor era tan intenso que el cadáver de Hitler ya se estaba empezando a reseca y las piernas y los brazos, presas de las llamas, daban sacudidas como los miembros de una marioneta. Heinz Linge lo observó fascinado por una rendija de la puerta: «Un hecho que no he podido olvidar es que, al cabo de muy poco rato, una de las rodillas de Eva Hitler se levantó. Se podía ver que la carne de la rodilla ya se estaba asando».[\[134\]](#)

Más tarde, Eva Hitler también se incorporó, según algunas versiones; con el *rigor mortis*, su cuerpo se plegó formando la clásica postura ecuestre, con los brazos estirados como si sostuviera unas riendas. Pero Linge no esperó a verlo. Se quedó unos pocos minutos en la entrada del búnker y luego se marchó corriendo escaleras abajo, incapaz de soportarlo por más tiempo.

Mientras los cuerpos ardían, Traudl Junge pasó un largo rato sentada en solitario, intentando calmar sus pensamientos. Al final reunió coraje para ir a ver dónde había muerto su señor:

La puerta de la estancia de Hitler sigue abierta, al final del pasillo. Los hombres que llevaban los cuerpos no tenían manos libres para cerrarla. El pequeño revólver de Eva está en la mesa, junto a un pañuelo de raso de color rosa, y puedo ver cómo la cajita de latón de la cápsula de veneno reluce en el suelo, junto a la silla de la señora Hitler. Se parece a un pintalabios vacío. Hay sangre en la tapicería azul y blanca del banco donde estaba sentado Hitler: la sangre de Hitler. De pronto, tengo ganas de vomitar. El intenso olor a almendras amargas me da náuseas. Por instinto, echo mano a mi propia cápsula. Quisiera lanzarla lo más lejos posible y marcharme de este búnker terrible.[\[135\]](#)

Con el afán aún irrefrenable de estar sola, Traudl volvió a huir. Recorrió el pasillo a toda prisa, salió del búnker del Führer y pasó a la Nueva Cancillería. Para su desolación, halló que la Cancillería también estaba llena de gente, de secretarías alegres que seguían haciendo su trabajo con valentía, como si los rusos no estuvieran a las puertas. No sabían que Hitler había muerto y Traudl, desde luego, no pensaba contárselo.

Apesadumbrada por el terrible secreto, optó en su lugar por ir a su habitación, que compartía con varias personas. Ya tenía allí las maletas listas y preparadas. Traudl se arrojó sobre el catre de campaña, enojada con Hitler por haberlos abandonado a todos, furiosa con él por haberse suicidado y haber dejado atrás a todos los demás. Tendida en la cama, deseaba sentir de nuevo el viento, respirar un poco de aire fresco, oír el sonido de los árboles mecidos por la brisa. Libertad, paz y calma, no quería otra cosa: que se pusiera fin a toda la pelea y la discordia. Pero la libertad, la paz y la calma eran inalcanzables para una Traudl que se agitaba en el catre inquieta y distraída. Aún era temprano, pero el agotamiento la hizo caer dormida.

Los cuerpos no acabaron de arder hasta que cayó la noche. Los hombres de las SS salieron cada cierto tiempo para mantener vivo el fuego. Las puertas del jardín se dejaron cerradas, para ocultar el acto a la vista de los demás, pero algunos guardias del búnker vieron qué estaba ocurriendo y contemplaron discretamente cómo los hombres avivaban las llamas y añadían más gasolina. Cuando lo explicaron, más adelante, todos expusieron recuerdos distintos.

Harry Mengershausen afirmó haber visto los pies de Hitler carbonizados hasta las pantorrillas, mientras que el resto seguía siendo reconocible. Según Herman Karnau, que decía haber visto los cuerpos a las cinco de la tarde:

Observé que los dos cadáveres habían ardido hasta quedar reducidos al esqueleto. Ya no se veían más llamas, pero aún salían volando fragmentos minúsculos de ceniza blanca. Con la intención de sepultar los restos en un

cráter de medio metro de profundidad, situado a un metro de distancia, intenté empujarlos con el pie. Nada más tocarlos, los dos esqueletos se desmoronaron. Luego tuve que abandonar el intento porque se reanudaron los ataques de la artillería pesada.[\[136\]](#)

Karnau cambió de versión más adelante, y afirmó que no había visto huesos, solo ceniza. Pero Erich Mansfeld, que se unió a él a las seis de la tarde, recordaba algo más que la mera ceniza: «Fuimos al sitio de la hoguera y vimos dos cadáveres encogidos y carbonizados, que ya no se podían reconocer».[\[137\]](#)

Solo estuvieron de acuerdo en que, al final, Hitler quedó reducido a un montón de cenizas y no dejó restos identificables que sus enemigos pudieran desenterrar. Otros sospecharon que sí pervivieron algunos restos, que se envolvieron en una lona, o quizá en la misma alfombra manchada de sangre del búnker, para ser sepultados en el jardín cuando ya era oscuro, a la luz de los edificios en llamas. Se dijo que se conservaba el cráneo de Hitler, o al menos las mandíbulas, según habrían sido identificadas luego por los puentes de oro y porcelana. Otto Günse admitió que, al caer la noche, Hitler aún no había desaparecido del todo, pero mantuvo con toda firmeza que los pocos vestigios se diseminaron por el jardín y luego fueron dispersados por la artillería. Lo cierto es que en realidad nadie lo sabía ni le importaba demasiado. Hitler faltaba y los rusos cerraban el cerco; todos estaban mucho más preocupados por su propio futuro. Ahora, al menos, tenían libertad para marcharse al fin, pero ¿cómo lograrían salir del búnker y huir de allí sanos y salvos?

Para analizar el asunto se celebró una reunión en la sala de conferencias. Goebbels, Bormann y los generales Krebs, Mohnke y Burgdorf debatieron sobre qué hacer, ahora que Hitler ya no estaba. Aprovecharon para encender unos cigarrillos. El Führer siempre había prohibido fumar en su presencia, pero en los últimos días la norma se había relajado hasta dejar de aplicarse por completo. Los esbirros de Hitler eran libres al fin para hacer lo que quisieran y abordar la situación según les pareciera, analizándola tranquila y racionalmente, sin las reprimendas del Führer.

El primer punto era la sucesión. Sin Hitler, la nación había quedado en manos de Dönitz. Pero no hacía falta recordar que el nuevo Führer estaba en Plön, muy lejos de Berlín. No había nadie que pudiera tomar el mando en el búnker mientras los seguidores de Hitler, abatidos y faltos de su guía, alargaban los cigarrillos y se preguntaban qué paso debían dar a continuación.

Bormann era partidario de huir inmediatamente, reuniendo a varios cientos de soldados para abrirse paso a través de las líneas rusas aquella misma noche, protegidos por la oscuridad. Pero los generales desdeñaron la idea, sabedores de que nunca funcionaría. No les cabía duda de que estaban atrapados en aquel lugar, sin ninguna posibilidad de escapar.

Tras mucho debatir, decidieron que la única esperanza de sobrevivir pasaba por trabar contacto con los rusos, que no sabían que Hitler había muerto, e intentar negociar algún tipo de acuerdo entre los dos gobiernos soberanos. Según el testamento de Hitler, Goebbels y Bormann seguían siendo miembros del gobierno. Si ofrecían la rendición de Alemania, quizá los rusos les darían un salvoconducto hasta Plön, donde podrían pedir la ratificación de Dönitz.

Era una posibilidad exigua, pero no tenían otra. Después de más conversaciones, se decidió que el candidato mejor para establecer contacto con los rusos era el general Krebs. Como antiguo agregado militar en Moscú, Hans Krebs hablaba su lengua y, en cierta ocasión, había recibido el abrazo público de Stalin, en un acontecimiento que se grabó en un noticiero para los espectadores alemanes. El líder soviético le había dicho que Alemania y Rusia debían permanecer unidas en una relación de amistad perpetua.

Se llamó por teléfono al coronel Refior, en el cuartel general del ejército de Tierra en el edificio del Bendlerblock, en el Tiergarten. Se le ordenó enviar un mensaje de radio a la comandancia del ejército rojo, para preguntar si estaban dispuestos a recibir a un representante del gobierno alemán. Los rusos tardaron un rato en responder, pero accedieron. Un mensajero cruzó sus líneas para discutir los detalles, tras lo cual se acordó una tregua en el sector situado al sur de la Cancillería, cerca de los restos de la estación de Anhalter.

Krebs se llevó consigo a un intérprete y un oficial del Estado Mayor, el coronel Von Dufving. Acompañados de una bandera blanca, los tres se pusieron en marcha después de la medianoche y fueron avanzando cautelosamente hasta llegar, hacia las dos de la noche, al hotel Excelsior, al otro lado de la calle de la estación. Allí los recibieron unos soldados rusos que los llevaron hasta el puesto de mando del 102.º regimiento de infantería de la guardia rusa. A los pocos minutos, y después de negarse a entregar las armas personales, Krebs y sus acompañantes cruzaron el puente colgante del canal de la Landwehr y subieron a un *jeep* que los llevó a reunirse con el general Chuikov, en su cuartel avanzado próximo al aeropuerto del Tempelhof.

## **CUARTA PARTE**

MARTES, 1 DE MAYO

«El cuartel general del Führer anuncia que nuestro Führer Adolf Hitler ha caído por Alemania en su puesto de mando en la Cancillería del Reich, esta tarde, luchando contra el bolchevismo hasta exhalar el último suspiro.»

PROCLAMA ALEMANA

## LOS ALEMANES QUIEREN HABLAR

El puesto de mando de Chuikov era un edificio de apartamentos de cinco plantas, que daba a la calle de la Belle-Alliance, así llamada por la victoria angloalemana contra Napoleón en Waterloo. Era un sitio feo, con las ventanas rotas y, sobre la entrada, un águila de cemento con una esvástica en las garras. Los hombres de Chuikov habían instalado teléfonos de campaña en uno de los comedores y habían extendido sobre la mesa un gran mapa de Berlín. La sala estaba adornada con dos grandes columnas negras. Aquí fue donde Chuikov, en la madrugada del 1 de mayo, aguardó la llegada del grupo de la rendición alemana.

No estaba solo mientras recorría inquieto la sala. El corresponsal de guerra Vsévolod Vishnevski lo había convencido de que la escena debía contar con el testimonio de algunos periodistas. Así, Vishnevski iba acompañado además de Yevgeni Dolmatovski, que en la vida civil era poeta, y del compositor Matvéi Blanter, que estaba en Berlín para escribir un himno sobre la victoria inminente.

Como Blanter no iba uniformado, cuando los alemanes aparecieron le dijeron que se ocultara en el armario. Los otros dos corresponsales se quedaron junto al edecán de Chuikov, con el aspecto de un imponente trío de oficiales del Estado Mayor, dispuestos a aconsejar a su jefe. Así fue como Krebs y su grupo los hallaron al llegar, a las cuatro menos diez de la madrugada, justo cuando el cielo empezaba a aclararse por el este.

Chuikov era el héroe de Stalingrado, el hombre que había planeado y organizado la mayor de las derrotas de Alemania en toda la historia de sus batallas, pero cuando se hizo entrar a Krebs, no se presentó. Había decidido de antemano no soltar prenda, no revelar nada ni mostrar sorpresa por nada de lo que Krebs pudiera decir. El condecorado alemán realizó el saludo nazi con una mano y ofreció su hoja de servicios con la otra, para mostrar quién era. Chuikov apenas replicó, como un campesino ruso anónimo que se reservaba la propia opinión y se negaba, deliberadamente, a entrar en el juego.

Krebs entendió que debería hablar él. No le importaba, pues tenía una primicia que sabía que haría perder la reserva a Chuikov. La comunicó con un floreo grandilocuente:

—Os hablaré de cuestiones excepcionalmente secretas. Sois el primer extranjero a quien transmito la información de que el 30 de abril, Hitler nos ha dejado por propia voluntad y ha puesto fin a su vida con el suicidio.[\[138\]](#)

Krebs hizo una pausa dramática, a la espera del asombro general.

Pero Chuikov no se dejó impresionar.

—Lo sabemos —mintió.

Krebs quedó visiblemente desconcertado. Chuikov lo dejó sufrir un rato antes de preguntarle cómo había ocurrido. Krebs se lo dijo y luego mostró el testamento de Hitler y una carta en la que Goebbels solicitaba conversaciones de paz.

—¿Son documentos referidos a Berlín o a toda Alemania? —quiso saber Chuikov.

Krebs aclaró que solo podía hablar por el ejército de Tierra. Dönitz era el nuevo jefe de estado, el hombre con el que los rusos debían negociar para concluir la guerra.

Chuikov decidió consultar con el mariscal Zhúkov. Se dirigió a otra sala y llamó por teléfono a su superior, que estaba en Strausberg, a las afueras de Berlín, y le reveló que Hitler había muerto y que los alemanes querían parlamentar. Tras ordenar a Chuikov que no colgara, Zhúkov se puso en contacto con Moscú. Empezaba a salir el sol en la capital rusa, pero Stalin acababa de irse a dormir en su dacha de Kúntsevo, para descansar unas pocas horas antes del desfile del 1 de mayo. Zhúkov indicó al oficial de guardia que lo despertara.

Stalin se puso al teléfono y se alegró al saber que Hitler había muerto.

—Así que ya se ha acabado ese cabrón. Lástima que no se lo haya podido coger con vida. ¿Dónde está el cuerpo?

—Krebs dice que lo han quemado.[\[139\]](#)

Stalin quiso saber cuándo había muerto Hitler, y Zhúkov le transmitió la pregunta a Chuikov, que se la transmitió a Krebs. Este respondió que a las tres y media de la tarde del 30 de abril, y la información volvió a pasar en cadena hasta llegar a Stalin.

—Pregúntenle a Krebs si quieren deponer las armas y rendirse o solo empezar a hablar —añadió Stalin.

Después de mucho ofuscamiento, Krebs acertó a decidir que los alemanes buscaban una tregua temporal para realizar conversaciones de paz. Pero esto no era bastante para Stalin.

—No puede haber negociaciones —le dijo a Zhúkov—. Solo la rendición incondicional. No habrá conversaciones de paz ni con Krebs ni con ninguno de los hombres de Hitler. Salvo que suceda algo nuevo, no me vuelva a llamar hasta la mañana. Debo dormir un poco antes del desfile.

Stalin regresó a la cama mientras se continuaba hablando. Con la intención de centrar a los alemanes, Zhúkov anunció que desataría toda la potencia de fuego de la que disponía si no aceptaban la rendición incondicional antes de las diez de la mañana. Pero Krebs insistía en que él no tenía poderes para rendirse. En su lugar, apremiaba a los rusos a reconocer al nuevo gobierno alemán y luego negociar un acuerdo de paz, quizá con exclusión de británicos y estadounidenses. Chuikov replicó que no habría negociaciones ni una paz por separado. Alemania solo tenía una posibilidad: la rendición incondicional.

Se siguió hablando hasta bien entrada la mañana, mientras Vishnevski garabateaba en su cuaderno. Se sirvió un desayuno de té y emparedados, con un vaso de coñac para Krebs, que este tragó con manos temblorosas. Ahora ya sabía que su huésped era Chuikov, el vencedor de Stalingrado. Hacia el final de la reunión, el compositor, Blanter, perdió el conocimiento y se cayó

fuera del armario; al parecer, se desmayó por falta de aire. Qué sentido le dio Krebs al hecho de que un civil fuera transportado fuera de la sala en medio de aquellas conversaciones es un secreto que murió con él.

Chuikov iba transmitiéndolo todo a Moscú, donde se adoptaría la decisión última. Pero era improbable que la respuesta fuese rápida, con Stalin dormido y el desfile del Día del Trabajo ocupando el pensamiento de todos. Chuikov decidió aprovechar la pausa para tender una línea telefónica entre su cuartel y la Cancillería, de forma que, cuando llegara el momento, pudiera hablar directamente con Goebbels y Bormann. Se acordó que Von Dufving y el teniente Neilandis, los dos oficiales que habían acompañado a Krebs, volverían al sector alemán del frente con dos emisores de señales rusos y la extensión de cable telefónico necesaria para realizar la conexión. Se pusieron en marcha poco después del amanecer, con una bandera blanca, mientras Chuikov y Krebs seguían conversando en el cuartel general del ruso. Ninguno de ellos se mostró dispuesto a ceder ni un ápice: Krebs se negó a proclamar la rendición de su país y Chuikov aguardó a que Moscú confirmara que la postura de Krebs resultaba inaceptable y solo se admitiría la rendición incondicional.

Mientras Krebs hablaba con Chuikov, otros alemanes también buscaban la paz, con bastante independencia de lo que estaba pasando en el búnker. A las cuatro y media de la mañana, una emisora de radio alemana que se hacía llamar «cuartel para la defensa de Berlín» envió un mensaje a los rusos, en el que pedía que un oficial soviético viniera al extremo noreste del jardín zoológico. Allí se reunirían con representantes de la Wehrmacht, con el fin de estudiar las condiciones de un armisticio.

Allí acudió, en efecto, el comandante ruso Iván Bersenev, portando una bandera de tregua y la exigencia de la rendición incondicional. Llegó al zoo a las cinco de la mañana y tuvo que aguardar durante veinte minutos, con la inquietante constancia de estar en el punto de mira de los alemanes, aunque estos hubieran prometido no abrir fuego. Se sintió muy molesto por lo que ocurrió luego:

Vi por fin a dos alemanes con una bandera blanca, que giraban por la esquina de una calle, a unos doscientos metros, y caminaban hacia mí.

Di unos pocos pasos adelante, hacia ellos. De pronto uno de ellos cayó al suelo, y justo entonces oí tiros, las balas silbaban alrededor de mí. Los disparos venían del lado alemán. Sentí un golpe en la cadera izquierda y en la rodilla, y caí. Al caer, me di un fuerte golpe contra el pavimento, en la cabeza, y perdí la conciencia.

Volví en mí cerca de mi coche. Mi ordenanza había arriesgado la vida para arrastrarme fuera del alcance de las armas alemanas, y luego él y mi chófer me alzaron y metieron en el coche. La pierna me colgaba, inutilizada, y la cabeza me zumbaba. Acerté a decir: «Llévenme con el comandante de la división» y luego caí inconsciente otra vez.[\[140\]](#)

Era una historia habitual. Algunos alemanes querían rendirse, pero otros no se lo permitían. Algo muy similar les ocurrió a Neilandis y Dufving cuando intentaron llevar el teléfono hasta la Cancillería. Llegaron a la Prinz-Albrechtstrasse enarbolando una bandera blanca y gritando a su propia gente que no abriera fuego, pero el oficial ruso que tendía la línea fue derribado por un disparo en la cabeza. Neilandis recogió el carrete y continuó con la tarea, mientras Dufving

avanzaba con la bandera. Pero los alemanes no dejaron de abrir fuego y les fue imposible cruzar. Así, Dufving se quedó en el frente, con los rusos, mientras Neilandis regresaba corriendo al cuartel de Chuikov, a exponer sus quejas. A la postre acabaron pasando, pero no pudieron establecer la conexión telefónica con la Cancillería hasta la hora del almuerzo.

Calle arriba, en el Reichstag, aunque en el techo ya ondeaba la bandera roja, todavía no se habían extinguido los combates. Ahogados por el polvo y el humo, y pese a tener una sed terrible, los defensores alemanes no cejaban en la resistencia. Las plantas superiores del edificio ya estaban tomadas, pero aún conservaban los sótanos y la zona de primeros auxilios. Hasta muy entrada la tarde no decidieron que ya habían tenido bastante y pidieron la visita de algún oficial ruso destacado con el que poder negociar. Con un abrigo que le cubría las insignias del rango, el teniente Berest dio un paso adelante y se presentó como coronel. Los alemanes depusieron las armas al poco rato, y salieron de las plantas subterráneas a la luz del día, nerviosos e inseguros, con las manos en el aire.

Casi trescientos hombres salieron «sonriendo como perros obedientes» a la vez que se preguntaban si los iban a fusilar. En los combates habían muerto doscientos y en los sótanos había otros quinientos heridos. La defensa alemana del Reichstag había sido obstinada y fanática, según los rusos; sin embargo, según afirmó más adelante un superviviente alemán, se había exagerado la intensidad de los combates por el valor propagandístico, pero él no había visto nada tan feroz. Pese a todo, no cabe duda de que algunos alemanes lucharon con obstinación, pues un puñado se negó a rendirse y no accedió a deponer las armas hasta que se les ordenó hacerlo desde su propio bando, ya al día siguiente.

Pero el Reichstag había caído, en cualquier caso y a todos los efectos. También la ciudadela de Spandau, un fortín del siglo XVII situado en la confluencia de los ríos Havel y Spree. La torre de antiaéreos del jardín zoológico estaba rindiéndose. El único edificio de primer nivel que seguía en manos alemanas en la tarde del 1 de mayo era la Cancillería del Reich. Este lugar interesaba aún más a los rusos ahora que Krebs les había contado que había un búnker subterráneo en el jardín y Hitler había pasado allí sus últimos días. Ahora, todos los ojos se volvieron en esa dirección y todos los cañones quedaron apuntados contra el objetivo; cuando el plazo de rendición otorgado por Zhúkov expiró, los rusos abrieron fuego contra la Cancillería con todas las armas disponibles.

En Ruhleben, aquel día, hubo muy pocos combates. Los rusos rodearon la zona del Reichsportfeld y concentraron el fuego sobre la Cancillería. Con la vida colgando de un hilo y una pandilla de chicas de las SS entre medio, los hombres de la unidad de Helmut Altner habían seguido el ejemplo de la Cancillería mientras aguardaban al siguiente ataque. Al ser enviado a despertar a un hombre para que hiciera la guardia, Altner lo halló bajo una manta, con una chica desnuda. Cuando el hombre se puso en pie y la manta le resbaló de los hombros, Altner quedó impresionado al ver la firmeza de los pechos de la chica.

Más tarde, si Altner recordaba bien, su amigo Windhorst le mostró una proclama de las fuerzas armadas, que se había impreso durante la noche. Se preveía que se emitiría por radio a la mañana siguiente; aún era secreta y se suponía que ni siquiera debería haber pasado a las manos de Windhorst:

El cuartel general del Führer anuncia que nuestro Führer Adolf Hitler ha caído por Alemania en su puesto de mando en la Cancillería del Reich, esta tarde, luchando contra el bolchevismo hasta exhalar el último suspiro. El 30 de abril, el Führer ha nombrado sucesor al gran almirante Dönitz.[\[141\]](#)

Altner quedó conmocionado, pero solo un momento.

Me siento como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Pero luego todo me da igual, apenas me importa, pues ya han pasado los días en los que pensé que el mundo se acabaría si ese hombre perdía la vida. Luego hablamos de ello y la noticia, aun siendo tan importante, empieza a palidecer. Solo la idea de que ahora sin duda soy libre, pues el hombre al que juré lealtad ha muerto, me hace feliz. Pero Windhorst dice que, según ha declarado Hitler, el juramento se aplica igual a su sucesor.

A otros soldados, la noticia les sentó peor. En el sótano donde estaba el brigada Kaiser, la noticia de la muerte de Hitler desató una discusión encendida. Al anuncio siguió una exclamación de asombro, y luego un silencio repentino cuando Kaiser sugirió que, en lugar de combatir el bolchevismo hasta el último instante, quizá Hitler había ingerido un veneno para evitar que los soldados lo mataran de una paliza. Un tiempo atrás, las palabras de Kaiser habrían supuesto que lo acusaran de traición y lo ejecutarán de inmediato. Pero ya no era así.

Todo el mundo se preguntaba si la muerte de Hitler suponía el fin de la guerra. No era así por el momento, desde luego, porque en el exterior aún se combatía. Tras la comida llegaron algunas otras chicas de las SS, caras desconocidas que flirteaban con los soldados en torno de la mesa, sabedoras de que, probablemente, al día siguiente estarían todos muertos. A Altner le sorprendió que el comandante de la compañía tolerase la situación, hasta que vio que también el comandante se había llevado a una chica. Se dijo a sí mismo que, si todo seguía así, aquella noche las chicas que habían llegado ayer se llevarían una decepción. Tendrían que aguardar turno y quedarse a la espera de que se acabara de «probar» a las nuevas.

Hildegard Knef dormía profundamente. Después de una noche terrible de esquivar al enemigo, ella y Ewald von Demandowsky llegaron al Kurfürstendamm al amanecer. Esta calle, que había sido la más moderna de Berlín, con la aproximación de los rusos era ahora una zona de guerra. Hildegard y Demandowsky hallaron refugio con una amiga de la madre de este, una señora anciana, de ochenta y dos años. Mientras un carro de combate pasaba lentamente junto a ellos, con un muerto colgado de la torreta, la vieja señora los llevó a su apartamento y les dio agua, y, sonriendo alegremente, les preparó una taza de café. La anciana estaba tan tranquila, tan serena, que Hildegard se preguntó si quizá no comprendía lo que estaba ocurriendo fuera, en las calles.

Con la descarga de artillería, la casa se agitaba como un barco en un mar agitado. Al mirarse en el espejo, Hildegard no reconoció la figura sudorosa y manchada de sangre, con la cara sucia y

las manos destrozadas. Con la certeza de que iba a morir, había intentado escribirle a su madre una carta de adiós, para decirle que todo había acabado y no había salida y darle las gracias por una vida bonita. Pero no logró dar con las palabras y las lágrimas empaparon el papel. Hildegard hizo trizas la carta y cayó dormida.

Ahora la despertaban otra vez. Se irguió de repente mientras la anciana le decía que los rusos habían llegado y estaban en el sótano de la casa adyacente. Tenían que marcharse enseguida. Si los rusos encontraban algún soldado en el edificio, lo arrasarían.

—Lo lamento mucho —se disculpó la anciana—. Tenéis que iros. Los demás inquilinos han insistido.[\[142\]](#)

Como compensación, puso algunos cigarrillos en manos de Demandowsky. Él y Hildegard se vieron en la puerta sin idea de adónde ir. Los otros inquilinos les gritaban desde la rejilla del sótano, instándoles a desaparecer antes de que los rusos los vieran. Corrieron calle arriba, dejando atrás el cuerpo de un chico con la cara amoratada y la lengua inflada, que colgaba de un árbol. En el pecho le habían colgado un cartel: «Soy un cobarde. Tenía demasiado miedo para luchar por mi patria».

Al poco, se encontraron con un oficial alemán con restos de metralla en el cuello.

—¿De dónde venís? —quiso saber.

—Schmargendorf. Perdimos a los otros.

—¿Cuándo?

—Ayer, ayer por la mañana.

El oficial se mostraba escéptico. Hildegard y Demandowsky le parecían desertores.

—Seguidme —ordenó.[\[143\]](#)

Los llevaron hasta un puesto de mando situado en la Albrecht-Achillesstrasse. Otro oficial les ordenó aguardar a que se dictara su sentencia. Habían desertado y abandonado la compañía a la vista del enemigo; no era necesario decir que la pena correspondiente era la ejecución sumaria.

De vuelta en el búnker, el coronel Von Dufving había logrado completar la línea telefónica. Las SS lo habían arrestado al regresar a sus propias líneas, acusándolo de traición, pero pudo convencerlos de que no era así. El cable disponible se había quedado corto, por lo que hubo que buscar una extensión que luego la artillería partió por la mitad. Pero Dufving había perseverado y ahora contaban con una línea que conectaba la Cancillería con el cuartel de Chuikov, en las inmediaciones del aeropuerto.

Krebs llamó acto seguido y pidió hablar con Goebbels. Este le dijo que volviera a la Cancillería con las exigencias de los rusos, para poder hablar de ellas en persona. Para impedir cualquier malentendido, antes de irse, Krebs le repitió a Chuikov la lista de las cinco condiciones:

1. Berlín se rendiría.
2. Se entregarían las armas de todos los que se rendían.
3. Se perdonaría la vida a los militares de todos los rangos.
4. Se ayudaría a los heridos.

5. Se negociaría con los aliados por radio.

Chuikov asintió con la cabeza. Según su reloj, cuando Krebs se marchó, pasaban ocho minutos de la una. Krebs parecía muy reticente; primero buscó los guantes, luego una mochila inexistente, en fin, todas las excusas para no perder la seguridad del cuartel ruso. A Chuikov le pareció que Krebs ansiaba que lo hicieran prisionero, pues prefería arriesgarse con ellos antes que volver al manicomio y morir con todos los demás, como ratas atrapadas en la ratonera. Pero Chuikov no tenía intención de ayudarlo, porque Krebs le resultaba más útil en el búnker.

Goebbels no se alegró de verle regresar. Se suponía que Krebs volvería con la garantía de un salvoconducto para todos, un billete de salida para todas las personas de importancia del búnker. Sin embargo, había regresado tan solo con una invitación a rendirse.

—¿Cómo que «rendirse»? —replicó Goebbels con furia—. No pienso usar las pocas horas que me quedan como canciller para firmar un instrumento de rendición.[\[144\]](#)

Los demás se mostraron de acuerdo con Goebbels. La rendición no les ofrecía nada de provecho. Lo que buscaban era poder salir de allí con seguridad, no la rendición.

Así pues, decidieron rechazar las condiciones rusas y continuar luchando. Al cabo de unas pocas horas, volvería a ser de noche. Entonces podrían escapar; los miembros menos distinguidos del séquito se quedarían para retener a los rusos mientras ellos se deslizaban hasta la línea del U-Bahn, el metro, y desaparecían por la red de túneles. No era una perspectiva fantástica, desde luego, pero sí preferible a levantar las manos y esperar a que los aliados los llevaran a la horca.

Al ver cómo Goebbels y los otros decidían en contra de la rendición, el locutor de noticias Hans Fritsche resolvió que estaban todos locos, completamente ajenos a la realidad. Fritsche era un locutor popular y funcionario destacado del ministerio de Propaganda, pero seguía conservando el sentido de la medida. Sabía que a Berlín ya no le quedaba más alternativa razonable que la de rendirse. Como los demás se negaban a aceptarlo, decidió ocuparse del asunto por sus propios medios. Regresó a su oficina en ruinas, en la Wilhelmplatz, y se sentó a redactar una propuesta propia de rendición para el mariscal Zhúkov.

No había llegado muy lejos cuando irrumpió en la sala el general Burgdorf, borracho y temblando de ira.

—¿Es cierto que vais a entregar la ciudad a los rusos?

Fritsche asintió y Burgdorf anunció que lo tendría que ejecutar, pues la orden de Hitler que prohibía la rendición aún estaba en vigor. Sacó una pistola, pero el técnico de radio que le había guiado hasta la sala de Fritsche se la arrancó de las manos de un golpe. Burgdorf fue reducido y se lo escoltó de vuelta a la Cancillería, de forma que Fritsche pudo continuar elaborando su propuesta.

Mientras él seguía con la labor, en el búnker la inmensa mayoría se preparaba para huir. Solo uno o dos habían preferido renunciar, optando por el riesgo de quedarse. El plan de los huidos era ir escabulléndose por grupos de unas veinte personas, o quizá más, saliendo por la ventana del sótano que había bajo el balcón de la Cancillería desde el cual Hitler pasaba revista. Luego cruzarían la Wilhelmplatz a toda prisa, con la intención de bajar a la estación de metro de Kaiserhof. Una vez allí, se trataba de dispersarse por los túneles, con la intención de situarse a

una distancia segura del búnker antes de que amaneciera y la esperanza de no toparse con rusos que vinieran por el otro lado.

Traudl Junge estaba entre los que eligieron irse. También Konstanze Manziarly, la cocinera personal de Hitler. La noche anterior había tenido que elaborar la cena del Führer para que nadie supiera que había muerto, pero le costó mucho no llorar mientras se dejaba ver friendo unos huevos y cociendo unas patatas con crema de leche. Las dos mujeres recibieron una pistola cada una, más unas botas, pantalones y cascos de acero; en suma, todo lo que necesitaban para una fuga. Los almacenes del búnker quedaron abiertos y los alimentos se distribuyeron libremente: latas de comida, vino, champán, toda clase de productos de lujo que llevaban mucho tiempo sin ver. En cualquier otro momento, quizá las mujeres se habrían dado un atracón hasta quedar inútiles, pero en aquellas circunstancias, en medio de un infierno, los productos de lujo no les servían de nada. Les resultaría mucho más práctico llevarse raciones de comida y una botella de agua.

Pocos decidieron quedarse en el búnker. El general Burgdorf estaba tan ebrio que no podía ir a ningún sitio; y el general Krebs, demasiado agotado después de pasar por el cuartel de Chuikov. Goebbels también había optado por quedarse. Como sufría de pie equinovaro y tenía seis hijos pequeños, sabía que de ningún modo podría cruzar discretamente las líneas rusas. Él y su esposa habían elegido suicidarse; matarían a los niños antes de que llegaran los rusos, y luego se quitarían la vida ellos mismos. Varias personas se habían ofrecido a llevarse a los niños y mantener su identidad en secreto, pero Goebbels se negó.

—Prefiero que mis hijos mueran a que vivan en desgracia —le había dicho Magda Goebbels a Traudl Junge—. En la Alemania que saldrá de la guerra, no habrá lugar para nuestros hijos.[\[145\]](#)

La familia Goebbels había vivido como una unidad y pensaba morir del mismo modo.

Pero aún no había llegado ese momento. Goebbels aún tenía que acabar su diario. Hacía muchos años que escribía un diario con el relato cotidiano de su vida en el corazón del Tercer Reich. Tras encerrarse en su habitación, mientras su esposaba se sentaba con los niños y el resto del búnker aguardaba a la caída de la noche, Goebbels cogió papel y pluma y se dispuso a componer la entrada final de la historia de su vida. Era un resumen de siete páginas, pensado para la posteridad, con todo lo que él y Hitler habían intentado conseguir al embarcarse en el proceso que ahora había terminado de una forma tan desastrosa para ambos.

## LOS NAZIS SE REAGRUPAN

Lejos, en Plön, al almirante Dönitz aún se le veía en los ojos la falta de sueño derivada de haber estado hablando con Himmler durante la noche. Pero no había tiempo para descansar. Estaba trabajando intensamente con sus asistentes cuando recibió otro mensaje de Martin Bormann, desde el búnker. Se envió a las ocho menos veinte de la mañana y llegó a manos de Dönitz justo antes de las once: «Testamento en vigor ahora. Vendré lo antes posible. Hasta entonces, mejor frene publicación».

Dönitz quedó asombrado. «Testamento en vigor ahora.» Esto solo podía significar una cosa: Hitler había muerto. Algo le había pasado en Berlín. Y ahora, él, Dönitz, era el nuevo Führer.

Se acercó al teléfono y llamó a Albert Speer a su refugio próximo al lago de Eutin. Se puso a habla una de las secretarias de Speer, a la que comunicó secamente que el Führer había muerto. Unos pocos minutos más tarde, Speer se marchó hacia Plön para reunirse con Dönitz. Estaba con él cuando llegó de la Cancillería la continuación del telegrama anterior:

Al gran almirante Dönitz

PERSONAL Y SECRETO. SOLO POR MEDIO DE OFICIAL

Führer fallecido ayer 15.30. Testamento de 29 de abril nombra a Ud. presidente del Reich; Goebbels, canciller del Reich; Bormann, ministro del Partido; Seyss-Inquart, ministro de Exteriores. Por instrucción del Führer, se ha enviado el testamento desde Berlín a Ud. y mariscal de campo Schörner para su custodia.

Bormann intentará reunirse con Ud. hoy, para orientarle sobre la situación. Forma y tiempo del anuncio a tropas y opinión pública, a su criterio. Confirme recepción.

Goebbels, Bormann

Ahí lo tenía. Hitler había muerto; era de suponer que se había suicidado, pues el mensaje hablaba de su fallecimiento, no de su muerte en combate. Ahora era tarea de Dönitz mantener unido al pueblo alemán y concluir la guerra. No solo eso: tendría que hacerlo con Goebbels y Bormann, a tenor de las condiciones del testamento de Hitler. Sin embargo, para lidiar con el hundimiento de Alemania y batallar por una paz aceptable, a quien menos quería ver alrededor era a Goebbels y Bormann. Con ellos cerca, su cadáver estaría flotando en el agua antes incluso de poder empezar.

Al mirar a Dönitz, Speer constató que el almirante estaba enojado por la carga de tener a Goebbels como canciller y a Bormann como ministro del partido nazi, precisamente en un

momento como aquel:

—No puede ser, ¡en ningún caso! —exclamó Dönitz, porque aquello equivalía a vaciar de poder su cargo—. ¿Ha visto alguien más el mensaje de radio?

Salvo el empleado de la radio y el asistente del almirante, Lüdde-Neurath, que había llevado el mensaje directamente a su jefe, nadie lo había visto. Dönitz ordenó entonces que se hiciera jurar al técnico que guardaría silencio, y que el mensaje se mantuviera bloqueado y confidencial.

—¿Qué haremos si Bormann y Goebbels acaban llegando aquí? —preguntó Dönitz. Acto seguido añadió, con firmeza—: Desde luego, no voy a colaborar con ellos, en ningún caso.[\[146\]](#)

Tras meditarlo, decidió que, si Bormann y Goebbels se dejaban ver en Plön, habría que arrestarlos. Pero antes tendrían que llegar hasta Plön. Como necesidad más inmediata, Dönitz decidió seguir manteniendo en secreto la muerte de Hitler durante unas horas, hasta tener tiempo de acomodarse a la situación. Ya había dado instrucciones de que el general Jodl y el mariscal de campo Keitel acudieran a Plön para evaluar la situación militar. Luego, como nuevo Führer, llamó igualmente a otros generales y a varios oficiales nazis. Mientras Albert Speer esbozaba el anuncio que Dönitz dirigiría a la nación aquella noche, el almirante pasó el resto del día consultando con todas las personas de importancia con las que se pudo comunicar, antes de aparecer en público con la noticia y revelar al mundo la muerte del Führer de Alemania.

Ya hacía varias horas que el mariscal de campo Keitel iba de camino a Plön. Llevaba en la carretera desde las cuatro de la mañana, porque trasladaba el cuartel general otra vez, para seguir estando un paso por delante de los rusos. Primero se dirigió en coche a Wismar, en la costa báltica, pero por dos veces tuvo que abandonar el vehículo y echarse a correr para salvar la vida, cuando la RAF bombardeó las largas columnas de la Wehrmacht en retirada. Keitel quedó conmocionado al ver que los cazas de la RAF volaban libremente sobre sus cabezas. Eso significaba que los británicos ya estrechaban el cerco tanto como los rusos por el otro lado.

Keitel no era un soldado del frente. Era una criatura de Hitler, un oficial del Estado Mayor al que los auténticos militares despreciaban a más no poder. Había sido ascendido hasta una posición situada muy por encima de su techo natural; por su falta de luces, nunca debería haber pasado de coronel. Pero los mariscales de campo ocupaban un lugar especial en la sociedad alemana y Hitler necesitaba mantener cerca a los generales. Había promovido a Keitel porque se podía confiar en que siempre respondería «Ja, mein Führer» y haría exactamente lo que se le decía, en lugar de intentar poner en duda las órdenes, como hacían a veces los oficiales más independientes.

Pero Hitler, hasta donde Keitel sabía, estaba atrapado en Berlín, y el hombre del momento era Dönitz. Al llegar a Wismar, Keitel conversó con el general Jodl y el general Kurt Student sobre la necesidad de mantener los puertos bálticos abiertos para la avalancha de soldados y refugiados de la Prusia oriental. Luego Keitel y Jodl se marcharon, en coches separados, a los barracones navales de Neustadt, al norte de Lubeca, donde esperaban hallar a Dönitz. Tras averiguar que estaba en Plön, Keitel continuó hacia allí aquella noche. Halló al almirante reunido con otro oficial, conversando sobre las defensas costeras del mar del Norte.

También estaba allí Hanna Reitsch, la piloto aérea favorita de Hitler. Tras escapar de Berlín con Robert von Greim, había trasladado al nuevo jefe de la Luftwaffe hasta Plön, para una entrevista con Dönitz. Keitel charló con ella mientras esperaba el turno para hablar con el almirante y se enteró, asombrado, de que Fegelein había sido ejecutado en el búnker por orden de Hitler sin ni siquiera un simulacro de juicio. Se había llegado a un punto extremo, desde luego, si ahora a oficiales tan próximos a Hitler como Fegelein se los podía ejecutar a capricho.

Keitel fue recibido por Dönitz. El almirante lo trató con suficiente cortesía, pero no se alegraba particularmente de ver al mariscal de campo. Como los hombres de la Wehrmacht, entendía que Keitel era un «faisán dorado», uno de aquellos oficiales inútiles que, con uniformes lustrosos, se pavoneaba por detrás de las líneas mientras los verdaderos soldados proseguían con la guerra. Había ordenado que el mariscal de campo Von Manstein reemplazara a Keitel como jefe del Estado Mayor, pero aún no se había podido dar con el paradero de Manstein, por lo que Dönitz tendría que seguir con Keitel hasta encontrar a su relevo. Sin embargo, habría preferido a un oficial que comprendiera mejor las condiciones del frente.

Charlaron largo y tendido, sobre todo acerca del carácter irremediable de la situación. Sin revelar su importancia, Dönitz mostró a Keitel el primer mensaje de Bormann y le dijo que, al parecer, mientras hablaban, el testamento y última voluntad de Hitler estaba de camino a Plön. A los dos les resultaba obvio que Berlín no podría resistir mucho más tiempo. Dönitz quería que el ejército alemán de Checoslovaquia emprendiera sin retraso la retirada hacia el oeste, para rendirse a los estadounidenses cuando correspondiese. Keitel no estuvo de acuerdo; si los alemanes huían y los rusos salían en pos, decía el mariscal de campo, la retirada se convertiría enseguida en una desbandada. Aun pareciéndole un desacierto, Dönitz accedió a posponer la decisión hasta haber hablado de ello con el mariscal de campo Schörner, que dirigía las tropas de Checoslovaquia.

Al acabar la reunión, Keitel regresó en coche a Neustadt. Lo retrasó de nuevo la RAF, que, poco antes del anochecer, atacó las poblaciones próximas al cuartel de Marina. Al llegar llamó al general Jodl para comparar las anotaciones sobre los respectivos encuentros con Dönitz. Jodl también consideraba que Alemania debía seguir combatiendo hasta que se hubiera evacuado del todo el frente ruso y se pudiera plantear una rendición segura en el oeste, ante los aliados. A Jodl le parecía que británicos y estadounidenses acabarían peleándose con los rusos, más tarde o más temprano. Si los alemanes lograban resistir unos pocos días más, por tanto, tal vez lograrían forzar la cuestión y abrir una brecha entre los países democráticos y los bolcheviques. Si lo conseguían, sin duda sería en beneficio de Alemania, porque, de llegarse a un enfrentamiento con los rusos, los aliados occidentales preferirían tener a los alemanes en su bando.

En su nuevo cuartel, próximo a Travemünde, Heinrich Himmler estaba desesperado cuando se sentó a desayunar después del encuentro nocturno con Dönitz. Le había representado una decepción amarga saber no solo que no sería el nuevo Führer, sino que no había lugar para él en el nuevo gobierno. Llegó al cuartel con el ánimo por los suelos, y dormir unas pocas horas apenas lo mejoró. Tras volver de una breve estancia en Copenhague, Walter Schellenberg se reunió con él y

lo encontró muy nervioso y distraído mientras hablaban de la situación en Escandinavia y de las propuestas del conde Bernadotte para una retirada pacífica de Noruega y Dinamarca.

Himmler decidió visitar otra vez a Dönitz después del desayuno. Llevaba tantos años en el centro de la red nazi que, ahora que se había quedado sin trabajo, ya no sabía qué otra cosa hacer. Se dijo a sí mismo que aún lo necesitarían en un puesto u otro, aunque solo fuera porque los aliados no podrían mantener el orden, acabada la guerra, sin contar con las SS. Le parecía obvio que Eisenhower y Montgomery, para lidiar con el caos de la Alemania de posguerra, necesitarían los servicios de Himmler como jefe de la policía e «indispensable factor de la ley y el orden». En sus momentos más irracionales se veía incluso como el ministro de Interior del mundo de la posguerra: no ya de Alemania, sino de toda Europa.

Haciéndose acompañar por Schellenberg, Himmler partió a las once. Viajaron por la ruta de Lubeca, pero las carreteras estaban tan congestionadas que, aunque una escolta de las SS les abrió paso, no llegaron a Plön hasta las dos. Pero allí nadie esperaba a Himmler, ni lo había invitado, por lo que no tenía cita con el almirante. Había otras muchas personas que aguardaban para ver al nuevo Führer; Himmler tuvo que aguantarse la impaciencia y fue paseando desconsolado por el cuartel, sin nada que hacer. Keitel lo vio y se preguntó a qué estaría jugando. «No tengo ni idea de cuál era su intención, en realidad, pero me pareció que quería ponerse a nuestra disposición, para nuevos servicios, y mantenerse al corriente de la situación.»<sup>[147]</sup> Otros también lo vieron y se preguntaron si había algo de cierto en la noticia radiofónica de que Himmler había estado negociando con los aliados a sus espaldas.

Dönitz, cuando por fin halló tiempo para ver a Himmler, tenía poco que decirle. Aquel hombre no le gustaba y le causaba temor, porque aún tenía las SS a su disposición; pese a todo, le repitió, con claridad meridiana, que no había sitio para él en el nuevo gobierno. Himmler no lograba hacerse a la idea. Como estaba convencido de que, tarde o temprano, se lo necesitaría, decidió quedarse cerca del cuartel de Dönitz durante los días siguientes, de tal forma que pudiera presentarse casi en el acto, si lo llamaban. Como oficial de enlace con el cuartel general de Dönitz tenía a Hans Prützmann. Tras dejarle instrucciones claras de que no se moviera de allí, Himmler regresó a su caravana, después de un día sumamente insatisfactorio para él, y se marchó hacia su propio cuartel para esperar el momento oportuno y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Ribbentrop también estaba en Plön. Tras varios días en la carretera, finalmente había llegado desde Berlín y había establecido un cuartel propio a las afueras de la ciudad. Como Himmler, estaba seguro de que Dönitz necesitaría a un hombre de su experiencia para el nuevo gobierno. Llevaba sentado junto al teléfono desde su llegada, con la certeza de que lo iban a llamar. Estaba convencido de que el almirante querría confiarle una tarea de importancia; con toda probabilidad, el mismo puesto de ministro de Exteriores que había desempeñado para Hitler.

El teléfono sonó, en su debido momento, pero no con la oferta que Ribbentrop ansiaba escuchar. Dönitz había resuelto volver a nombrar a Konstantin von Neurath, el predecesor de Ribbentrop, como ministro de Exteriores y, al mismo tiempo, primer ministro del nuevo gobierno.

Pero no lograba dar con Neurath, por lo que el edecán de Dönitz llamó a Ribbentrop para preguntarle si sabía su paradero.

Ribbentrop lo desconocía y, además, se sintió ofendido al descubrir que su puesto se lo iban a ofrecer a Neurath. Por ello, acudió de inmediato (probablemente, cuando caía la noche del 1 de mayo) a ver a Dönitz y aclarar que, como legalmente él seguía siendo el ministro de Exteriores, debía permanecer en esa posición; más aún, insistió, cuando Hitler le había ordenado tantear una negociación con Gran Bretaña. Recordó que, antes de la guerra, había sido el embajador en Londres y conocía bien a los británicos, de cuyo aprecio y respeto gozaba. Si en los días y las semanas próximas debía haber negociaciones con los británicos, él era el hombre idóneo para esa labor.

Pero Dönitz tenía otra opinión de Ribbentrop: como en Londres, lo consideraba un necio demasiado aficionado a las poses. No pensaba confiar el puesto de ministro de Exteriores al hombre que había asegurado a Hitler que los británicos nunca entrarían en la guerra. Puso fin a la entrevista fingiendo solicitar la ayuda de Ribbentrop para la selección de un nuevo ministro de aquella cartera. Si no se podía encontrar a Neurath, habría que elegir a otra persona. Dönitz pensaba en el conde Schwerin von Krosigk, que había disfrutado de una de las becas Rhodes para estudiar en Oxford, pero estaba abierto a otras sugerencias, de forma que le rogaba a Ribbentrop que se marchase y dedicase la noche a pensar en otras posibilidades. Ribbentrop prometió hacerlo así y volver al día siguiente con una lista de candidatos.

En Mauterndorf, la sección de las SS que custodiaba a Hermann Göring en su castillo acababa de recibir la orden de darle muerte. Lo dictaba así Martin Bormann, desde el búnker. Tras enviar un mensaje a Dönitz para indicarle que el testamento de Hitler estaba en vigor, había enviado otro a Mauterndorf, redactado con un lenguaje igual de críptico. «La situación en Berlín es cada vez más tensa. Si cayéramos en Berlín, habrá que exterminar a los traidores del 23 de abril. ¡Hombres, cumplan con su deber! ¡De ello dependen su vida y su honor!»

El mensaje resultaba lo bastante claro. Aun sin decirlo expresamente, Bormann les ordenaba ejecutar a Göring por el telegrama del 23 de abril en el que preguntaba si debía ocupar el puesto del Führer. Bormann siempre había odiado a Göring. Ahora se le presentaba una ocasión de eliminar a su rival de una vez por todas.

Pero en las SS no lo tenían tan claro. Por un lado, sentían un profundo desprecio por Bormann. Por otro, querían estar en el bando que se impusiera cuando la tormenta pasara. Ejecutar a Göring podría ser una mala idea, a ese respecto, pues luego les podrían pedir cuentas por ello. Así pues, decidieron cubrirse las espaldas.

Se envió una copia del telegrama a Berchtesgaden, que se mostró al general Karl Koller, jefe del Estado Mayor de la Luftwaffe. Acababa de enviar a Mauterndorf una unidad de señales con la misión de establecer en la ciudad una fuerza leal a Göring. Era un destacamento menor, pero ante las SS su número se exageró enormemente, para dejar claro que pagarían caro cualquier intento de asesinato del antiguo jefe de la Luftwaffe.

Lo primero que Koller pensó, al ver el telegrama, fue que quizá él mismo era uno de los

traidores a los que se debía exterminar, pues en efecto había ayudado a redactar el mensaje de Göring del 23 de abril. Quedó aliviado al saber, por el oficial de las SS que lo trajo, que no tenían intención de llevar a cabo tales órdenes. No estaban en situación de permitir que Göring se marchara, pero tampoco estaban dispuestos a matarlo.

Más tarde, llegó de Mauterndorf otro oficial de las SS. El Standartenführer Krause compartía la reticencia general a matar a Göring, pero no se arriesgaría a liberarlo sin la debida autorización. Quería que la Luftwaffe decidiera por él.

—¿Por qué no liberáis a Göring por la fuerza? —le preguntó a Koller—. Contáis con más hombres que nosotros.

—No quiero arriesgarme a liberar a un cadáver.[148]

Krause le dio la razón. No se podía negar que algunos de los hombres de las SS a su mando quizá preferirían fusilar a Göring, antes que dejarle ir. «No puedo poner la mano en el fuego por todos mis hombres, si nos atacan», admitió, después de reflexionar un tanto. «Pero si usted decide no actuar, *Herr General*, le prometo que a Göring no le pasará nada. Ahora bien, por favor, asegúrese de que no tarden en levantar su arresto.»

De nuevo en Plön, Albert Speer había decidido pasar la noche en el cuartel de Dönitz, mejor que volver a su caseta del lago de Eutin. Con una bolsa preparada por su secretaria, le cedieron el uso de una sala pequeña del barracón de Marina. Mental y físicamente, estaba agotado; cuando se fue a la cama, había pasado un día redactando mensajes para Dönitz y reprimiendo las emociones por la muerte de Hitler. Después de cerrar la puerta de su cuarto al acabar uno de los peores días de su vida, Speer se alegró de hallarse a solas por fin.

Cuando deshice la maleta, vi que Annemarie Kempf había metido el estuche de cuero rojo con el retrato de Hitler, que el Führer me había firmado cuando cumplí los cuarenta, seis semanas atrás. Me sentía bastante bien hasta que —no sé por qué— abrí el estuche y planté la fotografía en la mesita de noche, junto a la cama. Y entonces, de pronto, allí de pie, empecé a llorar. No podía parar. Seguí llorando y llorando hasta que caí dormido sobre la cama, sin haberme quitado ni una pieza de ropa.[149]

## 1 DE MAYO EN RUSIA

No hubo lágrimas para Hitler en Moscú. Era el 1 de mayo, la fiesta del trabajo, el día más importante del calendario soviético. Stalin se había puesto en pie otra vez, tras dormir unas pocas horas, y todo el mundo se estaba congregando en la Plaza Roja para el desfile. Los soldados del destacamento de Moscú estaban ocupando sus puestos y formaban, ataviados con los uniformes más elegantes, frente al mausoleo de Lenin. Los diplomáticos y otros invitados estaban hallando asiento en las tribunas adyacentes a los muros del Kremlin. A la gente corriente no se le permitía acceder a la plaza sin un pase, pero se apiñaban por cientos de miles en las calles próximas, con ganas de vitorear a los soldados al paso. Las regulaciones propias del tiempo de guerra se habían relajado para la ocasión, de modo que la gente de fuera de Moscú también pudiera acudir y sumarse a la diversión. Habían respondido con ganas y llenaban las calles como multitudes felices y animadas, que no solo querían celebrar el 1 de mayo, sino también el inminente final de la «gran guerra patriótica».

Stalin presidió el desfile posterior a los discursos. Desde el balcón del mausoleo de Lenin parecía una figura benigna, que sonreía generosamente a los soldados que marchaban por debajo marcando el paso con las bayonetas relucientes. Por detrás de los hombres iban *jeeps* y camiones, veloces carros blindados y artillería pesada: todo el poder militar de un país en guerra. Por el aire, el vuelo de los cazas sonaba con intensidad. Stalin lo contemplaba con satisfacción, sabedor de que todas aquellas fuerzas estaban a sus órdenes, sabedor de que el enemigo había caído y, aun cuando todo parecía apuntar a que sería imposible, se había impuesto en un conflicto verdaderamente espantoso. Así lo dijo en la orden del día dada a las fuerzas armadas rusas:

¡Comaradas!

Este año, los pueblos de nuestra madre patria celebran el Día del Trabajo al mismo tiempo que la victoriosa conclusión de la gran guerra patria.

El ejército rojo ha tomado la Prusia oriental, base del imperialismo alemán, la Pomerania, la mayor parte de Brandeburgo y los distritos principales de la capital alemana, tras haber alzado la bandera de la victoria sobre Berlín ...

La guerra mundial desatada por los imperialistas alemanes se acerca a su fin. El hundimiento de la Alemania hitleriana es inminente. Los caudillos hitlerianos, que se tenían por los amos del mundo, han quedado destruidos. La bestia fascista ha sufrido una herida mortal y está exhalando el último suspiro. Solo queda una cosa por hacer: asestar el golpe letal a la bestia fascista.

¡Combatientes del ejército rojo y la armada roja! Está en marcha el último asalto a la guarida de Hitler.

Vuelvan a dar ejemplo de pericia y gallardía militar en estas batallas finales. ¡Golpeen al enemigo con fuerzas renovadas, quebranten hábilmente sus defensas, no les den respiro hasta que cesen en la resistencia![\[150\]](#)

Podría haber dicho más, sin embargo. Stalin podría haber hecho anunciar por los altavoces que Hitler había muerto y los alemanes buscaban la paz. Moscú habría roto en vítores, si lo hubiera hecho así. Pero Stalin guardó silencio. Aún no tenía la plena certeza de que Hitler había fallecido. Solo tenía la información sin pruebas de un general alemán que, además, afirmaba que el cuerpo había ardido hasta desaparecer. Por lo que a él le constaba, Hitler bien podría estar de camino a Sudamérica. Así, aunque le habría encantado poder anunciarlo, antes de divulgar la noticia que toda Rusia anhelaba oír, optó por esperar a los acontecimientos.

Como parte de las celebraciones, Stalin había decretado que se disparase una salva de cañón en todas las ciudades importantes de la Unión Soviética: Moscú, Leningrado, Stalingrado, Minsk, las capitales de las repúblicas satélites y muchas otras. En Moscú sonaron según lo previsto: veinte salvas de artillería que resonaron estruendosamente por la ciudad. El ruido llegó a todas partes, incluso hasta las paredes de la prisión de la Lubianka, donde Aleksandr Solzhenitsyn, que antes de ser arrestado había sido precisamente capitán de artillería, estaba encerrado en una celda en compañía de otras cinco personas. Estaba acusado de realizar actividades antisoviéticas y a la espera de la sentencia.

En comparación con el resto de Moscú, en la Lubianka fue un día muy tranquilo. La cárcel solía ser un lugar de gran ajetreo, ruido y actividad, por ejemplo cuando se sacaba a los prisioneros de las celdas para interrogarlos. A veces los apaleaban hasta que perdían la conciencia; otras veces solamente los enviaban al bloque de castigo con una reducción de las raciones, como pena por faltas tan triviales como haberlos hallado dormidos fuera de la hora autorizada. Pero aquel día, la prisión estaba en un silencio inaudito. Los guardias apalearon a uno de los prisioneros, pero no hubo ningún interrogatorio, probablemente porque los responsables se habían tomado el día libre para unirse a las celebraciones del Día del Trabajo. La Lubianka permaneció silenciosa durante todo el día; tan desacostumbradamente silenciosa, de hecho, que por la noche los prisioneros acabaron sintiéndose de lo más inquietos.

En la celda de Solzhenitsyn acababan de quitar de la ventana el panel oscurecedor. Aún era imposible ver qué ocurría fuera, porque el grueso de la ventana estaba bloqueado de forma permanente por una hoja de metal, apodada «mordaza», pero al menos, ahora que ya no se practicaba el oscurecimiento, entraba un poco de luz diurna. Y el hecho de que ya no la ocultaran quizá significara, además, que la guerra había acabado o le faltaba ya poco.

Solzhenitsyn estaba en la celda número 53. Entre sus compañeros de encierro había un ingeniero, un soplón que iba revelando a los interrogadores todo lo que oía, y un mecánico, ahora enfermo mental, que en tiempos había sido chófer de Nikita Jrushchov, la estrella emergente del partido comunista. Ninguno de ellos era un amigo del alma, pero para Solzhenitsyn, compartir la celda con otras personas suponía un privilegio, después de haber estado tanto tiempo confinado en solitario. Lo prefería, sin lugar a dudas, a estar encerrado en las celdas de castigo sin más compañía que la de sí mismo.

A Solzhenitsyn lo habían arrestado en los primeros días de febrero por haber criticado la forma en que Stalin dirigía la guerra. Había estado en Prusia oriental, donde servía como comandante de una batería, cuando se le hallaron unas cartas, dirigidas a un amigo del colegio, en las que no se mostraba nada complaciente con la estrategia militar «del de los bigotes». Solzhenitsyn había tenido el cuidado de no mencionar a Stalin por su nombre y, por otro lado, tampoco había criticado su liderazgo más que miles de oficiales alemanes y aliados en similares contextos de lamento. Pero las cartas fueron suficientes para que lo relevaran de su mando, lo detuvieran y lo condujeran a la Lubianka.

Por desgracia, no eran solo las cartas. Cuando detuvieron a Solzhenitsyn, el sargento revisó sus pertenencias y corrió a eliminar un libro saqueado a los alemanes que contenía una foto de Hitler, antes de que lo hallaran los inspectores. Pero en la carpeta de los mapas le hallaron otras fotografías: retratos de líderes alemanes y rusos, del tamaño de un sello, tomados de un libro sobre la primera guerra mundial. Entre los retratados figuraban el zar Nicolás II y León Trotski, lo que se interpretó como una prueba clara de la tendencia subversiva de Solzhenitsyn. También hallaron diarios: cuatro cuadernillos con notas para una novela sobre la guerra. Solzhenitsyn había apuntado todo lo que había visto con sus propios ojos o había oído contar a otros soldados, tanto si se refería a los combates del frente como a la miseria y la hambruna que la colectivización soviética de los años treinta había supuesto a la gente corriente. Llevaba un registro con los nombres de los soldados y las fechas en las que había hablado con ellos. Quizá el material no fuera suficiente para condenarlo, al menos en aquella fase, en la que los interrogadores aún no lo habían leído, pero era más que bastante para impedir que Solzhenitsyn se declarase inocente. Se resignó a lo inevitable y decidió que, en su debido momento, reconocería su culpa y aceptaría el castigo que le impusieran.

Tenía claro de qué clase de castigo se trataría. Ser condenado por el artículo 58 del código penal soviético significaba trabajos forzados, muchos años de penalidades en algún gulag perdido, un azacaneo agotador por el delito de decir lo que pensaba en una carta para un amigo. Cuando cumpliera con la sentencia, además, no se le permitiría volver a su casa. Sufriría el exilio interior: sería expulsado a miles de kilómetros de distancia, a pasar el resto de sus días en algún lugar dejado de la mano de Dios, lejos de todo lo que apreciaba. Así era cómo se había tratado a los prisioneros políticos en los duros y malos tiempos del zar. En su celda de la Lubianka, Aleksandr Solzhenitsyn empezaba a darse cuenta, poco a poco, de que así se los trataba también en el comunismo.

Los cañones tronaban por todo Moscú. También tronaban en Kiev, la capital de Ucrania, donde el teniente general Nikita Jrushchov era comisario. Se dispararon veinte salvas, de acuerdo con lo decretado por Stalin. El ruido retumbó intensamente hasta la otra orilla del río Dniéper, mientras los funcionarios comunistas y los comandantes militares locales presidían el tradicional desfile del Día del Trabajo.

A Jrushchov, la guerra le había ido bien. Como oficial político en Stalingrado, había sido un vínculo crucial entre Stalin y los generales del frente en la batalla cada vez más cruda por la

defensa de la ciudad. Había dirigido desde el frente mismo y pasó la mayor parte de su tiempo con los soldados que combatían contra los alemanes, no en la seguridad del cuartel. Se había interesado vivamente por su bienestar y había procurado que los intereses de los combatientes fueran prioritarios, de forma que recibieran toda la comida, el armamento y la instrucción que necesitaran. Eso le había valido un ascenso al rango que ostentaba entonces y ya nunca había echado la vista atrás.

Stalingrado le había enseñado a Jrushchov dos lecciones de enorme valor para el futuro: que se debía evitar la guerra por cualquier medio y que ni siquiera Stalin era infalible. Al igual que Solzhenitsyn, a medida que la contienda avanzaba, Jrushchov se iba formando una pobre opinión de la capacidad militar de Stalin. También veía las deficiencias de la agricultura colectivizada, sobre todo en los campos de cereales de Ucrania. A diferencia de Solzhenitsyn, sin embargo, Jrushchov siempre fue lo bastante cauto para no revelar a nadie esa opinión. Como político de carrera, en una carta a un amigo no se le pasaba por la cabeza decir lo que pensaba.

Y ahora la guerra estaba prácticamente acabada. Como sus servicios ya no eran necesarios en el frente, Jrushchov había regresado a Kiev, unas semanas atrás, para empezar a reconstruir Ucrania mientras el resto del ejército se adentraba en Alemania. Seguía en contacto con las tropas y, en particular, con el mariscal Zhúkov. Se conocían desde antes de la guerra y siguieron conversando regularmente por teléfono. Zhúkov había llamado el otro día, por ejemplo, entusiasmado porque sus hombres ya estaban cerca de Berlín.

—Ese hijo de puta de Hitler... —le había dicho a Jrushchov—. Lo voy a encerrar en una jaula y os lo voy a traer sin tardanza. Y cuando lo entregue en Moscú, pasaré primero por Kiev, para que tú también lo puedas ver.[\[151\]](#)

A Jrushchov le apetecía sobremanera. Como político de raza, sabía reconocer la ocasión de una buena foto cuando la veía.

También tronaban los cañones en Odesa, el gran puerto soviético del mar Negro. Allí, el desfile del Día del Trabajo se celebraba en la plaza de Kulikovo. Por lo general era un acto rutinario, al que asistían sobre todo los oficiales del partido y líderes comunistas locales. Aquel año, sin embargo, los *apparatchiks* contaban con la compañía de una extranjera muy distinguida: Clementine Churchill, esposa del primer ministro británico.

La señora Churchill llevaba en la Unión Soviética desde el 2 de abril. Recorría el país tras recibir una invitación de Stalin para ver qué labor se estaba haciendo con el material proporcionado por la Cruz Roja británica. Como mecenas del Fondo Británico de Ayuda a Rusia, había recaudado, mediante aportaciones voluntarias, dinero suficiente para volver a equipar dos hospitales destruidos en los combates, así como proporcionar ambulancias, aparatos de rayos X, mantas y ropa de abrigo en gran escala. Había acudido a inspeccionar los resultados por sí misma, con el ánimo, además, de informar luego en privado a su esposo sobre el estado de ánimo del pueblo ruso, con la guerra próxima a su fin.

Habían sido unas semanas agotadoras. Tras volar hasta Moscú con Mabel Johnson, secretaria del Fondo de Ayuda a Rusia, había tomado un tren especial hasta una Leningrado que aún se

estaba recuperando de los más de ochocientos días de asedio alemán. Desde allí, las dos mujeres y sus asistentes continuaron hasta Stalingrado, escena de la mayor las batallas de aquella guerra. Cuando se acercaban a las ruinas de la ciudad, a Clementine le pareció que aquella escena ya la había vivido antes.

Mi primer pensamiento fue: ¡Cómo se parece esto al centro de Coventry o a la devastación de la zona de St. Paul! Solo que aquí, el caos y la destrucción parecen extenderse hasta el infinito. Me llamó la atención un edificio que era una ruina, pero había sido ingeniosamente apuntalado y arreglado. Me contaron que era el edificio en cuyo sótano los rusos habían capturado a Von Paulus, el comandante alemán. Pensé que era típico de ellos esforzarse todo lo posible por conservar aquella ruina debido a su valor simbólico.[\[152\]](#)

Después de Stalingrado, Clementine había ido a Crimea, donde conoció a la hija de Chéjov, el dramaturgo, y se alojó en el palacio de Vorontzov, en la misma estancia que había ocupado su esposo durante la conferencia de Yalta. Desde allí, ella y Mabel Johnson habían acabado llegando a Odesa, donde pasaban dos días antes de regresar a Moscú y volar de vuelta a su país.

Era un día ajetreado. Tras contemplar el desfile, llevaron a Clementine a un campo de internamiento donde tratarían con prisioneros de guerra británicos liberados por los rusos. Había unos 250, que, tras ser apresados por los alemanes, aguardaban ahora la repatriación. Acababa de llegar un barco que los devolvería a casa. Los prisioneros se alegraron mucho de conocer a la esposa de Winston Churchill, sabedores de que la guerra casi había terminado y estaban a punto de regresar a su país. Ella también se alegró de verlos:

Nos reforzó más todavía la feliz sensación de liberación que se notaba por todas partes, mientras iban llegando las noticias de la guerra, e hizo que el pulso se nos acelerase al ver a nuestros hombres marcharse a casa, liberados de la miseria de la cautividad y sabedores de que pronto volverían a estar con sus familias, después de la larga y dura separación.

También fuimos a un campo con un millar de civiles franceses que habían sido deportados a Alemania para hacer trabajos forzados. Estos pobres estaban en muy mala condición después de varios años de penalidades, trabajo esclavo y raciones insuficientes. A muchos los habían tatuado para identificarlos.[\[153\]](#)

Clementine quedó conmocionada al conocer a una francesa tan castigada por los alemanes que ya ni siquiera tenía claro cómo se llamaba.

—Creo que ya me acuerdo —le dijo a Clementine, después de pensar un rato—, pero hasta hace una semana ya solo pensaba en mí misma con mi número.[\[154\]](#)

Era su número de prisionera, que llevaba tatuado en el brazo, como le enseñó a Clementine. Había una gran cantidad de mujeres en tal estado, reducidas a una simple cifra después de años de trabajar como esclavas para los alemanes. En tanto que importante puerto de embarque, en Odesa había muchas personas así, cuando la guerra llegó a su fin: prisioneros holandeses y belgas recién liberados por los nazis; checos y eslovacos, distintos entre sí; soldados rumanos y húngaros; alemanes con uniformes harapientos; judíos de Auschwitz. Los campos estaban desbordados por la gran cantidad de personas desplazadas de toda Europa. La mayoría vivió aquel día con un estado de ánimo espléndido, alegre y feliz: se celebraba el Día del Trabajo, la guerra había terminado y se filtraba la noticia de la visita de la señora Churchill. Lo único que necesitaban ahora era un barco que los llevase a casa.

Otto Frank no fue uno de los que vio en persona a la señora Churchill, pero se sintió muy consolado por su llegada. En su campo se repartieron, para celebrar la visita de la dama, treinta cigarrillos y una ración doble de chocolate. Los cigarrillos eran una bendición especial porque fuera del campo se los podía trocar por pan blanco.

Frank estaba en Odesa desde el 24 de abril. Tras ser detenidos en Ámsterdam el mes de agosto anterior, él y su familia habían sido deportados a Auschwitz, donde, a la llegada, se los separó. Un tiempo después, su esposa fue elegida para la cámara de gas; logró escapar a otro bloque de barracones pero enfermó y falleció. Las dos hijas habían sido enviadas a Bergen-Belsen. El propio Frank tuvo suerte de escapar a la ejecución. Estaba en el hospital del campo, con un peso de poco más de cuarenta y cinco kilos, cuando los rusos liberaron Auschwitz, en enero.

En marzo comenzó el largo viaje de regreso. Al principio, Frank fue conducido a un campo de refugiados en Katowice, donde disfrutó de su primer baño en condiciones desde hacía varios meses. Allí tuvo noticia de la muerte de su esposa, por medio de otro interno. Nadie sabía nada de sus hijos, por lo que él suponía que aún estarían en algún lugar de Alemania, quizá incluso de camino hacia casa.

La continuación del viaje hacia Odesa duró tres semanas, en un tren que serpenteaba a través de los Cárpatos por Tarnów y Czernowitz. Frank había trocado una camisa por pan, en una ocasión, y una manta por manzanas. Otras veces fue alimentado amablemente por la población local, tanto judíos como gentiles, que le daban lo que tenían y rechazaban todo pago. Se enojó al saber, el 17 de abril, que no continuaría hasta Odesa por ser un alemán de nacimiento (y haber luchado por el káiser en el frente occidental). Pero la orden se canceló a los pocos días y Frank llegó al puerto sin más demoras.

Durante la marcha hasta el campo de refugiados se le había roto uno de los zapatos, pero Frank se lo tomó con calma. Con su habilidad para el trueque, no tardaría en encontrar otro en algún sitio. Al llegar, se bañó y despiojó otra vez, y la Cruz Roja le dio jabón y toda una variedad de alimentos: «Mantequilla, carne, queso, mermelada, huevo, salmón, chocolate, té, leche, avena». Después de Auschwitz, aquello parecía un sueño.

Lo mejor de todo, sin embargo, mejor aún que la visita de la señora Churchill o que el chocolate y los cigarrillos, fue la noticia de que estaba a punto de partir hacia su hogar. A los dos días, zarparía un barco en cuya lista de pasajeros figuraba el nombre de Otto Frank. Cuarenta y ocho horas más y estaría en el mar Negro. Unos pocos días más tarde volvería a estar en algún lugar de Europa, de la Europa liberada, camino de Ámsterdam.

«¡Lo único que espero es encontrarme a mis hijos en casa!», acababa de decirle a unos parientes suizos en una carta.<sup>[155]</sup> Aún apesadumbrado por la muerte de su esposa, a Otto Frank solo le quedaban sus hijos. Los echaba mucho de menos, sobre todo a su hija pequeña, Anne. Pensar en Anne y Margot era lo único que le había permitido seguir adelante durante los últimos meses de Auschwitz, especialmente amargos. Frank rogaba a su Dios y cruzaba los dedos con la esperanza de que las dos estuvieran allí, esperándole, cuando por fin volviera a Ámsterdam.

OPERACIÓN *CHOWHOUND*

Sobre las aguas del mar del Norte, acababa de empezar la operación Chowhound [«glotón»], versión estadounidense de la Operación Maná. El cielo estaba lleno de Fortalezas Volantes que se dirigían a los Países Bajos cargadas de comida para los holandeses. Tras haber esperado mucho a que el tiempo mejorase, los estadounidenses se morían de ganas de salir. Al igual que la RAF, ya estaban cansados de provocar la muerte y la destrucción por media Europa. Lanzar comida a gente que se moría de hambre era mucho más de su agrado.

Los condados de Anglia oriental aún estaban muy nublados, a la hora de despegar, pero la operación ya no podía demorarse por más tiempo. Con la tranquilidad de que en Holanda el cielo estaba despejado, los bombarderos se situaron en formación, a baja altitud, y pasaron el mar del Norte unos pocos cientos de pies por encima del mar. Las tripulaciones examinaban la costa holandesa con nerviosismo, al acercarse a la zona, pues eran conscientes de que los alemanes seguían controlando allí las defensas antiaéreas. Como con la RAF, se había acordado que unos pocos bombarderos volarían por delante de los demás, para poner a prueba la reacción de los alemanes antes de dar la señal de proceder. Los cañones alemanes siguieron con atención el vuelo de los aparatos, para asegurarse de que se atenían a la ruta pactada, pero no abrieron fuego. La operación Chowhound siguió adelante según lo previsto.

Despegar desde Snetterton Heath, en Norfolk, resultó una experiencia turbadora para Max Krell, del 96.º grupo de bombarderos. Su aparato voló tan bajo sobre la costa holandesa que podía ver a los artilleros alemanes siguiéndolo con la mirada al paso. Podrían haberles arrojado piedras, ¡no digamos cañonazos! El avión volaba a una altura aún menor cuando llegó a la zona de lanzamiento de Ypenburg, un aeródromo próximo a La Haya. Descendió hasta los 400 pies y, al mismo tiempo, bajó las ruedas y los alerones para reducir la velocidad a 130 millas por hora, prácticamente el límite mínimo que requiere una Fortaleza Volante para mantenerse en el aire.

Los holandeses se alegraron al verlo, según recordaba Krell:

Nunca jamás habíamos visto signos de celebración como los que hacía la gente al correr a por la comida que les caía del cielo. La gente saludaba a los aviones, había banderas por todas partes y era evidente que nos agradecían el esfuerzo. Como la carga era difícil de manejar, algunas cajas no cayeron limpiamente, sino que la tripulación tuvo que empujarlas por la plataforma de lanzamiento. Cayeran donde cayeran, todas las cajas parecían hallar receptor al poco de tocar el suelo. Algunas incluso las vieron recuperarlas de los canales.[\[156\]](#)

Los estadounidenses lanzaban raciones décuplas: cajas de raciones militares que contenían diez comidas para un soldado. Claude Hill, del personal de tierra del 390.º, había convencido al piloto del *Hotter 'n Hell* de que lo llevara como artillero de la sección central en su primer vuelo sobre el territorio enemigo. Contempló fascinado cómo las cajas de cartón caían en un canal y los holandeses, que no las perdían de vista, se sumergían de inmediato a por ellas. Otros las vieron chocar contra invernaderos o atravesar los tejados, lo que sin duda suponía un peligro grave para los habitantes. Pero a los holandeses no les importaba. Saludaban a los estadounidenses y sus atronadoras Fortalezas agitando sábanas, manteles y lo que pudieran hallar.

Tras haber cumplido con su cuota de misiones de combate, el artillero de torreta Bernie Behrman también se alegraba de ver a los holandeses. En su tripulación, todos se felicitaban de poder abrir la bodega sobre el aeródromo de Valkenburg para arrojar comida, en lugar de explosivos de gran potencia:

Podía ver a soldados alemanes patrullando en su puesto. Lanzábamos la comida. Como la comida iba en bolsas de arpillera, alguna se quedaba cogida en las piezas de enganche de la bodega. Esto no causaba mayor problema, sin embargo; cerrábamos el portón y regresábamos a la base con buenas sensaciones. La tripulación de a bordo era una tripulación de combate y había contribuido a destruir muchas cosas. Después de todas las misiones destructivas, todos nos sentíamos muy bien con esta misión.[\[157\]](#)

Ralph DiSpirito, artillero de la torreta central del *Maiden Prayer*, compartía este entusiasmo. Al ver Holanda desde baja altura se habían cumplido todas sus expectativas: el camino a Valkenburg estaba sembrado de canales, molinos y campos de tulipanes. Lo que mejor recordaba eran los tulipanes, cuya vista desde lo alto era maravillosa.

«THANKS, YANKS» («GRACIAS, YANQUIS»). Los holandeses habían deletreado este mensaje con flores, recortando los campos de tulipanes para formar mayúsculas que les mostraran su aprecio. Algunos de los aviadores más curtidos lloraban de emoción al leer palabras como estas y ver a multitudes que los vitoreaban con genuino entusiasmo. Pero la respuesta más sentida la divisó un atento artillero de cúpula, que enseguida llamó por el intercomunicador a su artillero de cola: «¡Cierra los ojos! Eres demasiado joven para ver esto».[\[158\]](#) En tierra, desvaneciéndose ya en la distancia, una joven holandesa se había levantado la falda del vestido y la hacía ondear alegremente ante los estadounidenses. Debajo no llevaba nada.

A unos 650 kilómetros de allí, el general George Patton se dirigía al recién liberado campo de prisioneros de Moosburg, al norte mismo de Múnich. Había venido desde Núremberg en un avión que había aterrizado en una pista situada por detrás del frente, y recorría el resto del camino en un *jeep*. Moosburg era un campo de internamiento de oficiales aliados, entre otros, en el que se encerró a quizá unas cien mil personas de una gran variedad de naciones. Treinta mil eran estadounidenses.

La ciudad próxima la había tomado el ejército de Estados Unidos el 29 de abril. Los prisioneros recibieron con enorme gozo lo que, desde la distancia, parecían carros de combate

estadounidenses que inspeccionaban el campo antes de regresar a sus líneas. Ya sabían que la liberación estaba cerca, porque unos cazas Mustang de la fuerza aérea estadounidense habían pasado a baja altura y movieron las alas para indicar a los prisioneros que no habían caído en el olvido.

Cameron Garrett, que, antes de que lo derribaran, era artillero de cola de un B-24, fue uno de los prisioneros estadounidenses que ansiaban la llegada de su gente:

Durante toda la noche oímos el ruido de los camiones alemanes que cargaban y abandonaban el complejo. No llegaban lejos antes de que se oyera una única explosión. Nadie podía dormir; en todos y cada uno de los 110.000 prisioneros había un aire claro de expectación. Las tropas alemanas de las SS se movían por fuera de la ciudad, bajo cobertura, en el empeño de instaurar un perímetro defensivo contra el ataque estadounidense.

En algún lugar, las SS alemanas abrieron fuego con armas menores; la descarga de respuesta fue de armamento automático pesado, que dominó el enfrentamiento. Nos ordenaron que nos quedáramos en los barracones y no hizo falta que nos insistieran para que nos mantuviéramos agachados y con los cascos puestos. Aproximadamente una hora después, un silencio sobrecogedor perforó aquel aire explosivo. Contuve la respiración al sentir en la tierra la vibración de los carros de combate de nuestro ejército, que alcanzaron lo alto del cerro que dominaba el campo y se dirigieron a nosotros. Pronto, el ruido de los Sherman en movimiento quedó apagado por el estruendo de gritos, vítores, llantos y chillidos en una docena de idiomas distintos.

Los Sherman del 3.º Ejército entraron aplastando la cerca del complejo. Cada uno de los blindados fue rodeado por un aluvión de prisioneros de guerra andrajosos, escuálidos y mugrientos. Cuando se arrió la bandera alemana que ondeaba en lo alto de la iglesia de Moosburg, los hombres vitorearon con júbilo y a voz en grito. Con la misma celeridad, toda la muchedumbre quedó en silencio cuando se alzó en su lugar la «Vieja Gloria», la bandera de nuestro país. Los prisioneros recién liberados se cuadraron ante la bandera y la saludaron, independientemente de su nacionalidad.[\[159\]](#)

Luego hubo un generoso reparto de comida, arrojada a los prisioneros desde los Sherman. Los tripulantes lanzaban raciones a la multitud como caramelos en un desfile. Para Garrett y sus amigos, aquello era comparable a un Día de Acción de Gracias. Los alemanes se habían rendido, los prisioneros volvían a ser libres, la guerra casi había concluido. Y ahora veían al general Patton —el mismísimo «Sangre y agallas», según lo apodaban— dando zancadas por el campo con su famoso cinturón de hebilla de plata y un revólver con empuñadura de marfil en cada muslo.

Había llegado a la hora de comer y cruzó la puerta en pie sobre su *jeep*. El campo entero lo ovacionó y no paró hasta que el viejo, con su dominio del espectáculo, alzó el brazo para pedir silencio. Pronunció un breve discurso, el típico sobre cómo azotarían a los alemanes hasta llegar a la misma Berlín. Luego bajó del coche y dio una vuelta por el campo, hablando con los prisioneros y examinando las condiciones por sí mismo. Lo que vio no le gustó nada. Las condiciones de Moosburg distaban de ser tan pésimas como en Belsen o en Buchenwald, pero tampoco eran buenas. Había un brutal exceso en el número de internos y durante las últimas semanas no habían comido más que de los paquetes entregados por la Cruz Roja de Estados Unidos. De un barracón a otro, Patton se fue deteniendo aquí y allá para charlar con los hombres, sin sentirse arredrado. «Pienso matar a esos hijos de puta por esto», le dijo a un grupo de prisioneros.[\[160\]](#) Estaba tan emocionado que incluso dio un apretón de manos a algunos de los hombres, algo que casi nunca hacía.

Patton se quedó media hora y luego volvió a la guerra. Los prisioneros lo vieron marcharse

hacia Landshut, donde uno de los oficiales de su Estado Mayor había estado preso durante la primera guerra mundial. Luego planeaba seguir adelante, hacia Austria y Checoslovaquia, si Eisenhower se lo permitía, con ansias de llevar su ejército conquistador lo más lejos posible antes de que sonara el silbato final y los días más magníficos de su carrera militar, y quizá también de su vida, llegaran a una conclusión triunfante.

Treinta kilómetros más al sur, Lee Miller y Dave Scherman, que venían de Dachau, llegaron cuando Múnich ya se había rendido a los estadounidenses y sus soldados se afanaban en buscarse un sitio en la ciudad. No había combates que fotografiar, por lo que se dirigieron al número 16 de la Prinzregentenplatz, un viejo edificio de apartamentos próximo al río. Era donde Hitler había residido desde los años veinte, cada vez que acudía a Múnich.

Como acababa de decir Eisenhower en un mensaje de felicitación al ejército, el 16 de la Prinzregentenplatz era «la guarida de la bestia»: el lugar desde el cual Hitler había dado forma al partido nazi antes de llegar al poder. Aquí, por otro lado, su sobrina Geli Raubal había preferido suicidarse a seguir viviendo con un monstruo. El edificio, que dominaba una plaza adoquinada, no era nada extraordinario, aunque era cómodo. Hitler había empezado ocupando una sola habitación, pero luego adquirió el edificio entero. Se instaló en un piso de nueve habitaciones, en la segunda planta; su guardia de las SS estaba en la planta baja, al lado de la entrada. El sótano se convirtió en cocina para el personal y por debajo aún se construyó un refugio antiaéreo a prueba de bombas.

Cuando Lee y Scherman llegaron, descubrieron que todo el lugar había sido tomado por la 45.<sup>a</sup> división. El 179.º regimiento había puesto un centinela en la puerta y usaba el edificio como puesto de mando. Como abundaba el espacio libre, los dos fueron invitados a pasar la noche allí.

No hizo falta que les insistieran. ¿Qué otro lugar de Múnich les podía convenir más? En realidad, apenas daban crédito a su buena suerte. Lanzaron sus pertrechos en el apartamento de Hitler y fueron pasando de una habitación a otra, inspeccionando sus pertenencias, examinando todo lo que encontraban, intentando atisbar cómo era el hombre real, por detrás de la máscara pública. La biblioteca estaba repleta de lujosos libros con encuadernación de cuero, como volúmenes regalados al Führer por sus admiradores, pero había pocos libros propios. De hecho, en general había pocos signos de su personalidad, salvo algunas pinturas en las paredes, de escasa calidad, y un gran globo terráqueo que, sin duda, habría tenido algún papel en sus reflexiones.

El dormitorio de Hitler tampoco ofrecía mucha información. Las cortinas eran de quimón de unos grandes almacenes y tenía una gran caja fuerte, de color crema, en el rincón. Podía llamar a la muchacha, el mozo y la guardia apretando un botón de la mesilla de noche. Al baño adyacente se accedía también desde una pequeña habitación provista de una cama individual, en la que había dormido Eva Braun cuando pasaba la noche allí.

En la otra punta de la planta había un apartamento separado con una centralita de primera categoría en la pared. Desde allí, Hitler podía llamar por teléfono directamente a Berlín, Berchtesgaden y sitios similares. Como Berchtesgaden aún no había caído en manos de los aliados, el teniente coronel William Grace, del 179.º regimiento, intentó conectarse con el Berghof al llegar, por la remota posibilidad de que Hitler pudiera descolgar. Un amable operador alemán

le pasó, pero nadie respondió. Berchtesgaden aún no se había repuesto del bombardeo de la RAF, unos pocos días antes.

Tras bajar de nuevo, una vez inspeccionado el piso, Lee y Scherman hallaron a una alemana que vivía en un apartamento de la planta baja. Estaba casada con un inglés llamado Gardner, poseía la nacionalidad británica y hablaba un inglés excelente. Les habló de la amante de Hitler, Eva Braun, y les mostró una jarra con la forma de la cabeza del rey Jorge VI que, al levantarse, entonaba el himno nacional británico. Había sido un regalo de Neville Chamberlain para Hitler cuando visitó la Prinzregentenplatz, que le habían pasado a ella para que lo cuidara.

En el exterior, Lee y Scherman fueron a ver la Hofbräuhaus, la antigua y famosa cervecería en la que Hitler, al principio de su carrera, había esbozado el manifiesto nazi de veinticinco puntos. El techo había caído por los bombardeos, pero aún había cerveza en el sótano. En la Hofbräuhaus, los estudiantes de la universidad de Múnich celebraban el Día del Trabajo, en los tiempos más felices, pero en aquella ocasión no había festejos, pese a que unos pocos civiles sí bebían, en un ambiente apagado, en la sala de la planta baja, que no había quedado destruida. Lee también se tomó una cerveza, aunque solo fuese para poder decir que había bebido allí.

Más adelante, ella y Scherman visitaron la casa de Eva Braun en la Wasserburgerstrasse. Al llegar, la hallaron saqueada: los refugiados la habían puesto patas arriba buscando algo de comer. A Lee le resultó curioso saber que Hitler había mantenido una amante e inspeccionó las posesiones dispersas de Eva con un interés especial. La casa era sosa y anodina, pero encontró algunas fotografías de Hitler, dedicadas afectuosamente a Eva y su hermana Gretl. La mayoría de la ropa de Eva se había desvanecido, pero los frascos de perfume y los otros accesorios que aún quedaban hablaban de una mujer considerablemente femenina. Entre otras cosas, había un irrigador vaginal, pintalabios de Milán y una reserva de productos de belleza de Elizabeth Arden. El surtido de productos del botiquín evidenciaba que la mujer de la vida de Hitler vivía la menstruación como un doloroso martirio.

De vuelta en la residencia de Hitler, Lee se bañó; era el primer baño en condiciones desde hacía varias semanas. Se quitó la ropa, situó una fotografía de Hitler en el borde de la bañera y se enjabonó en el baño del mismísimo Führer, mientras Scherman iba tomando fotos. También la fotografió en el escritorio de Hitler y retrató al sargento Arthur Peters repanchigado en la cama de Hitler, leyendo una copia de *Mein Kampf*. También tomó una instantánea del coronel Grace de pie junto a la centralita, sosteniendo en la oreja el teléfono de Berchtesgaden. Si el Führer estaba allí, seguía sin responder.

Al sur de Múnich, la 36.<sup>a</sup> división de Texas había llegado a Bad Tölz, una ciudad balnearia situada junto al río Isar. Por un prisionero, supieron que el mariscal de campo Gerd von Rundstedt los esperaba en el sanatorio local. El alférez Joe Burke, del 141.º regimiento de infantería, fue a detenerlo con una patrulla de diez hombres de la compañía A.

Rundstedt ya no era un militar en activo. En 1939 había sido recuperado para el servicio activo y dirigido a los ejércitos alemanes en su avance por Polonia, Francia y Rusia, pero había chocado a menudo con Hitler a propósito de la dirección de la guerra. Tras el desembarco de

Normandía, había reconocido lo inevitable e instó a sus superiores, en Berlín, a negociar con los aliados en lugar de continuar luchando en una batalla perdida. «¡Hagan la paz, idiotas!», llegó a chillar, en cierta ocasión. Se hizo caso omiso de su consejo y, en marzo de 1945, Rundstedt fue relevado discretamente de su mando.

Aquejado de una dolencia cardíaca y una pierna con artritis, había ido a Bad Tölz a realizar una cura. Cuando llegó Burke, estaba sentado junto al fuego con su esposa e hijo. Rundstedt quedó muy sorprendido, pues no esperaba a los estadounidenses hasta la mañana siguiente. Se rindió de inmediato, con la amargura de haber concluido la carrera de un modo que le resultaba ignominioso: «Para un militar, es un caso muy desgraciado el tener que entregarse sin resistencia», le dijo a Burke de camino al cautiverio.<sup>[161]</sup> Pero en cuanto a la forma en que Alemania dirigía la guerra, estaba en lo cierto: tenían que haber buscado la paz mucho antes.

Al oeste, a unos ochenta kilómetros de allí, el comandante Wernher von Braun, de las SS, aún esperaba la llegada de los estadounidenses. Estaba ansioso porque lo detuvieran. Como el más destacado científico alemán en el campo de los cohetes, Braun era el hombre que estaba detrás de los ataques contra Londres y Amberes. No le apenaba nada rendirse a los estadounidenses. Entregarse a los yanquis y poner su experiencia a disposición de estos era mucho mejor que caer en las manos erróneas, convertirse en prisionero y que exigieran un rescate por él.

Las últimas semanas habían resultado muy complicadas para Braun y su equipo. Habían estado en Peenemünde, la base de lanzamiento de cohetes de la costa norte alemana, hasta que los rusos los obligaron a retirarse. En la huida hacia el sur, Braun sufrió un accidente de coche que le dejó con un hombro roto y un brazo enyesado. Junto con otros varios cientos de técnicos y científicos de los cohetes, acabó en un campo de la Wehrmacht, cerca de Oberammergau, en las estribaciones de los Alpes. Era un campo alambrado, en el que los científicos eran prisioneros: su propia gente los retenía como piezas de valor para las negociaciones de paz con los aliados.

El hombre que los retenía como rehenes era Hans Kammler, un ingeniero convertido en general de las SS, que había construido Auschwitz y otros varios campos de concentración con un uso implacable del trabajo esclavo. Ante el temor a que los aliados lo colgaran por sus crímenes de guerra, Kammler pretendía trocar a los científicos por su propia vida. Si esto fallaba, planeaba matarlos a todos para impedir que el enemigo se beneficiara de su experiencia.

Por si esto no era bastante, el campo vivía bajo la amenaza constante de los aviones aliados, que bombardeaban a voluntad. Con la inquietud de que todo su equipo pudiera quedar barrido por una sola incursión aérea, Braun convenció a un joven oficial de las SS de que convenía reducir el peligro dispersando a los científicos más importantes entre las poblaciones de los alrededores. Este joven comandante mostró gran reticencia, en un principio, pero Braun logró convencerlo de que, si todos los científicos morían en un único ataque, la responsabilidad del desastre se le achacaría a él.

En cuanto al propio Braun, lo escoltaron a un hotel de esquiadores en Oberjoch, a pocos kilómetros de Oberammergau, por el oeste. Ahora estaba esperando allí junto con su hermano y unos pocos colegas, con la esperanza de que los estadounidenses aparecieran antes de que en las

SS cambiaran de opinión y los masacrasen a todos. No lejos del lugar había también una unidad del ejército francés, pero Braun no quería rendirse a ellos si esto suponía que lo separaran del resto de su equipo. Y desde luego no quería entregarse a los británicos, que nunca aceptarían su alegación de que los cohetes se concibieron para los viajes espaciales y no para destruir Londres; menos aún, si averiguaban que su equipo había celebrado con champán el primer ataque exitoso contra Londres.

Antes que nada, Braun era un científico. Quería entregar a todo su equipo a las tropas estadounidenses para asegurarse de que su experiencia se preservaba entera en beneficio de toda la humanidad. Nadie sabía más de cohetes que Braun y sus hombres. Eran vehículos capaces de llevarlos a la Luna, una vez se hubieran superado los desafíos técnicos. Pero solo podían hacerlo con la ayuda de los estadounidenses.

Tras hablar con su hermano Magnus, Braun decidió que, si los estadounidenses no venían a ellos, tendrían que ir ellos a los estadounidenses. Magnus hablaba inglés mejor que ninguna otra persona del grupo. Si al día siguiente los norteamericanos no habían llegado aún, se acordó que él saldría a buscarlos con la bicicleta. Si bajaba por la montaña, sin duda se acabaría topando con algunos soldados a los que podría guiar de regreso hasta el hotel. Los estadounidenses estarían encantados de arrestar a Braun y su equipo, cuando supieran que toda la investigación y los datos de los cohetes de Peenemünde estaban ocultos en un pozo de mina de los montes del Harz. Solo Braun sabía dónde.

Más al este, el constante goteo de soldados que desertaban de la Wehrmacht amenazaba con convertirse en una avalancha, a medida que las demás fuerzas de Baviera se iban sumando a la retirada hacia las montañas. Si Múnich había caído y la guerra, a todas luces, estaba perdida, ¿qué utilidad tenía sostener la batalla? Los soldados optaron por marcharse, escapar de sus unidades y alejarse discretamente, quitarse los uniformes y dirigirse a sus casas, a reunirse con sus familias.

Entre ellos estaba Joseph Ratzinger. Como recluta de dieciocho años, constitución de escasa altura y carácter claramente alejado de las fuerzas armadas, el soldado Ratzinger se había mostrado en contra de la guerra desde el primer día. Procedía de una familia de católicos devotos, que se vio obligada a mudarse de casa antes de que la guerra estallara porque el padre, policía, temía estallidos antinazis. Los Ratzinger nunca quisieron tener nada que ver con el militarismo alemán.

El propio Ratzinger estaba en un seminario, formándose para el sacerdocio, cuando lo llamaron a filas. Empezó sirviendo en una batería antiaérea, defendiendo la fábrica de la BMW al norte de Múnich, y luego la de Dornier, al oeste de la ciudad. La propia batería fue objeto de un ataque que mató a un hombre e hirió a varios. Como la guerra le resultaba insufrible, Ratzinger se alegró mucho al tener noticia de la invasión aliada de Normandía, que esperaba pusiera fin con rapidez a la contienda. Lo único que ansiaba era volver al seminario para recuperar el tiempo perdido en las disciplinas de latín y griego.

A finales de 1944, cuando alcanzó la edad para incorporarse a las fuerzas armadas como tales, le permitieron abandonar la batería antiaérea. Al poco tiempo, las SS hicieron una sesión de

reclutamiento en la que sacaron a los jóvenes de la cama, los alinearon y, ante toda la presión del grupo, los instaron a presentarse voluntarios. Un buen número cedió, con demasiado sueño o falta de carácter para negarse. Ratzinger, en cambio, los rechazó y alegó que, cuando acabara la guerra, sería sacerdote católico. Los hombres de las SS se burlaron de él y le hicieron salir de la estancia entre el abucheo general. A Ratzinger no le importó. Había visto trabajadores esclavos de Dachau y el transporte de los judíos húngaros a la muerte. No quería formar parte de las SS.

En su lugar, lo enviaron de vuelta a casa, a Traunstein, cerca de Berchtesgaden. Allí, Ratzinger completó la instrucción básica en el cuartel local, marchando por las calles con su sección y cantando tonadas militares para tranquilizar a la población. Pero siempre sin poner el corazón en el empeño. Solamente esperaba a que la guerra acabase para volver al seminario y ordenarse sacerdote.

Ahora su deseo se estaba haciendo realidad. La guerra casi había acabado. La familia de Ratzinger vivía en una granja a las afueras de Traunstein. Podía presentarse allí en el plazo de una hora, a condición de que se escapara del cuartel.

Todavía era peligroso, por descontado. A los desertores, si se los atrapaba, aún se los ahorcaba o se los fusilaba ante el paredón más próximo. Pero cuando la Wehrmacht había empezado a desintegrarse, el riesgo parecía valer la pena. Decidió probar suerte.

Yo sabía que la ciudad estaba rodeada de soldados con órdenes de fusilar a los desertores en el acto. Por esta razón, salí de la ciudad por una carretera secundaria y poco conocida, con la esperanza de pasar sin estorbo. Pero cuando salí de un paso subterráneo del tren, hallé a dos soldados en sus puestos y, por un momento, mi situación fue extraordinariamente crítica. Gracias a Dios, ellos también habían tenido guerra bastante y no querían convertirse en asesinos. Sin embargo, para dejarme ir aún necesitaban una excusa. Como llevaba el brazo en cabestrillo a consecuencia de una herida, me dijeron: «Camarada, está herido. ¡Pase!». [162]

Ratzinger no esperó a que se lo dijeran dos veces. Dejó la guerra tras de sí y se marchó hacia casa sin ni siquiera volver la vista.

Al otro lado de los Alpes, Leni Riefenstahl estaba de camino a Mayrhofen. Tras completar la mezcla de su última película, *Tiefland* («Tierra baja»), [163] había abandonado el estudio que tenía en Kitzbühel y se dirigía a las montañas para alojarse con un antiguo amante hasta que la guerra acabara. Como personaje público indeleblemente ligado a Hitler, no quería estar en Kitzbühel cuando los aliados llegaran. Se sentiría mucho más segura con Hans Schneeberger, llevando una vida discreta en el hostel de montaña del primo de este.

Leni se había mudado a Kitzbühel en 1943, para escapar a los bombardeos. Había improvisado un estudio en la ciudad y primero almacenó su archivo filmico en un viejo castillo, para protegerlo de las incursiones aéreas. Cambió de opinión cuando los combates se aproximaron, y entonces envió los originales de algunas de sus películas más importantes al cuartel general de las tropas alemanas en Italia, para su custodia. Tres cajas metálicas con los negativos de *Triumph des Willens* («Triunfo de la voluntad») y otras películas nazis viajaron en coche hasta Bolzano en abril, pero Leni no había sabido nada de ellas desde entonces. Con todo el

caos de las carreteras, ni siquiera sabía si el coche había llegado a su destino.

Dejaba Kitzbühel a regañadientes. Su madre aún estaba allí, al igual que la gente de su equipo de rodaje. Leni prefería estar con ellos y aguardar al enemigo unidos, pero todos le insistieron en que debía irse. No querían estar a su lado cuando llegaran los aliados, y menos aún, si los primeros en llegar eran los rusos. El nombre de Riefenstahl los ponía a todos en peligro, si ella se quedaba. Hasta su madre le había rogado que se marchara.

Partió en solitario. Su hermano había muerto tras ser alcanzado por una granada en el frente oriental. Su esposo estaba en el ejército, pero no sabía dónde; posiblemente, en Berlín, pues la última noticia suya le había llegado de allí. Al ser la directora de cine de más talento de los partidarios de Hitler, en otro tiempo Leni había tenido a todo el mundo a su entera disposición: incluso los nazis de la alta jerarquía se desvivían por darle lo que pudiera necesitar. Pero todos se habían desvanecido al tiempo que la estrella de Hitler se apagaba. Incluso los nazis de Kitzbühel, que anteriormente habían sido serviles con ella, hacían trizas los carnés del partido y se reinventaban como combatientes de la resistencia. Nadie sabía si llegarían antes a la ciudad los rusos o los estadounidenses, pero en las calles ya se veían banderas de bienvenida a los libertadores, fueran los que fuesen. Lo único indudable era que nadie quería tener allí a Leni.

Adolf Galland, el as de la aviación, había logrado encontrarle veinte litros de gasolina para su coche, suficientes para llegar a Mayrhofen. Leni partió con un estado de ánimo de gran melancolía. Se preguntaba si volvería a ver a su madre o a su esposo; se preguntaba si acaso volvería a rodar alguna otra película. Se llevó consigo todos los objetos de valor que aún conservaba, incluida su posesión más preciada: el negativo original de la premiada *Olympia*, su versión de los Juegos Olímpicos de 1936. Era una de las películas más admiradas de todos los tiempos; para empezar, por el prólogo, en el que Leni bailaba desnuda y la antorcha olímpica entraba corriendo en el estadio, una idea que había concebido con uno de los dirigentes para añadir teatralidad a la ceremonia inaugural. Confiaba en que, en los tiempos venideros, cuando la guerra hubiera acabado, pudiera aferrarse a esa obra y proseguir con su carrera cinematográfica.

## DÖNITZ HABLA A LA NACIÓN

De nuevo en Berlín, Magda Goebbels estaba a punto de matar a sus hijos. Con Goebbels había tenido seis: un niño y cinco niñas. El doctor Stumpfegger la asistiría con unos sedantes, para hacerlos dormir antes de que su madre los envenenase con cianuro. Rochus Misch, técnico de la centralita del búnker, fue uno de los últimos en verlos con vida:

En ese momento, todos los niños llevaban camisones blancos. Era su hora típica de irse a la cama. Cinco estaban sentados en sillas; Heidi había trepado a lo alto de la mesa. Aún sufría de amigdalitis y se protegía el cuello con un pañuelo. Helga, la más alta, la mayor y más brillante, sollozaba en voz baja. Creo que de algún modo preveía el caos que se avecinaba. Sin lugar a dudas, era la niña de su papá; no sentía especial aprecio por su madre.[\[164\]](#)

Misch se sentía fatal mientras veía que Magda Goebbels dedicaba una especial atención a peinar a sus hijos y besarlos con afecto, como había hecho cada noche durante la última semana. «Lo observé todo con aprensión. Estaba horrorizado. Aún hoy me pesa en la conciencia que yo intuía lo que iba a ocurrir, pero me limité a quedarme sentado sobre mi trasero. Al mismo tiempo, observando a la madre, no me lo podía creer. Supongo que no me lo *quería* creer.»[\[165\]](#)

Sin decirle una palabra a nadie, Magda se llevó a los niños a su habitación, en la planta superior. Heidi, la menor, se volvió hacia Misch un segundo, antes de subir las escaleras, y bromeó comparándolo con un pescado, por la semejanza fonética de su apellido con la palabra alemana *Fisch*: «Misch, Misch, du bist ein Fisch», decía, risueña. Misch los vio desaparecer, sumido en la tristeza, y empezó a rezarles un rosario, rogando por que, aun en aquella fase tan tardía, Magda transigiera y permitiera vivir a los niños.

Tardó una hora en volver a aparecer. Hay versiones distintas al respecto de cómo murieron los niños. Quizá les inyectaran morfina o los drogaban con bombones regados con Finodin «contra el mareo». El cuerpo de Helga, de doce años, mostraba moratones; tal vez se despertara y su madre luchara con ella para introducirle una cápsula de cianuro entre los dientes. Murieran como muriesen sus hijos, cuando Magda Goebbels volvió a bajar, tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Misch no pudo evitar fijarse en que ya no se acompañaba de sus hijos: «Al principio, simplemente, estaba allí retorciéndose las manos. Luego recobró la compostura y se encendió un cigarrillo. A mí no me dirigió la palabra, ni un gesto siquiera, pese a que pasó a tan solo a unos

pasos de mí». [\[166\]](#)

En la mesa del pasillo había una pequeña botella de champán, un *piccolo*, que alguien había dejado sobre la larga mesa del pasillo principal. Misch vio a Magda llevársela a la habitacioncita que Goebbels había estado usando como estudio:

[Magda] se había dejado la puerta [de Goebbels] abierta. Me puse en pie, pasé por delante y pude ver que había sacado una baraja de cartas pequeñas y se había puesto a hacer solitarios. Instintivamente, supe que sus hijos ya no eran de este mundo. Pasaron unos diez minutos más. Ella se puso en pie y salió dando zancadas. De nuevo, no cruzamos ni una palabra. ¿Qué nos podíamos decir? [\[167\]](#)

Magda fue a reunirse con su esposo. Goebbels había terminado la última entrada de su diario: siete páginas de resumen, para la posteridad, de la obra de su vida. Se lo confió a Werner Naumann, secretario de su ministerio, para que lo custodiara, y se sentó un rato con Magda y Bormann. Bebieron champán y fumaron un cigarrillo tras otro, recordando los viejos tiempos. Varias personas entraron y salieron para despedirse. Los Goebbels se retiraron un rato en privado y reaparecieron por la noche, justo antes de las ocho y media. Ya solo estaban allí el general Mohnke y dos oficiales jóvenes, Schwägermann y Olds. Mohnke vio a Goebbels dar a Schwägermann un retrato del Führer, con su autógrafo, como regalo de despedida, y luego retirarse a quitarse la vida.

Se acercó al perchero de la salita que le había servido de estudio y colgó el sombrero, el pañuelo, el largo abrigo de su uniforme. Despacio, se puso sus guantes de cabritilla, ajustando bien todos los dedos. Entonces, como un caballero, le ofreció el brazo derecho a su esposa. Se habían quedado sin palabras. También nosotros, los tres espectadores. Despacio, pero sin detenerse, un poco apoyados el uno en el otro, subieron por las escaleras hasta el patio. [\[168\]](#)

Pasaron al lado de Misch.

—Ya no le necesito —dijo Goebbels—. *Les jeux sont faits.* [\[169\]](#)

Él y Magda siguieron escaleras arriba e hicieron una breve pausa ante la puerta del jardín de la Cancillería; luego salieron juntos.

A continuación se oyeron unos disparos. Schwägermann salió en el acto, con algunos hombres de las SS, para incinerar los cuerpos. Según les había pedido antes el propio Goebbels, dispararon una bala más para asegurarse de que ambos habían muerto. Luego rociaron los cuerpos con gasolina y les prendieron fuego. Las llamas ardieron durante unos minutos. Schwägermann y los demás salieron y dejaron entre los escombros los cuerpos de Goebbels y su esposa, carbonizados pero perfectamente reconocibles. Sin embargo, nadie les prestó más atención. Ya se habían olvidado de Goebbels y, mientras la noche avanzaba, solo pensaban en salvarse a sí mismos y se preparaban para huir del búnker.

Traudl Junge estaba en el primer grupo de los que escaparon. Había contemplado con desolación cómo una enfermera y un hombre con chaqueta blanca salían de la habitación de los niños, en el búnker superior, portando entre los dos una caja pesada. A esta caja le siguió otra, ambas de la

medida adecuada para el cuerpo de un niño. Traudl, conmocionada, se alegró de poder salir del búnker poco después. Al pasar por la puerta de Hitler se fijó en que su abrigo gris aún colgaba del perchero, con la gorra en lo alto, los guantes de ante, de tono pálido, y una correa de perro. El perchero le hacía pensar en una horca.

Hans Baur, uno de los pilotos de Hitler, había sacado de su marco el retrato que el Führer guardaba de Federico el Grande, y lo había enrollado, asegurando que Hitler se lo había legado como recuerdo. Traudl pensó en llevarse uno de sus guantes, pero aunque estiró la mano para cogerlo, finalmente no se decidió. Tampoco quiso coger el abrigo de piel de Eva Braun. Todo lo que llevaba, al salir del búnker por última vez, era la pistola y la cápsula de cianuro que Hitler le había dado como regalo de despedida, a la vez que se disculpaba porque no fuera algo más agradable.

Otto Günsche encabezó el camino hacia la Nueva Cancillería. Le siguieron, a muy corta distancia, Traudl y Konstanze Manziarly, mientras él se abría paso entre la gente con sus hombros anchos. Algunas mujeres prepararon una bolsa antes de escapar, pero Traudl optó por no llevarse casi nada: ni dinero, ni ropa ni alimentos, solo unas pocas fotografías que apreciaba especialmente y una reserva de cigarrillos. Ya había destruido los documentos de identidad. Con las botas y el casco de acero, estaba preparada y a la espera cuando se dio la orden de que todo el mundo se reuniera en el aparcamiento situado bajo la Sala de Honor de la Cancillería. Estaban frente a la Wilhelmstrasse y, algo más lejos, la estación de metro.

Los vehículos del aparcamiento se habían apartado para dejar más sitio para la huida. Ernst-Günther Schenck observaba en silencio cómo la gente empezaba a aparecer:

Empezaron a llegar por los pasillos oscuros, en grupos pequeños, tanto las tropas de combate a las que se hacía entrar del exterior como, luego, los oficiales y soldados del grupo de la Cancillería del Reich. Los soldados, muchos muy jóvenes, ya eran veteranos en los combates de calle. Otros soldados venían con las barbas mal afeitadas y la cara ennegrecida. Sus uniformes verde-grisáceos estaban sudados y harapientos. En su mayoría los vestían, sin quitárselos ni para dormir, desde hacía casi quince días.

La situación era heroica; el estado de ánimo, no. El anuncio oficial del suicidio de Hitler aún no había llegado a los rangos inferiores. Pero ya lo adivinaban, por el silencio de sus oficiales. Ahora se hablaba poco de hacer las cosas por «el Führer, el pueblo y la patria». Todos los soldados alemanes, del primero al último, calculaban en silencio qué posibilidades tenían de sobrevivir. Pese a toda la disciplina, lo que en ese momento se estaba constituyendo no era una operación militar en el sentido clásico, sino lo que imagino que ocurre en el mar cuando se da la voz de «¡Todos a los botes!».[\[170\]](#)

Al mando estaba el general Mohnke. Llevaba copias de los testamentos de Hitler para entregárselas a Dönitz y, bajo la ropa, una bolsa de diamantes, de los usados para decorar la Cruz de Caballero. La huida se haría en diez grupos, que irían saliendo de la Cancillería con veinte minutos de intervalo. El primer grupo lo formarían, sobre todo, los que habían estado en el búnker con Hitler, incluidas las tres secretarias y Konstanze Manziarly, su cocinera. Esperaron a que los soldados rompieran el enladrillado que tapiaba la ventana de la Wilhelmstrasse. Con la pistola en la mano, Mohnke fue el primero en pasar e inspeccionar la calle, por si había rusos. No vio a ninguno, avisó de que tenían la vía libre y todo el primer grupo salió rápidamente tras él; pasaron como pudieron por la ventana y corrieron desesperadamente hacia la estación de metro, situada a un centenar de metros, al otro lado de la plaza.

Traudl Junge lo recordaba así:

Trepamos por escaleras medio derruidas, pasamos entre los escombros y por agujeros abiertos en las paredes, siempre hacia arriba y hacia fuera. Al fin vemos ante nosotros la Wilhelmsplatz, que brilla a la luz de la luna. El caballo muerto sigue allí, entre los adoquines, pero ya solo los restos. De los túneles del metro ha ido saliendo gente hambrienta que cortaba trozos de carne.

En silencio, cruzamos la plaza. Se oyen disparos esporádicos, pero el tiroteo más intenso está más lejos. Llegamos al túnel del metro, ante las ruinas del Kaiserhof, bajamos y seguimos avanzando entre la oscuridad, pasando por encima de los heridos y los desplazados, junto a soldados que descansan...[\[171\]](#)

No fue tan sencillo. Las escaleras del metro estaban destrozadas por el bombardeo, lo que obligó a Traudl y los demás a realizar un descenso complicado entre los escombros. Preferían no usar las linternas por si los rusos los estaban esperando abajo. En el difícil camino hacia el andén, se quedaron escuchando un momento, con la duda de si estaban a punto de ser atacados. Estaba claro que había gente en el andén, porque los oían moverse aquí y allá entre la oscuridad.

Eran alemanes, sin embargo. El andén estaba repleto de civiles y de soldados heridos, algunos de los cuales llevaban allí una semana. Según explicó uno de ellos a Mohnke: «Nos hemos quedado en silencio, apagamos todas las velas e hicimos callar a los bebés. Pensábamos que erais todos rusos».

El grupo del búnker se abrió paso entre toda esta gente y saltó a la vía del tren. La estación siguiente, más al este, era la de Stadtmitte. Desde allí, pretendían virar hacia el norte y pasar por debajo de las líneas rusas, por el túnel que iba a la parada de Friedrichstrasse, la estación interurbana a la orilla del Spree. Si llegaban a Friedrichstrasse sin contratiempos, planeaban cruzar el río y juntarse con otras unidades alemanas que, según se creía, aún estaban luchando a las afueras, en la zona norte de la ciudad.

Fue una experiencia aterradora. Por el temor a toparse con soldados rusos en cualquier momento, Mohnke prohibió utilizar las linternas. En realidad, los rusos miraban con cautela el sistema ferroviario subterráneo, pues temían que los alemanes lo inundasen; pero Mohnke no lo sabía. Tampoco sabía si el tercer raíl estaba aún electrificado. Intentaron provocar un cortocircuito conectando cables telefónicos con los otros dos raíles, y les pareció constatar que no había electricidad, pero como la central eléctrica estaba ahora en manos rusas, nada les impedía reconectar el suministro en cualquier momento.

Mohnke y Günsche iban en cabeza. El resto les siguió, formando una línea de más de un centenar de metros por el túnel. Schenck se arrogó la responsabilidad de las mujeres y les fue dando palmadas repetidas en el trasero, para mantenerlas en marcha. Llegaron a Stadtmitte sin problemas y hallaron un andén repleto de refugiados, como el del Kaiserhof. Un tren abandonado se había transformado en quirófano improvisado y varios cirujanos trabajaban allí sin descanso, a la luz de las velas.

Después de una breve pausa para unos cigarrillos, siguieron hacia el norte, hacia Friedrichstrasse. Al llegar, varios miembros se habían distanciado del grupo. Por encima se oía una descarga de artillería que con cada andanada sacudía el túnel y, a veces, incluso hacía temblar los raíles. Con el temor de que el techo se viniera abajo, Mohnke se apresuró a seguir adelante y dirigió a Traudl y a los demás más allá de la estación de Friedrichstrasse, por el túnel que cruzaba

bajo el río Spree, hacia el norte de la ciudad.

No habían avanzado más de un centenar de metros cuando descubrieron que la pista estaba bloqueada por una inmensa barrera de acero. Era un mamparo impermeable que se cerraba cada noche tras el paso del último tren, para sellar el túnel del Spree e impedir una inundación accidental. Durante la última semana no habían pasado trenes, pero el ritual nocturno se mantenía. Dos funcionarios de la compañía de transportes de Berlín acababan de cerrar la barrera. Estaban rodeados por un grupo de civiles enfurecidos, que los apremiaban a volverla a abrir.

Mohnke se unió a la petición e indicó a los funcionarios que la abrieran de inmediato. Estos se negaron, amparados en un reglamento de 1923. Llevaban la normativa consigo y le mostraron a Mohnke la sección pertinente. El reglamento era muy claro: de noche, la barrera debía quedar cerrada.

Mohnke era un general de brigada armado. Venía directamente de la Cancillería de Hitler. Los funcionarios eran unos empleados cualquiera de la compañía del metro. Pero todos eran alemanes, las órdenes eran órdenes y se las debía obedecer. En contra de lo que le dictaba su propio sentido común, Mohnke se retiró y la barrera permaneció cerrada.

Dieron marcha atrás, de regreso a la estación de Friedrichstrasse. Mientras los otros aguardaban abajo, Mohnke trepó por lo que quedaba en pie de las escaleras, para hacer un reconocimiento del terreno superior. El río se encontraba a tan solo un centenar de metros de la parada. Si hallaban alguna forma de cruzar, quizá descubrieran rostros amigos en el otro lado. Mohnke salió del metro y lo que vio lo dejó conmocionado:

Por vez primera desde que huí de la Cancillería del Reich, tenía ahora ante mí una vista panorámica y nocturna del campo de batalla de Berlín. Era distinto a todo lo que había visto antes. Se parecía más a una pintura, a algo apocalíptico de El Bosco. Incluso para un militar curtido, resultaba de lo más irreal y fantasmagórico. La mayor parte de la gran ciudad estaba en oscuridad total. La luna estaba oculta, pero los destellos, las explosiones de proyectiles, los edificios en llamas, todo ello se reflejaba sobre una nube baja, de humo sulfúreo, de color amarillo negruzco. No podía distinguir nada ni remotamente similar a un frente de combate claro. Pero divisé las plataformas de lanzamiento de los cohetes Katiusha y calculé que estarían a solo un kilómetro y medio de nosotros, en dirección al Tiergarten.[\[172\]](#)

Tenían allí mismo el río Spree. Debían lograr vadearlo de algún modo. Había rusos en la parte alta de la Friedrichstrasse, unos tres o cuatro bloques más adelante, y el puente de Weidendamm estaba bloqueado por una trampa anticarro alemana. Mohnke necesitaría otra forma de pasar.

Por fortuna, tras algo de reconocimiento, hallamos una estrecha pasarela, o un puente colgante, al norte y a la izquierda de donde estábamos. Medía menos de dos metros de ancho. El paso estaba cerrado por una alambrada de concertina que no tardamos en cortar con nuestras tenazas. Mi grupo —reducido ahora a doce personas— se deslizó a paso ligero, sabedores de que nuestras siluetas arrojaban sombras largas que bailaban sobre el agua inferior. Éramos unos blancos móviles excelentes, como los muñecos de una galería de tiro. Pero todos logramos cruzar. No sonaron disparos.[\[173\]](#)

Traudl Junge aún iba en el grupo y se escabulló por el puente pegada a Konstanze Manziarly y Gerda Christian. Otros intentaron seguir las y los francotiradores iniciaron lo que Traudl recordaba como un infierno. Se había planeado que todos los grupos que salieran de la Cancillería

continuaran juntos, una vez en la calle, y mantuvieran el contacto mientras intentaban reunirse con sus propias líneas. Resultó imposible desde el principio. Incluso a los miembros de un mismo grupo les era difícil mantenerse juntos en medio del caos. Era un «sálvese quien pueda»: cruzar el puente a toda velocidad y, al llegar al otro lado, arrojarse al suelo entre los escombros.

Aún les quedaba mucho camino por delante. Ahora estaban en tierra de nadie: un panorama interminable de calles obstruidas y edificios en ruinas, con los sótanos repletos de civiles aterrados, a la espera de los rusos. En algún sitio habría seguridad, pero nadie sabía dónde. Tras descansar en un sótano unos minutos, el grupo de Mohnke recobró fuerzas y se dirigió, con incertidumbre, al norte de la ciudad. Salieron sin ningún plan preciso. Todos sabían —sin necesidad de decirlo— que tendrían suerte si amanecían con vida. Más difícil aún sería regresar sanos y salvos a sus líneas.

Mientras Traudl y los otros se preparaban para huir de la Cancillería, Hildegard Knef y Ewald von Demandowsky estaban en la Albrecht-Achillesstrasse, a la espera de ejecución. «Han desertado de su compañía», les había dicho un oficial, bruscamente, cuando los trajeron. Les ordenó sumarse a una fila similar de detenidos a la espera de sentencia. Los habían juntado a todos bajo la vigilancia de un guardia que, sin inmutarse, ordenaba guardar silencio a todos los que esperaban a oír cuál sería su destino.

—Nos van a colgar —susurró un soldado anciano, situado al lado de Hildegard.<sup>[174]</sup> Ella no lo ponía en duda. En las calles ya se había colgado a muchísimos otros.

Pero entonces intervino el hado. Mientras aguardaban, un proyectil ruso explotó a través de la puerta y dispersó metralla por todas partes, lo que mató a varias personas e hirió a algunas otras. Hildegard cayó al suelo al instante. Cogió algunos de los cigarrillos de Demandowsky, rodó hasta el guardia y se los arrojó; aprovechando la confusión, le dijo que era una mujer y que Demandowsky era su esposo.

—Cójalos y déjenos ir. Por favor, déjenos ir —le rogó.

El guardia la miró fijamente, sin dar muestras de haber entendido ni responderle nada. Hildegard, fuera de sí, lo sacudió hasta que comprendió que había muerto. Ella y Demandowsky aprovecharon la ocasión y corrieron a ponerse a salvo. No miraron atrás mientras se abrían paso entre la confusión de brazos y piernas, y cruzaron la puerta a toda prisa en el mismo momento en que la pared se venía abajo y el edificio empezaba a derrumbarse.

En el exterior hallaron postrado a un anciano de la Volkssturm, con la cabeza entre las rodillas, presa de la desesperación. Su esposa había quedado enterrada entre los escombros de una casa que acababa de caer. Pasaron a su lado, discretamente, y se echaron a correr por un callejón hasta que un teniente los detuvo a golpe de pistola. Hildegard se quitó el casco para mostrar que era una mujer. El teniente sonrió, les tiró una tableta de chocolate y les dejó seguir.

Hallaron refugio en un cráter, junto con tres soldados. «¡Cúbrete ese cráneo!», le gritó uno de ellos a Hildegard, cuando ella y Demandowsky se les unieron. El casco le resultaba muy incómodo, pero en una casa cercana había francotiradores rusos que disparaban contra todo lo que se movía. Hildegard se puso el casco otra vez y se agachó en el agujero, porque ya silbaban las

balas alrededor. Demandowsky sacó los cigarrillos y los ofreció. Todos se quedaron allí sentados, fumando y vigilando, mientras aguardaban a que cayera la noche.

Cuando por fin contaron con la protección de la oscuridad, los soldados sacaron cuerdas de sus bolsas y se ataron unos a otros, como montañeros. También encordaron a Hildegard y Demandowsky. Salieron sigilosamente del hoyo y comenzaron a recorrer la calle, entre la penumbra, siempre atentos a la posibilidad de que aparecieran los rusos. Pero no había rusos en las inmediaciones. Solo se toparon con alemanes, alemanes felices y emocionados, alemanes exultantes por una noticia muy ansiada:

Dos carros de combate han chocado en la esquina. Hay soldados sentados sobre ellos y otros de pie alrededor.

—¡Hitler ha muerto! —gritan—. ¡Hitler ha muerto, la guerra se ha acabado!

En la calle, más abajo, alguien lo repite, la noticia resuena por las ruinas, por el puente, sube y baja por los canales. La gente sale de sus hoyos y de los umbrales de las puertas, sale en tropel y se junta formando una muchedumbre atropellada, cada vez más ruidosa y numerosa. La cuerda que nos ata se rompe, gritamos nuestros nombres, nos agarramos unos a otros y un aluvión imparable nos barre y se nos lleva.[\[175\]](#)

La noticia era oficial por fin. Se había anunciado de forma autorizada por radio, desde Hamburgo. Tras un preludio solemne con música de Wagner y Bruckner, se anunció un «mensaje de gravedad e importancia» para el pueblo alemán. La música fue interrumpida por un redoble de tambores, a las diez y tres minutos de la noche. El locutor, con tono sombrío, anunció:

Nuestro Führer, Adolf Hitler, combatiendo hasta el último instante contra el bolchevismo, ha caído por Alemania esta tarde, en su cuartel operativo de la Cancillería del Reich. El 30 de abril, el Führer nombró como sucesor al gran almirante Dönitz. El gran almirante y sucesor del Führer se dirigirá ahora al pueblo alemán.

El discurso de Dönitz no fue menos apocalíptico:

¡Hombres y mujeres de Alemania! ¡Soldados de las fuerzas armadas alemanas! Nuestro Führer, Adolf Hitler, ha fallecido. El pueblo alemán se inclina con sumo pesar y respeto. Él supo reconocer con prontitud el terrible peligro del bolchevismo y dedicó su vida a combatirlo. Al final de la batalla murió como mueren los héroes, en la capital del Reich alemán, tras haber seguido un camino de impecable rectitud durante toda su vida. Ha servido a Alemania de un modo inigualable. Su misión en la batalla contra la inundación bolchevique se emprendió en defensa de Europa y de todo el mundo civilizado.

El Führer me ha elegido como su sucesor. Con plena conciencia de la responsabilidad, asumo el liderazgo del pueblo alemán en esta hora fatídica...

La tarea primordial de Dönitz era salvar del avance bolchevique a los alemanes del este. Comunicó a los oyentes que, aunque solo fuera por eso, la guerra tenía que continuar. También había que seguir combatiendo contra británicos y estadounidenses, añadió, porque estos obstaculizaban la batalla contra el bolchevismo. Dönitz reconoció que se avecinaban días difíciles, pero llamó a todos los alemanes a mantener el orden y la disciplina, y los instó a hacer cuanto pudieran para evitar el hundimiento. «Si hacemos todo cuanto está en nuestras manos —les aseguró—, Dios no nos abandonará, después de tanto dolor y sacrificio.» Luego se dirigió a la Wehrmacht y precisó que la lealtad que le habían jurado a Hitler se la debían ahora a él, como sucesor del Führer. Cualquier soldado que rehuyera su responsabilidad sería un traidor y un cobarde que traería la muerte y la esclavitud a las mujeres y los niños de Alemania. «¡Soldados

de Alemania! —concluyó, con severidad—. ¡Cumplan con su deber! ¡Las vidas de nuestros compatriotas dependen de ello!»

En el cuartel de Ruhleben, Helmut Altner no podía ocultar la desolación que le causaban las palabras de Dönitz. En la emisión no se había dicho una palabra de la paz ni de que la guerra se acercara a su fin. Solo se hablaba de resistir y seguir combatiendo. Pero ¿para qué? ¡Si Alemania ya había sido derrotada y se rumoreaba que Himmler negociaba con los aliados occidentales! Para Altner —un poco borracho, por el aguardiente que se había repartido algo antes—, Dönitz no sonaba distinto de Hitler: todo era despotricar contra los bolcheviques y ordenar a todos los demás que siguieran combatiendo pese a que era evidente que la guerra estaba perdida y era inútil seguir resistiendo. Para él, no tenía sentido.

Vuelvo a pasar hacia el dormitorio. Por efecto del alcohol, todo el mundo está feliz y lo está pasando bien. Entonces uno dice qué hará cuando llegue la paz. La sensación general es que Dönitz detendrá la batalla. Entre tanto, la jarra se llena una y otra vez. Todo el mundo bebe todo lo que puede, y el brigada de la compañía, el teniente y otros oficiales lo miran en silencio. Se me ocurre que nos dejan hacerlo porque mañana muchos no sobreviviremos.

De pronto, entra en la sala el comandante de la compañía e indica, con un gesto, que se sienten los que han empezado a levantarse. Se sienta y se toma un aguardiente con nosotros. Luego habla de la orden del día que ha dado el nuevo jefe del estado e intenta explicarnos por qué hay que seguir combatiendo.

—Dentro de unos pocos días se habrá firmado la paz con las potencias occidentales —dice—. Luego ya solo iremos contra los bolcheviques, y eso no puede durar mucho más, solo hasta el verano, y entonces podréis iros todos a casa. Y la lealtad que hemos jurado a nuestro glorioso Führer se transfiere a su sucesor. Todo el que intente desertar será fusilado. ¡La guerra sigue![\[176\]](#)

A las palabras del jefe de la compañía siguió un silencio de infelicidad. Si la guerra iba a continuar, también continuaría la muerte. Se había exhibido la paz por delante de todos, y luego les habían arrebatado cruelmente ese objeto del deseo hasta dejarlo tan fuera de su alcance como siempre. Cuando el comandante de la compañía se marchó, los soldados volvieron al aguardiente, se sirvieron más bebida y se consolaron con el alcohol, anticipando un futuro desolador.

En la estancia inmediata, la puerta estaba abierta y se podía ver a las chicas de las SS. Algunas estaban sentadas a la mesa, pero otras yacían en la cama, con los soldados. Dos de las chicas entraron en la habitación de Altner envueltas en una manta. La dejaron caer con un gesto teatral y se quedaron desnudas por un momento, lo que provocó la carcajada general. Luego las chicas regresaron a su propia estancia «como perritos avergonzados» y volvieron a la guerra.

Leni Riefenstahl estaba en Mayrhofen. Después de un largo viaje en coche, al llegar encontró las calles abarrotadas de soldados que se retiraban ante el empuje ruso. Se dirigió hacia el hotel donde se había citado con Hans Schneeberger, pidió una habitación y cayó dormida al instante, agotada por el trayecto. Al despertarse, entrada la tarde, se halló bajo la vigilancia de Gisela, la esposa de Schneeberger.

Gisela —una pelirroja atractiva, que trabajaba para Leni en el laboratorio fotográfico del

estudio de cine— era medio judía. Hacía poco que había estado en prisión, a punto de ser condenada a muerte por haber criticado a Hitler estando ella en un tren. La había salvado Leni, que usó su influencia con la Gestapo para sacarla de allí. Leni había puesto en ello todo su empeño, con la esperanza de que haber ayudado a un judío pudiera contar a su favor cuando llegara el día de rendir cuentas.

Gisela se sintió agradecida, en su momento, pero ahora no lo parecía. Su voz sonó con una frialdad perceptible cuando, al contemplar el equipaje de Leni, preguntó —quizá con sarcasmo— si aquello era todo. Leni quedó desconcertada.

Me sorprendió su actitud, y estaba a punto de preguntarle qué había pasado cuando, de pronto, se oyó un tumulto en el restaurante de abajo. Gisela bajó a toda prisa y volvió al cabo de un segundo, se puso a bailar alegremente y gritó:

—Hitler ha muerto, ¡ha muerto!

Lo que esperábamos desde hacía tanto había pasado al fin, y yo no me siento capaz de describir qué sentí en aquella ocasión. Hervía en mi interior un caos de emociones. Me tiré sobre la cama y estuve llorando toda la noche.[\[177\]](#)

Emmy Göring también estaba en la cama. Adolecía de ciática y de problemas cardíacos, y se había acostado pronto. Seguía en el sombrío castillo de Mauterndorf, con las SS de guardia en el exterior. Hermann Göring, que aún estaba preocupado por si su telegrama del 23 de abril se había interpretado como una deslealtad al Führer, se enteró de la muerte de Hitler por la radio de su médico, y se apresuró a contárselo a Emmy.

Mi esposo vino a la cama y me dijo, sencillamente:

—Adolf Hitler ha muerto.

Sentí, acto seguido, un alivio indescriptible. Pensé que debía responder algo, pero no encontré absolutamente nada que decir. Después de una pausa bastante larga, Hermann dijo:

—¡Ahora ya nunca podré justificarme delante de él, decirle a la cara que me ha difamado y yo siempre le he sido leal!

Estas palabras las repetió varias veces.[\[178\]](#)

Göring estaba tan molesto que Emmy se preguntó si no estaba perdiendo la cabeza. Sabía que tomaba una medicación muy fuerte y no podía pensar bien. Con la inquietud de que la conmoción por la muerte de Hitler pudiera suponer demasiado para él y hacerle cometer algún acto de imprudencia, decidió desviar la atención de Göring hacia sus propios problemas.

De golpe, chillé:

—¡Hermann, no me encuentro bien! ¡Siento un dolor terrible en el corazón!

Está claro que fue una artimaña bastante infantil, en aquellas circunstancias, pero instintivamente encontré las palabras que salvaron la situación, pues en efecto, Göring respondió enseguida:

—Iré a buscar al doctor.

Willy Brandt estaba en Suecia, asistiendo a una celebración del Día del Trabajo en Estocolmo. Iba

a subir al estrado para decir algunas palabras en nombre de la Oficina Internacional de los Trabajadores cuando le pusieron en la mano una nota que le comunicaba que Hitler había muerto. Tendría que anunciarlo en su discurso.

La noticia difícilmente podría haber llegado en mejor momento. Brandt había sido enemigo de los nazis desde el principio, desde mucho antes de que llegaran al poder. Este hijo ilegítimo, nacido con otro nombre, era un activista de izquierdas desde la adolescencia, netamente enfrentado a todo lo que representaban los nazis y directamente implicado en la lucha callejera contra sus matones. Había huido de Alemania en 1933, cuando Hitler fue nombrado canciller, sobornando a un pescador para que lo llevara a Dinamarca con una copia de *El capital* de Karl Marx en el equipaje.

Desde Dinamarca, Brandt había pasado a Noruega, cuya ciudadanía solicitó más adelante, después de que los nazis le revocaran el pasaporte. En 1940 el país fue ocupado por la Wehrmacht y tuvo que huir otra vez. Brandt, como muchos alemanes de ideas similares, pasó el resto de la guerra en Estocolmo. Habían formado un núcleo de oposición a Hitler, lazo esencial entre el movimiento de la resistencia alemana y el mundo exterior. Brandt y sus amigos supieron de las cámaras de gas antes que la mayoría, y mantuvieron un estrecho contacto con los conspiradores que, en julio de 1944, intentaron asesinar a Hitler y llevar así la guerra a un final rápido.

Y ahora el hombre estaba muerto al fin; quizá incluso se había quitado la vida él mismo. Brandt no perdió tiempo y se lo comunicó acto seguido a sus oyentes.

Cuando se lo anuncié al público, la respuesta fue un silencio profundo, sin aplausos, sin gritos de alegría. Era como si la gente, simplemente, no se pudiera creer que el final había llegado de verdad. Y al mismo tiempo, en la sala había una pregunta que casi se podía tocar: el terrible desafío de Hitler a toda la humanidad, ¿de verdad ha acabado así?<sup>[179]</sup>

Solo el tiempo lo podría decir. Pero Hitler, desde luego, había muerto y no iba a volver. Brandt sabía que podría regresar a casa en cuanto la guerra acabara. Pero ¿dónde estaba su casa? Por el momento, estaba en Noruega, el país del que se alegraba de ser ciudadano naturalizado. Sin embargo, más a largo plazo, Alemania era su país de nacimiento y la tierra que seguía amando pese a toda la vergüenza de los últimos doce años. En Alemania, ahora que los nazis ya no la controlaban, había un futuro para él. Había, de hecho, un futuro para millones de personas como él, ahora que los alemanes corrientes tenían libertad para volver a sus ciudades y pueblos, a recoger los pedazos y empezar a reconstruir desde la base las vidas y el país.

## QUINTA PARTE

### MIÉRCOLES, 2 DE MAYO

«En el exterior oía barullo y pasos a la carrera, pero yo sentía una calma extraña ... ¿Cómo lleva uno el fin de una campaña? Quería llorar. ¿Se había acabado de verdad? Treinta y un mil soldados aliados habían muerto: una ciudad de los muertos. Una guerra, ¿se llega a acabar de verdad alguna vez?»

SPIKE MILLIGAN

## SE DIFUNDE LA NOTICIA

Winston Churchill estaba cenando cuando recibió la noticia de la muerte de Hitler. Regresó a Londres desde Chequers y, por la tarde, acudió a la Cámara de los Comunes para el turno de preguntas al primer ministro. La Cámara estaba llena de parlamentarios ansiosos por oír que la guerra había terminado, pero Churchill no pudo complacerles. «No tengo ninguna declaración especial que hacer sobre la situación de la guerra en Europa —se disculpó—, salvo que hoy es, ¡sin duda ninguna!, ciertamente más satisfactoria que hace ahora cinco años.»[\[180\]](#)

De vuelta en el número 10 de Downing Street, aquella misma tarde mantuvo una serie de reuniones antes de celebrar una cena tardía con destacados colegas conservadores. Hablaron de la estrategia para las elecciones generales de la posguerra cuando Jock Colville, secretario personal de Churchill, irrumpió con la transcripción del mensaje radiofónico de Hamburgo. Al saber que Hitler había muerto combatiendo el bolchevismo, Churchill se tomó la noticia al pie de la letra.

—Bueno —comentó a sus invitados—, debo decir que, a mi juicio, Hitler ha hecho bien en morir así.[\[181\]](#)

Lord Beaverbrook fue más cínico y respondió que Hitler «por descontado, no había hecho bien». En cualquier caso, eran buenas noticias. La fiesta se prolongó hasta las tres de la madrugada, tras lo cual Churchill pasó todavía otra hora más revisando sus telegramas. A continuación, se fue a la cama y dejó que Colville siguiera un rato más con una caja roja llena de papeles que parecían de importancia, pero nadie había tenido tiempo de leer aún.

Después de escuchar a Churchill en la Cámara, Harold Nicolson se llevó a su hijo a cenar a su club de Londres. Se sentía decepcionado porque la guerra no hubiese terminado aún, pero feliz de saber que, al menos, habían apresado y dado muerte a Mussolini. Acababan de publicarse en Londres las primeras imágenes del cuerpo del Duce:

Vimos fotografías realmente espantosas de su cadáver y el de su amante colgando boca abajo, uno al lado del otro. Parecían pavos colgados a la puerta de la pollería: se distinguían tanto las delgadas piernas de la amante como el estómago prominente de Mussolini. Era una visión de lo más desagradable y desencadenó una fuerte respuesta a su favor ...

Cené en Pratt's. Estaba allí Lionel Berry (el hijo de lord Kemsley) y nos dijo que la radio alemana había estado emitiendo varias *Achtung* sobre una *ernste wichtige Meldung* [«alertas sobre un comunicado de suma

importancia»] y que en los espacios intermedios ponían música fúnebre. Así que intentamos sintonizar las emisoras alemanas con el horrible equipo portátil de Pratt's, que es todo lo que se puede pedir allí, pero no hubo manera. Al no conseguirlo, le pedimos a Lionel que subiera a llamar por teléfono a uno de sus numerosos periódicos, y bajó corriendo otra vez (eran las 10.40) a decir que Hitler había muerto y Dönitz había sido nombrado su sucesor. Entonces Ben y yo regresamos a King's Bench Walk, donde escuchamos el boletín alemán de noticias de la medianoche. Todo era tal y como nos habían dicho: «*Unser Führer, Adolf Hitler, ist...*—seguía una dilatada digresión sobre el heroísmo y las ruinas de Berlín— *... gefallen*» [«Nuestro Führer ha ... caído»]. Eso sumaba Hitler y Mussolini en menos de dos días. No era poca cosecha, para cómo estaban las cosechas.[\[182\]](#)

La radio británica dio la noticia pronto. La música de la BBC Home Service (la emisora nacional) se vio interrumpida a las diez y media de la noche por un anuncio urgente del locutor de noticias Stuart Hibberd. «Aquí Londres. Hay una información de última hora. La radio alemana acaba de anunciar que Hitler ha muerto. Repito: la radio alemana acaba de anunciar que Hitler ha muerto.»

No hubo más. La BBC no sabía más. Se reanudó el servicio habitual con la emisión de las oraciones vespertinas, mientras los que aún estaban en pie y habían podido escuchar la última hora se disponían a ir a la cama preguntándose si sería cierto. Elsie Brown, cuyo marido estaba de servicio en Alemania, se preparaba un té en el East End de Londres y, como tantas otras personas, abrigaba la esperanza de que así fuera:

Estaba aún calentando la tetera cuando oí la noticia de que Hitler había muerto. Al principio no me lo creí y luego pensé, bueno, lo ha dicho la BBC, así que tiene que ser cierto. No sabía qué hacer. Quería decírselo a alguien, pero los dos niños estaban durmiendo y no quería despertarlos, así que decidí llamar a la vecina. Mi vecina, Ví, trabajaba en el turno de noche de los autobuses y siempre estaba despierta hasta pasada la medianoche, así que fui y llamé a su puerta y cuando abrió yo grité algo así como:

—¡Está muerto! ¡El cabronazo se ha muerto!

Y ella me preguntó:

—¿Qué cabronazo? ¿Alfie?

Alfie era un tipo que vivía al final de nuestra calle y era realmente un cabronazo despreciable, siempre a gritos con los niños. Así que le dije:

—¡No, Alfie no: Adolf![\[183\]](#)

En la famosa Fleet Street, los periódicos rehicieron la maquetación a toda prisa, con la muerte de Hitler en portada y una necrológica preparada desde hacía mucho tiempo en el interior. En Alemania, los pocos periódicos aún activos hicieron lo mismo, apurando hasta el final para sacar una tirada con marco negro a tiempo para la distribución de la mañana. En el resto de lugares, sin embargo, la reacción inmediata ante el anuncio de la muerte de Hitler fue escasa. El estado mayor en el nuevo cuartel general del mariscal de campo Montgomery, en la landa de Luneburgo, ya se había retirado a dormir cuando emitieron la noticia por radio a las diez y media de la noche. También dormían en Reims, donde el general Eisenhower tenía su cuartel general. El anuncio había llegado a una hora demasiado tardía para casi todo el mundo, en Europa y en especial para Alemania, donde millones de personas estaban en la calle o no disponían de electricidad. Hasta bien entrado el día siguiente, buena parte de la población no fue consciente de que Hitler había muerto por fin y el almirante Dönitz era el nuevo Führer de Alemania.

El capitán Charles Wheeler, de los marines británicos, era uno de los que no oyeron la noticia hasta el miércoles por la mañana. Acababa de llegar a un campo de prisioneros en las afueras de Hamburgo cuando se anunció por radio la muerte de Hitler:

Yo hablaba alemán bastante bien y le pregunté al oficial del ejército al mando del campo si alguien se lo había dicho a los prisioneros. Dijo que no y le pregunté si podía hacerlo yo. Habría allí cerca de un millar de prisioneros alemanes, de pie bajo la lluvia, detrás de una alambrada. Estaban en lo que se solía llamar «jaula»: en lo esencial, un lugar de concentración cercado por unas pocas líneas de alambrada donde retener a los prisioneros hasta haberlos clasificado convenientemente.

Me subí al techo de un camión, di una voz pidiendo silencio y luego les dije, en alemán, que el Führer había muerto. Jamás olvidaré su reacción. Primero hubo un silencio prolongado, de unos cuatro segundos, probablemente, y luego alguien de entre aquella muchedumbre empezó a aplaudir, despacio y con aire vacilante. Entonces se le sumó otro, luego más, y después toda la panda empezó a aplaudir junta y a lanzar vítores desenfrenados.

A Wheeler le sorprendió la reacción de los alemanes. Después de reflexionar al respecto, llegó a la conclusión de que lo más probable era que los prisioneros no se estuvieran alegrando por la muerte de su Führer, sino que aplaudiesen el fin de la guerra y la ocasión de volver a casa, por fin. «En aquel momento, el ejército alemán estaba terriblemente desmoralizado, en buena parte en retirada, y con la rendición de unidades muy numerosas. Sin embargo, la reacción me sorprendió bastante. Creo que, fundamentalmente, aquellos prisioneros estaban deseando que la guerra acabase y volver a casa.»

A unos pocos kilómetros de allí, el teniente Robert Runcie, de la Guardia Escocesa, estaba en Luneburgo cuando se enteró de la noticia. Como comandante de un pelotón, al mando de tres carros de combate Churchill, aquella mañana estaba en medio de un atasco, un embrollo irresoluble de vehículos militares que iban hacia el norte por las calles de la ciudad vieja. El batallón de Runcie formaba parte de una fuerza destinada al Báltico para tomar Lubeca antes que los rusos e impedirles seguir hasta Dinamarca. La Guardia Escocesa había salido con tiempo, a las dos de la madrugada, pero a las ocho de la mañana se halló atascada en Luneburgo. Sin nada que hacer hasta que la policía militar consiguiera despejar de nuevo el tráfico, se quedaron sentados en los tanques, con los motores al ralentí, escuchando la radio mientras aguardaban a que la carretera estuviera libre.

Habían sido unos meses de locura para Runcie. Antes de la invasión alemana, era un joven subalterno que creía estar viviendo una vida peligrosa cuando visitaba el club londinense de Bag O'Nails en compañía de oficiales con más mundo que él, a los que el temor a la gonorrea no impedía pasar la noche con prostitutas. La invasión le había enseñado el verdadero significado de vivir peligrosamente. Runcie alcanzó la mayoría de edad mientras su batallón avanzaba por tierras de Normandía y Bélgica hasta entrar en Alemania. En su primera acción fue testigo de la destrucción de doce carros de combate británicos y contempló con impotencia cómo sus amigos morían despedazados o quemados antes de que nadie pudiera hacer nada por ellos. Él también había matado a alemanes, muchas veces muy jóvenes, liquidándolos sin dudar un segundo mientras

su pelotón avanzaba. Solo más tarde, cuando tuvo la oportunidad de observar su trabajo de cerca, empezó a pensar en lo que había estado haciendo:

Un alemán allí delante, valerosamente, con un bazuca, y tú apuntándolo con el cañón y haciéndolo saltar en pedazos a tu paso. Así fue mi primera sensación de «esto va en serio» ... Cuando había conseguido un gran éxito dejando fuera de combate a un carro alemán, me acercaba y veía a cuatro jóvenes muertos. Me sentía un poco mal. De hecho, *estaba* mal de verdad.[\[184\]](#)

Runcie se había hallado por detrás de las líneas alemanas en más de una ocasión, rodeado por soldados de la Wehrmacht tan asustados de verlo allí como él de verlos a ellos. Siempre estuvo a la altura de los desafíos. Sus hombres lo apodaban, cariñosamente, «matador». En marzo había sido propuesto para la Cruz Militar, después de una acción en Holanda en la que sus tanques dejaron fuera de combate varios cañones alemanes. Runcie aún esperaba que le dijiesen si había sido condecorado.

Pero aquella mañana, la noticia era Hitler. Inmovilizados por el embotellamiento, los hombres de la Guardia Escocesa se enteraron de su muerte a través de las radios de sus torretas. Corrieron a comunicar la noticia a los habitantes de Luneburgo. Se abrían las escotillas, asomaban cabezas y los escoceses iban gritando con alegría, a cada alemán que pasaba, que su líder había muerto. A diferencia de lo sucedido con los prisioneros de Charles Wheeler, los alemanes de Luneburgo no parecieron felicitarse. De hecho, parecían «muy tristonos». Su melancolía fue el único momento destacado en un día muy tedioso, en el que la Guardia Escocesa solo pudo atravesar la ciudad centímetro a centímetro, y pasó el resto del día de atasco en atasco en su camino primero hacia el río Elba y luego hacia el mar Báltico.

Más al oeste, el batallón de la Guardia de Granaderos de lord Carrington se había detenido en Mulsum, unos pocos kilómetros antes de Hamburgo. Tras liberar un campo de concentración secundario, en Sandbostel, el batallón acababa de ser destinado a Mulsum, para reagruparse y esperar órdenes antes de continuar avanzando.

Había sido un largo trayecto desde Normandía. Durante todo el camino, desde la costa del Canal, los granaderos mantuvieron el mismo ritmo que la Guardia Escocesa, siguiendo el paso de su regimiento hermano por el interior de Bélgica y los Países Bajos. El escuadrón de Carrington tuvo un comportamiento especialmente afortunado en la batalla de Arnhem, cuando cruzó con sus tanques el río Waal, en Nimega, antes de que los alemanes tuvieran tiempo de volar el puente. Luego dispararon al azar contra una columna motorizada en la que iba Heinrich Himmler, según descubrieron más tarde.

Ahora estaban en Mulsum, a muy poca distancia del río Elba. Seguirían hacia Hamburgo, que continuaba en manos alemanas y estaba fuertemente defendida. Pero después de que la radio hubiera anunciado la muerte de Hitler, y sin nuevas órdenes, empezaba a parecer que su guerra se había terminado. Carrington, por su parte, sentiría un «tremendo alivio» si así fuera.[\[185\]](#) En los últimos meses había luchado tanto como cualquiera, pero compartía la falta de entusiasmo generalizada por seguir combatiendo, ahora que sobrevivir parecía posible. Lo único que los

granaderos querían era reponer horas de sueño unos días, antes de ensillar y ponerse de nuevo en marcha.

En la propia Hamburgo, una vez se difundió la noticia de la muerte de Hitler, los alemanes también estaban indecisos. Algunos querían dejar las armas de inmediato y rendirse a los británicos. Otros se decantaban por continuar con la lucha, defendiendo la ciudad calle por calle. El 1 de mayo, el Gauleiter Kaufmann había declarado Hamburgo «ciudad abierta», no defendida, pero había actuado por iniciativa propia, sin consultar al almirante Dönitz o a la Wehrmacht. La muerte de Hitler solo había venido a sumarse a la confusión mientras los ciudadanos de a pie se agachaban entre los escombros y cogían fuerzas para lo que viniera a continuación.

Entre ellos se encontraba Sybil Falkenberg, una mujer británica recién divorciada de su marido alemán. Mientras todo el mundo observaba la llegada de los británicos con pesadumbre, ella estaba deseando que apareciesen sus compatriotas y contaba las horas que faltaban para la caída de Hamburgo. Después de cinco años de infierno, los británicos llegarían en buena hora, sin duda.

Sybil, cuyo apellido de soltera era Bannister, se había casado con un ginecólogo alemán antes de la guerra; adoptó su nacionalidad y le dio un hijo alemán. Cuando estalló la guerra, estaban en Dánzig y no sabían si las bombas que les caían encima eran alemanas o polacas. Llamaron a filas a su esposo, y Sybil se halló sola, tratando de cuidar al pequeño sin amigos ni familia a quienes recurrir y rodeada por un ambiente muy hostil. Aunque, en su mayoría, los alemanes fueron correctos, no pocos actuaron de un modo muy desagradable, espiando a la *Engländerin* por la espalda e informando de todos sus movimientos a la policía.

La presión arruinó el matrimonio. Sybil conservó la custodia de su hijo, pero al poco tiempo se lo quitaron por orden de la Gestapo. Cuando los ataques aéreos se intensificaron, las bombas la echaron de su casa y sufrió quemaduras de tercer grado por el fósforo lanzado por sus propios compatriotas. Logró llegar a Hamburgo, donde encontró una habitación de alquiler y, mientras los británicos estaban parados a las puertas de la ciudad, vivía como una troglodita. Sin nada que intercambiar por comida, se vio obligada a poner trampas para los conejos que deambulaban por entre las ruinas. Estaba tan desnutrida que había dejado de menstruar.

Sybil sintió una gran alegría cuando el Gauleiter de la ciudad anunció que Hamburgo no se defendería. «¡Gracias a Dios! Al final, viviremos para ver cómo termina esta contienda. ¡No más incertidumbre! ¡No más ataques aéreos! ¡Todas las noches serán tranquilas! No vendrán los rusos. La ocupación inglesa no será tan mala. ¡Esta guerra horrible habrá terminado pronto!»<sup>[186]</sup> Y aquella mañana, la noticia de la muerte de Hitler, de la que supo al poco de oír el anuncio de Kaufmann, no hizo sino multiplicar su dicha.

Pero la emoción de Sybil era prematura. La Wehrmacht no estaba contenta con la decisión de Kaufmann. Tampoco lo estuvo Dönitz, cuando se lo comunicaron, a la hora de comer. Era a él, no a Kaufmann, a quien correspondía tomar la decisión de entregar el mayor de los puertos alemanes y la segunda ciudad del país. Dönitz se enfureció porque Kaufmann se había excedido en su decisión, sin la debida autoridad.

Albert Speer conocía a Kaufmann. A petición de Dönitz, condujo hasta Hamburgo aquella tarde para hablar en persona con el Gauleiter. Lo encontró en el cuartel general, rodeado por una escolta de estudiantes. Kaufmann estaba tan iracundo como Dönitz y replicó que había recibido un ultimátum de los británicos, que amenazaban con arrasar Hamburgo con sus bombas si la ciudad no se rendía sin presentar batalla. «¿Acaso se suponía que debía seguir el ejemplo del Gauleiter de Bremen? —preguntó con tono amargo—. Él hizo un llamamiento para que todo el mundo se defendiera a ultranza y luego escapó mientras Bremen sufría un ataque espantoso que la dejó hecha pedazos.»[\[187\]](#)

Speer lo comprendió. Llamó a Dönitz y le explicó la situación. Le dijo que el Gauleiter de Hamburgo estaba dispuesto a movilizar a la población de la ciudad contra las tropas de defensa, si era necesario, antes que continuar con la guerra y ver destrozada la ciudad. Si las tropas recibían órdenes de defender Hamburgo, habría una rebelión.

Dönitz pidió tiempo para pensárselo. Al cabo de una hora, devolvió la llamada y autorizó a Hamburgo a rendirse sin presentar batalla. Lo hizo porque la situación había experimentado un cambio radical desde la hora del almuerzo. Los británicos acababan de abrirse paso hacia el Báltico y nada podría impedirles llegar a Lubeca. Tampoco podían frenar a los canadienses en el camino de Wismar, donde llevaban unas pocas horas de ventaja a los rusos. A los alemanes del este se les acababa de cerrar la vía de escape, de modo que no había razones para seguir combatiendo en el oeste.

Así, Dönitz ordenó al comandante de Hamburgo que, a la mañana siguiente, estableciera contacto con los británicos, ondeara la bandera blanca y aceptara entregar la ciudad sin batalla. También debería comunicar a los británicos que, al poco tiempo, llegaría una delegación enviada por Dönitz para iniciar las negociaciones de una rendición general.

## LOS NAZIS SOPESAN SUS POSICIONES

Kaufmann comenzó los trámites de inmediato. Rendirse a los británicos era la única opción sensata. En conversación privada con Speer, le sugirió que él también debería rendirse; era mejor que se entregaran los dos a la vez.

Pero Speer aún no estaba preparado. Tampoco estaba preparado para escapar, según le había propuesto un amigo, el piloto Werner Baumbach. Este disponía de un hidroavión listo para volar, un cuatrimotor utilizado para el transporte aéreo de mercancías desde Noruega a la estación meteorológica alemana de Groenlandia. Ya lo habían cargado de libros, medicamentos, tanques de combustible adicionales, material de escritura y papel suficiente para que Speer comenzase a trabajar en sus memorias. Con los fusiles, los esquíes, las tiendas, una barca hinchable y granadas de mano para pescar, podrían vivir tranquilos en alguna de las numerosas bahías de Groenlandia, durante unos meses, hasta que el jaleo se hubiera calmado y fuera seguro volar a Inglaterra y entregarse allí.

Speer se sintió tentado, pero dijo que no. Como ministro del nuevo gobierno, su deber estaba junto a Dönitz. Abandonó Hamburgo y se encaminó de nuevo a Plön. Llegó aquella misma noche, a una hora tardía, y descubrió que, en su ausencia, el almirante había trasladado el cuartel general huyendo del avance británico. Se había desplazado hacia el norte, a la escuela naval de cadetes de Mürwik, cerca de Flensburg, en la frontera danesa. Keitel y Jodl se preparaban para unirse a él. Solo tuvieron tiempo de conversar un momento con Speer antes de partir ellos también hacia el norte. Tras una breve visita a su caseta del lago de Eutin, Albert Speer tomó la misma ruta.

Himmler los seguiría. Allí donde fuera el gobierno de Dönitz, él lo seguiría. Con la cabeza protegida por un casco, conducía su propio Mercedes al frente de una columna motorizada en la que iba su séquito personal, que aún constaba de 150 efectivos. Se acercaban a Kiel en las últimas horas de luz cuando la RAF los descubrió.

—¡Disciplina, caballeros, disciplina! —gritaba Himmler.[\[188\]](#)

Había cundido el pánico; la columna se paró en seco y sus integrantes, hombres y mujeres por igual, se lanzaron al suelo para protegerse. La capa de barro era tan gruesa que engullía los zapatos de las mujeres. En cuanto desaparecieron los aviones, los componentes del séquito de

Himmler empezaron a incorporarse y a reagruparse, no sin desorden, y se retiraron en busca de una ruta menos peligrosa hacia Flensburg.

Las carreteras estaban tan deterioradas que no llegaron hasta casi la mañana siguiente. Sin perder un minuto, Himmler dispuso el traslado de las mujeres a Dinamarca, al otro lado de la frontera, donde estarían a salvo para lavarse y comer algo antes de regresar a su cuartel general. En cuanto a sí mismo, no sabía qué hacer a continuación. El conde Schwerin von Krosigk, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, pensaba que debía afeitarse el bigote, disfrazarse con una peluca y gafas oscuras y desaparecer antes de que los aliados lo atrapasen. O eso, o se pegaba un tiro. Himmler no quería hacer ninguna de las dos cosas.

Rudolf Höss también iba hacia Flensburg, tratando de esquivar a la RAF mientras se dirigía hacia el norte, para celebrar una última reunión con Himmler. Como excomandante de Auschwitz, formó parte del grupo de dirigentes de campos llamados a reunirse en Flensburg a la mañana siguiente, cuando recibirían las últimas órdenes del Reichsführer-SS.

No fue un viaje fácil. Höss viajaba con su esposa y sus hijos. Se enteraron de la muerte de Hitler mientras estaban refugiados en una granja próxima a la carretera. La reacción inmediata de Höss fue la misma que la de su esposa: suicidarse inmediatamente, puesto que su mundo se había hundido. «¿Tenía algún sentido seguir con vida? Nos perseguirían e irían a por nosotros allí donde fuésemos. Queríamos tomar un veneno. Yo había conseguido un poco para mi esposa, por si los rusos los cogían con vida, a ella y a los niños.»[\[189\]](#)

Höss tenía muchos motivos para estar nervioso. Como comandante de Auschwitz durante tres años y medio, había presidido la instalación de las cámaras de gas y la matanza de inocentes a una escala industrial. Había abandonado Auschwitz en diciembre de 1943, pero regresó en el mes de mayo del año siguiente, cuando empezaron a llegar los judíos de Hungría. Hubo que emplearse a fondo, con tantos cuerpos nuevos de los que ocuparse. En cierta fase, el índice de asesinatos se acercó a los 10.000 diarios, una cifra que Höss acogió con notable satisfacción. Una madre judía lo había increpado por sacrificar a sus hijos, pero sin duda ella no había caído en que también había que matar a los niños, para que de mayores no regresaran en busca de venganza.

Höss tenía pocos remordimientos por sus acciones pasadas, pero sabía que los aliados, si daban con él, lo verían de un modo distinto. Mientras los rusos se acercaban, él había estado en Ravensbrück, con su familia. Escaparon con otras varias familias, por la noche, en una caravana de vehículos con los faros apagados, pegados unos a otros por una carretera atestada de refugiados. Fueron objeto de ataques aéreos repetidos, por lo que viajaron durante varios días de arboleda en arboleda, esforzándose por no separarse mientras los Spitfire y Typhoon rugían sobre sus cabezas. En Wismar, pudieron ver de refilón al mariscal de campo Keitel, que estaba arrestando a los desertores de un frente que él nunca había llegado a pisar en persona. Desde allí, torcieron al oeste, en dirección a Lubeca y luego hacia Flensburg, al norte.

La que fuera antigua institutriz de los hijos de Höss en Auschwitz vivía en Sankt Michaelisdomm, cerca de la desembocadura del Elba. Sin otro sitio al que acudir, Höss dejó allí a su mujer y a cuatro de sus hijos, mientras él continuaba hacia Flensburg con su hijo mayor como

única compañía. El joven quería permanecer junto a su padre y ambos abrigaban la esperanza de poder representar todavía algún papel en las últimas horas del Reich. Höss seguía llevando encima el veneno, pero debía pensar en los hijos y no sentía especial deseo de utilizarlo. Prefería creer que Himmler sabría qué hacer a continuación, cuando presentase su informe en Flensburg. Sin duda, Himmler no habría convocado allí a los comandantes si no supiera cuál era el próximo movimiento.

Joachim von Ribbentrop hacía el camino inverso. Si él dejaba de formar parte del gobierno, carecía de sentido seguir a Dönitz hasta Flensburg. Irritado al saber que le habían dado su puesto a Schwerin von Krosigk, había decidido dirigirse a Hamburgo con el fin de establecer contacto con los británicos. Aún tenía que cumplir una misión para Hitler: entregar el mensaje de este a los aliados, apremiándoles a unir sus fuerzas con las de Alemania en contra del bolchevismo.

Ribbentrop conocía bien Hamburgo. Allí tenía contactos empresariales, de antes de la guerra. Había un comerciante de vinos, de sus días como vendedor de champán, que le daría cobijo por un tiempo y le permitiría ocultarse hasta que los nervios se hubieran calmado y pudiera dejarse ver otra vez sin correr peligro. Mientras estuviera escondido, tendría ocasión de redactar una carta en la que expondría las razones de Hitler para desear una alianza contra los bolcheviques, carta que luego presentaría a los británicos en el momento y lugar que él mismo escogería. Como portador del último mensaje del Führer a los británicos, sin duda lo tratarían con todo el respeto y consideración que merecía. A esta esperanza se aferraba, al menos, porque el último mensaje de Hitler a los británicos era la única carta que le quedaba por jugar.

Desde un camino del bosque que había por encima del lago de Schliersee, al sur de Múnich, Hans Frank y su auxiliar contemplaban el avance estadounidense por la pequeña población de Neuhaus. El pueblo no se iba a defender, pero los estadounidenses no lo sabían y, en consecuencia, se movían con cautela. Ninguno de ellos quería morir ahora que el fin de la guerra estaba tan cerca. Sus carros de combate Sherman avanzaban con las escotillas cerradas, preparados para pasar a la acción de inmediato mientras echaban a un lado una barricada compuesta por troncos y se acercaban a Neuhaus desde el extremo sur del lago. Frank, desde el camino de montaña, se lo miraba con desprecio.

—Mira esos conejos asustados —le dijo a su auxiliar—. Tienen miedo, ahora que por fin vislumbran nuestra inexpugnable fortaleza alpina.[\[190\]](#)

Frank estaba preparado para recibir a los estadounidenses. Como gobernador general de Polonia, contaba con que, al llegar al pueblo, lo arrestarían. Había destruido todos sus archivos después de huir de Cracovia, en enero y, desde entonces, trató de reescribir sus últimos discursos y diarios para contar su participación desde una perspectiva más favorable. Pero sabía que los estadounidenses querrían hablar con él sobre los años de Polonia. Preguntarían por Auschwitz, la inanición, los trabajos forzosos, los ahorcamientos en la calle, las ejecuciones sumarias de intelectuales, las humillaciones y matanzas de los judíos en las sinagogas, el saqueo sistemático

del arte y de las propiedades; y buena parte de todo ello, en beneficio del propio Frank. Había sido un gobernador muy eficiente, para el concepto nazi de la eficiencia. No cabía duda de que los estadounidenses querrían preguntarle por todo aquello, cuando se hicieran con el control del pueblo.

Cuando gobernaba a los polacos desde el glorioso castillo de Cracovia, Frank había sido el señor de todo lo que podía contemplar. Desde entonces, su imperio se había reducido a unos pocos secretarios y partidarios personales que habían permanecido a su lado porque no sabían qué otra cosa hacer. Había pasado un mal momento, no hacía mucho, cuando el que había sido su ayuda de cámara durante muchos años le dijo: «¡Bésame el culo!», y desapareció; desde entonces, Frank tenía que plancharse él mismo los uniformes. Cuanto quedaba de la secretaría del gobernador de Polonia se alojaba ahora en Neuhaus, en el Café Bergfrieden, en el número 12 de la Josefstalerstrasse, donde aún sobraba mucho sitio. Frank llevaba viviendo en la Haus Bergfrieden desde el 3 de abril, a la espera de que los estadounidenses hicieran su aparición.

Reunió allí a su estado mayor en cuanto se enteró de la muerte de Hitler. Mientras las mujeres de la población preparaban banderas blancas para la capitulación, Frank había ordenado personalmente a su equipo que jurase lealtad a Dönitz, su nuevo Führer. Todos lo hicieron, aunque nadie podía decir con qué objetivo. No parecía tener mucho sentido jurar lealtad a Dönitz cuando todo lo que podían hacer era sentarse en la Haus Bergfrieden a esperar a los estadounidenses. Hans Frank se unió a ellos cuando hubo terminado de observar los tanques desde aquel camino de montaña.

Al otro lado de las montañas, Adolf Eichmann se dirigía al centro vacacional austríaco del lago de Altaussee. En las últimas semanas, un buen número de altos cargos nazis se habían trasladado allí porque los accesos eran fáciles de defender y la escarpada configuración de las montañas del valle dificultaba los asaltos aéreos.

Como jefe del departamento judío de las SS, Eichmann había sido el director de operaciones de la Solución Final, responsable, según sus propios cálculos, del eficiente exterminio de cinco millones de judíos, aunque las cifras que le llegaban quizá estuvieran infladas, para cumplir con las cuotas.<sup>[191]</sup> Demostró una eficacia particular en Hungría, donde, en cuanto entró la Wehrmacht, erradicó al grueso de la población judía a una velocidad vertiginosa, y luego los mandó a Auschwitz para continuar el proceso.

Eichmann había abandonado Berlín a mediados de abril, tras pasar varios días destruyendo los archivos de su departamento antes de que los rusos pudieran dar con ellos. De allí se trasladó a Praga y otros lugares, en una misión absurda. Himmler le había ordenado trasladar a los Alpes a varios cientos de prisioneros judíos importantes, que luego custodiaría como rehenes. En medio de todo el caos, la tarea fue imposible, de modo que Ernst Kaltenbrunner, el segundo de Himmler en las SS, envió a Eichmann al Altaussee, donde debería esperar más instrucciones.

Eichmann envió un informe en cuanto llegó. Encontró a Kaltenbrunner haciendo solitarios en la residencia de su amante, a las afueras de la ciudad. Kaltenbrunner no se alegró de verlo. Ni él ni nadie; en el Altaussee, nadie quería verse relacionado con un famoso asesino de judíos, ahora que

se avecinaba la hora de la venganza. Kaltenbrunner pretendía sacárselo de encima lo antes posible.

Pidió un coñac y empezó por comunicarle que Hitler había muerto.

Eichmann quedó impresionado. Era una noticia terrible. Él sabía que, en Berlín, la situación era difícil, pero no imaginaba que tanto.

Kaltenbrunner no hizo más comentarios al respecto. No había decidido aún qué haría con Eichmann, pero desde luego no quería verlo cerca del Altaussee. Barajaba la posibilidad de ofrecerle algunos objetos de valor, procedentes del saqueo de los judíos, y mandarlo a las montañas con un pequeño grupo de otros potenciales criminales de guerra; así se aseguraba de que no estuvieran en el lago cuando llegasen los aliados. No quería volver a relacionarse con Eichmann, por más que hubieran crecido juntos en Linz, la ciudad natal de Hitler.

—Todo esto es una mierda —se oyó musitar a Kaltenbrunner cuando este despidió a Eichmann, indicándole que esperase instrucciones—. El juego ha terminado.[\[192\]](#)

Llegado el momento, Kaltenbrunner también pensaba esconderse en las montañas. En el lago Wildensee había una cabaña en la que podría aguantar unos días hasta que supiera de dónde soplaban el viento. Había abandonado la esperanza de negociar con los aliados una paz independiente para Austria. Como tantos otros nazis, sin embargo, seguía convencido de que los aliados todavía apreciarían sus servicios en la lucha posterior contra los soviéticos.

Por si acaso, por si tenía que desaparecer a toda prisa, había preparado un juego de papeles falsos. Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, se iría a las montañas cuando llegasen los aliados, pero quien regresaría, a su debido tiempo, sería Josef Unterwogen, médico de la Wehrmacht, preparado para retomar el curso de su vida y volver a ocupar su lugar en el mundo de la posguerra.

En Mauterndorf, Hermann Göring negociaba con los hombres de las SS, instándoles a devolverle la libertad, ahora que Hitler había muerto. Las SS no lo veían mal, pero no querían hacerlo sin contar con la debida autorización.

En Mayrhofen, Leni Riefenstahl había pasado el día buscando a Hans y Gisela Schneeberger, sus huéspedes para las dos semanas siguientes. Se suponía que permanecería con ellos en la pensión del primo de Hans, situada a más altura en las montañas, pero cuando ella se despertó, aquella mañana, no había señales de Gisela, ni tampoco ninguna nota. Gisela se había marchado sin decir nada.

Leni estaba en un dilema. No podía quedarse donde estaba, porque su habitación ya había sido alquilada y todos los demás hoteles de Mayrhofen estaban llenos. Tampoco podía volver a Kitzbühel, porque no le quedaba combustible para el coche. Decidió subir a las montañas, buscar a los Schneeberger y preguntarles qué había pasado.

A media tarde consiguió montarse, haciendo dedo, en un carro de heno. El sol se ponía cuando llegó al hotel Lamm y llamó al timbre. Un anciano le abrió la puerta y la miró sin entusiasmo.

—Soy la señora Riefenstahl —dijo ella—. El señor Schneeberger me pidió que viniera aquí.

El hombre se la miró de arriba abajo.

—Usted no entrará en mi casa.

—¿No es usted el primo de Hans? Se supone que debo pasar aquí un par de semanas.

—Lo siento. Usted no entrará en mi casa. Al parecer, Hans no se ha dado cuenta de que yo no acojo a nazis.

Leni lo apartó a un lado e irrumpió en la casa, buscando a Hans. Lo encontró en la cocina, con su esposa.

—¿Estás aquí? —dijo Gisela, sorprendida—. ¿Estás loca? ¿De verdad pensabas que te podías quedar con nosotros?

Hans no dijo nada. Además de haber sido colaborador de Leni, habían vivido cuatro felices años como amantes.

—¡Ayúdame! —le gritó Leni.

Hans siguió callado. Gisela se mantenía delante de él, protegiéndolo y gritándole a Leni:

—¿De verdad pensabas que te ayudaríamos? ¡Putas nazi![\[193\]](#)

Leni se quedó en la estacada. Aún tenía el equipaje, pero el carro había desaparecido y las cosas pesaban demasiado para llevarlas a mano. Las dejó allí mismo, se volvió con aire vacilante y empezó a descender por la montaña, entre la oscuridad, con la esperanza de encontrar en algún sitio un granero en el que cobijarse durante la noche.

Paula Hitler estaba en su habitación de la pensión Dietrich-Eckart-Hütte, en Berchtesgaden. Pasaba casi todo el tiempo en su habitación y prefería que le llevaran allí la comida, en lugar de acudir al comedor con los demás huéspedes. Ellos la conocían como «Frau Wolff» y no tenían la menor idea de que aquella mujer de pocas luces era la hermana menor del Führer.

Paula llevaba en Berchtesgaden desde mediados de abril. Cierta día que se encontraba en su casa, en Austria, en su vivienda de la carretera de Linz a Viena, apareció un coche con órdenes de llevarla a Berchtesgaden. Le dieron dos horas para hacer las maletas, aunque en realidad no se fue hasta el día siguiente.

Paula se había mostrado muy reacia a marcharse. En la casa, se ocupaba del huerto y sabía que, sin su presencia, este quedaría abandonado. Pero los hombres que habían ido a buscarla insistieron en que debía acompañarlos a Berchtesgaden. Solo cuando ya habían recorrido la mitad del camino, uno de ellos le confesó que pensaban que no iba a acceder.

Paula no conocía a nadie en Berchtesgaden. Era la hermana menor del Führer, con quien se llevaba siete años, y nunca habían mantenido una relación estrecha. Ya desde joven, su hermano mayor había tenido las ideas muy claras sobre qué hacer con los débiles mentales. Siendo Führer, se ocupó de que ella tuviera una pequeña asignación, siempre y cuando se hiciera llamar Paula Wolff y jamás le dijera a nadie que eran parientes. Pero no demostró ningún interés por ella. Ella —como Alois Hitler, su irresponsable hermanastro, y de hecho como el resto de la familia— jamás recibió una invitación para ir al Berghof, jamás puso los pies en la casa de su hermano en las montañas.

Había visto a Adolf por última vez en marzo de 1941, cuando tuvieron un breve encuentro en el Hotel Imperial de Viena. No se habían vuelto a tratar desde entonces, aunque Hitler se acordó

de ella en el testamento. Su pariente vivo más cercano, ahora que su hermano ya no estaba, era probablemente su sobrino, William Patrick Hitler, marino del cuerpo naval de Estados Unidos. Al ser británico de nacimiento, intentó ingresar en la Royal Navy, pero le respondieron que los británicos no pensaban tener a un Hitler en su flota.

Paula quedó desconsolada al recibir la noticia de la muerte de su hermano. Daba igual lo que los demás pensasen de él: Adolf seguía siendo su hermano mayor y su único hermano carnal. De niños, por la diferencia de edad, él pasaba poco tiempo con ella, pero se habían divertido jugando a policías y ladrones con otros chiquillos. Su madre lo había malcriado, pero quizá porque su padre le pegaba con mucha frecuencia.

Adolf jamás debería haber sido el Führer, a juicio de su hermana. Debería haber sido arquitecto. Si hubiera sido arquitecto, nada de todo esto habría sucedido y él seguiría vivo. Pero no era así. Había muerto y nada podía devolverlo a la vida. Como cualquier otra hermana cuyo hermano hubiera muerto en la guerra, Paula Hitler, en la habitación de Berchtesgaden, solamente pudo sentir una «pena indescriptible» al enterarse, al mismo tiempo que otros tantos millones de alemanes en el país, de la muerte de Hitler.[\[194\]](#)

Lejos de allí, en su manicomio galés, Rudolf Hess quedó tan conmocionado como Paula al saber que Hitler había muerto. Aquella mañana, el *Times* había dedicado una página completa a su necrológica. Hess se esforzó por no mostrar la más mínima emoción mientras leía el periódico, pero sus guardaespaldas notaron que estaba profundamente afectado. Buscó consuelo en uno de sus pasajes preferidos de un ensayo de Konrad Guenther, *Deutsches Naturerleben* [«Vida natural»]: «La obra de los grandes hombres no surte pleno efecto hasta que su creador ha desaparecido; el presente no es capaz de comprenderla ... ¿Acaso puede existir ser más heroico que aquel que no se desvía de la senda para cumplir una misión a la que está destinado, sin importarle lo enmarañado del camino o, incluso, que este lo lleve hasta el martirio?»[\[195\]](#)

En los últimos días, el comportamiento de Hess se había vuelto cada vez más irregular, conforme llegaban noticias desde Alemania indicando que todo iba de mal en peor. Mientras se vestía, el día 29 de abril, pasó un minuto entero lanzando los calzoncillos contra el armario antes de ponérselos. Se carcajeó como un loco con la oferta de paz de Himmler y no podía parar de reír ante las fotografías de los nuevos líderes alemanes en la prensa. Había cogido una nueva costumbre, que sus guardianes observaron por primera vez más o menos en los días en que Hitler murió, de lanzar repetidamente una llavecita sobre sus papeles de escritura. Este ritual parecía importarle, aunque desde fuera no se le veía el sentido.

Quería presentar una solicitud a sus captores. Según la prensa, se habían grabado documentales sobre los campos de concentración liberados por los aliados, películas terribles sobre las atrocidades alemanas. Hess ya había visto algunas imágenes en la prensa. Pero también quería ver las películas, si era posible. Les dijo a sus guardias que les estaría muy agradecido si le permitían verlas.

La petición fue rechazada. No había favores especiales para el interno más famoso de Maindiff Court.

## RENDICIÓN EN ITALIA

En Italia, el Alto Mando alemán seguía dividido en cuanto a si aceptar o no las condiciones de la rendición acordadas en Caserta. Algunos generales ya se lo habían comunicado a la tropa y habían ordenado de poner las armas a las dos de la tarde. Otros se negaban a obedecer, alegando que no podían rendirse mientras siguieran estando en guerra con los rusos. La muerte de Hitler los había liberado del juramento de lealtad, pero aún no querían moverse sin una orden directa de Kesselring, el mariscal de campo, nominalmente al mando de las fuerzas de la Wehrmacht en Italia. Pero Kesselring estaba en alguna parte del campo de batalla y no se podía contactar con él por vía telefónica.

La situación era tan tensa que, en Bolzano, los generales habían empezado a arrestarse mutuamente, ya que existía entre ellos un profundo desacuerdo con respecto a qué hacer. El general Karl Wolff, de las SS llevaba algunas semanas negociando en secreto con los aliados y estaba decidido a cumplir con el pacto firmado en Caserta. Sentado en el cuartel general de la Wehrmacht, hacia la una y media de la noche, temió lo peor cuando llegaron órdenes de detener de inmediato a los oficiales partidarios de la capitulación. Se escabulló del complejo de túneles junto con otros dos generales y corrió de vuelta al cuartel general de las SS, sito en el palacio del duque de Pistoia. Allí se enteró de que la Wehrmacht estaba a punto de rodear el edificio con una unidad de carros de combate.

Wolff tenía sus propios blindados, que desplegó rápidamente alrededor del puesto de mando. Las tropas de las SS ocuparon posiciones defensivas mientras Wolff enviaba un mensaje urgente al mariscal de campo Alexander, suplicando la ayuda de los paracaidistas aliados. Las SS se quedaron agazapadas detrás de sus armas, esperando a que la Wehrmacht los atacara, cuando sonó el teléfono. Era el mariscal de campo Kesselring, preguntando por Wolff.

Kesselring se acababa de enterar de que la propuesta de rendición seguía adelante sin su autorización. Llamó a las dos de la madrugada y, a través de una línea bastante mala, estuvo insultando a Wolff durante las dos horas siguientes, diciéndole de todo al tiempo que arremetía contra él por la traición de negociar en secreto con los aliados. Otros oficiales se sumaron a la polémica y estuvieron discutiendo la situación por teléfono e insultándose entre ellos mientras se peleaban por qué hacer a continuación. Wolff se mantuvo en sus trece, poniendo de relieve que la rendición no solo era inevitable, sino la mejor opción disponible, pues nada se podía ganar de

continuar con la batalla. Con un pensamiento inusual entre los oficiales de las SS, Wolff no le veía sentido a seguir luchando hasta quedarse sin hombres. Se lo comunicó a Kesselring sin apenas rodeos:

No se trata tan solo de una capitulación militar para evitar más destrucción y derramamiento de sangre. Un alto al fuego ahora dará a los angloestadounidenses la posibilidad de frenar el avance ruso hacia el oeste, contrarrestar la amenaza de las fuerzas de Tito en el puerto de Trieste y de un alzamiento comunista que tratará de implantar una república soviética en el norte de Italia ... Desde el momento en que la muerte del Führer le ha liberado a usted del juramento de lealtad, le ruego encarecidamente y con el mayor sentido de la obediencia que, siendo usted el más importante de los comandantes de toda la región alpina, autorice con efecto retroactivo la acción independiente que nuestras conciencias nos han empujado a realizar.[\[196\]](#)

Kesselring no quedó convencido, pero podía comprender el punto de vista de Wolff. A las cuatro de la madrugada colgó el teléfono con la promesa de que pensaría en ello y lo volvería a llamar. Pasada media hora, otro oficial telefoneó para informar de que Kesselring había aceptado la rendición, aunque a regañadientes, y que estaba retirando las órdenes de arrestar a varios oficiales.

El cuartel general de Bolzano no perdió ni un minuto más. La orden de rendición se envió de inmediato a todas las unidades que aún no la habían recibido. Los mensajes de radio la transmitieron *en clair*, puesto que los alemanes ya no tenían que seguir escondiendo sus intenciones ante los aliados. A las dos de aquella tarde, según lo acordado, las fuerzas alemanas en Italia cesaron todas las hostilidades contra los aliados. En el escenario italiano, al menos, la guerra había terminado.

Con respecto a Trieste, Wolff estaba en lo cierto. Los aliados ya estaban de camino, con la intención de quitar el control del puerto a los alemanes, antes de que los comunistas de Tito pudieran conquistarlo para Yugoslavia.

A la cabeza de la carga estuvieron los neozelandeses. Partieron de Monfalcone a las ocho y media de la mañana y pretendían recorrer sin demora los veintisiete kilómetros que aún los separaban de Trieste. Pero el alto al fuego no se hizo efectivo hasta las dos de la tarde y, en cualquier caso, no era aplicable al este del río Isonzo, donde los alemanes conservaban el derecho a defenderse de los partisanos. Así, los neozelandeses hallaron algunas bolsas de resistencia aislada en el camino.

Los «kiwis» no llegaron hasta las dos y media de la tarde a Miramar, el castillo blanco que se eleva al otro extremo de la bahía de Trieste. Los alemanes lo defendían con cañones de 88 milímetros y búnkeres con nidos de ametralladoras, pero fueron barridos al poco rato. Los tanques Sherman de los neozelandeses siguieron su marcha hacia Trieste y alcanzaron el centro de la ciudad a las tres de la tarde. Allí se saludaron con los hombres de Tito, que habían llegado algo antes, desde la otra dirección.

Pero la batalla distaba de haber terminado. En la ciudad quedaban varios fortines en manos alemanas, defendidos con ferocidad por soldados decididos a resistir hasta que llegasen los aliados, para rendirse ante ellos, en vez de a los yugoslavos. El antiguo castillo estaba bajo asedio

cuando llegaron los neozelandeses; los alemanes disparaban al azar contra los partisanos y el ejército profesional yugoslavo que los cercaba. Los alemanes también atacaron a los neozelandeses, hasta que se dieron cuenta de quiénes eran. Entonces, para irritación de los yugoslavos, les abrieron la puerta y permitieron el paso a una compañía de kiwis, a los que presentaron la rendición.

Los yugoslavos no tardaron en vengarse. Continuaron disparando desde los tejados, por igual contra los alemanes y los neozelandeses del castillo. El comandante alemán ofreció ayudar con la defensa, si les devolvían las armas a sus hombres, pero su oferta se rechazó. Al caer la noche, los defensores neozelandeses y sus prisioneros alemanes pusieron en común las raciones y se sentaron a cenar juntos, compartiendo la comida en el interior del castillo, mientras los centinelas vigilaban con atención qué hacían los yugoslavos en el exterior.

En el edificio de los tribunales de justicia, el comandante de las SS se negó en redondo a rendirse ante nadie. Un oficial neozelandés se acercó al amparo de una bandera blanca, pero el alemán estaba demasiado bebido para sostener una conversación racional. Aquí, los neozelandeses unieron sus fuerzas con los yugoslavos y utilizaron los carros de combate para abrir boquetes en los muros del edificio, que la infantería yugoslava usó para entrar en tropel. Los combates duraron hasta bien entrada la noche. Hasta la mañana siguiente, los defensores no aceptaron deponer las armas.

Al caer la noche del 2 de mayo, solamente la Villa Opicina y una franja de tierra que discurría por el límite septentrional continuaban bajo control alemán. El resto de la ciudad estaba ocupado por fuerzas muy diversas: neozelandeses, comunistas de Tito, *chetniks* monárquicos, la milicia eslovena, colaboracionistas serbios y, por último, los nacionales italianos —algunos fascistas, otros no—, que constituían la mayoría de la población de la ciudad. Muchos iban armados hasta los dientes y estaban listos para defenderse si era necesario. Los neozelandeses fueron recibidos con vítores por los italianos, en su avance hacia Trieste, pero también hubo ovaciones para Tito y carteles que, por el camino, reclamaban la tierra para Yugoslavia. Los propios yugoslavos estaban marcadamente divididos entre los comunistas y los partidarios del rey, y solo los aunaba un deseo en común: infligir el mayor daño posible a los alemanes. Aquella noche, los neozelandeses establecieron su cuartel general en el hotel más señorial de Trieste, pero la ciudad aún no estaba en manos de nadie. Seguía habiendo disparos esporádicos y los yugoslavos de Tito iniciaron entonces la siniestra empresa de recorrer las calles y desarmar a cualquiera que no compartiese su particular punto de vista con respecto al futuro de Trieste.

En Caserta, el estado mayor del cuartel aliado pasó la primera parte del día preguntándose si la rendición se haría efectiva o no. La noche anterior, el mariscal de campo Alexander había fijado un límite temporal para recibir la respuesta del cuartel general de la Wehrmacht, concediendo a ambos bandos tiempo suficiente para dictar las órdenes necesarias del alto al fuego. Pero con las peleas internas de los alemanes y sin posibilidad de localizar al mariscal de campo Kesselring, la noche llegó y pasó sin respuesta alguna desde Bolzano. Hasta bien entrada la mañana, cuando los aliados tuvieron noticia de que el general Von Vietinghoff había recuperado el mando, la rendición

empezó a tomar visos de realidad. A mediodía se recibió la confirmación, cuando Wolff mandó a Alexander un mensaje en el que Kesselring prometía que la rendición entraría en vigor a las dos del mediodía, según lo acordado.

Pese a todo, Alexander esperó hasta media tarde para hacer pública la noticia. Los alemanes habían pedido que siguiera siendo un secreto durante otras veinticuatro horas, pero las órdenes del cese de hostilidades ya se habían emitido por radio sin codificar. Alexander se mostró inflexible en cuanto al cumplimiento de los horarios fijados en Caserta. Lo presionaba Harold Macmillan, su consejero político, que deseaba confirmar la rendición a tiempo de que Winston Churchill pudiera anunciarla aquel día en el Parlamento. Y no quería hacerlo a menos que estuviera bastante seguro de que la rendición iba a ser efectiva.

Cuando habían dado las cinco de la tarde, llegaron del frente informes favorables y se constató que la rendición progresaba según lo previsto, Macmillan se vio en posición de hacer el anuncio. La noticia se emitió a las seis y media. Al cabo de una hora, Churchill se puso en pie para comunicar los detalles ante un Parlamento que lo vitoreaba. En Italia, la guerra había terminado de verdad.

Para Robert Dole, alférez de la 10.<sup>a</sup> división de montaña del ejército de Estados Unidos, la guerra había terminado hacía tiempo. Dole estaba en el hospital de Pistoya, cerca de Florencia, cuando se anunció la rendición. Oyó los vítores de los soldados en las salas, a medida que se iba difundiendo la noticia, pero él estaba demasiado malherido para enterarse del todo. Estaba tan mal que los médicos preveían que moriría en los próximos días.

La guerra de Dole había llegado a un final abrupto con poco más de dos semanas de adelanto, el día 14 de abril. Como comandante de una sección de reemplazo, solo llevaba con el 85.<sup>o</sup> regimiento desde el mes de febrero. Habían combatido en los Apeninos, al suroeste de Bolonia, cuando llegó la orden de tomar la Colina 913 como parte de la campaña hacia el Valle del Po. Los movimientos de la compañía de Dole fueron acosados por un incesante fuego de mortero. A un oficial lo mató una mina, y a otro, un francotirador. El propio Dole fue alcanzado por la metralla, que le desgarró el hombro y provocó daños de gravedad en la columna vertebral. Quedó tendido donde cayó durante seis horas, hasta que la batalla se trasladó de zona y el equipo médico pudo acudir al rescate.

Dole tardó tres horas más en llegar al hospital. Había perdido tanta sangre que los médicos tuvieron que esperar hasta el día siguiente para operarlo. Lo abrieron desde el cuello hasta el hombro, le limpiaron las heridas, le retiraron numerosos fragmentos de hueso e hicieron cuanto pudieron por contener la hemorragia interna. Luego lo cosieron y lo enviaron de regreso al hospital de la base de Pistoya. Estaba paralizado de cuello para abajo.

La columna de Dole había sufrido daños graves. Los cirujanos de Pistoya volvieron a abrirlo para examinar si algo presionaba la columna, pero no encontraron nada fuera de lugar. Dole estaba paralizado, sin más; no sentía los brazos ni las piernas, era incapaz de hacer nada por sí mismo y, si su cuerpo no podía funcionar correctamente, sería presa de todo tipo de infecciones. Desde el punto de vista médico, era hombre muerto, casi con toda certeza.

Pero también era joven y fuerte, y poseía un ardiente deseo de vivir. Bob Dole no estaba acabado aún. Al cabo de unos días de quitarle los sedantes, empezó a sentir otra vez dolor, un dolor agudo que le atravesaba el cuerpo con intensidad. Recibió con alegría hasta el más terrible de aquellos momentos, porque si era capaz de sentir dolor no podía estar paralizado. El cuerpo le mandaba un mensaje y Bob Dole respondía. Mientras el resto del hospital aplaudía el fin de la guerra, él percibió que sus piernas recuperaban algo de sensibilidad y ya había logrado mover un poco los dedos de los pies. Los médicos, pese a todo, seguían convencidos de que no podría sobrevivir. Pero donde hay vida, hay esperanza, y Bob Dole vivió y les demostró que estaban equivocados.

A las afueras de Caserta, el soldado de primera Spike Milligan, de la Artillería Real, estaba en Maddaloni cuando se anunció la rendición. Como Bob Dole, había resultado herido por el fuego de mortero durante el avance aliado, y lo retiraron del frente para que se recuperase.

Incapacitado para el servicio activo por una temporada, había estado trabajando como sumiller en Portici, en el comedor de los oficiales, antes de ser transferido a Maddaloni, un puesto avanzado del cuartel general de Caserta, como oficinista y chófer de los oficiales.

La guerra de Milligan había empezado en 1940, cuando se sentó en una torre Martello de la costa de Sussex. Estaba atento a los ruidos de Dunkerque, al otro lado del Canal, y se preguntaba cómo se suponía que entre él y el otro ocupante de la torre podrían detener a los alemanes con un único fusil compartido entre los dos. En 1943 fue destinado a Argel, para apoyar el desembarco de los estadounidenses, y luego participó en la campaña del Desierto Occidental antes de recalcar en Salerno, en septiembre. En Italia, los combates fueron intensos y su salud mental pagó un precio cada vez más alto, a medida que la campaña avanzaba. Entendía que, cuanto más tiempo sobreviviera sin un rasguño, más caro le saldría cuando le tocara el turno, como sin duda acabaría sucediendo, antes o después.

Milligan cayó herido en enero de 1944. Fue un impacto menor, un corte de cinco centímetros en la pierna derecha, tan superficial que al principio ni siquiera se dio cuenta. Pero los daños mentales habían sido mucho peores. Se le diagnosticó neurosis de guerra. El psiquiatra que lo examinó, sin embargo, lo consideró un farsante y lo mandó de vuelta a su unidad de inmediato. Lo primero que vio al reincorporarse fueron las tumbas de varios camaradas fallecidos tras un impacto directo sobre su batería. Cuando volvió a oír disparos, Milligan corrió directamente a su trinchera y se escondió allí, tartamudeando de miedo.

Fue degradado y, aún tartamudeando, volvió al hospital con depresión maníaca. En cierta ocasión, llegó a rajarse la cara con una navaja de afeitar para llamar la atención. Tras un prolongado período de rehabilitación, fue ascendido de nuevo a soldado de primera y acabó llegando a Maddaloni, donde, en su tiempo libre, tocaba como trompeta en la banda musical.

Conforme el tiempo fue sanando sus heridas mentales, Milligan también empezó a recuperar el sentido del humor. Al saber que el ejército alemán en Italia era ya un gigante con los pies de barro, escribió un guión cómico para la revista del campamento, en el que Goebbels trataba de explicarle a Hitler que la Wehrmacht necesitaba un podólogo con urgencia. Pero el humor era solo

una máscara para el dolor. Entre los repetidos brotes depresivos, Milligan quedó horrorizado al enterarse del trato que había recibido Mussolini tras su muerte: «Hay alguien que está mucho peor que yo. Mussolini ha sido asesinado; él y su amante cuelgan cabeza abajo en una gasolinera de Milán. Ha sido un acto de barbarie que representa un atraso. Sin embargo, los nativos parecen felices. Nada como un asesinato para animar a las masas».[197]

Y ahora la guerra había terminado, al menos en Italia. Milligan se había reservado para la ocasión una botella de Dom Perignon de 1935, robada en el comedor de oficiales de Portici. Las campanas de la iglesia repicaban en Maddaloni y en la plaza los italianos cantaban: «¡Finito, Benito, finito!», mientras celebraban la partida del Duce. Spike Milligan se unió a ellos durante un rato, pero veía el futuro con incertidumbre, ahora que la lucha había terminado, y eso le impedía compartir el entusiasmo:

Regresé a pie por las calles bulliciosas, me tendí sobre la cama y me encendí un [cigarrillo] Capstan. En el exterior oía barullo y pasos a la carrera, pero yo sentía una calma extraña. De repente, un cambio de dirección radical. ¿Cómo lleva uno el fin de una campaña? Quería llorar. ¿Se había acabado de verdad? Treinta y un mil soldados aliados habían muerto: una ciudad de los muertos. Una guerra, ¿se llega a acabar de verdad alguna vez? [198]

En las calles de Milán abundaba el júbilo por el anuncio de la rendición, pero también el caos, mientras se continuaba con los ajustes de cuentas. Los estadounidenses controlaban la ciudad cada vez más, pero los partidarios de Mussolini seguían siendo objeto de persecución por todo Milán. También se perseguía a los soldados alemanes. Todavía quedaban algunos escondidos o que no acataban la rendición. En su mayoría, ya eran prisioneros de los estadounidenses, desesperados porque sus captores siguieran protegiéndolos de la multitud.

Para Herbert von Karajan, la situación adquirió un cariz amargamente irónico. Estaba demasiado asustado para salir al exterior hasta que la cacería de fascistas amainara. Hacía mucho tiempo que era miembro del partido nazi de Austria cuando huyó a Italia, a principios de año, para alejarse del caos berlinés. El bombardeo de las salas de concierto de la capital había sido terrible de por sí, pero además Karajan había incomodado al liderazgo nazi al casarse con Anna Gütermann, en 1942, y sufría las consecuencias. A Anna, tener un abuelo judío no le granjeó amistades entre los nazis, aunque se decía que Josef Goebbels se había encaprichado de ella. Durante los años de guerra, Karajan gozó del beneficio de su brillantez como director de orquesta, pero cuando los rusos empezaron a acercarse, él y su esposa decidieron huir. Convencieron a un amigo para que los invitase a Milán, a una serie de conciertos radiofónicos, y utilizaron la invitación como pretexto para conseguir visados de salida de Alemania, más valiosos que el oro.

Pasaron las primeras semanas en un hotel milanés, antes de reunirse con unos amigos en Como. De vuelta en Milán, para el trabajo, Karajan y su esposa se vieron atrapados por el fin de la guerra, sin posibilidad de ir a ninguna parte, ante el temor de ser atacados por su nacionalidad alemana. Según Karajan, el abogado al que habían ido a ver los mantenía ocultos en su propia casa hasta que fuera seguro volver a salir. Les había advertido que corrían el riesgo de recibir un tiro en el acto, si se aventuraban a salir antes de que hubiera pasado el peligro.

El presente ya era malo de por sí, pero el futuro pintaba aún peor para Karajan. Otros directores se habían esforzado por guardar las distancias con los nazis durante la guerra, pero él se relacionó estrechamente con el partido, desde el primer día. Se dijo incluso que había ingresado en el Servicio de Seguridad de las SS para evitar el reclutamiento, una acusación que él siempre negó. Como tantísimos otros, Karajan insistía en que solo había sido nazi por motivos profesionales, pero empezó a temer las consecuencias cuando destacados miembros del partido fueron a juicio después de la guerra. Probablemente, lo pondrían en una lista negra de directores; quizá se le impediría volver a trabajar.

El único consuelo era que, probablemente, el principal rival de Karajan, Wilhelm Furtwängler, también sería proscrito. Furtwängler se había implicado aún más en el nazismo: la marcha fúnebre de *Götterdämmerung*, emitida por radio a la muerte de Hitler, la había dirigido él. Pero Furtwängler también había caído en desgracia. Se lo consideró sospechoso de haber participado en el complot para asesinar a Hitler, en julio de 1944; en febrero del año siguiente huyó a Suiza y corrió a solicitar asilo como refugiado de los nazis. Los suizos se lo denegaron, pero le concedieron la residencia temporal mientras se recuperaba de una conmoción cerebral sufrida tras una caída. Mientras Karajan estaba oculto en Milán, Wilhelm Furtwängler vivió el final de la guerra en una casa de reposo del lago de Ginebra. No solo no gozaba de ninguna popularidad entre los suizos del lugar por su pasado nazi, sino que además vivía aterrorizado porque agentes alemanes quisieran asesinarlo, en tanto que enemigo del Reich.

Rachele Mussolini iba de camino a Milán. Rendida de tanto llorar por su difunto esposo, la devolvían a la ciudad donde su cuerpo amoratado y maltratado había permanecido colgado para diversión de la multitud. La habían recogido en Como, junto a sus dos hijos, a las cuatro y media de la tarde y la trasladaban a Milán en un Alfa Romeo. No sabían dónde los llevaban y el miedo les impedía preguntar qué les pasaría al llegar.

Entraron en Milán a las seis y fueron escoltados hasta un edificio próximo al Castello Sforzesco, donde pasarían la noche. Romano y Anna Maria seguían consternados por el espanto de los últimos días, destrozados por el asesinato de su padre y la mutilación de su cadáver. A Rachele la desesperaba el temor de que a ellos estuviera a punto de sucederles lo mismo, pero encontró cierto consuelo en la amabilidad de los guardias estadounidenses. Aquellos hombres fueron muy corteses, muy respetuosos, casi se disculpaban; era difícil imaginárselos lanzando a los niños a la chusma. Los italianos, atribulados quizá por la forma en que había muerto su marido, también se comportaban con cordialidad.

El cadáver de Mussolini estaba en el depósito, esperando al funeral. Siempre había querido que lo enterrasen en el panteón familiar de Predappio, su ciudad natal, pero las autoridades decidieron otra cosa. Junto con los otros líderes fascistas de la gasolinera, sería sepultado al día siguiente en el cementerio municipal de Musocco, en Milán. Los enterrarían a todos juntos, uno al lado de otro, en la misma tumba.

No habría inscripción en la fosa, para que nadie pudiera desenterrar los cadáveres y profanarlos. La mala noticia para Rachele —la que de verdad no quería saber— era que Clara

Petacci sería enterrada junto a Mussolini; yacería a su lado en la muerte igual que lo había hecho en vida. Rachele quizá fuera la madre de los hijos de Mussolini, la mujer a la que él siempre había dicho amar, pero era la glamurosa Clara, con sus tacones de aguja y su maquillaje, la que lo acompañaría en la muerte. El único consuelo de Rachele era que ella seguía viva y aún tenía a los niños. Se mantuvo muy cerca de ellos mientras los trasladaban al alojamiento de Milán y los dejaban bajo la custodia de los guardias estadounidenses, para dormir con sentimiento de desolación.

## BERLÍN CAE

En Berlín todo había terminado. La ciudad se había rendido. Seguía habiendo combates en el extrarradio, pero los defensores del centro ya deponían las armas y aparecían, hoscos, entre las ruinas. La capital alemana había caído y la bandera roja ondeaba incontestablemente sobre toda la ciudad.

El proceso había empezado poco antes de las seis de la mañana, cuando tres civiles alemanes del ministerio de Propaganda se presentaron en el cuartel general del mariscal Chuikov y le comunicaron que Goebbels había muerto. Entregaron una carta de Hans Fritsche, el director adjunto del ministerio. Con una voz que recordaba a la de Goebbels, al principio de su carrera, Fritsche había destacado como anunciante de radio, y aún tenía seguidores por Alemania. Como «el último representante y responsable del gobierno»,<sup>[199]</sup> presentó sus saludos por escrito a Chuikov y le solicitó formalmente que tomase la ciudad de Berlín bajo su protección. Además se ofreció a protagonizar un anuncio en la radio, en el que instaría a todos los alemanes a interrumpir la lucha y rendirse.

Detrás de los civiles iba el general Weidling, el comandante de la defensa de Berlín, que llegó al cuartel general de los rusos en el momento en que ellos se marchaban. Entre los alemanes, por supuesto, había disensiones. Chuikov percibió el caos reinante en la Cancillería y preguntó a Weidling por qué no había venido Krebs en su lugar; le respondieron que, probablemente, se había suicidado. El propio Weidling tenía los nervios desquiciados y, por un momento, llegó a perder el control, mientras los rusos fingían no darse cuenta. No estaba al cabo del mensaje radiofónico de Dönitz y se sorprendió al enterarse de que la muerte de Hitler era del dominio público. Él tampoco podía garantizar una rendición general, porque había perdido el contacto con parte de sus fuerzas y no controlaba a las SS.

Chuikov le dijo que no se preocupase. A instancias suyas, Weidling garabateó una orden para que todos los soldados alemanes destacados en Berlín abandonasen la lucha de inmediato. El comandante Knappe, miembro del equipo de Weidling, fue el encargado de mecanografiarla. Chuikov conservó el original en su poder y mandó a Knappe, junto con un oficial ruso, a patrullar las calles en un *jeep*, para que difundieran la noticia entre los soldados y entregasen copias de la rendición a los principales comandantes.

Se dirigieron primero al cuartel de la división soviética, donde un ruso que hablaba alemán se

enfrentó a Knappe a propósito de Auschwitz. Knappe no sabía de qué le hablaban. Dijo no saber nada de Belsen, Treblinka ni Buchenwald.

—¡No finja que no me entiende! —gritó el ruso, que abandonó la estancia enfurecido.[200]

Cuando llegaron a la estación de Anhalter, aún se combatía con fuerza. Knappe escogió a un par de sargentos alemanes, de un grupo de prisioneros, para que volvieran con sus filas enarbolando la bandera blanca; que ellos se arriesgaran al fuego de las SS para hacer llegar la orden de Weidling a los comandantes alemanes. En distintos lugares se aplicó el mismo procedimiento. Luego, Knappe y el capitán ruso regresaron al cuartel de Chuikov para un banquete de celebración. Hubo champán, caviar, tartas, carne, queso, toda clase de exquisiteces imaginables. Knappe estaba bien lleno cuando lo mandaron a la retaguardia, para unirse a una columna de prisioneros alemanes. Apenas llegó, un guardia ruso trató de robarle las botas.

El premio gordo era la Cancillería. Oficialmente la tomaron, después de una batalla enconada, las tropas del mariscal Zhúkov, que irrumpieron en el edificio poco después de las tres de aquella tarde. La comandante Anna Nikulina, del IX Cuerpo de infantería, tuvo el honor de izar la bandera roja sobre el tejado.

Oficiosamente —y muy probablemente fue así—, la Cancillería se había abandonado mucho antes. Aún quedaban trescientos alemanes heridos en un hospital provisional, en el sótano, pero no estaban en situación de presentar batalla. Al parecer, las tropas rusas de la división de Koniev, haciendo caso omiso de las órdenes de dejar entrar primero a los hombres de Zhúkov, habían llegado al edificio a primera hora de la mañana. Molestos por tener que frenar su avance y dejar que Zhúkov se llevara toda la gloria, siguieron adelante sin permiso y descubrieron que nada se alzaba entre ellos y las puertas abiertas de la Cancillería.

Sea cual sea la verdad de la historia, lo que sin duda sí había sido abandonado era el búnker de Hitler. La única persona que aún estaba allí cuando llegaron los rusos era Johannes Hentschel, un mecánico civil que se había quedado a vigilar el generador que ventilaba el edificio y bombeaba agua para las tropas heridas. Su amigo Rochus Misch se había marchado aquella madrugada, a las cuatro menos diez, uniéndose a uno de los últimos grupos que huyeron de la Cancillería. Antes se habían intercambiado cartas para sus esposas, con la esperanza de que al menos uno lograra escapar. Tras la marcha de Misch, Hentschel se quedó completamente solo en el búnker. Deseaba haber podido irse también, pero tenía claro que los soldados heridos del hospital dependían de él para seguir disponiendo de agua hasta que los rusos llegaran.

El búnker no era un buen sitio para quedarse solo. Varios ocupantes habían preferido el suicidio a la fuga. Los generales Krebs y Burgdorf cogieron una melopea colosal y luego se pegaron un tiro. Otros siguieron su ejemplo. Según los cálculos de Hentschel, había un mínimo de nueve cuerpos sin enterrar, sumando los que yacían en el propio búnker y los que habían caído en la misma entrada. No estaba seguro del número exacto porque algunos cadáveres se hallaban detrás de puertas cerradas que, desde luego, él no pensaba abrir.

Muerto de miedo porque algún loco hubiera podido dejar en alguna parte una bomba con temporizador, preparada para explotar cuando aparecieran los rusos, en cuanto evacuaron el

búnker Hentschel emprendió una concienzuda búsqueda de explosivos. También había revisado el cableado eléctrico con su voltímetro. No encontró nada extraño, pero seguía sin estar contento de ser el único que se quedaba allí. Después de que todos se marchasen, aquel lugar le parecía una cripta. Un osario.

Hacia las cinco de la mañana, incapaz de soportarlo por más tiempo, subió arriba unos minutos, para respirar un poco de aire fresco. Al salir al jardín de la Cancillería, vio que el sol estaba a punto de alzarse sobre las ruinas de Berlín:

El jardín parecía un cementerio cuyos sepultureros estuvieran en huelga. Había ocho o nueve cadáveres esparcidos en posturas macabras, grotescas, cuerpos decapitados, con las tripas al aire, piernas y brazos arrancados.

Cuando fui paseando hasta el cenador, vi los cuerpos de los Goebbels, que seguían el uno junto al otro. No se habían quemado; solo estaban tostados. La cara de Goebbels tenía un tono morado oscuro, como el de una momia. El rostro de la señora Goebbels había sido consumido por las llamas de un modo horrible. El vestido solo estaba chamuscado. El capitán Schwägermann no había hecho muy buen trabajo con la cremación.<sup>[201]</sup>

Al volver al búnker, Hentschel encendió la radio y escuchó las noticias de la BBC en alemán. No eran positivas. Dönitz había anunciado que el Führer había muerto «luchando valerosamente al frente de sus tropas», si uno daba crédito al almirante. La Organización de las Naciones Unidas se reunía en San Francisco y los estadounidenses habían avanzado bastante más allá de Múnich. Hentschel creyó haber oído algo de la bandera roja ondeando sobre el Reichstag, pero después de más de sesenta horas sin dormir, no podía recordarlo con seguridad.

No había nada que hacer, aparte de esperar a los rusos. Ocupó el tiempo revisando la maquinaria una vez más y haciendo rondas por el búnker para asegurarse de que todo funcionaba como correspondía. Le aterrorizaba pensar qué sucedería cuando al fin llegaran los rusos. Quizá lanzarían granadas escaleras abajo o atacarían el búnker con lanzallamas. Si utilizaban explosivos de gran potencia, la presión del aire podría destrozarle los pulmones. Hicieran lo que hiciesen, las posibilidades de sobrevivir eran escasas.

Según el testimonio de Hentschel, eran poco más de las nueve de la mañana cuando oyó las primeras voces rusas. Eran voces femeninas, mucho parloteo y risas que venían del túnel que daba a la Cancillería. Se preparó y, cuando apareció un grupo de unas doce mujeres uniformadas, levantó las manos. Parecían médicos, tal vez en prácticas, con bolsas y petates. La mayor hablaba alemán con fluidez y acento de Berlín.

Después de preguntarle qué hacía él allí, le interrogaron acerca de Hitler. Él les explicó lo sucedido y ellas se interesaron por la esposa de Hitler. Sus ropas, sus mejores galas, ¿dónde estaban?

Hentschel entendió para qué eran las bolsas y las condujo hasta la habitación de Eva. A la amante de Hitler siempre le había gustado la ropa y, en el búnker, se cambiaba cinco veces al día en un intento de animar a la gente. Según los cotilleos del refugio, tenía abundante ropa interior exótica y otras prendas especiales, difíciles de conseguir en tiempo de guerra. Las mujeres se pusieron manos a la obra, abriendo los cajones y metiendo en las bolsas todo cuanto encontraban.

Se llevaron también lámparas, cascos, botellas, fotografías, dagas de gala de las SS, alfombras, objetos de vidrio, la plata con el monograma de Hitler, un acordeón, un mantel y un

ejemplar de *Mein Kampf*. Estaban en plena faena cuando salieron del túnel dos oficiales rusos. Algunas mujeres interrumpieron lo que estaban haciendo y regresaron a la Cancillería a toda prisa, con su botín, pasando junto a los oficiales con aire culpable. El resto siguió registrando mientras los dos oficiales se enfrentaban a Hentschel y le ponían una pistola en la cabeza.

En un alemán chapurreado, con acento yídish, el oficial superior quería saber dónde estaba el cuerpo de Hitler. Hentschel no lo había visto incinerado y no podía responder con seguridad. Sí le pudo mostrar los cuerpos de los hijos de Goebbels, tendidos de dos en dos en literas abatibles de pared. Era evidente que no los habían sacado de la estancia, contra lo que se había imaginado Traudl Junge, sino que los cubrieron con unas sábanas blancas, dejando solo las piernas desnudas al descubierto. Los rusos echaron un vistazo y volvieron a cerrar la puerta enseguida.

Fueron llegando más rusos, unos veinte jóvenes oficiales en traje de campaña. Habían rescatado el champán del búnker y estaban arrancando los tapones con las bayonetas. Alegremente, le ofrecieron un poco a Hentschel y empezaron a cantar tonadas de taberna y bailaban a su alrededor como si él fuera un dios pagano.

Hentschel no tenía costumbre de beber champán y, al poco tiempo, estaba mareado y sentado en el suelo mientras los rusos derramaban otra botella sobre su cabeza. Al final lo entregaron a la policía militar, que le robó la mochila y el reloj de pulsera antes de llevárselo. Estaban cruzando la puerta de emergencia del búnker cuando, de repente, esta se abrió y el resto de las rusas entró al jardín en tropel, «gritando como indias de una película del oeste. Sobre sus cabezas agitaban tan felices al menos una docena de sujetadores en cada mano, todos de raso negro con puntillas».

[202]

Agotado, Hentschel cayó dormido en el jardín por unos minutos, mientras aguardaba a que reunieran a los demás prisioneros. Hacia el mediodía, una vez congregados todos, salieron de la Cancillería y caminaron hasta un camión que los estaba esperando. Era la primera vez en casi dos semanas que Hentschel abandonaba el edificio. Jamás olvidó la imagen que los recibió en la Vossstrasse:

Colgados de las farolas pendían los cuerpos de seis o siete soldados alemanes. Los habían ahorcado. Todos ellos tenían un tosco cartel escrito en alemán, clavado o atado a sus cuerpos sin vida: *traidor; desertor; cobarde, enemigo del pueblo*.

Eran todos muy jóvenes. El mayor quizá tendría veinte años, y los otros rondarían los quince. La mitad llevaban brazaletes de la Volkssturm o uniformes de las Juventudes Hitlerianas.

Cuando nos subieron al camión, a empellones y pinchándonos en las nalgas con las bayonetas, vi que si estiraba el brazo casi podría tocar uno de aquellos cuerpos inertes. Le calculé unos dieciséis años. Me miraba con ojos azules, de porcelana, a punto de salirse de las órbitas, sin expresión, sin pestañear. Sentí un escalofrío y aparté la vista. Sentía vergüenza ante aquellos soldados rusos, chicos campesinos. Su silencio estoico y severo bastaba como reprobación.[203]

Mientras se llevaban a Hentschel, el primero de varios equipos de exploración rusos corría hacia la Cancillería para iniciar la búsqueda del cuerpo de Hitler. Los rusos no estaban convencidos de que lo hubieran incinerado; ni siquiera de que estuviera muerto. *Pravda* había manifestado sus dudas en un artículo, aquella mañana. Pero, si estaba muerto, a quien encontrase el cadáver se le había prometido la estrella de oro de los Héroes de la Unión Soviética. Haciendo

caso omiso de las protestas de los soldados, el equipo de búsqueda del SMERSH («Muerte a los Espías») selló la entrada al jardín y al búnker a toda persona no autorizada y se puso manos a la obra, para sacar el cadáver a la luz.

Era una empresa ingrata. Había trozos de cadáveres por todas partes, en su mayoría de imposible identificación. También cabía el peligro de que los alemanes hubieran dejado trampas detrás de sí, como había temido Hentschel, bombas preparadas para estallar horas o incluso días después de su partida. El equipo del SMERSH esperó a que los ingenieros revisaran el búnker y certificaran su seguridad. Entonces se arremangaron e iniciaron un trabajo concienzudo para ir recogiendo de entre las ruinas algo —lo que fuera— que sirviera para demostrar de forma indudable lo que le había sucedido al Führer.

Goebbels fue fácil de identificar. El propio Hentschel ya había podido reconocerlo por las ortopedias de la bota y la pierna. A su lado, Magda Goebbels quizá llevara aún la insignia de oro del partido nazi que le había dado Hitler. A Krebs y Burgdorf los identificaron por el contenido de sus bolsillos. Pero de Hitler no había ninguna señal, ninguna prueba de que hubieran sacado su cuerpo al jardín y lo hubieran incinerado, tal como seguían diciendo los pocos alemanes a los que habían encontrado hasta entonces.

El mariscal Zhúkov visitó la Cancillería más tarde, para ver la escena personalmente. No le permitieron bajar al búnker, en teoría porque aún no lo habían despejado, pero quizá también porque los agentes de Stalin tenían órdenes de informar de sus descubrimientos solamente a su señor. En lugar de bajar, Zhúkov habló con algunos prisioneros heridos, que negaron categóricamente saber nada de Hitler o de la cúpula nazi, e insistían en no conocer a nadie por encima del comandante de su compañía. Zhúkov no tenía problema en creerlos, porque no eran más que soldados rasos, sin prácticamente vínculos con la jerarquía.

Empezamos a buscar las piras en las que se suponía que habían incinerado a Hitler y Goebbels, pero no las encontramos. Vimos las cenizas de algún fuego, pero eran a todas luces demasiado pequeños. Lo más probable era que los soldados alemanes los hubieran utilizado para hervir agua.

Al cabo de un rato, cuando casi habíamos terminado de inspeccionar la Cancillería, me informaron de que habían encontrado los cuerpos de los seis hijos de Goebbels en una estancia subterránea. Debo confesar que no tuve el valor de bajar a mirar a aquellos niños asesinados despiadadamente por su madre y por su padre.[\[204\]](#)

Zhúkov se fue y se reanudó el registro. En un tanque de agua descubrieron varios cadáveres más, y los recuperaron. Uno de ellos tenía un ligero parecido con Hitler. Se habló de si habían asesinado a dobles; tal vez incluso se trataba de un cadáver arreglado, después de muerto, para que tuviera el aspecto del Führer. Pero no había ninguna respuesta clara, ninguna solución rápida del misterio. Un equipo de la policía de seguridad de la NKVD iba de camino para sumarse a la investigación; la prioridad inmediata era interrogar de forma exhaustiva a todos los supervivientes del búnker y luego salir de nuevo al jardín, pasar la tierra por un tamiz, metódicamente, y proceder al análisis de todos y cada uno de los retales de tela y fragmentos óseos en busca de pistas que explicasen cómo había terminado el Führer. Les llevaría tiempo —varios días—, pero no había alternativa: Stalin apretaba para obtener respuestas, y el mundo entero pedía saber qué le había sucedido al Führer exactamente.

En las paredes del Reichstag ya aparecían los primeros grafitos rusos: los soldados rayaban sus nombres en los ladrillos y anotaban todas las batallas en las que habían luchado antes de llegar a Berlín. Entre las ruinas del vestíbulo, los soldados se calentaban con hogueras, cocinaban en ellas y aprovechaban las bayonetas para abrir las latas de leche condensada. Otros, en el exterior, disparaban cañones y cohetes al aire, cantando y bailando para celebrar la victoria. Algunos se habían emborrachado con alcohol industrial procedente de los saqueos, sin darse cuenta de que los mataría en un par de días.

Unos pocos miembros de las SS seguían resistiendo en un edificio cercano, pero la artillería lo redujo a escombros y nadie les prestó más atención. En el tejado del Reichstag se estaba recreando para las cámaras el izamiento de la bandera roja. Varios fotógrafos habían tratado de recrear la escena. El más exitoso fue el teniente Yevgeni Jaldéi, un cámara judío de la Marina soviética, que había visto cómo los nazis asesinaban a su padre y a tres de sus cuatro hermanas.

Jaldéi se había llevado consigo la bandera roja: un trabajo casero, fruto de coser tres manteles juntos. Se la endosó a un soldado joven y lo convenció para que posase en el tejado, ondeando la bandera en alto mientras otros dos lo agarraban para impedir que se cayera. Jaldéi gritaba con furia mientras el soldado trepaba junto a las estatuas del borde y se tambaleaba precariamente sobre un precipicio. Jaldéi utilizó todo un rollo de película, componiendo cuidadosamente sus imágenes para encuadrar, a media distancia, la Puerta de Brandeburgo, y más allá la zona gubernamental, con la Cancillería y el búnker de Hitler.

Los disparos no fueron perfectos. Uno de los soldados de apoyo llevaba dos relojes de pulsera en el mismo brazo, prueba evidente de los saqueos y factor de mala prensa para el ejército soviético. La bandera tampoco se veía bien. Pero esos problemas podrían resolverse luego, en el cuarto oscuro. Si rascaba uno de los relojes con una aguja, y añadía otra bandera y algo de humo a lo lejos para dar ambiente, Jaldéi tendría la imagen que su país quería. Terminó y guardó la cámara. Desde allí se fue directamente al aeropuerto. Aquella misma noche estaba volviendo en avión a Moscú.

Mientras los rusos estaban de celebración en el Reichstag, Traudl Junge se ocultaba en el sótano de una fábrica de cerveza, en la Schönhauserallee, una calle situada unos cinco kilómetros más al noreste. Tras una noche terrorífica, muchas de las personas del búnker consiguieron reunirse allí, buscando seguridad en el grupo mientras esperaban la llegada de los rusos. Corría la cerveza y gente que no se conocía de nada disfrutaba del sexo en grupo en la planta de arriba. Pero los que iban con Traudl solo sentían miedo y agotamiento, tumbados en el subterráneo, preguntándose qué sucedería cuando en efecto aparecieran los rusos.

Durante la noche se produjo un desagradable incidente cuando una mujer, desnuda, saltó de un terrado, precipitándose desde una altura de cinco o seis pisos a una muerte segura para huir de los rusos que la perseguían. Traudl se había mantenido cerca de Gerda Christian y Konstanze Manziarly mientras se arrastraban a escondidas por las calles. Junto con Else Krüger, la secretaria

de Martin Bormann, todas ellas esperaban que no les sucediera lo mismo cuando les llegase el turno de encontrarse con el enemigo.

El general Mohnke acababa de anunciar la muerte de Hitler a los que aún no conocían la noticia. Muchas de las mujeres de la cervecería rompieron a llorar cuando oyeron que había caído en combate. Otras se volvieron hacia los soldados y los maldijeron por su cobardía, reprochándoles a gritos que deberían estar luchando hasta el último hombre, como el Führer, en lugar de permitir la violación de las mujeres. Pero Mohnke había optado por liberar discretamente a los hombres del juramento prestado a Hitler, ahora que este había muerto. Perdida toda esperanza de alcanzar las líneas alemanas, también envió a un coronel de la Wehrmacht para que encontrase a los rusos y negociase una rendición pacífica.

Mohnke seguía abrigando la esperanza de enviar un mensaje a Dönitz, para informar de la situación en Berlín. Se fijó en Traudl y las otras mujeres. «Ahora tienen que ayudarnos —les dijo—. Nosotros vamos todos de uniforme; ninguno de nosotros conseguiría salir de aquí. Pero ustedes pueden intentar pasar y llegar hasta Dönitz para darle este último informe.»[\[205\]](#)

Traudl no tenía ningunas ganas de hacerlo, pero las otras mujeres acabaron convencéndola y le insistieron hasta que accedió a acompañarlas. Escoltadas por un sargento de la Luftwaffe que venía de Berlín, cogieron el informe de Mohnke y salieron, a su pesar, de la cervecería:

Decidimos dejar allí los cascos de acero y las pistolas. También nos quitamos la chaqueta militar. Damos la mano a los hombres y nos vamos.

Una compañía de las SS está junto a sus vehículos, en el patio de la cervecería, con el rostro inexpresivo e inmóvil, a la espera de las órdenes para lanzar el último ataque. La Volkssturm, los hombres de la Organización Todt y los soldados tiran sus armas a un montón y salen a encontrarse con los rusos. En el otro extremo del patio, ya hay soldados rusos repartiendo aguardiente y cigarrillos a los soldados alemanes, diciéndoles que se rindan, celebrando la confraternización. Pasamos a su lado, como si fuéramos invisibles. Ya estamos fuera del cerco, entre las desenfundadas hordas de los vencedores rusos, y por fin puedo llorar.

¿Qué íbamos a hacer? Si hasta entonces, yo no había visto nunca un muerto, ahora los veía por todas partes. Nadie se daba cuenta de que estaban allí. Aún se oían algunos disparos esporádicos. A veces, los rusos incendiaban edificios y buscaban a soldados ocultos en el interior. La amenaza nos acompañaba en cada esquina.[\[206\]](#)

Consiguieron permanecer juntas hasta que cayó la noche. Konstanze Manziarly seguía llevando la chaqueta de la Wehrmacht, pero decidió que una vestimenta civil llamaría menos la atención. Se fue a buscar algo más adecuado mientras Gerda Christian y Else Krüger buscaban un sitio donde esconderse a pasar la noche. Después de aquello, todas perdieron el contacto. La última vez que Traudl vio a Konstanze Manziarly fue porque había reaparecido en compañía de dos soldados rusos, que se la llevaban hacia la entrada de un túnel del metro.

—Quieren ver mis papeles —gritaba por encima del hombro mientras desaparecía en la oscuridad.[\[207\]](#)

Nunca se la volvió a ver.

Mientras Traudl salía de la cervecería hecha un manojo de nervios, Martin Bormann yacía muerto y sin identificar cerca de la estación ferroviaria de Lehrter, al otro lado del río, mirando desde el

Reichstag. Llevaba consigo la última voluntad y el testamento de Hitler, a menos que lo hubiera perdido durante la noche.

Bormann estaba con el tercer grupo que se fugó del búnker. Planeaba cruzar a escondidas las líneas rusas y luego volar al norte con el piloto Hans Baur para entregar el testamento a Dönitz. Como los dos primeros grupos, habían enfilado el túnel del metro que salía de la estación de Kaiserhof, pero en algún lugar tomaron una desviación errónea y se perdieron. Salieron a la superficie en Stadtmitte y vieron que habían seguido calle allá, avanzando hacia el puente de Weidendamm, al otro lado del río. Unos tanques Tiger de las SS acababan de volar en mil pedazos la barrera que había cerrado el paso al grupo de Traudl. Baur y Bormann perdieron contacto al cruzar a toda prisa, pero volvieron a enlazar en la Friedrichstrasse, donde Baur encontró a Bormann en las escaleras de una casa destruida por las bombas, con un cadáver ruso desmadejado frente a él.

El camino del norte estaba bloqueado por el enemigo, de modo que giraron al oeste, pasando el Reichstag hacia la estación de Lehrter. Según Baur, se habían refugiado en un bloque en ruinas cuando divisaron a veinte rusos en el patio trasero. Solo quedaba una hora para amanecer; se marcharon a toda prisa, manteniéndose a la derecha del río mientras continuaban avanzando hacia la estación.

Los francotiradores no tardaron en descubrirlos. Baur volvió a perder de vista a Bormann cuando, para refugiarse, se lanzaron detrás de un terraplén del ferrocarril. Luego lo vio Artur Axmann, el líder de las juventudes del Reich, que había perdido un brazo en el frente ruso. El grupo de Axmann unió fuerzas con Bormann y el doctor Stumpfegger y se arrastraron juntos por el puente, hacia la estación:

Varios de nosotros saltamos desde el puente y descubrimos, para nuestra desolación, que debajo había acampado toda una sección de la infantería rusa. Nos rodearon de inmediato. Pero sorprendentemente, se limitaron a vocear, en un coro embravecido: «*¡Hitler kaputt, Krieg aus!*!». [\[208\]](#)

Luego charlaron con nosotros, en un tono muy amable, con su alemán imperfecto. Todos parecían fascinados con mi brazo artificial. Se lo estuve enseñando como si fuera el último modelo de una fábrica de juguetes de Núremberg. Entonces tuvieron la deferencia de ofrecernos *papirosi*, unos cigarrillos con el extremo de cartón. Aparentemente creían que éramos simples hombres de la Volkssturm, que volvíamos de una larga y dura tarde en el frente.

Esta breve confraternización se estropeó por una torpeza psicológica de dos borrachos, Bormann y el doctor Stumpfegger. Empezaron a apartarse y acabaron dándose a la fuga. Esto alertó a los rusos, pero Weltzin y yo aún pudimos marcharnos discretamente, sin que nadie se diera cuenta. [\[209\]](#)

Axmann y su asistente, Günther Weltzin, siguieron su camino y se toparon con más rusos, lo que los obligó a retroceder sobre sus propios pasos y probar una ruta distinta. Habían llegado a un puente que pasaba sobre las líneas férreas que llevaban a la estación de Lehrter cuando

nos encontramos con los cuerpos de Martin Bormann y el doctor Stumpfegger, tendidos en el suelo, uno al lado del otro. Me incliné sobre ellos y vi sus rostros iluminados por la luz de la luna. No había muestras obvias de que les hubieran disparado o los hubiera alcanzado el fuego de la artillería. Al principio, parecía que estuvieran inconscientes o dormidos. Pero no respiraban. En aquel momento supuse —y hoy tengo la certeza— que ambos habían ingerido veneno. Weltzin y yo no nos entretuvimos en tomarles el pulso. Nosotros mismos corríamos peligro y nos interesaba poco la relevancia histórica. [\[210\]](#)

Axmann acertó en cuanto al veneno. En 1972 se desenterró por accidente el cráneo de Bormann, cerca de Lehrter, y se descubrió que en su dentadura se habían incrustado fragmentos de vidrio de una cápsula de cianuro. Más tarde se verificó que el ADN también coincidía.

Hildegard Knef estaba en el barrio de Spandau, al noroeste de Berlín. Desde la ventana de un bloque de apartamentos, ella y Ewald von Demandowsky estaban contemplando cómo, al otro lado del río, la ciudad vieja ardía. Después de caminar toda la noche, ambos estaban agotados. Se tomaron su última ración y luego aguardaron la orden para abrirse paso entre las líneas rusas.

El objetivo era pasar, del modo que fuera, y luego avanzar a campo través hasta dar con los estadounidenses. Preferían, con mucho, rendirse a los aliados occidentales, antes que a los rusos. Los soldados que estaban con Hildegard se habían convencido a sí mismos de que los estadounidenses jamás dejarían Berlín en manos de los rusos. Tenían que estar allí fuera, seguro, en alguna parte, a punto de salvar la ciudad.

La brecha la abrirían los carros de combate, acompañados por cincuenta hombres cada uno. Hildegard y Demandowsky salieron con el segundo, manteniéndose cerca, pero no demasiado, y siguiéndolo hacia el otro lado del puente, hasta entrar en Spandau. Apenas habían atravesado el río cuando el tanque estalló, alcanzado por el fuego ruso. Hildegard también cayó herida. La fuerza de la explosión la lanzó por los aires y su cabeza impactó contra algo duro.

Tenía la ropa rasgada y le resbalaba sangre por la cara cuando ella y Demandowsky se pusieron en pie y corrieron en busca de cobijo. Se refugiaron en las ruinas de una tienda, agachándose cada vez que los lanzallamas rusos atacaban por las ventanas. Podían oír voces rusas, en el exterior, y el rápido sonido de sus botas y sus ametralladoras. También había morteros, y cadáveres por todas partes. Pero también había campos de labranza, a poca distancia, y el ocaso se acercaba con rapidez. Si conseguían aguantar un poco más, resistir hasta que anoheciera, quizá todavía lograrán salir de allí y escapar.

Helmut Altner también estaba en Spandau. Su unidad había salido de Ruhleben al amanecer, para encontrarse con el ejército de Wenck en Potsdam. Se habían unido a una larga columna que se encaminaba al oeste: hombres, mujeres, niños, cañones, tanques, artillería tirada por caballos, carromatos, cochecitos cargados hasta arriba de pertenencias, vehículos oficiales que transportaban maletas y carísimas amantes envueltas en abrigo de pieles. A Altner le había costado no perder el contacto con el resto de su compañía mientras se congregaban en la carretera.

Cuando llegaron a Spandau, el ayuntamiento ardía. La munición de un carro de combate en llamas explotaba y por delante se oía el tableteo de las ametralladoras. Además los acometía la aviación, que pasaba en vuelos rasantes. Cuando también abrieron fuego los morteros, Altner y los demás corrieron a buscar refugio en una zanja. Un oficial de las SS les ordenó salir a punta de pistola, pero no le hicieron caso. Ya no obedecían órdenes.

Siguieron corriendo cuando cesó el fuego, cruzaron el barrio de Spandau y torcieron al sur,

hacia Staaken, y de nuevo al oeste, en dirección a Döberitz. Su teniente les había dicho que el ejército de Wenck los estaba esperando pasado Döberitz. Les había prometido que tendrían varias semanas de descanso, cuando llegasen, en unas cabañas que el ejército de Wenck ya les había preparado. Dönitz, el nuevo Führer, acudiría a informarles acerca de la siguiente fase de la guerra.

Altner pudo hacer parte del camino en un vehículo: se agarró al guardabarros de un camión para los heridos y se negó a soltarse. Avanzaban por una carretera de campo, a la vista de los rusos, cuando por delante un vehículo se quedó atascado y el tráfico se detuvo:

De repente empiezan a estallar proyectiles cerca de la carretera y un camión que había ante nosotros arde en llamas. Los pasajeros saltan y echan a correr por el campo con las ropas inflamadas. Otro camión es alcanzado y vuelan por los aires cuerpos despedazados, con las extremidades arrancadas, y caen por todas partes, salpicándolo todo de sangre. El coche que tenemos delante no se puede mover porque un cadáver destrozado le bloquea las ruedas. Entonces empiezan las explosiones a nuestro alrededor, impactan en la maraña de vehículos que habían chocado unos con otros y proyectan por todo alrededor cuerpos y fragmentos de metal.

El siguiente proyectil podía alcanzar nuestro camión, así que salto del guardabarros y me voy hacia la derecha, donde una trinchera corre al pie de la valla y se adentra en el campo. De repente siento un golpe y algo me derriba. Lo miro con horror. Es algo sanguinolento, sin cabeza, ni manos, ni pies. Solo un torso machacado y lleno de sangre.[\[211\]](#)

Empapado en sangre, poco menos que lisiado por un fragmento de proyectil que se le clavó en el pie izquierdo, Altner pasó horas dando tumbos, arrastrándose por el campo hasta llegar a Döberitz. Pero allí no había señales del ejército de Wenck, ni había tampoco rastro de las cabañas que el teniente les había prometido. De hecho, en Döberitz nadie había oído hablar siquiera de Wenck. Hacía varios días que Potsdam estaba en manos rusas. Todo el discurso sobre un ejército de socorro para Berlín, todo el discurso sobre aguantar como fuese hasta que llegase la ayuda para liberarlos de la amenaza roja, todo aquello había sido mentira, desde el primer momento.

## AHORA QUE EL FÜHRER YA NO ESTÁ

Mientras Martin Bormann yacía sin vida en Berlín, su hijo mayor, del mismo nombre, estaba en un pueblo cercano a Salzburgo, preguntándose si él también debía suicidarse, ahora que Hitler estaba muerto. El hijo solo tenía quince años y no había cometido ningún crimen, pero no alcanzaba a imaginarse un futuro habiendo desaparecido el Führer y, probablemente, también su padre. Él intentaba reunir el coraje necesario para seguir sus pasos.

Bormann hijo había estudiado en la Reichsschule Feldafing, una escuela próxima a Múnich, reservada a los hijos de la élite nazi, hasta que cerró el día 23 de abril. Los otros muchachos recibieron cien marcos cada uno y se les dijo que buscaran la forma de regresar a sus casas, pero a Bormann le consiguieron papeles falsos a nombre de Martin Bergmann y lo llevaron en coche a Salzburgo. Los asistentes de su padre en Berchtesgaden se habían reagrupado allí después de que el refugio de Hitler en la montaña fuera bombardeado.

Estaban en el Gaststube de la pensión del pueblo cuando llegó la noticia de que Hitler había muerto. Eran las dos de la madrugada, según recordaba Bormann. Aquel comedor era una estancia pequeña, y todos estaban apretados en los bancos cuando emitieron la noticia por la radio. Como todos los demás, Bormann se quedó petrificado, sin querer aceptar que su padrino había muerto.

Soy incapaz de describir el silencio de aquel instante, que pareció durar horas. Nadie dijo nada, pero muy pronto, la gente empezó a salir al exterior; primero uno, y se oyó un disparo; luego otro, y otro disparo más. Dentro no se oía una palabra, ningún otro ruido salvo los disparos del exterior, pero uno sentía que allí acababa todo y que todos nosotros tendríamos que morir.[\[212\]](#)

Bormann no quería morir. A los quince años, tenía toda la vida por delante. Pero su familia había mantenido una relación muy estrecha con Hitler. Habían tenido una edición especial de *Mein Kampf*, impresa sobre piel humana, hasta que su madre se deshizo de ella. Si el personal de su padre se estaba suicidando, parecía que a él tampoco le quedaba otra opción.

Alguien le puso una pistola en las manos. En contra de su voluntad, con un ardiente deseo de que hubiera una alternativa, Bormann aceptó lo inevitable. Tras un largo período de introspección, se puso en pie, tomó el arma y salió fuera para pegarse un tiro.

Mi mundo se había hecho añicos. No podía ver ningún futuro: ninguno. Pero entonces, ahí fuera, en la parte de atrás de aquella pensión, donde ya había cuerpos tirados por todo el pequeño jardín, vi también a otro chico,

mayor que yo; él tenía dieciocho años. Estaba sentado en un tronco y me dijo que me acercase y me sentase con él. El aire olía bien, los pájaros cantaban y pudimos hablar de todo aquello con franqueza. Si en aquel momento no nos hubiéramos tenido el uno al otro, ambos estaríamos muertos. Lo sé.[\[213\]](#)

En Marienbad, bastante más al norte, el soldado Günter Grass, de las Waffen-SS, aceptó la muerte de Hitler con bastante más serenidad. Yacía herido en una cama de hospital y para él no supuso ninguna sorpresa enterarse de que el Führer había muerto en Berlín. Hacía mucho tiempo que era inevitable que sucediera algo así; no había motivos para alterarse. Al menos, ahora todos podrían hacer bromas sobre él y eso también tendría su parte buena.

Grass tenía diecisiete años, edad suficiente para ser artillero en un carro de combate de las SS pero no para haber participado en las carnicerías del frente oriental. Durante la instrucción, nadie le habló de atrocidades. A los dieciséis años fue reclutado por las SS y estuvo contento de ingresar en una unidad de élite para combatir el bolchevismo. Solo más tarde, después de que le aconsejaron arrancarse las insignias de las SS por su propia seguridad, se vio obligado a admitir en qué clase de unidad se había metido.

De camino al frente había pasado por las ruinas de Dresde y vio lo que quizá eran cadáveres en fardos carbonizados, al lado de la carretera. Los primeros cuerpos que identificó claramente como tales cadáveres eran de soldados de la Wehrmacht: ancianos y jóvenes colgados de los árboles con letreros al cuello que los tachaban de cobardes. Él mismo había mojado los pantalones la primera vez que estuvo bajo el fuego enemigo, orinándose encima sin poder evitarlo mientras los «órganos de Stalin» —los cohetes Katiusha— silbaban sobre su cabeza. Más tarde, cuando se recobró y se volvió a mirar atrás, lo que vio delante de sí fue la maraña de intestinos del joven con el que había estado charlando justo antes.

Luego, atrapado en otro tiroteo por detrás del frente ruso, Grass fingió estar muerto mientras el resto de su patrulla se dispersaba en la oscuridad. Se había replegado en compañía de un soldado de primera clase de la Wehrmacht, pero como no tenían órdenes escritas que justificasen la ausencia de sus unidades, los arrestaron por desertión. Encerrados en una granja a la espera del consejo de guerra, aprovecharon un ataque ruso para huir y se unieron a una columna de refugiados en la carretera de Spremberg.

El soldado aconsejó a Grass que se cambiase la chaqueta de las SS por otra de un muerto de la Wehrmacht. Sobornaron a un sargento para que les diera una orden oficial de partir y siguieron su camino; pero al poco tiempo volvieron a encontrarse bajo el fuego de los tanques rusos. Grass quedó herido en el muslo derecho y el hombro izquierdo. Al soldado le tocaron las dos piernas. De camino a la caseta de primeros auxilios, este le pidió a Grass que comprobara si aún tenía las pelotas en su sitio.

Todo ello, un material de primera para la novela que Grass esperaba escribir un día.

Al soldado le amputaron las piernas, mientras que Grass fue evacuado a un hospital de la retaguardia, en Marienbad. Un cazabombardero estadounidense los acometió por el camino y Grass tuvo el tiempo justo de lanzarse y rodar hasta una zanja, antes de que su camión se incendiara. No consiguió llegar a Marienbad hasta después de varios días, en la parte trasera de una motocicleta de la policía militar y en estado de inconsciencia.

Grass estaba contento de hallarse en el hospital. Estaba en una cama recién hecha y las enfermeras fueron amables con él mientras le vendaban el muslo y le buscaban la astilla del hombro. Su delicadeza le pesó bastante más que el anuncio de la muerte de Hitler en la lejana Berlín. Era mayo y las lilas estaban en flor. La guerra casi había terminado y Grass se había retirado del combate para siempre. Como para millones de soldados alemanes, la muerte de Adolf Hitler no podía causarle un disgusto tan grande, si suponía poner fin a toda la batalla.

En el campo de concentración de Odette Sansom, aquella mañana, los prisioneros habían intentado escapar mediante una avalancha coordinada contra las puertas, a la vista de los guardias. Los vigilantes de las SS abrieron fuego de inmediato y barrieron el complejo con las ametralladoras. Horrorizada, Odette vio cómo los prisioneros se doblaban y caían como lastimosos fardos blanqui azulados que yacían inertes o moribundos mientras las SS los observaban sin inmutarse.

En cuanto terminó la acción, Odette fue a quejarse al comandante y, apelando a su condición de señora Churchill, pidió ver a Fritz Sühren. La radio estaba encendida mientras iban a buscarlo. Escuchando a hurtadillas, con mucha cautela, Odette supo que Berlín había caído y que los británicos estaban en Lubeca. En Italia, el ejército alemán se había rendido. No le sorprendió que Sühren apareciera con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué no abren las puertas del campo? —preguntó Odette—. La guerra ha terminado. Mantener a la gente aquí dentro es un asesinato inútil.

—Morirían en las carreteras.

—Mejor morir en las carreteras que ser asesinado aquí dentro.

Pero a Sühren no le interesaban los prisioneros.

—Adolf Hilter ha muerto —le dijo a Odette, con desánimo—. Murió como un héroe a la vanguardia de la batalla.

—¿De verdad? —Odette logró contener su dolor—. ¿Hará usted lo mismo? ¿Morirá como un héroe?

—Vuelva a su barracón. Aún no he terminado con usted.

—¿Abrirá las puertas? No le he pedido ni un solo favor en toda mi vida. Ahora lo hago. ¡Por el amor de Dios!

—No. La guerra no ha terminado.[\[214\]](#)

Odette regresó a su barracón. No había comida. Hacia la tarde, los prisioneros que aún tenían las fuerzas necesarias formaron un grupo de trabajo para apilar los cuerpos en el complejo. Ya había anochecido cuando encendieron hogueras con las puertas y los somieres de las camas de los barracones, y protagonizaron una danza histérica alrededor del fuego, medio locos de miedo y repugnancia, mientras aguardaban la liberación. Las puertas seguían cerradas, y las SS seguían allí, con sus ametralladoras, pero ya no podía faltar mucho para la libertad.

En Mauthausen, cerca de Linz, a los prisioneros les quedaban tan solo uno o dos días de cautiverio, pues el ejército de Patton avanzaba con rapidez por el territorio austríaco. Ellos

también contaban las horas, porque necesitaban con urgencia a los estadounidenses. La inanición los hizo caer incluso en el canibalismo, cuando una bomba aliada, por error, mataba a algunos de ellos.

Mauthausen era un campo de trabajo situado junto a una cantera. Los prisioneros extraían piedra durante todo el día, para reconstruir las ciudades alemanas. Por orden de Himmler, cada bloque que sacaran debía pesar, como mínimo, cincuenta kilos: más que muchos de ellos. Luego tenían que transportarlo sobre la cabeza, ascendiendo una escalera de 186 peldaños, hasta la superficie de la cantera. Era habitual que, a los prisioneros sin fuerzas, los lanzasen por el despeñadero para diversión de los guardias, quienes lo llamaban «saltar en paracaídas» y disfrutaban viendo a los prisioneros dando tumbos hasta morir.

Peter van Pels, el adolescente judío arrestado junto con Anne Frank, quizá estuviera en Mauthausen, si los documentos que afirman que llegó al campo desde Auschwitz son ciertos. Quien sin duda estuvo allí fue Simon Wiesenthal. Cuando empezó a circular la noticia de la muerte de Hitler, yacía enfermo en el bloque VI. Este era el bloque de la muerte, donde se dejaba morir a los prisioneros incapacitados para seguir trabajando.

Wiesenthal, hijo de un oficial austríaco que había muerto en la primera guerra mundial, había sido arquitecto en Polonia hasta la invasión del ejército rojo, en 1939. Escapó de un pogromo ruso, pero fue arrestado más tarde por los alemanes. Un hombre de las SS instaló a una prostituta polaca en el apartamento de Wiesenthal, mientras este era enviado al campo de trabajo para pintar escudos con esvásticas y águilas en las locomotoras tomadas a los rusos.

Recibió un buen trato por parte de algunos guardias alemanes, antinazis encubiertos que no abrigaban malos sentimientos contra los judíos. Otros fueron menos humanos. Según Wiesenthal, en 1943 escapó a la muerte por poco cuando un grupo de hombres de las SS, borrachos, decidieron fusilar a unos cuantos judíos para celebrar el cumpleaños de Hitler. Wiesenthal quedó completamente desnudo, esperando a la ejecución, cuando un alemán más amigable insistió en que lo necesitaban para terminar de pintar los carteles de la celebración del aniversario.

Más tarde, cuando empezó a ascender el número de bajas en el frente, las SS se mostraron mucho más atentas con sus prisioneros judíos, a los que mantenían con vida con la esperanza de evitar el servicio activo por tener a alguien a quien vigilar. Llegó un momento en el que había seis guardias de las SS por cada prisionero. Cuando Wiesenthal llegó a Mauthausen, el servicio normal se había reanudado. Extenuado por la marcha desde la estación, a lo largo de un camino de más de seis kilómetros, se dejó caer sobre la nieve, y un miembro de las SS le disparó mientras yacía en tierra, indefenso. Hasta la mañana siguiente, cuando los prisioneros ya trasladaban su cuerpo al crematorio, nadie se dio cuenta de que seguía con vida.

Wiesenthal era todo un narrador, con tendencia a exagerar sus aventuras. Pero las penalidades que vivió en el bloque VI, mientras aguardaba la llegada de los estadounidenses, fueron muy reales. Un prisionero le había proporcionado amablemente papel y lápiz, y él mataba el tiempo haciendo bocetos de los líderes nazis. Con la práctica acumulada como delineante de arquitectura, creaba caricaturas grotescas de un Himmler monstruoso y de Hitler como una calavera con máscara.

También había hecho un boceto de Franz Ziereis, el comandante de Mauthausen. Ziereis fue un

asesino a sangre fría, que en cierta ocasión regaló a su hijo, por su cumpleaños, cincuenta judíos con los que practicar el tiro. Wiesenthal captó perfectamente sus rasgos en el papel, lo que sería una guía muy útil para los aliados si Ziereis trataba de desaparecer en las próximas horas, en lugar de esperar a que lo colgasen por sus crímenes. Los aliados, cuando le dieran caza después de la guerra, sabrían exactamente qué aspecto físico tenía. Y lo mismo ocurriría con varios miles de nazis más, si de Simon Wiesenthal dependía.

En Unterbernbach había estado nevando mientras Víctor Klemperer partía hacia Kühbach, en busca de los primeros soldados estadounidenses. Tenía frío y caminaba vestido con tan solo unos andrajos, pero también se había llenado la tripa por primera vez en varios meses, después de que los alemanes del pueblo hubieran sacrificado a todos sus cerdos para que los estadounidenses no pudieran aprovecharse de ellos. Feliz y con la tripa llena, Klemperer salió en busca de provisiones y de sus liberadores.

Cuando llegó a Kühbach, las tiendas estaban cerradas, pero el pueblo rebosaba de soldados estadounidenses. Los primeros que vio eran negros, los miembros de un equipo de rescate de vehículos, haciendo amistad con los niños en la plaza del pueblo. Bajando por una calle lateral, Klemperer se acercó a una joven rubia y le preguntó por qué estaban las tiendas cerradas. Ella le contestó que los estadounidenses lo habían saqueado todo al llegar, pero que por lo demás se comportaban bien.

—¿Los negros también?

—Son incluso más simpáticos que los otros —le respondió la mujer, sonriente—. No hay nada que temer.

De nuevo en la plaza, Klemperer preguntó a dos señoras mayores lo mismo y recibió la misma respuesta.

Exactamente la misma sonrisa alegre porque los negros eran unos enemigos especialmente bondadosos. (Pensé en todas las niñeras, los policías y los chóferes negros de nuestra vida). Y lo que se había dicho sobre la crueldad de esos enemigos, todo eso no habían sido más que consignas de propaganda, simple demagogia. ¡Lo que está aprendiendo la población![\[215\]](#)

En las calles de atrás, había una mujer que podía venderle una hogaza de pan por noventa *pfennige*. Fue hacia allí a paso ligero.

En Brünnlitz, en los Sudetes checos, los judíos de la industria metalúrgica de Oskar Schindler se habían enterado de la muerte de Hitler por las radios que su patrón había instalado, ilegalmente, en las oficinas de personal elegido. También había dispuesto las cosas para que una de sus radios de coche estuviera en estado de reparación permanente, de modo que el técnico pudiera conectar el auricular a la BBC y pasar las noticias a los prisioneros de otra zona del campo.

Los trabajadores judíos de Schindler estaban en Brünnlitz desde que salieron de Cracovia huyendo de los rusos. Eran más de mil en total, incluidas las esposas, los niños y algunos

disminuidos físicos. Schindler los salvó de una muerte casi segura inscribiendo sus nombres en una lista oficial e insistiendo a los nazis en que eran obreros especializados, imprescindibles para el esfuerzo de guerra. Además se gastó una fortuna en sobornos, invirtiendo todos los beneficios de la fábrica y cuanto quedaba de su propio capital en untar a quien más convenía y asegurarse de que nadie hacía daño a los judíos que había acogido bajo su protección.

No obstante, temía que las SS los masacrara a todos cuando la guerra terminara. El comandante Josef Leipold era perfectamente capaz de dar esa orden. En previsión, Schindler presentó una queja oficial contra Leipold a mediados de abril, protestando porque este quería matar a «experimentados técnicos que participaban en la fabricación de armas secretas». Según ciertas fuentes, lo siguiente fue atiborrar a Leipold de alcohol, una copa tras otra, hasta lograr que firmase lo que él creía que era una orden para eliminar a los judíos, cuando en realidad se trataba de una solicitud para ser destinado en el frente. Fuera cual fuese la verdad, al poco tiempo Leipold fue transferido a una unidad del frente. Schindler acababa de enviarlo allí en el momento en que Hitler murió.

Los hombres de Leipold partieron con él y fueron sustituidos por otros guardias mayores, más dóciles, que aceptaban recibir órdenes de Schindler. Ahora que Hitler había muerto, tenían mucho interés en que los judíos supieran que acababan de ingresar en las SS, solo para tareas de vigilancia, y que no tenían intención de hacer daño a nadie.

Los judíos no perdían el escepticismo. Estaban preparados para defenderse, si hacía falta. Con la ayuda de Schindler, llevaban varias semanas acumulando armas: fusiles, ametralladoras, unas pocas pistolas y granadas de mano. Las habían ocultado debajo de fardos de alambre y otros lugares aparentemente inofensivos de todo el campo. Podían disponer de ellas en un momento, llegado el caso.

El propio Schindler se preparaba para huir del campo antes de que llegasen los rusos. En tanto que alemán de Checoslovaquia y a sueldo de los nazis, podía esperar un trato poco agradable por parte de los rusos y los checos, cuando estos tomasen el poder. Era muy reticente a abandonar a sus trabajadores judíos en un momento tan crítico, pero ellos insistieron inflexiblemente en que así debía ser, por su propia seguridad.

A espaldas de Schindler, también le estaban preparando un regalo de despedida, que le entregarían antes de su partida. Sacrificaron dientes de oro para hacerle un pequeño anillo en el taller metalúrgico. Iba a ser un regalo de todos ellos, con la inscripción de una cita del Talmud que expresaba lo que todos los judíos del campo sentían hacia Oskar Schindler: «Quien salva una vida salva al mundo entero».

Los judíos de Schindler tuvieron suerte de escapar de Cracovia. La mayoría de la población judía de la ciudad había sido apresada y eliminada durante la ocupación alemana. Los supervivientes habían empezado a regresar hacía muy poco, y con cuentagotas, saliendo de sus escondrijos después de que los alemanes se marcharan, en enero. Quedaban poquísimos. El barrio judío parecía una ciudad fantasma mientras los supervivientes deambulaban por las calles adoquinadas buscando desesperadamente alguna cara conocida.

Roman Polanski, a sus once años, fue uno de los afortunados. Para empezar, no parecía judío, sino que pasaba por un niño polaco normal y corriente, siempre y cuando nadie supiera que estaba circuncidado. Era hijo de un obrero de la industria metalúrgica y, al principio, había salido de vez en cuando del gueto, a hurtadillas: se quitaba la estrella de David y deambulaba por las calles sin que sus padres lo supieran. En una ocasión, vio a un oficial alemán disparar contra una mujer judía solo porque esta era demasiado vieja para seguir el ritmo de los demás.

Luego le tocó a su propia madre, a la que se llevaron un día mientras Polanski no estaba, y jamás volvieron a verla. El resto del gueto fue liquidado en marzo de 1943. Polanski había conseguido huir por un agujero de la alambrada y siguió la pista de su padre cuando los alemanes se lo llevaron. Luego estuvo atendido por unos polacos, que lo mandaron a una casa rural, donde se alojó con una familia de campesinos tan pobres que carecían de electricidad y jamás habían visto un automóvil.

Tras regresar a Cracovia, después de la retirada alemana, Polanski vio prisioneros alemanes a los que se pegaba y escupía, y cadáveres sobre los cuales algunos polacos se ponían a defecar. Él vivía en la calle, con otros chicuelos, recogiendo armas abandonadas —bengalas y explosivos— y usándolas para hacer fuegos artificiales. Una banda de chicos se mató haciendo estallar un paquete de cordita. Polanski estuvo a punto de perecer con una granada alemana.

También había saqueado juguetes de una buhardilla desierta, que intercambió por una linterna mágica que podía proyectar postales sobre una pared. La linterna no era más que un rudimentario epidiascopio, una caja de cartón con una lente y un portalámparas, pero para Polanski lo era todo. Le encantó la idea de proyectar imágenes sobre una pared. Era una forma de olvidar los horrores que lo rodeaban.

Cuando se enteró de la muerte de Hitler vivía con su tío. Un día, por la calle, se habían topado el uno con el otro, por casualidad, sin que ninguno de los dos supiera que el otro aún vivía. Tras varios años de vida asilvada y sin escolarizar, aquel niño analfabeto volvía a habitar en un piso de verdad, en la sexta planta de un bloque desde el que se veía toda Cracovia.

También albergaba la esperanza de reencontrarse con sus padres, ahora que Hitler había muerto. La gente empezaba a regresar de los campos de concentración y se tiraban los unos en brazos de los otros cuando llegaban, aún con la vestimenta de presidiario, a la estación del ferrocarril. Polanski solía ir allí para ver si aparecían sus padres, pero no tuvo esa suerte. Por el contrario, tuvo que ver con amargura cómo los pocos afortunados iniciaban una celebración de la que él estaba excluido.

Pero al menos, tenía su linterna mágica. Mientras pudiera tomar imágenes y hacer que se proyectaran sobre la pared, Polanski podía olvidarlo todo. Las imágenes de la pared, ahora que la guerra había acabado, eran lo único que de verdad le importaba.

Mientras Polanski sufría y el resto de Cracovia celebraba la muerte de Hitler, Karol Wojtyła iba reconstruyendo, despacio, su vida anterior a la guerra. El día en que estalló el conflicto él tenía diecinueve años y rezaba sus oraciones en la catedral mientras los ruidosos motores de la Luftwaffe anunciaban el ataque a la ciudad. La Universidad Jaguelónica cerró las puertas en

cuanto cayó Cracovia y muchos miembros de su plantilla acabaron en campos de concentración. Pero Wojtyla continuó con sus estudios, a pesar de todo, asistiendo a clases clandestinas durante toda la ocupación alemana.

Buena parte de la guerra la pasó trabajando en una cantera, haciendo estallar las rocas con dinamita durante el día y prosiguiendo con los estudios de noche. Había que llevar la cuenta de cada barra de explosivos escrupulosamente, so pena de muerte si la resistencia llegaba a hacerse siquiera con unos gramos. En una ocasión, Wojtyla fue arrestado en un café, cuando la Gestapo emprendió una redada general de sospechosos. La mayoría de los detenidos habían sido enviados a Auschwitz, donde veinticinco ya habían sido fusilados. Wojtyla se libró porque tenía un Ausweis, o documento de identidad, en el que se lo calificaba de trabajador necesario. La tarjeta se la dio su patrón, un amable polaco que utilizaba estos documentos para proteger de la persecución nazi a intelectuales y miembros de la resistencia.

Wojtyla ayudó a otros hombres, a su vez, ocultando a varios judíos de los alemanes, consiguiéndoles nuevas identidades y proporcionándoles partidas de bautismo con las que demostrar que eran cristianos. Su mentor, el arzobispo Sapieha, había presentado súplicas reiteradas al Papa en nombre de los judíos polacos, pero el Vaticano no ofreció ninguna respuesta destacable. Wojtyla se preguntaba qué clase de Papa había en Roma, que se cruzaba de brazos y no hacía nada mientras los judíos sufrían por toda Europa. Aquello no era lo que él entendía por caridad cristiana.

Cuando los alemanes se fueron de Cracovia, Wojtyla se había ocultado en el palacio del arzobispo, en el sótano, para protegerse de la artillería rusa. Las tejas habían quedado hechas trizas, como los cristales de las ventanas, pero el palacio logró aguantar en pie. Wojtyla y sus colegas estuvieron rezando y cantando himnos mientras aguardaban a los rusos. Los primeros aparecieron bien entrada la noche, y los recibieron con pan y té, que era cuanto los polacos podían ofrecerles.

Aquello había sucedido en enero, pero aún faltaba mucho para que la vida recuperase el ritmo normal. Wojtyla y otros pocos se ofrecieron voluntarios para restaurar el seminario teológico, tras la marcha de los alemanes. El edificio había sufrido la ocupación de las SS y luego casi resultó destruido por una explosión en las cercanías. Se habían roto todos los cristales de las ventanas y hasta la última de las tejas había saltado destrozada. Los retretes rebosaban de excrementos congelados, que hubo que romper en trozos menores antes de poder sacarlos. El propio Wojtyla se arremangó para ayudar, respirando solo por la boca para evitar las arcadas. El hedor resultaba horrible.

Pero el seminario estaba restaurado, los alemanes se habían ido y Hitler había muerto. Wojtyla también acababa de encontrar un trabajo decente, casi a medida para él: fue nombrado profesor adjunto de Teología en la universidad. Pocos meses más tarde sería ordenado sacerdote católico romano y podría consagrar el resto de su vida a la madre iglesia. Difícilmente podía esperar más.

El político francés Pierre Laval estaba en España. Acababa de volar allí después de buscar frenéticamente un país que quisiera admitirlo. En tanto que francés de Vichy, anterior jefe del

gobierno y colaborador destacadísimo de los alemanes, era *persona non grata* en toda Europa. Nadie quería ofrecerle refugio, si con ello ofendía a los victoriosos aliados.

El gobierno de Vichy se había trasladado a Alemania en septiembre de 1944, pero cuando los aliados empezaron a acercarse más, tuvo que arreglárselas solo. El mariscal Pétain había decidido regresar a Francia para enfrentarse al juicio por traición, pero Laval sabía que, si regresaba, sería ejecutado. Decidido a escapar a un país neutral, consultó primero en Suiza y Liechtenstein, que no le concedieron permiso para quedarse más de veinticuatro horas. Intentó cruzar la frontera suiza cada día, durante una semana, pero todos los días lo rechazaban. Acabó rompiendo a llorar y se quejó a los funcionarios suizos, que acogían con indiferencia que los acusara de condenarlo a muerte.

Los españoles tampoco le querían. En el aeropuerto de Barcelona le aguardaba un coronel cuando el Junker 88 de Laval tomó tierra. El oficial le comunicó sin rodeos que España no estaba dispuesta a ofrecerle asilo. Le sugirió que tomase otro avión de inmediato, quizá para Portugal, donde se acababa de declarar un día de luto por la muerte de Hitler, o a Irlanda, país que no había firmado el convenio internacional sobre crímenes de guerra y que, por tanto, no lo extraditaría.

Laval era un colaboracionista, pero no se consideraba un criminal de guerra. Trató de pasar por encima del coronel telefoneando al ministro de Exteriores español, que había sido embajador ante el gobierno de Vichy, buscando un aliado. Pero el ministro ni siquiera quiso ponerse al teléfono. No podía estar más claro que Laval no tenía amigos en España.

Tampoco tenía amigos en Portugal ni en Irlanda. Cuando se negó a partir hacia otro país, el coronel le comunicó que, en ese caso, tenía órdenes de recluirlo, mientras el gobierno español decidía qué hacer con él. Sin más preámbulos, Laval y su esposa fueron conducidos en coche hasta el castillo de Montjuïc, por encima del puerto, donde discretamente se les había preparado un alojamiento en el recién construido salón de oficiales.

Mientras Laval era trasladado a Montjuïc, el primer ministro irlandés Eamon de Valera iba a Dún Laoghaire para reunirse con el embajador alemán. Quería ofrecerle sus condolencias por la muerte de Adolf Hitler.

La embajada alemana estaba en Ballsbridge, un elegante barrio del extrarradio de Dublín, pero De Valera visitaría al embajador en su residencia particular. Los alemanes aún no disponían de la confirmación oficial de la muerte del Führer, más allá de lo que habían oído en la radio, pero la esvástica de la embajada ondeaba a media asta y los miembros de la reducida comunidad alemana en Irlanda habían estado llamando durante todo el día para presentar sus respetos. De Valera quizá decidiera evitar la embajada para ahorrarse la indeseada publicidad que tal vez traería asociada la visita.

El embajador estaba en casa cuando llegó De Valera. Eduard Hempel era un oficial prusiano a la antigua, que llevaba en su puesto desde 1937. Los irlandeses habían estipulado que el enviado diplomático de Alemania en Dublín no podía ser nazi, de modo que Hempel esperó a estar allí para entonces unirse discretamente al partido. Pasó la guerra con notable actividad, trabando contacto con el IRA y enviando millares de informes a Berlín por radio o telégrafo. Mandaba

partes meteorológicos para la Luftwaffe y comunicaba los efectos de sus bombardeos sobre Gran Bretaña. Se contaba que sus informes sobre los movimientos de las tropas canadienses en la costa sur habían condenado al fracaso el asalto de Dieppe, en 1942. Los estadounidenses manifestaron tal indignación ante sus actividades que convencieron al gobierno irlandés para que requisara el radiotransmisor de la embajada en 1943.

Hempel estaba visiblemente afligido cuando el coche de De Valera se detuvo. El embajador se retorció las manos y lamentaba repetidamente que aquello era muy humillante. No estaba claro si se refería a la derrota alemana o a la visita de De Valera. La esposa de Hempel insistió más tarde en que él no se retorció las manos, solo se rascaba un eczema que tenía entre los dedos. Pero el hombre que recibió al primer ministro en su propia casa, con ocasión del fallecimiento de Adolf Hitler, no era un hombre feliz.

No hablaron de Hitler durante mucho rato. La conversación se centró pronto en otras cuestiones: la seguridad de los parientes de Hempel en Alemania y una petición de asilo para su familia y él mismo. Hempel esperaba quedarse en Dublín después de la guerra, en lugar de regresar a Alemania. Temía, sin embargo, que el sentimiento antigermánico le complicara la vida, a la hora de dirigir un negocio. Pero en caso de que todo lo demás fallase, su esposa estaba resuelta a vender pasteles y panecillos caseros para llegar a fin de mes.

De Valera se sorprendió al encontrarse con un Hempel tan abyecto. Conocía bien a aquel hombre y creía que estaba hecho de una pasta más dura. Pero el derrumbe de Alemania lo había acobardado. Sin los nazis detrás, Hempel era tan solo un funcionario de mediana edad que no sabía cómo sobreviviría con el recorte salarial y sin otros medios de vida claros. Su carrera diplomática había terminado allí.

El propio De Valera se estaba metiendo en un embrollo, aunque todavía no había tomado conciencia de la magnitud. Había pedido consejo antes de presentar sus condolencias por la muerte de Hitler. Algunos se mostraron de acuerdo con él en que era el protocolo adecuado para un primer ministro neutral, y que la iniciativa no implicaba dar la aprobación a Hitler ni a su régimen. Otros le suplicaron que no acudiera, alegando que la visita podría ser malinterpretada, que lo verían como un partidario de los nazis y que, con una acción tan estúpida, acarrearía a Irlanda una vergüenza enorme. El testarudo De Valera decidió seguir adelante.

Cuando empezaron a percibirse las repercusiones de aquello, los irlandeses no lo vieron con buenos ojos. Se habían mantenido escrupulosamente neutrales durante la guerra, para evitar una ocupación ya fuera británica o alemana, pero jamás había existido duda alguna sobre el bando que sus nacionales preferían. Habían ido a ver las fotografías de los campos. Habían acudido a Gran Bretaña por decenas de millares, para luchar con los aliados. No querían que su primer ministro se compadeciera de los nazis, ahora que Hitler estaba muerto. Cuando aquella noche se divulgó la noticia de la visita de De Valera, el resto del mundo libre compartió la indignación de los irlandeses. De Valera se había marcado un gol espectacular en propia puerta, que lo perseguiría durante el resto de su vida.

Sin embargo, la visita de De Valera era del todo secundaria. Con Hitler muerto y Berlín en manos

de los rusos, aquella noche, la verdadera noticia era que la guerra en Europa estaba a punto de acabar por fin. Al tiempo que el chófer devolvía a De Valera a Dublín, los alemanes habían aceptado lo inevitable y se preparaban para rendirse. Encabezada por el general Hans Kinzel y el almirante Hans-Georg von Friedeburg, una delegación de cuatro hombres se dirigía al cuartel general del ejército británico en la landa de Luneburgo para entrevistarse con el mariscal de campo Montgomery y preguntar por las condiciones.

## ALEMANIA SE RINDE

La delegación alemana llegó a Luneburgo a las once y media del mediodía del 3 de mayo. La recepción de Montgomery fue gélida.

—¿Quiénes son estos hombres? —preguntó, cuando se presentaron en su cuartel general—. ¿Qué desean?[216]

Estaba utilizando las fórmulas tradicionales desde la época medieval para iniciar una negociación.

Kinzel y Friedeburg ofrecieron rendir a los británicos todas las fuerzas alemanas de los Países Bajos, Dinamarca y el norte de Alemania, incluidas las que estaban batallando contra los rusos. Montgomery lo rechazó e insistió en que los alemanes que combatían contra los soviéticos debían rendirse ante ellos. Les advirtió que seguirían luchando hasta el final, si los alemanes no lo aceptaban.

—Seguiré con la guerra, y lo haré encantado, estoy dispuesto a hacerlo. Todos sus soldados morirán.[217]

Escarmentados, dos de los alemanes regresaron con los de su bando para consultar a Dönitz y Keitel. Al día siguiente volvieron y aceptaron las condiciones de Montgomery. Leonard Mosley estaba con un grupo de corresponsales de guerra, que los vio llegar:

Montgomery hizo esperar a los delegados alemanes, que aguardaban con aire entristecido bajo la lluvia; primero, mientras nos informaba de los sucesos que habían culminado en el armisticio, y luego, mientras consultaba con sus asesores, dentro de la caravana. De espaldas a nosotros, Von Friedeburg y sus tres acompañantes permanecían allí, en el mismo lugar desde donde todos ellos, en algún momento de sus carreras, contemplaron a los ejércitos alemanes maniobrando más abajo, en la llanura, realizando sus ejercicios en los días previos a la guerra, un espacio por el que ahora se desplazaban columnas interminables de soldados británicos. Montgomery los tuvo allí a la espera, de pie, dejó que mirasen y reflexionaran, dejó que la lluvia les cayera encima hasta que creyó llegado el momento oportuno; y entonces mandó al coronel Ewart, que bajó las escaleras taconeando, reunió a los generales nazis y los guió hasta una pequeña tienda del ejército, al borde del peñasco de Luneburgo, donde ya se habían preparado los reflectores y los micrófonos, para tomar fotografías y grabar la firma.[218]

Los alemanes pasaron hasta una sencilla mesa de caballetes, cubierta con una manta del ejército. Tomaron asiento en silencio, pesarosos, mientras Montgomery se ponía las gafas y les leía las condiciones de la rendición. Disfrutó de cada segundo de aquella lectura:

—Ahora firmen—dijo.

Dócilmente, uno tras otro, se acercaron. La pluma de Correos ralló el papel, los delegados se sentaron de nuevo, sin expresión en el rostro, y esperaron. Hubo un momento, mientras se tomaban las últimas fotografías, en el que Von Friedeburg volvió todo el rostro hacia los reflectores y posó para las fotografías con una expresión de terrible angustia en los ojos. Entonces bajaron la portezuela de la tienda y todo hubo terminado. [\[219\]](#)

Casi. Al día siguiente, Friedeburg acudió al cuartel de Eisenhower para negociar la rendición de las fuerzas que aún quedaban en el sur de Alemania y en cualquier otro lugar. Volvió a suplicar por una paz independiente, pero los estadounidenses demostraron ser tan poco receptivos como los británicos. El jefe del estado mayor, Bedell Smith, comunicó fríamente al alemán que la rendición era incondicional y debía producirse de forma simultánea en todos los frentes. Desesperado, Dönitz trató de conseguir más tiempo para los alemanes que huían de los rusos, mandando a Jodl a Reims, para defender su propuesta. Jodl no tuvo más éxito que Friedeburg. A primera hora del 7 de mayo, Dönitz acabó aceptando la derrota y autorizó la rendición de todos los alemanes en cualquier parte del mundo, según las condiciones indicadas.

Jodl firmó en representación de Dönitz. Era la 1:41 de la madrugada. Bedell Smith firmó en nombre de la Fuerza Expedicionaria Aliada y el general Iván Susloparov lo hizo en nombre del Alto Mando soviético. La rendición sería efectiva desde la medianoche del 8 de mayo. Una vez concluida la breve ceremonia, Jodl se levantó y pronunció un breve discurso, que comenzó en inglés y terminó en alemán:

Señor, con esta firma, la nación alemana y las fuerzas armadas de Alemania quedan a merced de los vencedores. A lo largo de esta guerra, que ha durado cinco años, ambos han conseguido más, y tal vez han sufrido más, que cualquier otra nación en la tierra. En este momento, solo podemos esperar que los vencedores serán generosos. [\[220\]](#)

Por respuesta hubo solo un mutismo desconcertado. El sufrimiento del pueblo alemán no había ocupado un lugar primordial en el pensamiento de nadie, mientras contemplaban la firma de la rendición. Cuando nadie respondió a sus palabras, Jodl se cuadró, saludó y abandonó el lugar. En Europa, la guerra había terminado.

## **SEXTA PARTE**

«Señor, con esta firma, la nación alemana y las fuerzas armadas de Alemania quedan a merced de los vencedores ... En este momento, solo podemos esperar que los vencedores serán generosos.»

ALFRED JODL

## EPÍLOGO

Rachele Mussolini estaba en Montecatini, en el hotel Italo-Argentino, cuando los alemanes se rindieron. Ella y sus hijos estaban de camino hacia un campo de internamiento británico, donde permanecieron hasta finales de julio. Luego los llevaron a la isla de Ischia, en el golfo de Nápoles, y los dejaron libres para reanudar sus vidas.

El cuerpo de Mussolini fue robado por partidarios del fascismo, en 1946, y pasó varios meses en un baúl hasta reaparecer en un monasterio franciscano de Pavía. Fue enterrado de nuevo en secreto, en otro monasterio, en Cerro Maggiore, donde permaneció hasta 1957, cuando se le entregó a Rachele. Hoy el cadáver de Mussolini está en una cripta de Predappio, su ciudad natal, donde el tráfico de visitantes es ininterrumpido.

La porción de cerebro que se llevó a Estados Unidos para su examen con más detallado fue devuelta a Rachele en 1966. El cónsul estadounidense en Florencia tuvo la satisfacción de comunicar que no habían encontrado ninguna deficiencia. En 2009, Alessandra Mussolini, nieta del Duce, se quejó de que en e-Bay se vendieran muestras de su sangre y de su cerebro.

La tía de Alessandra, Sofia Villani Scicolone, dejó atrás su triste infancia en Nápoles. Se cambió el nombre por el de Sofia Loren, hizo suyo el sueño de su madre y se convirtió en una de las estrellas de cine más bellas del mundo.

Después de la guerra, Audrey Hepburn y su madre se mudaron a Londres y vivieron modesta pero dignamente hasta que Audrey estudió danza. Su altura y la alimentación que tomó en los años de la guerra le habrían impedido alcanzar la cima, de modo que cambió el oficio de bailarina por el de actriz. Ella también se convirtió en una estrella muy apreciada.

Hildegard Knef fue capturada por los rusos y pasó grandes apuros como prisionera de guerra, hasta que por fin logró regresar a Berlín, donde protagonizó muchas películas. Con el nombre de Hildegard Neff, trabajó junto con Gregory Peck en *Las nieves del Kilimanjaro*, pero debido a su pasado alemán —se negó a reinventarse como una austríaca llamada Gilda Christian—, en Hollywood su carrera nunca despegó.

Leni Riefenstahl trató de volver al cine comercial tras la guerra, pero su pasado nazi la había colocado en la lista negra. Como el caballo sin cabeza de *El padrino*, no volvió a trabajar.

Tras reunirse con su padre una vez terminada la guerra, Roman Polanski siguió fascinado por los espectáculos de luces en la pared, primero en Polonia y luego en Francia y en Estados Unidos.

Se convirtió en uno de los mejores directores de cine de su generación, pero en su vida personal continuó sufriendo graves problemas.

Spike Milligan actuó en algunas películas, de forma ocasional, pero se sentía más satisfecho cuando daba voz a sus propios materiales en la radio y la televisión británicas. Junto con Michael Bentine, Peter Sellers y Harry Secombe, protagonizó una divertidísima comedia radiofónica titulada *The Goon Show*, en la década de 1950, pero siempre estuvo a merced de su salud mental.

Ezra Pound fue arrestado por el ejército estadounidense a finales de mayo y enviado a Estados Unidos para ser juzgado por traición. Se admitió la alegación de demencia y pasó doce años en el hospital psiquiátrico de St. Elizabeth, en Washington, el mismo hospital donde se estaba examinando el cerebro de Mussolini. Pound fue liberado en 1958 y él también regresó a Italia.

Kurt Vonnegut fue liberado del campo de prisioneros en mayo y repatriado a Estados Unidos. Sus experiencias en Dresde le inspiraron, más adelante, la novela *Matadero Cinco*. Después de la guerra, Joseph Heller obtuvo una beca Fulbright para Oxford, y entonces escribió *Trampa 22*, un relato apenas modificado de su servicio en el Mediterráneo, en el que toma prestado parte del nombre de su amigo Yohannon para el personaje protagonista, Yossarian. Ambas novelas denunciaron magistralmente la estupidez de la guerra.

Aleksandr Solzhenitsyn fue condenado a ocho años de internamiento en un campo de trabajo y luego al exilio vitalicio en Kazajistán. La experiencia sirvió como material para varios libros destacables, como *Pabellón de cáncer*, *Archipiélago Gulag* y *Un día en la vida de Iván Denisovich*, ninguno de los cuales esperaba ver publicado en vida. En 1956 quedó eximido de culpa, cuando Nikita Jrushchov sucedió a Stalin, y luego fue galardonado con el premio Nobel de Literatura.

Günter Grass fue apresado por los estadounidenses y pasó un tiempo en un campo de prisioneros, en Bad Aibling, donde hizo amistad con el desertor Josef Ratzinger. Él también se convirtió en escritor y sacó provecho de sus experiencias de época de guerra, sobre todo en la obra *El tambor de hojalata*. Obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1999.

Josef Ratzinger regresó a su casa sano y salvo, tras huir de la Wehrmacht, pero más tarde fue detenido por los estadounidenses. Lo liberaron en el mes de junio y se ordenó sacerdote. Buena parte de su carrera se desarrolló en Roma. Su colega polaco, Karol Wojtyła, ocupó el papado como Juan Pablo II, en 1978. En 2005, Ratzinger le sucedió como Benedicto XVI.

El teniente Robert Runcie, galardonado con la Cruz Militar británica, fue con el paso del tiempo arzobispo de Canterbury y ofició la boda del príncipe de Gales y lady Diana Spencer, en 1981.

Willie Whitelaw, que compartió unidad con Runcie, aprendió en su paso por la vida militar que donde más encajaba era en un puesto de segundo orden. Acabó siendo viceprimer ministro con Margaret Thatcher. Peter Carrington sirvió en el mismo gobierno antes de convertirse en secretario general de la OTAN.

España fue admitida en las Naciones Unidas en 1955. El general Franco siguió como jefe del estado hasta su muerte en 1975.

Jack Kennedy ganó la presidencia de Estados Unidos en 1960 y fraguó una estrecha relación personal con el primer ministro británico Harold Macmillan.

Willy Brandt fue alcalde de Berlín Occidental y luego canciller de la República Federal de Alemania. Acompañaba a Kennedy en 1963 cuando el presidente declaró ser berlinés.

Bob Dole se recuperó de sus heridas, pero ya nunca pudo volver a subir la mano derecha por encima de la cabeza. Fue senador republicano por Kansas durante mucho tiempo. Como candidato a la presidencia, en 1996, perdió ante Bill Clinton.

Chaim Herzog, que pudo ver brevemente a Himmler mientras servía con el ejército británico, luego sería presidente de Israel.

Henry Kissinger fue secretario de Estado de Estados Unidos, y asesor de política exterior del presidente Richard Nixon. Pese a su controvertido papel en la guerra de Vietnam, fue condecorado con el premio Nobel de la Paz en 1973.

En cuanto la guerra concluyó, Victor Klemperer y su esposa regresaron a pie hasta las ruinas de Dresde. Allí descubrieron que su casa había sido «arianizada» durante su ausencia. Klemperer la reclamó y retomó su vida como profesor universitario, convirtiéndose en una figura destacada de la Alemania Oriental de posguerra.

Simon Wiesenthal dedicó el resto de su vida a perseguir a los criminales de guerra nazis y a llevarlos ante la justicia. Nunca tuvo tanto éxito como él afirmaba, pero miles de nazis durmieron peor sabiendo que Wiesenthal disponía de información personal sobre ellos y los iba a perseguir.

Cuando Otto Frank regresó a Ámsterdam, le comunicaron que sus dos hijas habían muerto en Belsen. Todo cuanto quedaba de ellas era el diario de Anne de la época en que la familia permaneció escondida. Lo había conservado Miep Gies, un amigo de Otto.

La historia de Oskar Schindler se contó en la premiada película *La lista de Schindler*. Tras la guerra, Schindler atravesó dificultades económicas y recibió en diversas ocasiones la ayuda de los judíos de su fábrica. Israel lo declaró «Justo entre las Naciones» y es el único antiguo miembro del partido nazi sepultado en el cementerio católico romano de Jerusalén.

Wernher von Braun consiguió la ciudadanía estadounidense e interpretó un papel destacado en el proyecto estadounidense de enviar a un hombre a la Luna.

Lee Miller se casó con un inglés y pasó el resto de su vida en el Reino Unido. Profundamente traumatizada por la experiencia bélica, se refugió en el alcohol y vivió durante muchos años en una espiral descendente.

Odette Sansom también se casó con un inglés, pero antes llevó ante la justicia al comandante de Ravensbrück. Él la liberó del campo de prisioneros el 3 de mayo y la condujo hasta las líneas estadounidenses en su Mercedes negro. «Esta es Frau Churchill —les dijo al llegar—. Ha sido prisionera. Es pariente de Winston Churchill.»[\[221\]](#) Sühren esperaba salvar el pellejo al entregar a una personalidad tan importante, pero Odette le confiscó la pistola de inmediato y denunció que se trataba del comandante de Ravensbrück. Fue ejecutado por los franceses en 1950.

Josef Kramer, el antiguo comandante de Belsen, junto con Irma Grese, que había sido su amante, fueron ahorcados con otras nueve personas en la prisión de Hameln, el 13 de diciembre de 1945. Kramer pidió clemencia al mariscal de campo Montgomery, pero le fue denegada. Fritz Klein, otro de los condenados, se negó a apelar y aceptó que merecía morir por lo que había hecho.

Rudolf Höss obedeció la última orden de Himmler y desapareció perdiéndose entre las fuerzas armadas, al final de la guerra. Vestido con las ropas de un segundo contraamaestre, encontró trabajo en una granja próxima a Flensburg, donde vivió en el anonimato hasta marzo de 1946, cuando un chivatazo desencadenó su arresto. Fue ejecutado en el mismo escenario de sus crímenes el 16 de abril de 1947. Se construyó una horca al aire libre, especial para la ocasión, detrás de la primera cámara de gas, experimental, de Auschwitz. Tanto la cámara de gas como la horca siguen aún ahí.

«Menudo, con mal aspecto y ropas harapientas» tras una semana de dormir al raso, Heinrich Himmler se había afeitado el bigote y llevaba un parche falso en el ojo cuando los británicos lo detuvieron en un control. Admitió enseguida su identidad y exigió que lo llevaran ante el mariscal de campo Montgomery, en Luneburgo. Un médico estaba a punto de examinarle la boca cuando Himmler mordió una cápsula de cianuro oculta en un diente hueco. Pese a los intentos desesperados para impedir que se tragase el veneno, al cabo de quince minutos había muerto.

Pierre Laval intentó permanecer en España hasta que se calmaran las aguas, pero en julio lo subieron a un avión que lo devolvió a Austria, y fue entregado a los estadounidenses, que a su vez lo traspasaron a Francia. Se le organizó un juicio amañado, en el que el jurado no le dejaba hablar sin interrumpirlo y el presidente del tribunal pidió un veredicto antes de las próximas elecciones generales en Francia. Condenado a morir ante un pelotón de fusilamiento, Laval decidió suicidarse, pero el veneno que ingirió estaba pasado y había perdido fuerza. Le hicieron un lavado de estómago y lo llevaron al paredón en la cárcel de Fresnes, el 15 de octubre de 1945. Murió con valentía, gritando «Vive la France!» mientras le disparaban. Las elecciones se celebraron seis días después.

Vidkun Quisling mandó un telegrama a Dönitz el 2 de mayo, transmitiéndole las condolencias del pueblo noruego por la muerte de Adolf Hitler, pero era consciente de que había apostado por el caballo perdedor. Como Laval, esperaba que sus compatriotas compartirían su idea de que colaborar con los ocupantes era la opción más razonable en un país invadido. Sin embargo, fue condenado a muerte y fusilado en la fortaleza de Akershus, en Oslo, el 24 de octubre de 1945.

William Joyce, que no pudo encontrar un bote que lo llevara a Suecia, se ocultaba en Flensburg cuando llegaron los británicos. Cometió la estupidez de hablar con dos oficiales que, por la voz, lo reconocieron de inmediato. Los oficiales le dispararon en los muslos cuando empezó a buscar, sin previo aviso, su carné de identidad falso. Después de un juicio polémico, Joyce fue colgado por traición el 3 de enero de 1946, en la prisión de Wandsworth. Se dijo que, con el impacto de la caída, se le reabrió una cicatriz que le iba de la boca a la mejilla, fruto de una vieja pelea callejera.

Adolf Eichmann escapó de su cautiverio en 1945 y vivió en Alemania, sin ser reconocido,

hasta que emigró a Argentina en 1950. Unos agentes israelíes le siguieron la pista y, diez años después, lo atraparon y enviaron discretamente a Israel. Después de un juicio sensacionalista, Eichmann fue declarado culpable de crímenes contra la humanidad y murió ahorcado en la prisión de Ramala, el 31 de mayo de 1962. Su cuerpo fue incinerado y las cenizas esparcidas en el mar, fuera de las aguas israelíes.

Tras huir de Berlín, Helmut Altner fue capturado el 3 de mayo por los rusos, que lo tuvieron prisionero durante dieciocho meses. Con permiso estadounidense, en 1948 publicó un libro sobre sus experiencias y luego trabajó como corresponsal en París para varios periódicos alemanes.

Martin Bormann hijo jamás pudo librarse del fantasma de su padre. Durante un tiempo fue sacerdote de la iglesia católica romana y trabajó como misionero en el Congo. También visitó escuelas alemanas, en las que daba charlas sobre los males del nazismo, y visitó Israel para pedir perdón a los supervivientes del Holocausto. Pero el nombre lo perseguía allí donde iba, nublando su carrera e impidiéndole disfrutar de una vida normal.

Paula Hitler fue interrogada por los estadounidenses en julio de 1945 y rompió a llorar al pensar en la muerte de su hermano. Regresó a Viena una vez terminada la guerra, y trabajó en una tienda de bellas artes, antes de retirarse discretamente a Berchtesgaden, donde cuidaron de ella antiguos miembros del entorno de Hitler. Murió en 1960.

Traudl Junge fue apresada por los rusos e interrogada exhaustivamente sobre los últimos días en el búnker. Volvió a trabajar como secretaria después de la guerra y, con frecuencia, la molestaban personas que querían estrechar la mano de alguien que hubiera estrechado la de Hitler. En cierto momento, intentó emigrar a Australia, pero no le dieron permiso.

Else Krüger, la secretaria de Martin Bormann en el búnker, fue interrogada por los británicos al terminar la guerra y se enamoró de su interrogador. Se casaron en 1947 y se mudaron al condado inglés de Cheshire.

El resto de la cúpula nazi fue juzgado en Núremberg, durante el otoño de 1945. En su mayoría fueron condenados a muerte, pero algunos recibieron solo penas de cárcel. Tres fueron absueltos de todos los cargos, aunque luego serían encarcelados por los tribunales alemanes para la desnazificación.

El almirante Dönitz fue condenado a diez años. Como los demás, cumplió la condena en la cárcel de Spandau, en Berlín. Fue liberado en 1956 y murió en 1980. A su funeral asistieron varios comandantes de submarino, ya mayores, ilegalmente ataviados con las gorras del uniforme de guerra.

Albert Speer decidió reconocer su culpabilidad en el juicio. Fue condenado a veinte años; después de recobrar la libertad escribió varios libros, y se dice que destinó la mayoría de los derechos a instituciones benéficas judías, si bien de forma anónima. Murió en Londres en 1981, de un ataque al corazón, cuando estaba a punto de aparecer en un programa de televisión.

Rudolf Hess fue condenado a cadena perpetua. Durante el juicio, se dudó de su salud mental.

Algunos pensaban que fingía la demencia para evitar la ejecución, pero su comportamiento en la cárcel se fue volviendo cada vez más extraño. Era el único interno que quedaba en Spandau cuando se colgó, en 1987.

Los demás miembros de la cúpula nazi fueron ahorcados en Núremberg en la madrugada del 16 de octubre de 1946. En el gimnasio de la prisión, a unos treinta metros de las celdas, se erigieron tres horcas pintadas de negro. Los carpinteros estuvieron trabajando durante la noche anterior y, aunque procuraron ser silenciosos, todos los prisioneros oían los golpes que daban para construir las horcas en lo que antes había sido la cancha de baloncesto.

Se había acordado que los prisioneros serían ejecutados en el mismo orden en que fueron acusados en el juicio. Göring tendría que haber sido el primero, pero burló la horca ingiriendo un veneno que logró ocultar a los numerosos cacheos o que obtuvo mediante el soborno de algún guardia. El resto de prisioneros fueron esposados de inmediato a soldados estadounidenses, para impedirles seguir el mismo ejemplo. Vestido con un pijama de seda negro bajo una camisa azul, el cuerpo de Göring se situó en una camilla y se lo puso a un lado hasta que acabaron los ahorcamientos.

A falta de Göring, el primer turno le correspondía a Ribbentrop. Vestido con un traje oscuro, entró en el gimnasio a la una y once y subió sin vacilar los trece peldaños del cadalso.

—Mi último deseo es que los alemanes reconozcan que son una unidad y que este y oeste lleguen a un entendimiento —anunció, de pie en la trampilla—. Y al mundo le deseo paz.[\[222\]](#)

Miraba fijamente hacia delante mientras le cubrían el rostro con la capucha negra y se abría la trampilla.

Luego iba Keitel, el primer militar condenado según la nueva doctrina internacional, conforme la cual obedecer órdenes no era un eximente. Había roto a llorar mientras rezaba con el sacerdote en la celda, pero cuando llegó al patíbulo ya se había recompuesto. Subió vestido con el uniforme militar, como si pasase revista a un desfile.

—Ruego a Dios todopoderoso que se apiade del pueblo alemán —declaró, cuando estaba en la segunda trampilla—. Más de dos millones de soldados alemanes murieron por la patria antes que yo. Yo ahora sigo a mis hijos; todo por Alemania.[\[223\]](#)

Hubo una pausa mientras un médico estadounidense y otro ruso desaparecían tras la cortina que ocultaba los cuerpos de Ribbentrop y Keitel, para confirmar que habían muerto. Los periodistas allí presentes pudieron fumar mientras se retiraban los cuerpos y Kaltenbrunner ocupaba su lugar en la trampilla.

—Lamento que mi pueblo fuera guiado por hombres que no eran soldados, y que se cometieran crímenes de los que yo no tenía conocimiento. Buena suerte, Alemania —declaró Kaltenbrunner.[\[224\]](#)

Hans Frank, el gobernador de Polonia, se había convertido al catolicismo romano tras su arresto.

—Pasarán mil años y aún no se habrá borrado la culpa de Alemania —dijo ante el tribunal durante el juicio, arrepintiéndose de sus pecados ya a toro pasado.[\[225\]](#) Estaba nervioso y tragaba saliva sin parar; dio las gracias por la amabilidad que le dispensaron durante el cautiverio y rogó a Dios que, al morir, lo aceptase con misericordia.

Con el cuello del uniforme de la Wehrmacht medio vuelto hacia arriba, Jodl estaba visiblemente asustado cuando subió las escaleras hacia el cadalso.

—Te saludo, Alemania mía —dijo, con abatimiento perceptible, mientras le ponían la capucha.[\[226\]](#) Más adelante, un tribunal alemán de desnazificación le concedió el perdón póstumo.

El último en morir fue Seyss-Inquart. Tenía un pie zambo y necesitó la ayuda de los guardias para subir la escalera.

—Espero que esta ejecución sea el último acto de la tragedia de la segunda guerra mundial —le dijo al público—, y que de esta guerra mundial se aprenda la lección de que entre los pueblos debe existir paz y entendimiento. Yo creo en Alemania.[\[227\]](#)

Jodl y Seyss-Inquart aún colgaban de la soga cuando llevaron a la sala el cuerpo de Göring para mostrar que había muerto. Una vez confirmadas también las defunciones de Jodl y Seyss-Inquart, todos los cuerpos fueron depositados en una habitación contigua y fotografiados por un voluntario del Cuerpo de Comunicaciones. En algunos casos, el verdugo había hecho una chapuza. Superado quizá por la cantidad, el sargento mayor John Woods y sus dos ayudantes, uno de ellos alemán, no siempre calcularon correctamente la caída para provocar una rotura del cuello limpia. Más tarde, Woods abandonó el país para evitar represalias de los alemanes.

El hospital de St. Elizabeth, en Washington, había pedido los cerebros de los nazis para ampliar su colección, pero le fueron denegados. En su lugar, los cuerpos se trasladaron al campo de concentración de Dachau y fueron incinerados poco después del amanecer. Aquella tarde, con las cenizas ya frías, los llevaron a las afueras de Múnich y los lanzaron a un afluente del río Isar, para asegurarse de que no existiera lugar de eterno descanso para los secuaces de Hitler.

Los rusos pasaron varios días buscando el cuerpo de Hitler entre los escombros de la Cancillería. Pensaban que lo habían encontrado cuando un alemán afirmó identificar, con malicia, un cuerpo equivocado. Al final se llevaron una mandíbula y otros fragmentos diversos, pero nunca pudieron hacer una identificación concluyente. Parte de los fragmentos se mandaron al Kremlin. El resto estuvo sepultado en una base soviética próxima a Magdeburgo, hasta 1970, cuando los despojos fueron desenterrados y lanzados al río Biederitz.

Hay muy pocas probabilidades de que, después de ser incinerado en el jardín de la Cancillería, sobrevivieran restos del cuerpo de Hitler. Es casi seguro que el viento esparció sus cenizas en las horas siguientes. Las afirmaciones que defienden lo contrario pocas veces cuentan con el apoyo de hechos comprobados.

La Cancillería permaneció bajo el control de los rusos después de la guerra y al poco tiempo fue demolida. Durante muchos años, el lugar quedó como un erial, pero hoy se ha vuelto a edificar allí un moderno bloque de apartamentos. Allí donde Hitler se pavoneaba, se ven hoy zonas de aparcamiento, un parque infantil y un restaurante chino. La ubicación exacta de su incineración está rodeada por mobiliario urbano que impide que pudieran concentrarse allí multitudes.

—Jamás abandonaré este lugar —respondió Hitler ampulosamente cuando su gente le suplicó que huyera del búnker—. Aquí haré guardia para siempre, en tierra sagrada.

Los perros hacen sus cosas allí donde está.

## Bibliografía

- Alexander, Harold, *The Alexander Memoirs*, Londres: Cassell, 1962. [Hay traducción al castellano: Mariscal Alexander, Conde de Túnez, *Memorias*, Barcelona: Luis de Caralt, 1964; reed. Caralt, 2008.]
- Altner, Helmut, *Berlin Dance of Death*, Staplehurst: Spellmount, 2002.
- Avon, conde de, *The Eden Memoirs*, Londres: Cassell, 1965. [Anthony Eden, *Memorias*, Barcelona: Noguer, 1960-1965.]
- Bach, Steven, *Marlene Dietrich*, Londres: HarperCollins, 1992.
- Bannister, Sybil, *I Lived Under Hitler*, Londres: Rockliff, 1957.
- Bardgett, Suzanne, y David Cesarini, *Belsen 1945*. Portland (Ore.): Valentine Mitchell, 2007.
- Bascomb, Neal, *Hunting Eichmann*, Londres: Quercus, 2009.
- Beevor, Antony, *Berlin*, Londres: Viking, 2002. [*Berlín: la caída, 1945*, Barcelona: Crítica, 2002.]
- Bentine, Michael, *The Long Banana Skin*, Londres: Wolfe, 1976.
- Bergaust, Erik, *Wernher von Braun*, Washington (D. C.): National Space Institute, 1981.
- Bernadotte, conde Folke, *The Fall of the Curtain*, Londres: Cassell, 1946. [Conde Folke Bernadotte, *El final: consecuencias políticas de mis conferencias humanitarias, tenidas en Alemania durante la primavera de 1945*, Buenos Aires: Emecé, 1945.]
- Black, Peter, *Ernst Kaltenbrunner*, Princeton (N. J.): Princeton University Press, 1985.
- Bloch, Michael, *Ribbentrop*, Londres: Bantam Press, 1993.
- Boldt, Gerhardt, *Hitler's Last Days*, Londres: Arthur Barker, 1973. [*Los diez últimos días de Hitler*, Barcelona: Luis de Caralt, 1973; reeditado como *Los últimos días del III Reich*, Barcelona: Caralt, 2008.]
- Bradley, Omar, *A Soldier's Story*, Londres: Eyre and Spottiswoode, 1951.
- Brandt, Willy, *My Road to Berlin*, Londres: Peter Davies, 1960. [*Mi camino hacia Berlín, tal como Willy Brandt lo contó a Leo Lania*, Barcelona: Plaza & Janés, 1961; reed. *Mi camino hacia Berlín*, Esplugas de Llobregat: G. P., 1970.]
- , *In Exile*, Londres: Oswald Wolff, 1971. [*El exilio y la lucha (1933-1947)*, Barcelona: Planeta, 1974.]
- Bromage, Bernard, *Molotov*, Londres: Peter Owen, 1950.
- Burke, Carolyn, *Lee Miller*, Nueva York: Knopf, 2006.
- Butler, Ewan, *Amateur Agent*, Londres: George Harrap, 1963.
- Callow, Simon, *Orson Welles*, Londres: Jonathan Cape, 2006.
- Carey, John, *The Faber Book of Reportage*, Londres: Faber and Faber, 1987.
- Carlton, David, *Anthony Eden*, Londres: Allen Lane, 1981.
- Carpenter, Humphrey, *Robert Runcie*, Londres: Hodder and Stoughton, 1996.
- Carrington, Peter, *Reflect on Things Past*, Londres: Collins, 1988.
- Chaney, Otto, *Zhukov*, Londres: University of Oklahoma Press, 1999. [En castellano puede verse *Zhukov*, Barcelona: Euros, 1975, reed. Barcelona: Altaya, 2008.]
- Chuikov, Váslili, *The End of the Third Reich*, Londres: MacGibbon and Kee, 1969.
- Churchill, Clementine, *My Visit to Russia*, Londres: Hutchinson & Co., 1945.
- Churchill, Peter, *The Spirit in the Cage*, Londres: Hodder and Stoughton, 1954.
- Churchill, Winston, *The Second World War*, Londres: Cassell, 1949-1954. [*Memorias: la Segunda Guerra Mundial*, trad. Juan G. de Luaces, Barcelona: José Janés, 1949-1954; Barcelona: Orbis, 1985 y 1989; *La Segunda Guerra Mundial*, trad. Alejandra Devoto, Madrid: La Esfera de los Libros, 2001-2002.]
- Cole, Hubert, *Laval*, Londres: Heinemann, 1963.

- Colville, John, *The Fringes of Power*, Londres: Hodder and Stoughton, 1985. [*A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2007.]
- Conot, Robert, *Justice at Nuremberg*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1983.
- Coogan, Tim Pat, *De Valera*, Londres: Hutchinson, 1995.
- Cox, Geoffrey, *The Race for Trieste*, Londres: William Kimber, 1977.
- Cronkite, Walter, *A Reporter's Life*, Nueva York: Knopf, 2001. [*Memorias de un reportero*, Madrid: El País-Aguilar, 1997.]
- Crosby, Harry, *A Wing and a Prayer*, Londres: Robson Books, 1993.
- Crowe, David, *Oskar Schindler*, Cambridge (Mass.): Westview Press, 2005.
- Crozier, Brian, *Franco*, Londres: Eyre and Spottiswoode, 1967. [*Franco, historia y biografía*, Madrid: Emesa, 1969; reed. Madrid: Magisterio Español, 1984; puede verse también *Franco, crepúsculo de un hombre*, Barcelona: Planeta, 1980.]
- Dahl, Hans Fredrik, *Quisling*, Cambridge (R. U.): Cambridge University Press, 1999.
- Dann, Sam, *Dachau 29 April 1945*, Lubbock: Texas Tech University Press, 1998.
- De Guingand, sir Francis, *Operation Victory*, Londres: Hodder and Stoughton, 1947.
- Dimbleby, Jonathan, *Richard Dimbleby*, Londres: Hodder and Stoughton, 1975.
- Dombrowski, Roman, *Mussolini*, Londres: William Heinemann, 1956.
- Dönitz, almirante, *Memoirs*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1959. [*Diez años y veinte días: memorias del hombre que sucedió a Hitler como jefe del III Reich*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.]
- Drath, Viola Herms, *Willy Brandt*, Radnor (Pa.): Chilton, 1978.
- Duggan, John, *Neutral Ireland and the Third Reich*. Dublín: Lilliput Press, 1989.
- Dulles, Allen, *The Secret Surrender*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1967.
- Elath, Eliahu, *Zionism at the UN*, Filadelfia: Jewish Publication Society of America, 1976.
- Ellwood, Sheelagh, *Franco*, Nueva York: Longman, 1993.
- Endler, Franz, *Herbert von Karajan*, Londres: Sidgwick and Jackson, 1989. [*Franz Endler en conversación con Von Karajan: Mi vida*, Madrid: Espasa-Calpe, 1990.]
- Erskine, David, *The Scots Guards*, Londres: William Clowes, 1956.
- Farndale, Nigel, *Haw-Haw*, Londres: Macmillan, 2005.
- Ferrell, Robert, *Harry S. Truman*, Columbia (Mo.): University of Missouri Press, 1996.
- Fest, Joachim, *Speer*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 2002. [Además de esta biografía, no traducida al castellano, puede verse *Conversaciones con Albert Speer: preguntas sin respuestas*, Barcelona: Destino, 2008.]
- , *Inside Hitler's Bunker*, Londres: Pan, 2005. [*El hundimiento: Hitler y el final del Tercer Reich, un bosquejo histórico*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2003.]
- Fishman, Jack, *My Darling Clementine*, Londres: W. H. Allen, 1966. [*Mi querida Clementina*, Barcelona: Aymà, 1964.]
- Ford-Jones, Martyn, *Bomber Squadron*, Londres: William Kimber, 1987.
- Frank, Niklas, *In the Shadow of the Reich*, Nueva York: Knopf, 1991.
- Frankland, Mark, *Khrushchev*, Londres: Penguin, 1966.
- Frischauer, Willi, *Göring*, Londres: Odhams Press, 1951.
- , *Himmler*, Londres: Odhams, 1953.
- Gilbert, Martin, *Winston S. Churchill*, Londres: Heinemann, 1986.
- , *The Day the War Ended*, Londres: HarperCollins, 1995.
- , *The Second World War*, Londres: Phoenix, 2009. [*La Segunda Guerra Mundial*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2005-2006.]
- Gjelsvik, Tore, *Norwegian Resistance*, Londres: C. Hurst, 1979.
- Goodman, Cecily, y Leslie Hardman, *The Survivors*, Londres: Valentine, Mitchell, 1958.
- Göring, Emmy, *My Life with Göring*, Londres: David Bruce and Watson, 1972. [*Göring, mi marido*, Barcelona: Luis de Caralt, 1972; Madrid: Galland Books, 2009.]
- Grass, Günter, *Peeling the Onion*, Londres: Harvill Secker, 2007. [*Pelando la cebolla*, Madrid: Alfaguara, 2007.]
- Grossman, Vasily, *A Writer at War*, Londres: Harvill, 2005. [*Vasili Grossman, Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Barcelona: Crítica, 2006.]
- Hastings, Adrian, *Robert Runcie*, Londres: Mowbray, 1991.
- Hawkins, Desmond, *War Report*, Londres: BBC Books, 1995.

- Heller, Joseph, *Now and Then*, Nueva York: Simon and Schuster, 1996.
- Herzog, Chaim, *Living History*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1997.
- Hewins, Ralph, *Quisling*, Londres: W. H. Allen, 1965.
- Hibbert, Christopher, *Benito Mussolini*, Londres: Longmans, 1962. [*Mussolini*, Santiago de Chile: Pomaire, 1962; Barcelona: Círculo de Lectores, 1969.]
- Higham, Charles, *Marlene*, Londres: Granada, 1978.
- Hillson, Norman, *Alexander of Tunis*, Londres: W. H. Allen, 1952.
- Hoidal, Oddvar, *Quisling*, Oslo: Norwegian University Press, 1989.
- Höss, Rudolf, *Commandant of Auschwitz*, Londres: Phoenix, 2000. [*Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona: Ediciones B, 2009.]
- Hotchner, A. E., *Sophia*, Londres: Michael Joseph, 1979. [*Sofía: vivir y amar*, Barcelona: Bruguera, 1979.]
- Hoyt, Edwin, *Göring's War*, Londres: Robert Hale, 1990.
- Hyde, H. Montgomery, *Stalin*, Londres: Rupert Hart-Davis, 1971.
- Irving, David, *Hess*, Londres: Macmillan, 1987.
- Isaacson, Walter, *Kissinger*, Boston: Faber and Faber, 1992.
- Joachimsthaler, Anton, *The Last Days of Hitler*, Londres: Arms and Armour, c. 1996.
- Johnson, Frank, *RAF over Europe*, Londres: Eyre and Spottiswoode, 1947.
- Junge, Traudl, *Until the Final Hour*, Londres: Phoenix, 2005. [*Hasta el último momento: la secretaria de Hitler cuenta su vida*, Barcelona: Península, 2003.]
- Jrushchov, Nikita, *Commissar*, University Park (Pa.): Pennsylvania State University Press, 2005.
- Kalb, Marvin, y Bernard Kalb, *Kissinger*, Londres: Hutchinson, 1975.
- Keitel, Wilhelm, *The Memoirs of Field-Marshal Keitel*, Londres: William Kimber, 1965.
- Kesselring, mariscal de campo, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, Londres: William Kimber, 1954. [*Memorias*, Barcelona: AHR, 1953; a nombre de otro traductor en *Las memorias del mariscal de campo Kesselring*, Barcelona: Tempus, 2009.]
- Khrushchev, Nikita, véase Jrushchov, Nikita
- Kirby, Norman, *1100 Miles with Monty*, Londres: Alan Sutton, 1989.
- Kirkpatrick, sir Ivone, *Mussolini*, Londres: Odhams, 1964. [*Mussolini. Análisis de un demagogo*, Barcelona: Bruguera, 1965.]
- Klemperer, Victor, *The Diaries of Victor Klemperer*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 2000. [*Quiero dar testimonio hasta el final*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2003.]
- Knappe, Siegfried, *Soldat*, Nueva York: Orion, 1992.
- Knef, Hildegard, *The Gift Horse*, Londres: Granada, 1980.
- Knudsen, Franklin, *I Was Quisling's Secretary*, Londres: Britons, 1967.
- Kurz, Evi, *The Kissinger Saga*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 2009.
- Lang, Jochen von, *Eichmann Interrogated*, Londres: Bodley Head, 1983.
- Langer, Walter, *The Mind of Adolf Hitler*, Londres: Secker and Warburg, 1973. [*La mente de Adolfo Hitler*, Barcelona: Grijalbo, 1974.]
- Le Tissier, Tony, *Race for the Reichstag*, Portland (Ore.): Frank Cass, 1999.
- Lee, Carol Ann, *The Hidden Life of Otto Frank*, Londres: Penguin Books, 2003.
- Levy, Alan, *Forever Sophia*, Londres: Robert Hale, 1980.
- , *The Wiesenthal File*, Londres: Constable, 1993.
- Lindwer, Willy, *Anne Frank*, Londres: Macmillan, 2000.
- Lloyd, Alan, *Franco*, Londres: Longman, 1970.
- Lomax, Judy, *Hanna Reitsch*, Londres: John Murray, 1988.
- Longford, conde de, *Eamon de Valera*, Londres: Hutchinson, 1971.
- Lucas, James, *Last Days of the Reich*, Londres: Cassell, 2002.
- Lüdde-Neurath, Walter, *Regierung Dönitz*, Leoni am Starnberger See: Druffel, 1985.
- Lynn, Vera, *The Day the War Ended*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 2005.
- McCullough, David, *Truman*, Nueva York: Simon and Schuster, 1992.
- MacDonald, Charles, *The Last Offensive*, Washington (D. C.): Office of the chief of Military History United States Army, 1973.
- McGovern, James, *Martin Bormann*, Londres: Arthur Barker, 1968. [*Martin Bormann*, Barcelona: Luis de Caralt, 1974.]

- Macmillan, Harold, *The Blast of War*, Londres: Macmillan, 1967. [*Memorias*, vol. II: 1939-1945. *Estalla la guerra*, Barcelona: Luis de Caralt, 1974.]
- , *War Diaries*, Londres: Macmillan, 1984.
- Malinski, Mieczyslaw, *Pope John Paul II*, Londres: Burns and Oates, 1979. [*Juan Pablo II: historia de un hombre*, Barcelona: Planeta, 1980.]
- Mantle, Jonathan, *Archbishop*, Londres: Sinclair-Stevenson, 1991.
- Manvell, Roger, y Heinrich Fränkel, *Hermann Göring*, Londres: Heinemann, 1962. [*Goering*, Barcelona: Grijalbo, 1969; a nombre de otro traductor, Barcelona: Tempus, 2009.]
- , *Heinrich Himmler*, Londres: Heinemann, 1965. [*Himmler*, Barcelona: Grijalbo, 1967.]
- Martin, sir John, *Downing Street*, Londres: Bloomsbury, 1991.
- Maurel, Micheline, *Ravensbruck*, Londres: Anthony Blond, 1959.
- Maychick, Diana, *Audrey*, Londres: Sidgwick and Jackson, 1993.
- Messenger, Charles, *The Last Prussian*, Londres: Brassey's, 1991.
- Miller, Donald, *Eighth Air Force*, Londres: Aurum Press, 2007.
- Miller, Lee, *Lee Miller's War*, Boston: Bulfinch Press, 1992.
- Milligan, Spike, *Mussolini*, Londres: Michael Joseph, 1978.
- , *Milligan's War*, Londres: Michael Joseph, 1988.
- Monelli, Paolo, *Mussolini*, Londres: Thames and Hudson, 1953.
- Montgomery, Bernard, *The Memoirs of Field-Marshal Montgomery*, Londres: Collins, 1958. [*Memorias de guerra*, Barcelona: Tempus, 2010.]
- Moorehead, Alan, *Eclipse*, Londres: Hamish Hamilton, 1945. [*Eclipse*, Barcelona: Los Libros de Nuestro Tiempo, 1946; Buenos Aires: Plaza & Janés, 1961.]
- Moran, lord, *Winston Churchill*, Londres: Constable, 1966. [Charles Moran, *Winston Churchill. Memorias de su médico*, Madrid: Taurus, 1967.]
- Mosley, Leonard, *Report from Germany*, Londres: Victor Gollancz, 1945.
- Mussolini, Rachele, *My Life with Mussolini*, Londres: Robert Hale, 1959. [*Mi vida con Benito*, Madrid: Perseo, 1959]
- Nicolson, Harold, *Diaries and Letters, 1939-1945*, Londres: Collins, 1967.
- O'Brien, Michael, *John F. Kennedy*, Nueva York: Thomas Dunne Books, 2005.
- O'Donnell, James, *The Berlin Bunker*, Londres: J. M. Dent, 1979.
- Padfield, Peter, *Dönitz*, Londres: Victor Gollancz, 1984.
- Panter-Downes, Mollie, *London War Notes*, Londres: Longman, 1973.
- Paris, Barry, *Audrey Hepburn*, Londres: Orion, 1998.
- Parmet, Herbert, *Jack*, Nueva York: Dial Press, 1982.
- Patton, George, *War as I Knew It*, Londres: W. H. Allen, 1949.
- Payne, Robert, *Stalin*, Londres: W. H. Allen, 1966. [*Stalin*, Barcelona: Bruguera, 1967.]
- Payne Best, Sigismund, *The Venlo Incident*, Londres: Hutchinson, 1950.
- Pearlman, Moshe, *The Capture of Adolf Eichmann*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1961. [*La captura de Adolf Eichmann*, Barcelona: Planeta, 1961.]
- Peck, John, *Dublin from Downing Street*, Dublín: Gill and Macmillan, 1986.
- Perret, Geoffrey, *Jack*, Nueva York: Random House, 2002.
- Polanski, Roman, *Roman*, Londres: Heinemann, 1984. [*Roman*, Barcelona: Grijalbo, 1985.]
- Póltawska, Wanda, *And I Am Afraid of My Dreams*, Londres: Hodder and Stoughton, 1987.
- Prieberg, Fred, *Trial of Strength*, Londres: Quartet, 1991.
- Ratzinger, Joseph, *Milestones*, San Francisco: Ignatius Press, 2001. [*Mi vida: recuerdos (1927-1977)*, Madrid: Encuentro, 2005.]
- Reilly, Jo, *Belsen in History and Memory*, Portland (Ore.): Frank Cass, 1997.
- Reitsch, Hanna, *The Sky My Kingdom*, Londres: Bodley Head, 1955. [*Volar fue mi vida. Memorias de la piloto de pruebas de la Luftwaffe*, Valladolid: Galland Books, 2009.]
- Reshetovskaya, Natalya, *Sanya*, Londres: Hart-Davis, MacGibbon, 1977.
- Riefenstahl, Leni, *The Sieve of Time*, Londres: Quartet, 1992. [*Memorias*, Barcelona: Lumen, 1991, 2013.]
- Riess, Curt, *Wilhelm Furtwangler*, Londres: Frederick Muller, 1955.
- Riva, Maria, *Marlene Dietrich*, Londres: Bloomsbury, 1993. [*Marlene Dietrich por su hija Maria Riva*, Barcelona: Plaza & Janés, 1992.]

- Ruderman, Judith, *Joseph Heller*, Nueva York: Continuum, 1994.
- Ryan, Cornelius, *The Last Battle*, London, Collins, 1966. [*La última batalla*, Barcelona: Destino, 1966; a nombre de otros traductores, Barcelona: Salvat, 2003.]
- Scammell, Michael, *Solzhenitsyn*, Londres: Hutchinson, 1984.
- Schellenberg, Walter, *The Schellenberg Memoirs*, Londres: Andre Deutsch, 1957. [*Al servicio de Hitler: memorias del jefe del espionaje nazi*, Barcelona: Belacqva, 2005.]
- Schmidt, Matthias, *Albert Speer*, Londres: Harrap, 1985.
- Schuschnigg, Kurt von, *Austrian Requiem*, Londres: Victor Gollancz, 1947.
- , *The Brutal Takeover*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1971.
- Sebag Montefiore, Simon, *Stalin*, Londres: Phoenix, 2004. [*La corte del zar rojo*, Barcelona: Crítica, 2004.]
- Seed, David, *The Fiction of Joseph Heller*, Londres: Macmillan, 1989.
- Selwyn, Francis, *Hitler's Englishman*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1987.
- Sereny, Gitta, *Albert Speer*, Londres: Macmillan, 1995.
- Shephard, Ben, *After Daybreak*, Londres: Pimlico, 2006.
- Shirakawa, Sam, *The Devil's Music Master*, Nueva York: Oxford University Press, 1992.
- Shirer, William, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Londres: Arrow, 1998. [*Auge y caída del Tercer Reich: una historia de la Alemania Nazi*, Barcelona : Luis de Caralt, 1962; ed. rev., Barcelona: Planeta, 2010, y Booket, 2013.]
- Sington, Derrick, *Belsen Uncovered*, Londres: Duckworth, 1947.
- Smith, Bradley, y Elena Agarossi, *Operation Sunrise*, Londres: Andre Deutsch, 1979.
- Smuts, J. C., *Jan Christian Smuts*, Londres: Cassell, 1952.
- Soames, Mary, *Clementine Churchill*, Londres: Doubleday, 2002.
- Speer, Albert, *Inside the Third Reich*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1970. [*Memorias*, Esplugas de Llobregat: Plaza & Janés, 1969; reed. Barcelona: Acantilado, 2001]
- Spoto, Donald, *Enchantment*, Londres: Hutchinson, 2006. [*Audrey Hepburn*, Barcelona: Lumen, 2006.]
- Stafford, David, *Endgame*, Londres: Abacus, 2007.
- Stalin, Joseph [Yósif], *War Speeches*, Londres: Hutchinson, 1946.
- Steinert, Marlis, *Capitulation 1945*, Londres: Constable, 1969.
- Stock, Noel, *The Life of Ezra Pound*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1970. [*Ezra Pound*, Valencia: Alfons el Magnànim, 1989.]
- Szulc, Tad, *Pope John Paul II*, Nueva York: Scribner, 1995. [*El Papa Juan Pablo II: la biografía*, Barcelona: Martínez Roca, 1995.]
- Thompson, W. H., *I Was Churchill's Shadow*, Londres: Christopher Johnson, 1952.
- Thorwald, Jürgen, *Flight in the Winter*, Londres: Hutchinson, 1953. [*Comenzó en el Vístula y terminó en el Elba*, Barcelona: Luis de Caralt, 1966.]
- Tickell, Jerrard, *Odette*, Londres: Chapman and Hall, 1949.
- Trevor-Roper, H. R., *The Last Days of Hitler*, Londres: Macmillan, 1978. [*Los últimos días de Hitler*, Barcelona: José Janés, 1947; Barcelona: Alba, 2000, y Debolsillo, 2003.]
- Truman, Harry, *Year of Decisions*, Londres: Hodder and Stoughton, 1955. [*Memorias*, vol. I: *Año de decisiones*, Barcelona: Vergara, 1956.]
- Trythall, J. W. D. *Franco*, Londres: Rupert Hart-Davis, 1970.
- Turner, Barry, *Countdown to Victory*, Londres: Hodder and Stoughton, 2004.
- Van der Vat, Dan, *The Good Nazi*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1997.
- Van der Zee, Henri, *The Hunger Winter*, Londres: Jill Norman and Hobhouse, 1982.
- Vaughan, Roger, *Herbert von Karajan*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1986.
- Walker, Alexander, *Dietrich*, Londres: Thames and Hudson, 1984.
- Walsh, Michael, *John Paul II*, Londres: HarperCollins, 1994.
- Warner, Geoffrey, *Pierre Laval*, Londres: Eyre and Spottiswoode, 1968.
- Weitz, John, *Hitler's Diplomat*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1997.
- Whitelaw, William, *The Whitelaw Memoirs*, Londres: Headline, 1990.
- Whiting, Charles, *The Hunt for Martin Bormann*, Londres: Leo Cooper, 1996.
- , *Patton's Last Battle*. Staplehurst (R. U.): Spellmount, 2003. [Esta obra de Whiting no parece haberse traducido, pero sí una biografía anterior: *Patton*, Madrid: Librería San Martín, 1971.]
- Whitlock, Flint, *The Rock of Anzio*, Boulder (Colo.): Westview Press, 1998.

Whittle, Peter, *One Afternoon at Mezzegra*, Londres: W. H. Allen, 1969.  
Wiesenthal, Simon, *The Murderers Among Us*, Londres: Heinemann, 1967. [*Los asesinos entre nosotros: memorias*, Barcelona: Noguer, 1967.]  
Wighton, Charles, *Eichmann*, Londres: Odhams Press, 1961.  
Wilhelmina, Princess [princesa Guillermina de los Países Bajos], *Lonely but Not Alone*, Londres: Hutchinson, 1960.  
Wulff, Wilhelm, *Zodiac and Swastika*, Londres: Arthur Barker, 1973.  
Zec, Donald, *Sophia*, Londres: W. H. Allen, 1975.  
Zhukov [Zhúkov], mariscal, *The Memoirs of Marshal Zhukov*, Londres: Jonathan Cape, 1971.

#### Radio

«BBC War Report», abril-mayo de 1945.

#### Artículos de revistas y periódicos

*Irish Studies in International Affairs*, 3, n.º 1, 1989.  
*Spiegelonline International*, 29 de abril de 2005.  
*Stars and Stripes*, 29 de abril de 1945.  
*Time*, 7 de mayo de 1945.  
*War, Literature and the Arts*, Academia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos en Colorado Springs.

#### Archivos

Biblioteca de la Universidad de Pensilvania  
Centro de Archivos Churchill del Churchill College de Cambridge  
Museo de la RAF en Hendon  
Museo Imperial de la Guerra, Londres, Departamento de Documentos  
Bar-Chaim, R. (02/27/1)  
Blackman, miss M. J. (01/19/1)  
Blackman, W. A. (99/85/1)  
Garbasz-Zimet, mrs. S. (97/28/1)  
Gonin, teniente coronel M. W. (85/38/1)  
Gow, sir Michael («Con Shelf»)  
Grunfeld, B. (99/3/1)  
Hargrave, dr. M. J. (76/74/1)  
Herzberg, A. J. (95/35/1)  
Horwell, A. R. (91/21/1)  
Kidd, H. B. (94/26/1)  
McFarlane, miss J. (99/86/1)  
Stern, P. G. (85/29/1)  
Walker, George (84/2/1)



La guillotina de Dachau. (Getty Images)



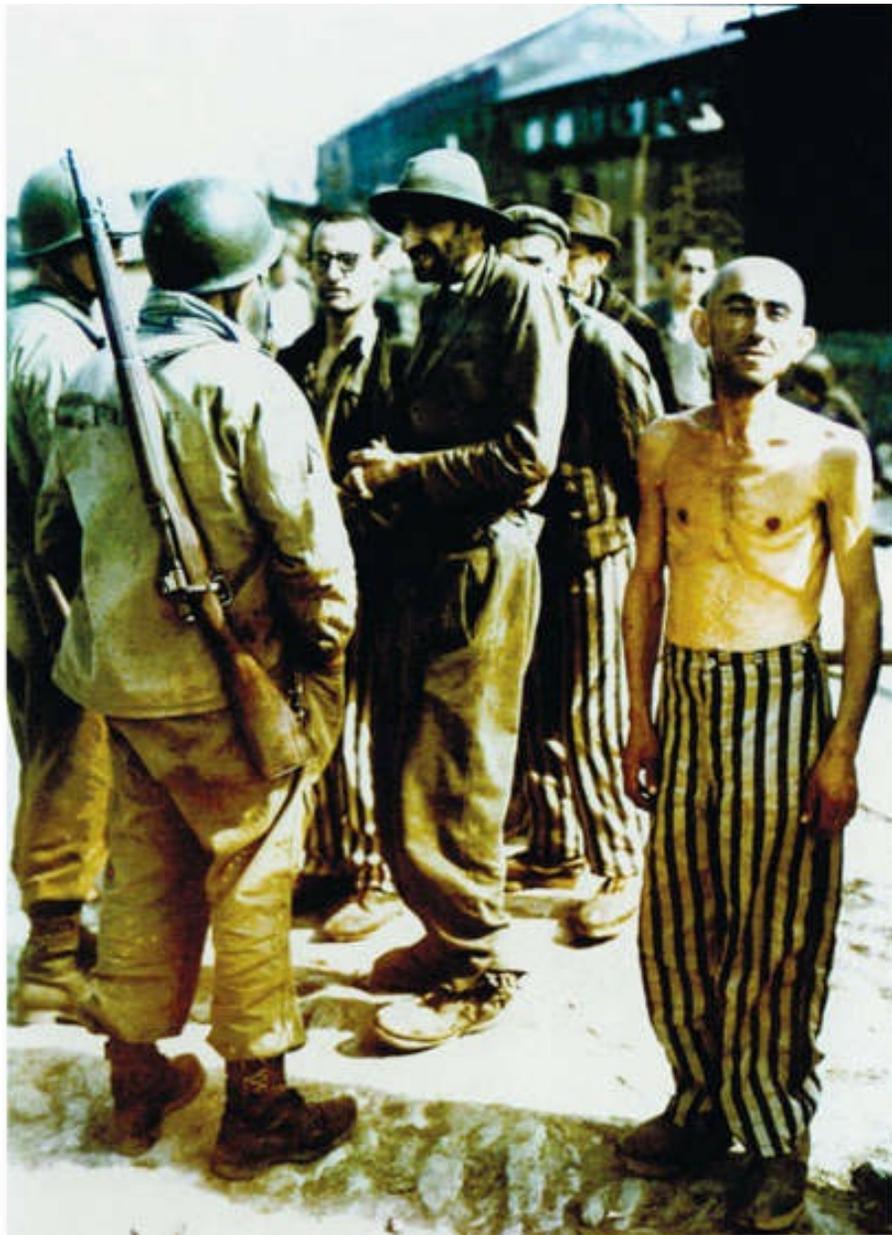
«¡Míralos ahora!», dijo un espectador italiano ante los cuerpos de Mussolini y su amante, exhibidos en Milán.  
(Getty Images)



Tras resultar herido de gravedad en las montañas de Italia, el alférez Bob Dole temía quedar parálítico de forma permanente cuando llegó la noticia de la rendición alemana. (Sygma/Corbis)



Operación Maná. Los holandeses vitorean a los Lancaster de la RAF, que lanzan productos de primera necesidad.  
(RAF Hendon)



El campo de Buchenwald, liberado al fin durante los últimos días de la guerra. (Getty)



Profundamente traumatizada por Dachau, Lee Miller disfruta del primer baño desde hace varias semanas, en el apartamento de Hitler en Múnich. (Getty Images)



Cuando terminó la guerra, Jack Kennedy estaba en San Francisco cubriendo la conferencia de Naciones Unidas para la prensa de Hearst. (Bettmann/Corbis)



Rechazada por todos sus conocidos, Leni Riefenstahl lloró durante toda la noche cuando se enteró de la muerte de Hitler. (Corbis)



Soldados rusos señalan el probable emplazamiento de la cremación de Hitler en el jardín de la Cancillería. (Getty Images)



La sala de conferencias, en el búnker de Hitler, en la infame Cancillería del Reich, después de la huida de los nazis.  
(Time Life Pictures/Getty Images)



Hildegard Knef estaba en Berlín cuando llegaron los rusos. Se alegró mucho de terminar en el sector estadounidense después de la guerra. (Getty Images)



El soldado Josef Ratzinger desertó en los últimos días y regresó a su hogar a pie, aterrorizado por la posibilidad de que las SS lo fusilaran por cobardía. (Getty Images)



Paula Hitler lamentó la muerte de su hermano durante el resto de sus días. (Bettmann/Corbis)



La cabeza reducida de este prisionero polaco, colgado en Buchenwald, se presentó como prueba en los juicios de Núremberg. (Corbis)

**DAILY EXPRESS**  
 SATURDAY MAY 5 1945  
 WAR OVER IN GERMANY, HOLLAND AND DENMARK  
**GERMANS SURRENDER INSIDE MONTY'S TENT**

*They argued, they wept, they went and lunched—but said 'Yes' at last*  
**THE MAP CONVINCED THEM**

FIELD-MARSHAL SIR BERNARD MONTGOMERY has accepted the surrender of all German forces in Holland, Denmark and West-Western Germany—well over 1,000,000 men, and a quarter of them naval personnel—as from 8 o'clock this morning.

This historic victory of British arms, with the end of the war on the Western Front, was announced from Supreme Headquarters at 8.15 last night. It is the greatest unconditional surrender of this or any other war, even greater than that accepted by Field-Marshal Alexander at Mediterranean H.Q. on Sunday.

A "cease fire" order on the whole of Montgomery's front was expected last night, six weeks after the British crossing of the Rhine.

It will mean that the only areas to be cleared of the Nazis are Norway, Western Czechoslovakia, a pocket of Germany round Dresden, a strip of Austria and the territories on the Atlantic seaboard.

Montgomery signed the agreement with German generals and an officer in a tent at 8.15 last night. He did not meet Doenitz, then in possession of the German Panther in the agreement which began on Thursday.

**COLD, RUTHLESS**

The Germans lay the most shameful blame of the war. Montgomery treated the Germans with cold ruthlessness. He showed them the way to give their position was hopeless.

They argued about the terms and later decided to accept the terms proposed by the British. Many refused to sign. They were taken and held in the tent where they were and signed at midnight.

**HE TERMS WITH NO ARGUMENT**

**RUNSTEDT TELLS— Why we lost**

**DRINK ORGY ENDS REICH**  
*Chaos like Dark Ages*

**Doenitz off to Norway**

**4.30 P.M. LATES KEITEL ORDER NO SCUTTLE**

**BIG 5 AGREEMENT ON MANDATES**

**THIS IS IT** *Said Monty: If you don't agree I shall go on with the war and shall be delighted to do so*



From JAMES WELLS, News U.S. Army, Friday  
**T**ULLY marked the high point in the Wehrmacht's collapse. Thousands of German soldiers, in varying stages of drunkenness and accompanied by women, arrived in unsorted units, demanding to be allowed to surrender.

It is estimated that 10,000 of these are marching south to the last head of the Rhine and Front Page

La noticia de la rendición alemana acaparó las portadas de la prensa europea. (Getty Images)



Göring, Hess, Ribbentrop, Keitel, Speer y Dönitz estuvieron entre los principales jefes nazis juzgados en Núremberg entre noviembre de 1945 y octubre de 1946. (Getty Images)



El doctor Klaus Schilling, a punto de abandonar la escena. Fue colgado en la prisión de Landsberg, en mayo de 1946, por haber realizado experimentos con los prisioneros de Dachau. (Getty Images)

## Notas

- [1]. Christopher Hibbert, *Benito Mussolini*, Londres: Longmans, 1962, p. 328.
- [2]. Rachele Mussolini, *My Life with Mussolini*, Londres: Robert Hale, 1959, p. 176.
- [3]. *Ibid.*, p. 179.
- [4]. H. R. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres: Macmillan, 1978, p. 180.
- [5]. Helmut Altner, *Berlin Dance of Death*, Staplehurst: Spellmount, 2002, p. 62.
- [6]. *Ibid.*, p. 146.
- [7]. *Ibid.*, p. 151.
- [8]. Hildegard Knief, *The Gift Horse*, Londres: Granada, 1980, p. 82.
- [9]. *Ibid.*, p. 83.
- [10]. Conde Folke Bernadotte, *The Fall of the Curtain*, Londres: Cassell, 1946, p. 61.
- [11]. Walter Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs*, Londres: Andre Deutsch, p. 452.
- [12]. Wilhelm Wulff, *Zodiac and Swastika*, Londres: Arthur Barker, 1973, p. 177.
- [13]. Bernadotte, *The Fall of the Curtain*, p. 62.
- [14]. Ewan Butler, *Amateur Agent*, Londres: George Harrap, 1963, p. 193.
- [15]. *Ibid.*, p. 199.
- [16]. Gitta Sereny, *Albert Speer*, Londres: Macmillan, 1995, p. 535.
- [17]. Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1970, p. 484.
- [18]. Proyecto de defensa nacional mediante actos de terrorismo y sabotaje. (*N. de los t.*)
- [19]. *Ibid.*, p. 469.
- [20]. Roger Manvell y Heinrich Fränkel, *Hermann Göring*, Londres: Heinemann, 1962, p. 302.
- [21]. Edwin Hoyt, *Göring's War*, Londres: Robert Hale, 1990, p. 186.
- [22]. Willi Frischauer, *Göring*, Londres: Odhams Press, 1951, p. 265. El telegrama no se ha conservado, pero los testigos lo recordaban de memoria.
- [23]. Emmy Göring, *My Life with Göring*, Londres: David Bruce and Watson, 1972, p. 123.
- [24]. Citado en David Irving, *Hess*, Londres: Macmillan, 1987, p. 270.
- [25]. Hibbert, *Benito Mussolini*, p. 333.
- [26]. James E. Roper, «Mussolini, Mistress Executed by Finns Squad», *UPI Archives*, 29 de abril de 1945.
- [27]. Philip Hamburger, «Letter from Rome», *The New Yorker*, 19 de mayo de 1945.
- [28]. Rachele Mussolini, *My Life with Mussolini*, p. 180.
- [29]. *Ibid.*
- [30]. *Ibid.*, p. 181.
- [31]. Allen Dulles, *The Secret Surrender*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1967, p. 206.
- [32]. A. E. Hotchner, *Sophia*, Londres: Michael Joseph, 1979, p. 33.
- [33]. *Ibid.*, p. 41.
- [34]. *Ibid.*, p. 50.
- [35]. *Ibid.*, p. 47.
- [36]. Harold Macmillan, *The Blast of War*, Londres: Macmillan, 1967, p. 702.
- [37]. *Ibid.*, p. 703.
- [38]. Joseph Heller, *Now and Then*, Nueva York: Simon and Schuster, 1996, p. 181.
- [39]. Wulff, *Zodiac and Swastika*, p. 185.
- [40]. *Ibid.*, p. 186.

- [41]. Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, p. 195.
- [42]. Traudl Junge, *Until the Final Hour*, Londres: Phoenix, 2005, p. 184.
- [43]. *Ibid.*
- [44]. William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Londres: Arrow, 1998, p. 1, 128.
- [45]. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 160.
- [46]. *Ibid.*, p. 161.
- [47]. Cornelius Ryan, *The Last Battle*, Londres: Collins, 1966, p. 363.
- [48]. *Ibid.*, p. 362.
- [49]. Michael Bentine, *The Long Banana Skin*, Londres: Wolfe, 1976, p. 132.
- [50]. Ben Shepherd, *After Daybreak*, Londres: Pimlico, 2006, p. 76.
- [51]. Cecily Goodman y Leslie Hardman, *The Survivors*, Londres: Valentine, Mitchell, 1958, p. 46.
- [52]. Chaim Herzog, *Living History*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1997, p. 61.
- [53]. Jo Reilly, *Belsen in History and Memory*, Portland (Ore.): Frank Cass, 1997, p. 212.
- [54]. Alan Moorhead, *Eclipse*, Londres: Hamish Hamilton, 1945, p. 221.
- [55]. William Whitelaw, *The Whitelaw Memoirs*, Londres: Headline, 1990, p. 22.
- [56]. Mollie Panter-Downes, *London War Notes*, Londres: Longman, 1973, p. 371.
- [57]. Véase <<http://operationmanna.secondworldwar.nl>>.
- [58]. *Ibid.*
- [59]. Martyn Ford-Jones, *Bomber Squadron*, Londres: William Kimber, 1987, p. 212.
- [60]. Desmond Hawkins, *War Report*, Londres: BBC Books, 1995, p. 338.
- [61]. Henri van der Zee, *The Hunger Winter*, Londres: Jill Norman and Hobhouse, 1982, p. 253.
- [62]. Barry Turner, *Countdown to Victory*, Londres: Hodder and Stoughton, 2004, p. 241.
- [63]. *WW2 People's War — Netherlands*, archivo de la BBC, en <<http://www.bbc.co.uk/history/ww2peopleswar/>>.
- [64]. Walter Cronkite, *A Reporter's Life*, Nueva York: Knopf, 2001, p. 123.
- [65]. Barry Paris, *Audrey Hepburn*, Londres: Orion, 1998, p. 20.
- [66]. *Ibid.*, p. 30.
- [67]. *Ibid.*, p. 31.
- [68]. Entrevista con G. Petrone y M. Skinner, 25 de febrero de 2000.
- [69]. Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, Boulder (Colo.): Westview Press, 1998, p. 359.
- [70]. *Ibid.*, p. 362.
- [71]. *Ibid.*, p. 365.
- [72]. Marguerite Higgins, «33,000 Dachau Captives Freed by 7th Army», *New York Herald Tribune*, 29 de abril de 1945.
- [73]. Whitlock, *The Rock of Anzio*, p. 373.
- [74]. *Ibid.*, p. 377.
- [75]. Entrevista con Petrone y Skinner, 25 de febrero de 2000.
- [76]. Sam Dann, *Dachau 29 April 1945*, Lubbock: Texas Tech University Press, 1998.
- [77]. Whitlock, *The Rock of Anzio*, p. 384.
- [78]. Sigismund Payne Best, *The Venlo Incident*, Londres: Hutchinson, 1950, p. 231.
- [79]. W. H. Thompson, *I Was Churchill's Shadow*, Londres: Christopher Johnson, 1952, p. 155.
- [80]. Winston Churchill, *The Second World War*, Londres, Cassell, 1949-54; vol. VI, p. 442.
- [81]. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VII, Londres: Heinemann, 1986, p. 1, 322.
- [82]. J. C. Smuts, *Jan Christian Smuts*, Londres: Cassell, 1952, p. 471.
- [83]. *Ibid.*, p. 478.
- [84]. Herbert Parmet, *Jack*, Nueva York: Dial Press, 1982, p. 132.
- [85]. Simon Callow, *Orson Welles*, Londres: Jonathan Cape, 2006, p. 239.
- [86]. *Ibid.*, p. 240.
- [87]. H. Franklin Knudsen, *I Was Quisling's Secretary*, Londres: Britons, 1967, p. 160.
- [88]. Siegfried Knappe, *Soldat*, Nueva York: Orion, 1992, p. 50.
- [89]. Anton Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, Londres: Arms and Armour, c. 1996, p. 140.
- [90]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 186.
- [91]. *Ibid.*
- [92]. Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, p. 141.
- [93]. *Ibid.*, p. 144.

- [94]. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 175.
- [95]. *Ibid.*, p. 177.
- [96]. Knef, *The Gift Horse*, p. 87.
- [97]. *Ibid.*, p. 88.
- [98]. Vasili Chuikov, *The End of the Third Reich*, Londres: MacGibbon and Kee, p. 206.
- [99]. James O'Donnell, *The Berlin Bunker*, Londres: J. M. Dent, 1979, p. 177.
- [100]. *Ibid.*
- [101]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 186.
- [102]. Almirante Dönitz, *Memoirs*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1959, p. 441.
- [103]. *Ibid.*
- [104]. *Ibid.*, p. 443.
- [105]. Nigel Farndale, *Haw-Haw*, Londres: Macmillan, 2005, p. 269.
- [106]. Francis Selwyn, *Hitler's Englishman*, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1987, p. 154.
- [107]. Wanda Póltawska, *And I Am Afraid of My Dreams*, Londres: Hodder and Stoughton, 1987, p. 146.
- [108]. Jerrard Tickell, *Odette*, Londres: Chapman and Hall, 1949, p. 325.
- [109]. Jürgen Thorwald, *Flight in the Winter*, Londres: Hutchinson, 1953, p. 190.
- [110]. *Ibid.*, p. 191.
- [111]. Micheline Maurel, *Ravensbrück*, Londres: Anthony Blond, 1959, p. 116.
- [112]. *Ibid.*
- [113]. Francis de Guingand, *Operation Victory*, Londres: Hodder and Stoughton, 1947, p. 452.
- [114]. Charles MacDonald, *The Last Offensive*, Washington (D. C.): Center of Military History, U.S. Army, 1973, p. 437.
- [115]. Charles Hawley, «The U.S. Soldier Who Liberated Munich Recalls Confronting the Nazi Enemy», *Spiegelonline International*, 29 de abril de 2005.
- [116]. *Ibid.*
- [117]. Lee Miller, *Lee Miller's War*, Boston: Bulfinch Press, 1992, p. 182.
- [118]. Allen Dulles, *The Secret Surrender*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1967, p. 214.
- [119]. Kurt von Schuschnigg, *Austrian Requiem*, Londres: Victor Gollancz, 1947, p. 241.
- [120]. Geoffrey Cox, *The Road to Trieste*, Londres: William Kimber, 1977, p. 182.
- [121]. James Lucas, *Last Days of the Reich*, Londres: Cassell, 2002, p. 164.
- [122]. Informe de la autopsia de Mussolini.
- [123]. Rachele Mussolini, *My Life with Mussolini*, p. 182.
- [124]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 131.
- [125]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 187.
- [126]. Sereny, *Albert Speer*, p. 539.
- [127]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 187.
- [128]. *Ibid.*
- [129]. Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, p. 154.
- [130]. *Ibid.*, p. 155.
- [131]. *Ibid.*, p. 156.
- [132]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 187.
- [133]. Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, p. 193.
- [134]. *Ibid.*, p. 197.
- [135]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 188.
- [136]. Joachimsthaler, *The Last Days of Hitler*, p. 213.
- [137]. *Ibid.*, p. 214.
- [138]. Chuikov, *The End of the Third Reich*, p. 217.
- [139]. Mariscal Zhukov, *The Memoirs of Marshal Zhukov*, Londres: Jonathan Cape, 1971, p. 622.
- [140]. Chuikov, *The End of the Third Reich*, p. 231.
- [141]. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 184.
- [142]. Knef, *The Gift Horse*, p. 91.
- [143]. *Ibid.*
- [144]. Joachim Fest, *Inside Hitler's Bunker*, Londres: Pan, 2005, p. 137.
- [145]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 175.

- [146]. Speer, *Inside the Third Reich*, p. 488.
- [147]. Wilhelm Keitel, *The Memoirs of Field-Marshal Keitel*, Londres: William Kimber, 1965, p. 225.
- [148]. Willi Frischauer, *Göring*, Londres: Odhams Press, 1951, p. 272.
- [149]. Sereny, *Albert Speer*, p. 544.
- [150]. Yósif Stalin, *Orden del día núm. 20*, 1 de mayo de 1945.
- [151]. Nikita Khrushchev [Jrushchov], *Memoirs*, vol. I, Pennsylvania State University Press, 2004, p. 633.
- [152]. Clementine Churchill, *My Visit to Russia*, Londres: Hutchinson & Co., p. 28.
- [153]. *Ibid.*, p. 45.
- [154]. *Ibid.*, p. 46.
- [155]. Carol Ann Lee, *The Hidden Life of Otto Frank*, Londres: Penguin Books, 2003, p. 132.
- [156]. Véase <operationmanna.secondworldwar.nl/maxkrell>.
- [157]. Véase <operationmanna.secondworldwar.nl/chowhound2>.
- [158]. Harry Crosby, *A Wing and a Prayer*, Londres: Robson Books, 1993, p. 317.
- [159]. Cameron Garrett, *Stalag VIIIA*, historia oral, en <www.moosburg.org>.
- [160]. *Ibid.*
- [161]. Charles Messenger, *The Last Prussian*, Londres: Brassey's, 1991, p. 231.
- [162]. Joseph Ratzinger, *Milestones*, San Francisco: Ignatius Press, 2001, p. 36.
- [163]. Esta película parte de una adaptación operística alemana de una obra dramática de Àngel Guimerà, *Terra baixa*. (N. de los t.)
- [164]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 207.
- [165]. *Ibid.*
- [166]. *Ibid.*, p. 208.
- [167]. *Ibid.*
- [168]. *Ibid.*, p. 211.
- [169]. Fest, *Inside Hitler's Bunker*, p. 144.
- [170]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 220.
- [171]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 193.
- [172]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 226.
- [173]. *Ibid.*, p. 227.
- [174]. Knef, *The Gift Horse*, p. 91.
- [175]. *Ibid.*, p. 92.
- [176]. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 188.
- [177]. Leni Riefenstahl, *The Sieve of Time*, Londres: Quartet, 1992, p. 304.
- [178]. Göring, *My Life with Göring*, p. 130.
- [179]. Willy Brandt, *My Road to Berlin*, Londres: Peter Davies, 1960, p. 136.
- [180]. *Hansard*, 1 de mayo de 1945, col. 1.239.
- [181]. John Colville, *The Fringes of Power*, Londres: Hodder and Stoughton, 1985, p. 596.
- [182]. Harold Nicolson, *Diaries and Letters, 1939-1945*, Londres: Collins, 1967, p. 453.
- [183]. *The Day the War Ended*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 2005, p. 22.
- [184]. Humphrey Carpenter, *Robert Runcie*, Londres: Hodder and Stoughton, 1996, p. 76.
- [185]. Carta al autor, 19 de febrero de 2009.
- [186]. Sybil Bannister, *I Lived Under Hitler*, Londres: Rockliff, 1957, p. 232.
- [187]. Speer, *Inside the Third Reich*, p. 494.
- [188]. Manvell y Fränkel, *Heinrich Himmler*, p. 240.
- [189]. Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz*, Londres: Phoenix, 2000, p. 172.
- [190]. Niklas Frank, *In the Shadow of the Reich*, Nueva York: Knopf, 1991, p. 316.
- [191]. Al final de la guerra, habían perdido la vida casi seis millones de judíos, aproximadamente las dos terceras partes de toda la población judía de Europa. También se envió a los campos de la muerte a gitanos romaníes, prisioneros de guerra soviéticos, homosexuales, testigos de Jehová, discapacitados y otros contrincantes religiosos o políticos, lo que incrementó las bajas hasta un total que se ha situado entre los once y los dieciséis millones de personas.
- [192]. Neil Bascomb, *Hunting Eichmann*, Londres: Quercus, 2009, p. 22.
- [193]. Riefenstahl, *The Sieve of Time*, p. 305.
- [194]. Entrevista del ejército de Estados Unidos con Paula Hitler, 12 de julio de 1945. La transcripción original la

alberga ahora la biblioteca de la Universidad de Pensilvania.

- [195]. Citado en David Irving, *Hess*, p. 271.
- [196]. Dulles, *The Secret Surrender*, p. 236.
- [197]. Spike Milligan, *Milligan's War*, Londres: Michael Joseph, 1988, p. 217.
- [198]. *Ibid.*, p. 219.
- [199]. Chuikov, *The End of the Third Reich*, p. 257.
- [200]. Knappe, *Soldat*, p. 61.
- [201]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 283.
- [202]. *Ibid.*, p. 290.
- [203]. *Ibid.*, p. 291.
- [204]. Zhukov, *The Memoirs of Marshal Zhukov*, p. 625.
- [205]. Junge, *Until the Final Hour*, p. 194.
- [206]. *Ibid.*
- [207]. *Ibid.*, p. 219.
- [208] En un alemán rudimentario, pero muy claro, «¡Hitler muerto, guerra acabada!». (*N. de los t.*)
- [209]. O'Donnell, *The Berlin Bunker*, p. 248.
- [210]. *Ibid.*, p. 249.
- [211]. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 202.
- [212]. Sereny, *Albert Speer*, p. 543.
- [213]. *Ibid.*
- [214]. Tickell, *Odette*, p. 329.
- [215]. Victor Klemperer, *To the Bitter End*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 2000, p. 451.
- [216]. Bernard Montgomery, *The Memoirs of Field-Marshal Montgomery*, Londres: Collins, 1958, p. 335.
- [217]. Martin Gilbert, *The Second World War*, Londres: Phoenix, 2009, p. 684.
- [218]. Turner, *Countdown to Victory*, p. 417.
- [219]. *Ibid.*
- [220]. *Ibid.*, p. 418.
- [221]. Tickell, *Odette*, p. 332.
- [222]. John Carey, *The Faber Book of Reportage*, Londres: Faber and Faber, 1987, p. 643.
- [223]. *Ibid.*
- [224]. *Ibid.*, p. 644.
- [225]. Robert Conot, *Justice at Nuremberg*, Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1983, p. 380.
- [226]. Carey, *Faber Book of Reportage*, p. 647.
- [227]. *Ibid.*

El título original de esta obra de Nicholas Best es *Five Days that Shocked the World*.

Su primera edición en lengua inglesa fue publicada por Osprey Publishing

Los derechos originales de esta obra pertenecen a:

© 2012, Nicholas Best

Los derechos exclusivos de publicación en lengua castellana pertenecen a:

© Ediciones de Pasado y Presente, S.L., 2014

Pau Claris, 147, 4º, 1ª, 08010 Barcelona

ediciones@pasadopresente.com

[www.pasadopresente.com](http://www.pasadopresente.com)

ISBN: 978-84-94-2129-8-7

Depósito legal: B. 8.302-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares salvo en las excepciones que determina la ley. Si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, diríjase al Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o mediante llamada telefónica al 91 702 19 70 o al 93 272 04 45